

VIDA INTERNA
TOMO II

C.W. Leadbeater

SECCIÓN VI

EL TEÓSOFO DESPUÉS DE LA MUERTE

Cuando un miembro de la Sociedad Teosófica se encuentra en el plano astral después de haber dejado definitivamente su cuerpo físico, le convendrá establecer sus posiciones, por así decirlo, haciendo una especie de inventario para ver cuál es su situación en la vida que le aguarda y el mejor uso que puede hacer de ella. Hará bien en consultar sobre el caso con algún amigo de mayor experiencia, y esto es lo que casi siempre hacen los miembros recién fallecidos. Recordemos que el teósofo, al entrar en el plano astral después de la muerte no entra allí por vez primera pues, por lo general, ha trabajado mucho en él durante el sueño de su cuerpo físico y, por lo tanto, se encuentra en terreno conocido. Corrientemente, su primer impulso es dirigirse derecho hacia nuestra querida Presidenta, y eso será lo mejor que puede hacer, ya que no hay nadie más a propósito para darle sanos consejos. Son tantas las posibilidades que se deparan en la vida astral, que no es posible establecer reglas generales, si bien tendrá pocas ocasiones de obrar injustamente el que trate de hacerse útil a los que le rodean. Hay abundantes ocasiones de aprender, así como de trabajar, y el recién llegado tendrá que decidir la mejor manera de distribuir el tiempo entre ellas.

El mundo astral no se alterará por la conveniencia de los miembros de la Sociedad Teosófica, como tampoco se altera el mundo físico, y lo mismo que todos los demás tendrán que aceptarlo tal como lo encuentren. Si un beodo va por la calle o por un camino, todos los transeúntes toparán con él, sean o no miembros de la Sociedad Teosófica, y el plano astral no difiere del físico en este aspecto. Sin embargo, puesto que los teósofos conocen las leyes que gobiernan la vida en el plano astral, deben conocer mejor que los que ignoran la manera de tratar a las entidades repulsivas con las que, igual que los demás, están expuestos a tropezar en su camino. Desde luego que se las habrán encontrado muchas veces mientras ellos actuaban en el plano astral durante la vida, y por lo tanto no les causarán más temor que antes, sino que al encontrarlas en su propio nivel más bien les será más fácil entenderse con ellas y prestarles toda la ayuda que sean capaces de recibir.

En realidad, después de la muerte, no existe diferencia entre el hombre vulgar y el hombre psíquico, excepto que éste último, por estar más familiarizado con la materia astral se sentirá como en su propia casa en el nuevo ambiente. Porque ser psíquico implica la capacidad de

aportar a la conciencia física algo de la vida superior y, por lo tanto, la diferencia entre el psíquico y el hombre vulgar existe en la condición respectiva de sus vehículos físicos; pero cuando el vehículo físico desaparece, la diferencia deja de existir.

RELACIÓN DE LOS MUERTOS CON LA TIERRA

Un muerto tiene a menudo conciencia de los sentimientos de la familia que dejó en la tierra. Si comprendemos exactamente lo que puede manifestar el cuerpo astral, será fácil advertir lo que el muerto es susceptible de conocer. No seguirá forzosamente en todos sus pormenores los sucesos de la vida física, ni sabrá qué comen o qué hacen sus amigos, pero sí sabrá si están tristes o alegres y se percatará de los sentimientos de amor, odio, celos o envidia.

Cuando un beodo ronda en torno a una taberna, se sume en el olor del alcohol por materialización parcial, esto es, revistiéndose de un velo de materia etérica. No huele tal como nosotros olemos y por esto ansía poner a otros en estado de embriaguez, a fin de infundirse parcialmente en sus cuerpos físicos, obsesionarles, y experimentar de nuevo directamente el sabor y demás sensaciones que con tanto ahínco desea.

En el cuerpo astral hay exactas contrapartes de los ojos, oídos, nariz y boca; pero no vayamos a pensar que el hombre astral vea con estos ojos, oiga con estos oídos, ni huela y guste con aquellas nariz y boca.

Toda la materia del cuerpo astral está en rápido y continuo movimiento de una a otra parte de su masa, de suerte que es de todo punto imposible que determinadas partículas astrales se especialicen sensorialmente como en el cuerpo físico lo están los nervios de los sentidos. Por el contrario, los sentidos del cuerpo astral no se localizan en órganos especiales, sino que están generalizados en todas y cada una de sus partículas, de modo que el hombre astral puede ver astralmente con cualquier parte de su cuerpo y ver al mismo tiempo a todo su alrededor en lugar de sólo delante de él. Podrá agarrar la contraparte astral de la mano de un viviente; pero, como ambas manos rozarían una con otra sin sentido de tacto, no habría en ello objetividad para él. Sin embargo, es perfectamente posible materializar una mano que, aunque invisible, se hiciese sentir lo mismo que una mano física, como sucede en las sesiones espiritistas.

Hay tres subplanos del astral desde los cuales a las personas desencarnadas les sería posible (aunque no conveniente) ver y observar los sucesos del mundo físico. En el ínfimo subplano astral el hombre, por lo general, está ocupado en otras atenciones y le interesa muy poco cuanto ocurre en el mundo físico, excepto en los casos en que, según explican las obras teosóficas, persigue viles objetivos; pero en el sexto subplano está en contacto muy próximo con el mundo físico y puede tener conciencia de muchas cosas con él relacionadas, aunque nunca ve la materia física sino la respectiva contraparte astral. En grado rápidamente

disminuido esta conciencia también es posible en los subplanos quinto y cuarto, pero en los demás, sólo podría comunicarse con el mundo físico por efecto de la especial e intensa evocación de un médium, e incluso esto será sumamente difícil si el hombre astral está en el primer subplano.

La mayor o menor capacidad del hombre para ver y observar desde el plano astral los acontecimientos del mundo físico depende de su carácter, disposición de ánimo y estado de desarrollo. La mayoría de las personas buenas y honradas que vivieron rectamente atraviesan los subplanos inferiores antes de despertar la conciencia astral y, por lo tanto, no pueden relacionarse con nada de naturaleza terrena. Sin embargo, algunos de ellos se ponen en contacto con el mundo físico impelidos por la vivísima ansiedad respecto de sus seres queridos.

Las personas de moralidad no tan elevada tienen en su constitución más materia de los subplanos inferiores del astral y, por lo tanto, su capacidad es mucho mayor para ver lo que sucede en la tierra, sobre todo cuando su pensamiento se concentró esencialmente en las cosas de este mundo, sin poca o ninguna aspiración espiritual ni mental. Esta baja tendencia se acrecienta con el uso, y el hombre que al principio es dichosamente inconsciente de cuanto pasa en la tierra, puede ser desgraciado al poner su atención en ello, sobre todo por las manifestaciones egoístas de dolor de los supervivientes. Entonces se esfuerza en apartarse del contacto con esta vida a la que ya no pertenece; en ese caso, su capacidad de ver las cosas terrenas aumenta durante algún tiempo y después sufre mentalmente cuando esta capacidad desaparece. Este sufrimiento deriva de la irregularidad con que, por su propia actuación, perturbó la vida actual, pues es absolutamente impropia de la evolución post-mortem normal y ordenada. Si alguien se lamentara de que de este modo el desencarnado no ve el mundo físico tal como es, debemos responderle que ni los desencarnados ni tampoco los vivientes ven el plano físico tal y conforme es en realidad, pues la mayor parte de nosotros sólo vemos de él las partes sólidas y líquidas, y somos completamente ciegos para las mucho más vastas porciones gaseosas y etéricas. El desencarnado no ve en modo alguno la materia física, ni siquiera toda la contraparte astral respectiva, sino tan sólo la parte correspondiente al subplano en que se encuentra. El único que ve en toda su amplitud e integridad los mundos físico y astral es el que durante su vida terrena desarrolló la visión etérica y astral.

Otra dificultad con la que tropiezan los desencarnados es que no siempre reconocen acertadamente la contraparte del cuerpo físico aunque lo vean. Necesitan mucha experiencia antes de lograr la clara identificación de los objetos y todo intento de manejarlos suele ser muy vago e impreciso, como ocurre en las casas frecuentadas con las piedras que arrojan, o

los muebles que mueven, o los pasos que dan las entidades astrales que rondan por ellas. La capacidad de identificar los objetos físicos depende, en gran medida, de la experiencia y del conocimiento pero apenas podrá perfeccionarse, a no ser que en vida se haya aprendido algo sobre el particular.

Me preguntan si un desencarnado puede disfrutar de la contraparte astral de una representación escénica y si habrá sitio para él aunque el teatro esté lleno de bote en bote. Con seguridad que un teatro rebosante de público tiene su contraparte astral visible para el desencarnado. Sin embargo, la representación escénica no le proporcionará deleite alguno, porque no ve el vestuario, el decorado ni la expresión de los artistas tal como los vemos nosotros. Únicamente tendrá conciencia de las emociones de los comediantes que, por ser fingidas, no producen efecto en el plano astral. Los cuerpos astrales tienen la propiedad de interpenetrarse sin daño recíproco y constantemente se están interpenetrando, como así debe ser si reflexionamos sobre ello. Cuando nos sentamos junto a otra persona en el tren, en el tranvía o en un coche, ambos cuerpos astrales se interpenetran considerablemente sin la menor dificultad, porque las partículas astrales en proporción a su tamaño están muchísimo menos cohesionadas que las físicas. Al mismo tiempo se afectan intensamente unas a otras en cuanto a su modalidad vibratoria, por lo que es sumamente perjudicial sentarnos junto a una persona de pensamientos impuros, envidiosos o coléricos. Por lo tanto, un desencarnado puede entrar fácilmente en un teatro lleno de público, sobre todo cuando los espectadores están acomodados en sus asientos, y la entidad astral flotará en el aire.

El suicida escapa de la escuela antes de aprender la lección que se le había señalado. Es culpable del mucho engreimiento que supone el tomar por sí y ante sí una decisión que debiera haber dejado a la obra de la ley suprema. Las consecuencias de tan enorme rebeldía contra la naturaleza son siempre de índole muy terrible y, con seguridad, afectarán a la próxima vida y acaso a más de una. Las circunstancias que acompañan al suicida en el momento de su muerte son análogas a las de la víctima de un accidente, pues ambos llegan con la misma repentinidad al plano astral. Pero entre ellos existe la enorme diferencia de que el hombre que muere inesperadamente queda en estado de inconsciencia y, por lo general, atraviesa el séptimo subplano sin sufrir ninguna de sus variadas molestias. El suicida, al contrario, actúa deliberadamente y casi siempre pasa por horribles y repugnantes sufrimientos. No puede apartarse de las ideas y emociones que le decidieron a matarse, pero algún protector amistoso puede ayudarle a comprenderlas y a inspirarle paciencia, resignación y esperanza.

Aunque reconozcamos plenamente el gravísimo error del suicida, no somos quienes para

juzgar a nuestro hermano que en esto incurra. Hay muchísima diferencia según los casos, y nos es imposible conocer los diversos factores que intervinieron en cada uno de ellos, aunque todos los tiene en cuenta la eterna ley de justicia.

En las condiciones de la vida astral del hombre después de la muerte hay que considerar dos factores capitales: el tiempo que permanece en cada subplano y la intensidad de su conciencia en él. La permanencia en un subplano depende, según ya dijimos, de la cantidad de materia perteneciente a este subplano que asimiló durante la vida terrena.

Pero la intensidad o grado de conciencia en un subplano no sigue precisamente la misma ley. Para comprender su método operativo consideremos un caso extremo. Supongamos que un hombre ha traído de la vida precedente ciertas tendencias cuya manifestación requiere gran cantidad de materia del séptimo subplano, y ha sido lo bastante afortunado en la vida actual para aprender en su primera infancia la posibilidad y la necesidad de reprimir dichas tendencias. Es improbable que los esfuerzos de semejante hombre sean uniformes y totalmente fructíferos; pero si lo fueran, se iría reemplazando firme, aunque lentamente, la materia astral grosera por otra más sutil.

Este proceso, en todo caso, es gradual y puede ocurrir que el hombre muera antes de cumplirlo en su mitad. En ese caso, en su cuerpo astral quedaría bastante materia del séptimo subplano para obligarle a permanecer allí no poco tiempo; pero sería materia por medio de la cual su conciencia no estaría acostumbrada a actuar en la presente encarnación, y como no podrá adquirir de repente este hábito, el hombre permanecerá inconsciente en ese subplano hasta que se desintegre la materia de su cuerpo astral correspondiente al mismo subplano, de modo que dormirá durante todo el tiempo de su permanencia en él sin que le afecten sus molestias.

Así pues, vemos que los dos factores de la existencia de ultratumba, el subplano a donde va el hombre y el grado de su conciencia en él, no dependen en lo más mínimo del género de muerte, sino de la índole de su vida, de modo que cualquier accidente, por repentino o terrible que sea, apenas altera dichos factores. Sin embargo, la antigua y conocida jaculatoria de la iglesia que dice: “De muerte repentina líbranos Señor”, se funda en alguna razón; porque, si bien la muerte repentina no empeora en modo alguno la situación del hombre en el plano astral, tampoco la mejora, mientras que el lento desgaste de la vejez o los estragos de una enfermedad larga y penosa o crónica siempre van acompañados de una considerable eliminación y pérdida de partículas astrales, de suerte que al recuperar el hombre su conciencia en el plano astral ya tiene hecha de antemano parte de la tarea principal que allí le incumbe.

El profundo terror mental y la perturbación que a veces acompaña a la muerte violenta son de por sí muy desfavorables preparaciones a la vida astral. En efecto, han ocurrido casos, aunque felizmente raros, en que tan funesto estado de ánimo persistió después de la muerte. Así es que el deseo general de disponer de algún tiempo para prepararse a bien morir, no es superstición, sino que tiene una base; pero al que lleve una vida teosófica poco ha de importarle que el tránsito del plano físico al astral sea lento o súbito, pues, por su parte, continuamente está haciendo cuanto le es factible para progresar todo lo posible, y en ambos casos se le ofrecen las mismas perspectivas.

En resumen, resulta claro que la muerte violenta no implica, necesariamente, la estancia prolongada en el séptimo subplano del astral, aunque en cierto sentido cabe decir que la alarga algún tanto, puesto que priva a la víctima de la oportunidad de eliminar las partículas astrales correspondientes a dicho subplano durante los sufrimientos de una pertinaz enfermedad.

En el caso de los niños es muy improbable que en su corta e inocente vida hayan desarrollado mucha afinidad con los subplanos inferiores del astral; y en efecto, la experiencia demuestra que casi nunca se les halla en relación alguna con estos subplanos. Tanto si mueren de repente como de enfermedad, su vida astral es relativamente corta, y la vida celeste, aunque muy larga, está en razonable proporción con la astral, de modo que reencarnan tan luego como se agotan las fuerzas actualizadas durante sus cortas vidas terrenas. Opera la misma ley capital que observamos en el caso de los adultos.

Nada de cuanto pueda hacerse por procedimientos *ordinarios* con el cadáver físico alterará *necesariamente* las condiciones de la vida astral. Conviene hacer esta advertencia porque además de los procedimientos ordinarios de inhumación, incineración y embalsamamiento hay ciertos ritos horribles de magia negra que afectan gravemente la condición astral del hombre; y en cuanto al estado del cadáver, aunque no altera *necesariamente* dicha condición, puede a veces alterarla por efecto de la ignorancia o la insensatez del mismo hombre. Expliquémoslo.

La duración de la vida astral después de la muerte física depende de dos factores principales; de la índole de la vida que acaba de pasar en la tierra y de su actitud mental después de lo que llamamos muerte. Durante su vida terrena el hombre está influyendo constantemente en la constitución de su cuerpo astral por el medio directo de las pasiones, emociones y deseos cuyo predominio consiente, y por el indirecto de la acción de sus pensamientos desde arriba, y de todos los pormenores de su vida física, como su continencia o libertinaje, pulcritud o desaseo, manjares y bebidas, desde abajo. Si, por persistir en la perversidad de cualesquiera de estas modalidades viciosas es tan insensato que se construye un vehículo astral basto y

denso, habituado a responder tan sólo a las lentas vibraciones del séptimo subplano, después de la muerte se encontrará preso en este subplano durante el largo y lento proceso de la desintegración del cuerpo astral. Por el contrario, si mediante su conducta correcta y cuidadosa se forma un vehículo constituido principalmente de materia sutil, después de la muerte tendrá mucha menos turbación y desconsuelo y evolucionará mucho más rápida y fácilmente.

Esto lo comprenden la generalidad de las personas; pero suele olvidarse el segundo factor capital, o sea la disposición de la mente después de morir el cuerpo físico. lo conveniente para el hombre es conocer su situación en este pequeño arco de su progreso evolutivo, saber que en esta etapa se retrae firmemente hacia el plano del ego y, por lo tanto, ha de desligar su pensamiento cuanto pueda de las cosas terrenas y fijar cada vez más la atención en los objetivos espirituales que le han de ocupar durante su vida celeste. Así facilitará enormemente la natural desintegración astral y evitará el triste y común error de detenerse en los niveles inferiores, en los cuales sólo debería residir temporalmente.

Sin embargo, muchos desencarnados no sólo no elevan sus pensamientos, sino que luchan sin cesar para mantenerse en contacto con el plano físico del que acaban de salir, perturbando muchísimo con ello a quienes tratan de auxiliarles. Durante su existencia terrena sólo concentraron su vivo interés en los negocios mundanos y a ellos siguen aferrados con desesperada tenacidad incluso después de la muerte. Según pasa el tiempo, les resultará más difícil relacionarse con la tierra; pero en lugar de acoger favorablemente y estimular este proceso de refinamiento y espiritualización gradual, se resisten fuertemente con cuantos medios disponen, hasta que la potentísima fuerza de la evolución los arrastra en su benéfica corriente, por más que se debatan paso a paso contra ella causándose no sólo muchos sufrimientos y tristezas innecesarios sino retardando también su progreso.

Ahora tenemos que al hombre astral, en esta ignorante y desastrosa oposición a la voluntad cósmica, le sirve de punto de apoyo la posesión de su cadáver en el plano físico. Puede ponerse naturalmente en estrecha relación con él y, si tanto se extravía que establece esta relación, lo usará como un ánora que lo mantenga firmemente hundido en el lodo hasta muy avanzada su descomposición. La incineración del cadáver salva al hombre de este riesgo, porque entonces quema las naves tras de sí y ya no le es tan fácil retroceder.

Por lo tanto, vemos que si bien ni la inhumación ni el embalsamamiento de un cadáver puede obligar al hombre a quien perteneció a prolongar su permanencia en el plano astral en contra de su voluntad, cualquiera de ambas causas es para él una tentación de detenerse allí con muchísima facilidad para hacerlo si desgraciadamente lo desea.

Ningún ego avanzado consentirá en detenerse en el plano astral por un medio tan insensato como el embalsamamiento de su cadáver. Tanto si se incinera su vehículo físico, como si se deja pudrir de la horrible manera en que se hace normalmente o bien si se le conserva indefinidamente como una momia egipcia, su cuerpo astral se irá desintegrando sin que nada le afecte.

Entre las muchas ventajas de la incineración, las principales son que impide completamente cualquier intento de parcial y nefanda reunión temporal de los principios, y cualquier esfuerzo para utilizar el cadáver en operaciones de magia negra; es decir, que la incineración evitará todo peligro.

CONDICIONES DESPUÉS DE LA MUERTE

Los estudiantes suelen preguntar si al hombre ordinario le resulta más ventajosa la existencia subconsciente o la activa en el plano astral. Esto depende de la índole de la existencia activa y del estado de desarrollo del ego. El hombre ordinario muere con cierta cantidad de deseos todavía no extinguidos, cuya fuerza ha de agotarse antes de que le sea posible sumirse en un estado de inconsciencia. Si la única actividad posible para él es la de los bajos deseos, desde luego, más que nada le convendrá que nada le estorbe al sumirse cuanto antes en la relativa inconsciencia, puesto que todo nuevo karma por él establecido tiene pocas probabilidades de ser de índole ventajosa.

Si, por el contrario, está lo suficientemente evolucionado para ser útil a otros en el plano astral y, sobre todo, si ya tiene la costumbre de trabajar allí durante el sueño, no hay razón para que no emplee provechosamente el tiempo de su forzosa permanencia en dicho plano, aunque resultaría imprudente actualizar nuevas fuerzas que prolongaran su estancia. Quienes operan bajo la dirección de los discípulos de los Maestros de Sabiduría se aprovecharán naturalmente de sus consejos, puesto que tienen mucha experiencia en ese particular y, a su vez, pueden consultar con otros de todavía mayor conocimiento.

La vida astral, lo mismo que la física, puede ser gobernada por la voluntad, siempre dentro de los límites prescritos en cada caso por el karma, es decir, por nuestras acciones pasadas. El hombre ordinario tiene poca fuerza de voluntad o poca iniciativa y es hechura del ambiente que él mismo se forma en el plano astral así como en el físico; pero un hombre decidido y de recia voluntad puede aprovecharse al máximo de las condiciones en que se halle y puede prevalecer contra ellas. Al fin y al cabo, lo que él determinó por su voluntad, con la ayuda del tiempo, puede transmutarlo gradualmente también por su voluntad.

En el mundo astral, un hombre no se desprenderá de sus malas inclinaciones ni más ni menos que en el mundo físico, a no ser que se esfuerce resueltamente a desprenderse de ellas. La mayor parte de los deseos que tan violenta y persistentemente le dominan, necesitan un cuerpo físico para su satisfacción, y como ya no lo tiene, estos deseos le causan agudos y prolongados sufrimientos; pero, con el tiempo los deseos se van consumiendo y acaban por atrofiarse y desvanecerse por imposibilidad de satisfacción. De la misma manera, la materia del cuerpo astral se desgasta y se desintegra a medida que la conciencia se retrae de ella por los esfuerzos semiconscientes del ego, y así el hombre se desprende por grados de cuanto le

aparta del mundo celeste.

Pero lo peor de todo es que el hombre, por lo general, no siente la necesidad de desligarse del mal que lo rezaga. Es evidente que si se da cuenta del caso y pone su mente en acción puede apresurar en gran manera los dos procesos antes referidos. Si comprende que le conviene eliminar todo deseo terreno y retraerse en sí mismo, tan pronto como pueda se pondrá ardientemente a la tarea; pero por lo general hace lo contrario y, en su ignorancia, acaricia sus deseos prolongando con ello su vida astral y se aferra desesperadamente a las más groseras partículas de materia astral durante tanto tiempo como puede, porque la sensación del deseo parece acercarle a la vida física de la que está tan apasionadamente ansioso. Así pues, vemos por qué uno de los aspectos más importantes de la labor de los protectores o auxiliares invisibles es el de explicarles a los desencarnados la situación en que se encuentran; y también vemos por qué el conocimiento intelectual de las verdades teosóficas es de tan inestimable valor para el hombre.

Cuando el desencarnado llega al plano astral no siempre se percata de que ha muerto en la tierra, y aun cuando se convenza de ello por completo, no se da cuenta evidentemente de la diferencia entre el mundo astral y el físico. En la vida terrena el hombre es esclavo de imperiosas necesidades. Ha de comer, vestirse y alojarse, para lo cual necesita dinero, y para tener dinero tiene que trabajar y ocuparse en algo. Todo esto es tan natural y normal en el mundo físico, que al verse libre el hombre de semejante esclavitud no acaba de creer en mucho tiempo que esté verdaderamente libre de dichas trabas, y en muchos casos continúa aprisionándose inútilmente con los grilletes que en realidad rompió la muerte física.

Así, a veces vemos algunos noveles desencarnados que toman actitudes de sentarse a la mesa para comer, de preparar manjares imaginarios o levantar moradas. He visto a un hombre en actitud de construirse una casa, piedra sobre piedra, y aunque fabricaba esas piedras por un esfuerzo mental, no se daba cuenta de que con el mismo esfuerzo hubiera podido edificarse imaginariamente la casa entera. Se le dio a entender que aquellas piedras no pesaban y de esto coligió que su actual condición difería de la que tuvo en la tierra, con lo cual se le estimuló a ulteriores investigaciones.

En la tierra de estío los hombres se rodean de paisajes formados por su propia imaginación, aunque hay quienes se ahorran este trabajo aceptando, desde luego, los ya formados por otros. Los que están en el sexto subplano, rasante con la superficie de la tierra, se ven rodeados de las contrapartes astrales de las montañas, los árboles, los lagos, y no necesitan un escenario; pero los que están en subplanos superiores y flotan a cierta distancia de la superficie de la tierra, se forjan paisajes con el esfuerzo mental de su imaginación.

El ejemplo más común de esto es que ellos mismos se representan las escenas descritas en sus diversas Escrituras religiosas y, por lo tanto, en dichos subplanos encontramos siempre ingeniosos intentos para reproducir ideas tales como las de los árboles con joyas por fruto, mares de cristal entremezclado con fuego, entidades con multitud de ojos internos y dioses con cien cabezas y doscientos brazos. De esta guisa, a consecuencia de la ignorancia y prejuicios que los dominaron durante su vida física, muchos hombres trabajan en el plano astral estérilmente, cuando podrían aprovechar el tiempo en ayudar al prójimo.

OBSESIÓN ANIMAL

Sabemos que un ego en camino de reencarnación puede verse desviado de su curso e indefinidamente retenido en el plano astral por la fuerza atractiva del alma-grupal de cierta especie de animales con cuyas características tenga demasiada estrecha afinidad. También sabemos que la misma atracción puede captar a un alma en el plano astral después de la muerte física y retenerla allí en íntimo consorcio con una forma animal, como también y a consecuencia de extremada crueldad con un animal es posible quedar ligado kármicamente a él y compartir sus horribles sufrimientos.

Todo esto lo describió la señora Besant en una carta dirigida a un periódico de la India, reproducida en *The Theosophic Gleaner* vol. XV, pág. 231, y que dice así:

“El ego humano nunca reencarna en un animal, porque la reencarnación significa la entrada en un vehículo físico que desde entonces pertenece al ego y es gobernado por él. La relación penal del ego humano con una forma animal no consiste en reencarnar en dicha forma, porque el alma animal, propietaria de la forma, no queda desprovista de ella ni el ego puede gobernarla aunque temporalmente esté adherido a ella. El ego humano tampoco se convierte en animal ni pierde sus atributos humanos mientras sufre su castigo. No ha de pasar de nuevo por las etapas inferiores de la humanidad, sino que en cuanto cumple su castigo vuelve a colocarse en el grado de forma humana que le corresponde por su previa evolución. (Véanse los casos de Jada Bharata y de la esposa del Rishi liberada al contacto del pie de Rama, lo cual demuestra cuán errónea es la vulgar creencia de que el hombre puede convertirse en piedra o animal)

“Lo cierto es que cuando un ego, un alma humana, por apetitos desordenados o por cualquier otra causa, forma un fuerte lazo de unión con un animal, el cuerpo astral de dicho ego manifiesta las correspondientes características animales, que pueden tomar formas también animales en el mundo astral donde se plasman visiblemente los pensamientos y pasiones. Así es que, después de la muerte, en el *petraloka* el alma quedará revestida de una envoltura astral de forma semejante al cuerpo físico del animal cuyas cualidades haya alimentado durante la vida terrena. En casos extremos, tanto al pasar al plano astral después de la muerte, como al volver a pasar por el camino de la reencarnación, el ego puede quedar ligado por afinidad magnética al cuerpo astral del animal cuyas características hubiese asimilado, y a consecuencia de este consorcio astral puede quedar preso después en el cuerpo

físico del animal sin poder ir al devachán o *svarga* si es un *petra* o que viene de la tierra, ni tampoco renacer por entonces en forma humana si procede del devachán. Verdaderamente, está sufriendo una pena aflictiva encadenado a un animal. Es consciente en el mundo astral, conserva sus facultades humanas, pero no puede gobernar el cuerpo bruto al que está ligado ni manifestarse por medio de él en el plano físico. El cuerpo del animal no posee el mecanismo necesario para la expresión autónoma del ego humano. Puede servir de cárcel, pero no de vehículo. Además, el alma del animal no sale de su propio cuerpo sino que sigue siendo su gobernante.”

“Shankarâchârya alude muy claramente a esta diferencia entre el encierro por castigo en un cuerpo animal y la conversión del hombre en piedra, árbol o bruto. El encierro no es reencarnación y yerran quienes por tallo toman, pues, por estar al corriente de los referidos fenómenos siempre diré que el ego humano no puede reencarnar en un animal ni convertirse en animal. No es sólo ésta la vicisitud a que se expone un alma degradada en el mundo astral, y algo de ello insinúan los Shâstras hinduístas, pues lo expuesto es parcial y muy incompleto.”

“Si el ego no está lo bastante degradado para merecer un absoluto encarcelamiento, pero tiene el cuerpo astral muy embrutecido, podrá renacer normalmente, aunque su nuevo cuerpo físico reproducirá las características animales, como demuestran esas personas cuyas facciones repulsivas reflejan las líneas del cerdo, perro, primate, loro, etc.”

“Cuando el hombre se entrega a vicios bestiales se acarrea penas más terribles de lo que imagina, porque las leyes naturales obran inflexiblemente y proporcionan a cada cual la cosecha de lo que siembra. Muy grande es el sufrimiento infligido a la entidad humana consciente cuyos extravíos la separan temporalmente de la línea del progreso y de su expresión autonómica; pero en cambio, este sufrimiento le sirve de enmienda y es análogo al de otros egos ligados a cuerpos físicos con un cerebro enfermo o inútil, como los idiotas, locos, memos, etc. La idiotez y la locura son el resultado de vicios de distinta índole de los que conducen a la esclavitud animal; pero, en estos casos, el ego también queda atado a una forma en la que no se puede manifestar.”

Estos ejemplos explican, hasta cierto punto, la difundida superstición de que en determinadas circunstancias el hombre puede reencarnar en el cuerpo de un animal. Los libros orientales consideran como tres vidas separadas las que nosotros debemos considerar como tres distintas etapas de *una* sola vida. Cuando se dice que un hombre al morir en el plano físico renace en seguida en el plano astral, se quiere decir con ello que entonces empieza su vida total y especializada en dicho plano, y de la misma manera, lo que nosotros llamamos el

tránsito al devachán suele denominarse muerte en el plano astral y nacimiento en el mundo celeste. Así pues, no es extraño que se haya llamado “renacimiento en forma animal” a uno de los casos anormales a que acabamos de referirnos, aunque la palabra renacimiento así empleada no tiene en absoluto el mismo significado que le damos en la literatura teosófica.

En recientes investigaciones nos llamó la atención un caso que difería de todos los anteriores en el cual el hombre establecía, intencionadamente, el comercio con el animal para eludir algo que le parecía mucho peor. Sin duda que también los antiguos conocieron este caso, pues aluden a él las tradiciones sobre la reencarnación animal. Procuremos explicarlo.

Al morir el hombre, la parte etérica de su cuerpo físico se retrae de la densa, y poco después, generalmente al cabo de unas cuantas horas, el astral se desprende del etérico y empieza la vida astral del ego. Por lo común, el hombre queda inconsciente hasta librarse del etérico y al despertar a nueva vida se halla ya en el plano astral. Pero hay casos en que el hombre se aferra tan desesperadamente a la existencia terrena, que su vehículo astral no puede desprenderse del etérico y entonces despierta rodeado de materia etérica.

Ahora bien, el cuerpo etérico es tan sólo una parte del físico y no sirve por sí mismo de vehículo de conciencia, es decir, que no constituye un cuerpo en que pueda vivir y funcionar el ego. Así, el infeliz que despierta rodeado de materia etérica, esto es, envuelto en la parte etérica de su cuerpo físico, queda en un estado muy desagradable y suspendido, por decirlo así, entre dos planos. La envoltura etérica lo separa del astral y, al propio tiempo, carece de órganos físicos para relacionarse con la tierra, por lo que se ve zarandeado, solitario, sordomudo y horrorizado en una densa y melancólica niebla, incapaz de comunicarse con los habitantes de los mundos astral y físico, vislumbrando a veces algunas otras almas errantes en su misma situación e impotente para relacionarse ni siquiera con ellas, ni asociarse a ellas, ni detenerlas en su errabunda y desorientada marcha que las arrastra y engolfa en la tenebrosa noche. De cuando en cuando, la envoltura etérica se rasga lo bastante para permitir un vislumbre de las escenas astrales, aunque esto, en vez de alentar al ego lo pone en mayor zozobra porque lo cree un vislumbre del infierno. A veces columbra vagamente un objeto familiar terreno al pasar junto a una vigorosa imagen mental, pero las raras y tantálicas rasgaduras del velo etérico sólo sirven para densificar luego las tinieblas y sumir al alma en la más profunda desesperación. La infeliz no comprende que con sólo desistir de su frenético apego a la tierra entraría, tras pocos momentos de inconsciencia, en la vida astral ordinaria, pero precisamente este apego es lo que la alucina, y por no perder aquella mísera semiconciencia que tiene, prefiere aferrarse al mundo gris de la niebla circundante antes que sumirse en el, a su parecer, abismo de anonadamiento y aniquilación. A veces, las blasfemas

enseñanzas recibidas en la tierra le infunden el temor de que si se deja ir caerá en el infierno.

En todo caso, son verdaderamente terribles su desesperación y su angustioso sufrimiento.

Hay varios medios para librarse de esta enojosa aunque provocada situación. Algunos miembros de nuestra hueste de protectores invisibles se dedican a la labor especial de encontrar almas en tan penoso estado y persuadirlas para salir de él, así como también hay entre los desencarnados quienes se encargan de esta tarea como una especie de beneficencia astral.

Algunas veces estos esfuerzos consiguen éxito, aunque por lo general hay pocas víctimas con suficiente valor y confianza para desprenderse de lo que les parece vida, por misérrima que sea. Con el tiempo, la envoltura etérica se desgasta y el curso natural de la evolución recupera su imperio a pesar de todo, sucediendo a veces que un repentino arrebató de desaliento anticipa este resultado, porque el ego desesperado se dice a sí mismo que es preferible la aniquilación a semejante vida y, temerariamente, se abandona creyendo anonadarse, cuando despierta con agradable sorpresa en el mundo astral.

Sin embargo, hay algunos tan desdichados que durante sus primeras luchas descubren tortuosos procedimientos de reavivar su contacto con el plano físico en lugar de recluirse en el astral. Uno de estos procedimientos es el de la comunicación mediumnística, aunque casi siempre el “espíritu guía” del médium impide enérgicamente el acceso de la entidad y hace bien en ello, porque el terror y la ansiedad que la dominan le quitan todo escrúpulo y podría obsesionar e incluso enloquecer al médium con sus esfuerzos por la vida, parecidos al esfuerzo del que se está ahogando. Y todo es completamente inútil porque, en último término, sólo conseguiría prolongar sus sufrimientos por la intensificación de la materia etérica de la que debería desprenderse.

A veces, alguna de estas entidades se esfuerza en apoderarse de alguna persona que sin saberlo posea facultades mediumnísticas, generalmente de alguna muchacha sensitiva; pero tan sólo logrará su intento si el ego de la víctima escogida ha perdido o debilitado el dominio sobre sus vehículos al ceder a malos pensamientos y bajas pasiones. En cambio, si las relaciones del ego con sus vehículos son normales y sanas nada podrán contra él los esfuerzos frenéticos de las entidades a las que nos referimos.

Sin embargo, un animal no tiene ego, sino un fragmento de alma grupal que hace las veces de ego, aunque se relaciona con sus vehículos de manera muy distinta a como se relacionaría un ego; y así, la que pudiéramos llamar de momento “alma” del animal puede ser desposeída de sus vehículos mucho más fácilmente que la del hombre. A veces, según hemos dicho, el

alma que vaga por el mundo gris (entre el físico y el astral) es lo bastante desdichada para advertir esta circunstancia, y en su locura obsesiona al cuerpo de un animal, o si no logra desalojar del todo al alma del bruto se esfuerza en compartir con ella su dominio y ponerse por este medio en contacto con el mundo físico, pues ve por los ojos del animal (lo que suele ser una experiencia muy curiosa) y siente cualquier dolor que sienta el animal, de modo que mientras tanto *es* el propio animal por lo que respecta a su conciencia.

Un antiguo y respetable miembro de una de nuestras ramas teosóficas de Inglaterra explicó que había recibido la visita de un hombre que venía a pedirle consejo en circunstancias críticas. El visitante daba la impresión de haber estado en mejor situación social pero que, venido a menos, no tuvo más remedio que aceptar cualquier trabajo que se le ofreciese y así llegó a ser matarife en un gran matadero. Confesaba que le era absolutamente imposible seguir practicando su horrible oficio, porque cuando se disponía a sacrificar a las reses le conmovían con sus gritos de angustia que desgarraban el corazón, y le decían a voces: “¡Ten misericordia de nosotros! No descargues el golpe porque somos seres humanos infusos en estos animales cuyos dolores sufrimos.” Así es que habiéndose enterado aquel matarife de que la Sociedad Teosófica estudiaba arduos problemas de no común resolución, había ido a pedirle consejo a nuestro hermano teósofo.

Sin duda que aquel hombre era algo clarividente, o tal vez lo bastante sensitivo para percibir los pensamientos de aquellos infelices egos que se habían asociado con animales y estos pensamientos le parecían gritos audibles de misericordia. No es extraño que fuese incapaz de continuar en su oficio.

Esto puede dar lugar a que reflexionen cuantos comen carne, los que llaman deporte a la matanza de animales de la caza, tiro de pichón, etc. y sobre todo los viviseccionistas, pues el que mata o tortura a un animal se expone a infligir indecibles sufrimientos a un ser humano. No cabe duda de que la posibilidad en que un hombre materialista se halla de cometer tamaño error está disminuía por el fondo racional de la creencia dominante en varias tribus de que no deben matarse a ciertos animales “por recelo de que en él esté el espíritu de algún antepasado”. Porque el hombre que así se infunde en el cuerpo de un animal no puede abandonarlo cuando quiera pues aunque haya aprendido la manera de retirarse de él necesitará hacer para ello considerables esfuerzos de muchos días, y aun así sólo podrá retirarse gradualmente. Hasta la muerte del animal no suele verse libre, aunque todavía le queda entonces por deshacer el consorcio astral. Después de la muerte de la bestia, la entidad humana infundida en su cuerpo suele esforzarse en obsesionar a otro animal de la misma especie o cualquier otra criatura de quien pueda apoderarse en su desesperación.

He observado que los animales obsesos o semiobsesos por un ser humano, suelen parecer como alocados de ira y terror cual si, a su pesar, sintieran la presencia de un extraño. Además, los otros animales de su propia especie, manada o grey, se apartan de ellos, rehuyen su compañía o temen su encuentro. Los animales preferidos para la obsesión por las entidades humanas son los menos desarrollados entre los cuadrúpedos, como los bueyes, corderos y cerdos¹. Los animales más inteligentes como perros, gatos y caballos no son tan susceptibles de obsesión, aunque conozco un caso horrible en el que un sacerdote católico se asoció por este medio a un gato. Además, tenemos el conocido caso del mono de Pandharpur que sabía celebrar las ceremonias brahmánicas. Pero en la mayor parte de los casos, el alma obsesionante se ha de satisfacer con lo que encuentre, porque el esfuerzo necesario para rendir incluso a la bestia más estúpida consume todas sus energías.

¹ Seguramente que desde el punto de vista esotérico tiene íntima relación con cuanto expone Leadbeater sobre la obsesión animal, y en cierto modo la corrobora, el pasaje evangélico que en paráfrasis dice así: “Al pasar Jesús a la otra orilla del lago de Tiberíades, en el país de los gergesenos, le vinieron al encuentro dos endemoniados que fieros en gran manera salían de los sepulcros, de modo que nadie podía pasar por aquel camino, y clamaron diciendo:” ¿Qué tenemos contigo, Jesús, Hijo de Dios? ¿Has venido acá a molestarnos antes de tiempo?” Estaba paciendo más allá de ellos una manada de cerdos, y los endemoniados le dijeron a Jesús: “Si nos echas, *permítenos ir a aquella manada de puercos.*” Jesús les dijo que fueran, y ellos se infundieron en la manada de puercos que se precipitaron desde un despeñadero y se ahogaron en las aguas del lago.” Véase Evangelio de San Mateo, 8:28-33. De este pasaje se infiere fácilmente la verosimilitud de que los egos errabundos se hubiesen aprovechado de sus cadáveres, según expone Leadbeater, para ponerse en contacto con la tierra, pues el texto evangélico dice que *salían de los sepulcros* y al encontrarse con la taumatúrgica virtud del Cristo operante en el cuerpo de Jesús, no pudieron resistirla y se infundieron en dos cerdos de la manada que, alocados de terror (como dice Leadbeater) al sentir la extraña presencia contagiaron de la misma emoción a todos los demás y la manada entera se precipitó por el despeñadero. A primera vista parece impropio de un redentor del mundo, cual era Cristo, el permitir que aquellos dos endemoniados se infundiesen en los cerdos; pero si tenemos en cuenta lo dicho por Leadbeater de que la entidad humana se libera a la muerte del animal obseso, resulta que Cristo les facilitó con ello un medio de liberación, pues al ahogarse los cerdos despertaría seguramente en el plano astral la aletargada conciencia de los dos egos errabundos. (N.T.)

La obsesión animal parece como si hubiera venido a suceder a la horrible acción de los vampiros. En tiempos de la cuarta raza raíz, los hombres locamente apegados a la vida terrena se esforzaban en mantener en sus propios cadáveres una baja e indeciblemente horrible forma de vida absorbiendo la sangre de los vivos. En la quinta raza esto, felizmente, ya no es posible, pero las personas de la misma índole caen en el engaño de la obsesión animal que, si bien indudablemente nociva, no es tan repugnante ni horrible como el vampirismo. En esto vemos que aun en sus peores y más bajos aspectos la condición del mundo va mejorando.

He observado casos aislados de otros dos géneros de consorcio animal. Uno en que un malvado difunto acostumbraba a apoderarse del cuerpo de un animal con propósitos maléficos de determinada índole; y otro en que un mago oriental, para vengarse de un insulto a sus creencias religiosas asoció mesméricamente con un animal a su desdichada víctima después de la muerte. Esto sólo fue posible por adolecer la víctima de alguna debilidad que permitió al mago dominada y por cometer intencionadamente alguna acción que según la ley kármica determinase este dominio. Normalmente, no es posible ninguno de ambos casos.

Toda obsesión, ya sea de un cuerpo humano o de uno animal, resultan en perjuicio y estorbo del alma obsesionante, porque intensifican temporalmente su contacto con la vida física y demoran su progreso natural en la vida astral, además de establecer toda clase de lazos kármicos de la peor especie. Esta vida gris, como todas las demás eventualidades enojosas de la vida astral, son consecuencia tan sólo de la ignorancia de las verdaderas condiciones de dicha vida. Cuanto más aprendemos acerca de la vida y de la muerte, más imperioso se nos aparece el deber de esforzarnos en difundir el conocimiento de la Teosofía, porque resulta cada vez más evidente que en este conocimiento están la vida, la dicha y el progreso para todos.

ANIMALES INDIVIDUALIZADOS

Al morir, un animal individualizado tiene una vida astral de considerable duración en la que permanece comúnmente en inmediata vecindad de su morada terrestre y en íntimo contacto con quien le protegió, de cuya compañía goza tan plenamente como antes, aunque el protector no lo vea, y conserva la memoria de lo pasado tan perfectamente como cuando estaba en la tierra. A esta condición seguirá un período todavía más dichoso de la que se ha llamado a veces conciencia encantada, que durará hasta que en un futuro mundo asuma forma humana. En todo este período el animal se halla en un estado análogo al del hombre en el devachán, aunque en nivel algo inferior. Se crea su propio ambiente, aunque suele no darse mucha cuenta de él, pero que incluye la imagen de su protector terrestre en la más cariñosa y simpática actitud.

Para cada entidad que por él pasa, tanto si acaba de entrar en la evolución humana como si está a punto de trascenderla, el mundo celeste o devachán significa la mayor felicidad de que es capaz en su nivel.

LOCALIZACIÓN DE SUBPLANOS

La idea de lugar conviene tan sólo en limitada extensión a los subplanos del astral. Indudablemente, aquí sobre la superficie de la tierra nos rodea materia de todos los subplanos, y el hombre viviente que usa su cuerpo astral durante el sueño del físico se pone simultáneamente en contacto con todos ellos y es capaz de recibir sus impresiones. Así es que si yo uso mi cuerpo astral durante el sueño y miro el cuerpo astral de otro viviente, veré que el conjunto de él contiene materia de todos los subplanos. Pero, en la mayoría de los desencarnados, la materia de su cuerpo astral se reorganiza con arreglo a la tónica del elemental del deseo y, en términos generales, sólo una clase de materia astral es capaz de recibir impresiones.

Lo que normalmente llamamos “visión” astral, no es por completo tal visión, porque esta palabra supone el uso de un órgano especializado para recibir determinadas vibraciones. La percepción astral obedece a un plan del todo diferente. Suele decirse que un hombre puede “ver” con cualquier parte de su cuerpo astral, esto es, que todas las partículas de su cuerpo son capaces de recibir las sensaciones del exterior y transmitidas a la conciencia interna. Sin embargo, no todas las partículas son capaces de recibir todas las sensaciones posibles.

Por ejemplo, sólo cabe reconocer la clase inferior de materia astral por medio de la materia de la misma subdivisión existente en el cuerpo astral del observador, el cual recibe sus vibraciones mediante las partículas de aquella clase inferior de materia que en el momento de la percepción están en la superficie de su cuerpo astral. Pero, como durante la vida todas las partículas del cuerpo astral están en constante movimiento entre sí como las de un líquido en ebullición, inevitablemente, sucede que en la superficie del cuerpo astral hay materia de todos los subplanos y por esto el observador puede ver simultáneamente todo el plano astral.

El hombre ordinario, después de la muerte sólo tiene una clase de materia en la superficie de su cuerpo astral a consecuencia de la ordenación concéntrica por capas que determina el elemental del deseo y, por lo tanto, la visión del mundo astral que le rodea es muy imperfecta. Si, abroquelado en una concha de materia astral del séptimo subplano mira el cuerpo astral de un viviente, sólo podrá ver de él la parte constituida por el ínfimo tipo de materia, pero como carece de medios para percatarse de la limitación de sus facultades perceptivas, se figura que ve todo el cuerpo astral de la otra persona y, por lo tanto, le considera como si sólo poseyese las bajas cualidades que únicamente pueden manifestarse en la materia del séptimo subplano.

Esa entidad astral vive rodeada de toda serie de influencias elevadas y de bellas formas mentales, pero es casi totalmente inconsciente de ellas porque las partículas de su cuerpo astral que pudieran responder a tan sutiles vibraciones están dentro de la concha y no las alcanzan.

El tipo inferior de materia astral corresponde a los sólidos físicos cuya contraparte astral es del séptimo subplano, como sucede en el suelo, paredes y muebles de una habitación, por lo que el hombre recientemente fallecido ve las contrapartes de estos objetos muy vívidas, al paso que es casi completamente inconsciente de las formas mentales que le rodean, porque casi todas estas formas están construidas con combinaciones de las clases más sutiles de materia astral.

Con el tiempo, según va retrayéndose la conciencia, la concha grosera de materia astral se atrofia y empieza a desintegrarse gradualmente, dejando al descubierto otra capa más sutil que a partir de entonces recibe las vibraciones del exterior y el hombre nota que las contrapartes de los objetos físicos son cada vez más tenues y confusas, mientras que las formas mentales le resultan más vívidas y vigorosas, de modo que sin necesidad de moverse en el espacio se encuentra en un mundo diferente. Si mientras dura este proceso encuentra varias veces al viviente de que hemos hablado, le parecerá que ha ido mejorando mucho de carácter, aunque en realidad no haya cambiado pues todo se reduce a que es él el que cambia y ya puede recibir las vibraciones sutiles, al paso que ya no es receptible de las groseras. La disposición del viviente sigue tal como estaba, pero como el desencarnado al principio sólo le vio las malas cualidades, cree que ha mejorado de carácter porque ahora puede ver únicamente las de orden superior.

Esto es lo que significa pasar de uno a otro subplano, es decir, que el hombre pierde de vista una parte de la admirable complejidad del mundo astral y aparece ante su vista otra parte que hasta entonces no veía. Al fin y al cabo, no es más que una repetición en menor grado de lo que sucede al pasar de uno a otro plano. En torno nuestro están por doquier todo el mundo astral y todo el mundo mental, y sin embargo somos raramente conscientes de ellos en tanto concentramos nuestra conciencia en el cerebro físico. Al morir en la tierra la conciencia se transfiere al cuerpo astral y en seguida vemos la contraparte astral de nuestro mundo y perdemos de vista el físico. Cuando más tarde nos desprendemos del cuerpo astral y actuamos en el cuerpo mental, somos parcialmente conscientes de la contraparte mental de nuestro mundo y perdemos de vista el astral, como antes perdimos el físico.

Así como al hombre astral le es posible rechazar al elemental del deseo y mantener las partículas de su cuerpo en movimiento continuo como estaban durante la vida física, así

también el hombre terrenal puede esforzarse en dominar simultáneamente su conciencia trina física, astral y mental. Pero esto requiere y significa un adelanto considerable.

Resumiendo lo precedente, resulta que “elevarse”, en la ordinaria acepción espiritualista, es sencillamente elevar la conciencia de un subplano inferior a otro superior del astral, después de haber sido superpuesta la materia del cuerpo astral en capas de mayor a menor densidad de fuera adentro por el elemental del deseo. Durante la vida astral, la conciencia sólo puede actuar por medio de la capa externa y, por consiguiente, en un principio, el desencarnado queda limitado a la percepción de las vibraciones correspondientes a la clase de materia de que está formada la capa envolvente de su cuerpo astral, y tan sólo podrá ser consciente de un subplano superior cuando la capa de materia peculiar del subplano inferior se desintegre en su mayor parte. Así es que, naturalmente, en un principio el hombre ordinario está separado del más agradable y placentero aspecto de la vida astral, y al salir de esta reclusión se puede decir que se ha elevado.

El teósofo que conoce las propiedades de la materia astral no consiente que el elemental del deseo le reorganice su cuerpo astral, y si esto sucede durante la inconsciencia momentánea que sigue inmediatamente a la muerte, los protectores, aquellos de entre nosotros que se dedican a la tarea de ayudar a los desencarnados acudirán, evidentemente, a destruir el trabajo del elemental y restablecerán el cuerpo astral en las mismas condiciones en que se hallaba durante la vida física, con todas sus variedades de materia naturalmente entremezcladas, de modo que el desencarnado pueda ver todo el plano astral y no tan sólo un subplano. Así, desde un principio, su vida astral será más completa y mucho más útil que si su conciencia se limitara a un solo subplano.

Según expliqué en el capítulo correspondiente a las esferas, hay mucho de verdad en la idea de lugar relacionada con los subplanos. En la superficie de la tierra tenemos materia en estado sólido, líquido, gaseoso y etérico; pero sin duda que, generalmente hablando, la materia sólida es la base sobre la que descansa la líquida, y sobre ambas la gaseosa. Aunque en la atmósfera flota algo de materia sólida y más todavía de líquida, la zona sólida está en general limitada por la corteza terrestre y la zona de materia líquida por la superficie superior de las nubes, mientras que la zona gaseosa se extiende algunos kilómetros más arriba y muchísimo más aún la etérica. Por lo tanto, si bien estamos rodeados de las siete densidades de materia física, se puede decir que, en cierto modo, cada una tiene su propia zona y cada una ocupa un lugar más alejado de la superficie de la tierra que la zona de materia de densidad inmediatamente inferior.

Lo mismo pasa con la materia astral, cuyas siete densidades distintas nos rodean por

doquier, y la gran mayoría de los moradores del mundo astral pasan la vida en relativa proximidad con la superficie del globo físico, pero en cuanto se retraen en sí mismos y su conciencia recibe las vibraciones de la materia astral de los subplanos sutiles prefieren, por más fácil y natural, remontarse a las regiones apartadas de la superficie terrestre, donde escasean las corrientes perturbadoras. En cierta ocasión me relacioné con un desencarnado que durante una serie de sesiones espiritistas declaró a un amigo mío que, a veces, se encontraba a ochocientos kilómetros de la superficie de la tierra. Mi amigo estaba muy versado en ocultismo y por lo tanto pudo orientar científica e inteligentemente las investigaciones del desencarnado, que bien podía decir verdad en su declaración.

La materia astral se extiende en sus grados más sutiles hasta casi tocar la órbita de la luna, por lo que los griegos llamaron mundo sub-lunar al plano astral. En efecto, tan cercano está en coincidir el límite de la materia astral con la órbita lunar, que las atmósferas astrales de la tierra y su satélite se contactan en el perigeo, aunque no en el apogeo. Sé de un desencarnado que llegó a la luna y no pudo volver a la tierra por de pronto, pues se habían desconectado las atmósferas astrales de ambos globos y tuvo que esperar a que se restableciese el contacto al llegar el satélite otra vez a su perigeo.

LA VIDA CELESTE

La principal dificultad en comprender la vida celeste proviene del inveterado hábito de confundir al hombre real con la personalidad. Hemos de recordar que si dos amigos están unidos por lazos afectivos, las almas se ligan, pero no los cuerpos, y son amigos en la tierra porque encarnados en otros cuerpos muy distintos se conocieron y se quisieron acaso durante miles de años. Esta circunstancia establece en el mundo sus relaciones físicas, pero sin capacitados para comprenderse mutuamente más allá de lo que permiten sus facultades físicas, pues cada uno de ellos lleva tres tupidos velos en forma de cuerpos mental, astral y físico que les encubren uno a otro su verdadero ser. Al morir uno de ellos pasa al plano astral, donde se encuentra con el otro cara a cara durante el sueño de este último, y entonces ya pueden reconocerse algo mejor, pues ambos se comunican sin el más tupido de los tres velos, o sea sin el cuerpo físico. El desencarnado se relaciona todavía únicamente con la personalidad de su amigo y, por lo tanto, si a éste le sobreviene alguna amarga tribulación en la tierra donde vive durante el estado vígílico, la reflejará inevitablemente en su cuerpo astral, y el desencarnado se dará cuenta de ella cuando lo vea durante la noche. En rigor, los estados de sueño y de vigilia son modalidades de una sola vida, pues durante el sueño nos percatamos de ello y mantenemos continuamente viva la memoria de ambos estados, por lo que siendo con el cuerpo astral del viviente con quien se comunica el desencarnado, el cuerpo astral de su personalidad, el desencarnado sabe todo cuanto le sucede a esta personalidad.

Pero, al llegar al mundo celeste las condiciones cambian. El desencarnado actúa entonces en su cuerpo mental, el mismo que tenía en sus vidas física y astral, y al relacionarse con su amigo no se pone en contacto con el cuerpo mental que éste tiene en la tierra, sino que con su pensamiento crea una forma mental distinta para su amigo, quien la anima actuando en su propio nivel y en el cuerpo causal. Así proporciona a su amigo encarnado el medio de ejercer una actividad que nada tiene de común con la vida de la personalidad en el plano físico.

No es posible que el ego de un encarnado anime a la vez más de un cuerpo físico, pero sí puede animar a un mismo tiempo las formas mentales que de él construyan quienes viven en el mundo celeste. Me parece que por una mala interpretación de este hecho, muchos piensan que un ego puede estar encarnado en varios cuerpos físicos. Así vemos que cualquier tristeza o tribulación del hombre viviente en el mundo terrestre capaces de influir en su cuerpo mental, no afectarán en lo más mínimo las formas mentales que de él forjen otros en la vida

celeste, pero sí que en semejante estado el ego nota la tristeza o la tribulación en su propio cuerpo causal, es decir, no las conceptuará como tristeza o tribulación personal, sino tan sólo como lección o pago de una deuda kármica. Con ello no estará ilusionado, porque ve la cosa tal como es, desde el punto de vista del ego en su propio plano. La ilusión está en nuestra visión personal inferior, porque vemos tribulación y tristeza donde realmente no hay sino etapas de adelanto en nuestro camino.

Dos amigos pueden conocerse muchísimo mejor en el nivel mental porque su individualidad ya sólo está velada por el cuerpo mental, aunque todavía queda un velo por rasgar. Si el desencarnado sólo conoció a su amigo bajo un aspecto durante la vida terrena, el amigo sólo podrá manifestarse bajo este aspecto en el mundo celeste, aunque con mucha mayor amplitud y verdad que cuando el desencarnado lo veía en los planos inferiores. El morador del devachán no pierde en absoluto la idea de sufrimiento pues recuerda con toda claridad su vida pasada, pero en cambio ahora comprende muchas cosas incomprensibles durante la vida física y las delicias del presente son tan intensas para él, que las penas y tristezas derivadas de la personalidad le parecen un sueño.

Se pregunta cómo los vivientes en la tierra podemos comunicarnos con los amigos del devachán. Ante todo, es preciso recordar que la personalidad no puede comunicarse con los moradores del mundo celeste, pues esta comunicación tan sólo le es posible al ego que actúa en las formas mentales construidas por el amigo con el que está en relación.

Supongamos que muera una madre, excelente católica, dejando en el mundo a su queridísima hija, y que ésta abrace la Teosofía después de haber llegado su madre al devachán. Por supuesto que la madre seguirá representándose imaginativamente a su hija como católica ortodoxa, y ¿no sería esto una ilusión? Con toda seguridad lo sería; pero en esto tenemos el ejemplo de una de las posibles limitaciones a que antes me refería, pues la madre tan sólo podría ver los pensamientos de su hija capaces de expresar ideas ortodoxas, aunque de las nuevas enseñanzas la hija hubiera adquirido conocimientos que la madre no era capaz de comprender. Sin embargo, según fuese el ego de la hija aprovechándose de lo aprendido por la personalidad, se inclinaría por su parte a ampliar y a perfeccionar las ideas de la madre, aunque siempre siguiendo su línea mental de costumbre. De este modo no habría ningún recelo sobre la diferencia de opinión sin rehuir el estudio de las diferentes cuestiones religiosas.

Desde luego, estoy hablando de una persona corriente. En el caso de un ego más avanzado y plenamente consciente en el cuerpo causal, descendería a propósito a la forma mental que le hubiese construído un amigo del mundo celeste y, utilizándola como cuerpo mental

suplementario, actuaría en ella con el deliberado propósito de instruir con conocimientos superiores a su amigo. Así actúan los Maestros con los discípulos que se hallan en el mundo celeste y mejoran inmensamente su carácter.

La duración de la vida del hombre en el mundo celeste depende de la suma de sus energías espirituales. Entre dos hombres del mismo tipo, el más espiritual estará más tiempo en el devachán, aunque conviene recordar que la energía puede consumirse muy aprisa o muy despacio, según las necesidades de la evolución de cada cual. Quienes se hayan consagrado especialmente a la obra de servir a los grandes seres y por su medio a la humanidad, podrán tener a este respecto experiencias algo distintas de las del hombre vulgar. Es evidente que los Maestros ya hace miles de años que formaron una hueste especial de servidores y auxiliares con todos cuantos se ofrecieron para esa labor, y que utilizan dicha hueste como un regimiento de exploradores a los que envían donde es necesario realizar labor especial de esta índole.

Aquellos que lean las vidas de Alcione observarán que el héroe forma parte de dicha hueste, o mejor diríamos de una de las huestes y por esto, una y otra vez reencarnan juntos en distintos lugares los mismos personajes. Es natural que en un grupo de cien individuos haya muchas divergencias, pues unos engendrarán más energía espiritual que otros y su karma podrá conducirlos sin duda a ambientes distintos, pero todas estas consideraciones se subordinan a la circunstancia predominante de que se encuentran dedicados al servicio y, en consecuencia, se les congrega para utilizados colectivamente.

Pero con toda seguridad en esto no hay injusticia, porque nadie eludirá, sea por lo que sea, ni un ápice del karma que legítimamente le corresponde. En efecto, los que se ofrecen para el servicio suelen sufrir no poco en el desempeño de su tarea, a veces por la necesidad de agotar cuanto antes su karma pasado con el fin de capacitarlos para realizar sin impedimentos una labor más elevada, y otras veces porque su labor les imposibilitaría ir extinguiendo, vida tras vida, el karma correspondiente que, acumulado en el transcurso del tiempo, podría recaer sobre ellos en forma de espantosa catástrofe. En las vidas de Alcione se encuentran ejemplos de ambos procedimientos. En el caso de la inmensa mayoría de la humanidad no hay una interferencia especial del exterior, y la vida celeste de cada uno prosigue en su ordinaria proporción. Naturalmente, la diferencia de duración también entraña la diferencia de intensidad que se revela por la mayor o menor brillantez del cuerpo mental. El hombre más evolucionado que el vulgar, sobre todo si ha tenido alguna idea previa del servicio, suele generar karma durante su vida celeste y así le es posible modificarlo incluso mientras progresa.

Es cierto que Blavatsky afirma en *La Clave de la Teosofía* que un materialista no puede tener vida celeste porque no creyó en ella durante la física, pero parece probable que la autora empleara la palabra materialista con una acepción más restrictiva que la usual, porque en la misma obra dice que para el materialista no hay vida consciente después de la muerte, y sin embargo, todos cuantos por la noche actúan en el plano astral saben de sobra que en él encontramos a muchos de los que el mundo llama materialistas y que, por cierto, no están inconscientes.

Uno de nuestros miembros encontró, no hace mucho, en el primer subplano astral a un íntimo amigo suyo, eminente científico materialista, rodeado de libros y prosiguiendo sus estudios como pudiera haber hecho en la tierra. A las preguntas de su amigo, el materialista respondió que, en efecto, las teorías sustentadas durante su permanencia en la tierra quedaban rebatidas por la irrefutable lógica de los hechos, pero que sus ideas agnósticas eran todavía lo bastante firmes para rechazar cuanto le aseguraba su amigo acerca del estado espiritual superior del mundo celeste. Sin embargo, en el carácter de aquel hombre había mucho que sólo era capaz de dar completo resultado en el mundo celeste, y así como su incredulidad en la vida futura no le impidió tener conciencia del mundo astral, tampoco era razonable suponer que su incredulidad invalidase el debido funcionamiento de sus energías superiores en el plano mental.

En la tierra vemos constantemente que la naturaleza prescinde de si conocemos o no sus leyes. Si, creído el hombre de que no va a quemarse pone las manos en el fuego, pronto se convencerá de su error. De la misma manera, la incredulidad de un hombre en la vida de ultratumba no altera los hechos de la naturaleza y, en algunos casos al menos, se percata de su error después de la muerte. La clase de materialismo al que se refería Blavatsky era, probablemente, mucho más grosero y hostil que el agnosticismo ordinario, algo que privase al hombre de las cualidades necesarias para gozar de la vida celeste, pero hasta ahora no hemos tenido ocasión de observar ningún caso de esta índole.

EL KARMA EN LA VIDA CELESTE

En los primeros tiempos de nuestros estudios teosóficos considerábamos el mundo físico como el mundo de las causas y los otros dos mundos como los del efecto. Se suponía que el hombre, durante la vida física, generaba karma y lo extinguía en los planos astral y mental, considerándose casi herética la idea de que pudiera engendrar más karma si siquiera en el plano astral.

Cuando, pasado el tiempo, algunos de nosotros estudiamos directamente las condiciones astrales, se puso en evidencia lo erróneo de semejante opinión, puesto que nos resultaba manifiestamente posible realizar en el plano astral acciones causantes de ulteriores efectos. Pronto advertimos que el hombre, tanto con cuerpo físico como sin él, puede producir igualmente dichos efectos y que cualquier hombre algo evolucionado es, a todos los efectos, tan activo en la vida astral como lo fue en la física, pudiendo favorecer o estorbar no sólo su propio progreso, sino el de los demás, lo mismo antes que después de la muerte física, por lo cual siempre está generando karma de la mayor importancia.

Este concepto modificado de las condiciones de ultratumba fue abriéndose paso gradualmente en nuestra literatura y hoy es aceptado por todos los teósofos, pero muchos años después de corregido este error todavía sosteníamos la idea de que, al menos en el mundo celeste, el hombre no hacía más que disfrutar de las condiciones por él mismo establecidas durante las precedentes etapas de su existencia. En general, así sucede con el hombre vulgar, aunque no siempre nos demos cuenta de que en el transcurso de su goce el morador del mundo celeste afecta a otros seres y, por lo tanto, produce resultados.

El que elevó su conciencia al nivel del cuerpo causal ha identificado su personalidad con la individualidad (según la antigua terminología) y, por lo tanto, no está sometido a las mismas condiciones que la masa general de la humanidad. Un hombre tan evolucionado dispone de la conciencia del ego durante toda su vida física, sin que la muerte del cuerpo carnal le afecte para nada, ni siquiera las de los cuerpos astral y mental. Para él, la serie de encarnaciones es una sola y larga vida y cada una de ellas un día de dicha vida. En el transcurso de su evolución humana actúa con plena conciencia, y por lo tanto genera karma en cualquiera de los períodos de su vida, de modo que si bien su condición en determinado momento es el resultado de las causas establecidas en el pasado, no hay un instante en que no modifique su condición por el ejercicio del pensamiento y de la voluntad.

Son raros los hombres que han alcanzado este nivel, pero hay otros que poseen análogo poder en menor grado. Todo ser humano, después de haber vivido en el plano astral y en los grados inferiores del mental tiene un vislumbre momentáneo de la conciencia del ego en el plano causal, donde ve el conjunto de su última vida y conoce los motivos de éxito o fracaso en la obra que se le había señalado. Junto con este vislumbre, también tiene un presagio de la vida que le aguarda con el sumario de la lección que ha de aprender y del progreso que en ella ha de realizar. Muy lentamente, el ego va apreciando la valía de estos vislumbres, pero cuando los comprende no deja de aprovecharlos y, poco a poco, llega a una etapa de su evolución en que ya no son momentáneos, pudiendo entonces considerar la cuestión mucho más plenamente y dedicar algún tiempo al trazado del plan de la vida que le aguarda.

Su conciencia se acrecienta gradualmente cada vez que recibe de nuevo sus efluvios, hasta que acaba por tener una deleitosa vida celeste. Cuando alcanza este grado de evolución advierte que es uno de tantos egos y que mientras conviva con ellos puede hacer algo más que trazar planes para su propio porvenir. Vive conscientemente entre sus iguales, influye en ellos a la par que recibe sus influencias y, por lo tanto, genera karma en proporción tal como no le sería posible en los planos inferiores, porque cada pensamiento en el mundo mental tiene una fuerza incomparablemente mayor que nuestros limitados pensamientos durante la vida física.

Todo esto de lo que estoy hablando es completamente distinto de la identificación de la conciencia del yo inferior con el superior. Conseguido este grado, la conciencia del hombre reside perpetuamente en el ego de donde dilata su actuación a cualquier vehículo de que se pueda servir, pero, en el caso del hombre que todavía no ha realizado dicha identificación, la conciencia del ego únicamente actúa en su propio plano cuando ya no le entorpecen los vehículos inferiores y sigue actuando así hasta reencarnar, pues tan pronto como se reviste de un cuerpo inferior al causal, la conciencia sólo puede manifestarse por medio del cuerpo más denso de los que se reviste.

Además de esta conciencia perfecta del ego hay otras etapas de desenvolvimiento dignas de atención. El hombre vulgar, por lo general, no tiene otra conciencia que la del plano físico, y aunque su cuerpo astral esté plenamente formado y a punto de servir de vehículo, no lo utiliza por falta de costumbre y así, sus experiencias en el mundo astral son vagas e inciertas. A veces recuerda vívidamente una de ellas, pero en general, para él es tabla rasa todo el tiempo en que su cuerpo físico duerme.

La etapa superior a ésta es la del desarrollo gradual del hábito de valerse de su cuerpo astral, y según pasa el tiempo el recuerdo de cuando actuó por medio de él, acaba por tener conciencia astral, aunque ésta sólo suele alcanzarse tras definidos esfuerzos de meditación.

Una vez la conciencia astral despierta, el hombre la conserva noche y día hasta el fin de su vida astral, de modo que así evita la pérdida temporal de su conciencia a la muerte del cuerpo físico.

La etapa inmediata superior, por lo general muy larga, es el desarrollo de la conciencia en el cuerpo mental, y cuando el hombre la alcanza permanece consciente desde que nace en la tierra hasta el fin de su vida celeste. Pero incluso entonces, todavía sigue siendo la conciencia de la personalidad, no la del ego, de modo que aún ha de recorrer otra etapa antes de lograr la identificación completa.

Es evidente que en cualquiera de estas etapas el hombre genera karma en cuanto alcanza su conciencia, pero ¿qué decir del hombre que aún no ha logrado siquiera enlazar su conciencia astral con la física? Por poco que actúe en el plano astral durante el sueño, debe producir resultados. Si siente, aunque de manera vaga, amor y afecto hacia ciertas personas y a ellas se dirige durante el sueño con pensamientos vagos de benevolencia, las afectará sin duda en cierto grado y los efectos serán buenos, por lo que no evitará una reacción también buena sobre él. lo mismo ha de suceder si por desgracia los sentimientos son de repulsión o de odio vivo, y el resultado para él, en este caso, no podrá por menos que ser penoso.

Cuando después de la muerte física vive enteramente en el mundo astral, su conciencia es más clara que de lo que fue durante el sueño del cuerpo físico y, por lo tanto, tiene mayor capacidad de pensar y obrar deliberadamente respecto a los demás, siendo así mucho mayores sus ocasiones de generar buen o mal karma. Pero al término de la vida astral el hombre pasa al mundo celeste y allí alcanza un estado en el que le resulta imposible la actividad. Durante sus vidas física y astral alimentó actividades en su cuerpo mental, pero sólo en determinadas direcciones, y al vivir enteramente en su cuerpo mental se halla recluido en ellas como en una torre, separado del mundo circundante y capaz tan sólo de atisbado por las ventanas que abrieron sus actividades precedentes.

A través de estas ventanas influyen en él las energías del plano mental y al responder a ellas disfruta de vívidos goces, aunque limitados a su peculiar condición mental, pero, si bien así está separado del pleno goce de las posibilidades del mundo mental, no debemos suponer que se percate de esta restricción de sus actividades y sentimientos sino que, al contrario, goza de cuanta felicidad es capaz y le parece imposible que haya mayor gozo del que disfruta. En realidad se ha encerrado dentro de ciertos límites, pero no se da cuenta de ello y posee todo cuanto pueda desear o pensar. Se ha rodeado de las imágenes de sus seres queridos, y por medio de ésta se relaciona con ellos más estrechamente de lo que lo estuvo en los planos inferiores.

Veamos, pues, qué posibilidades tiene de generar karma en esta su limitada vida celeste, aunque la limitación lo es tan sólo desde el punto de vista del mundo mental puesto que, en sí, sus posibilidades son mucho mayores que las de la vida física. En las condiciones del mundo celeste el hombre no puede tener nuevos afectos o devociones, sino que persiste en las devociones o afectos previamente establecidos, aunque muchísimo más intensos que cuando actuaba bajo las onerosas limitaciones del cuerpo físico.

El hombre vulgar, según lo hemos descrito, sin darse cuenta produce tres resultados distintos durante su vida celeste. Pongamos, por ejemplo, la emoción del cariño que siente por algunos seres que le recuerdan amorosamente en la tierra y en cuyas personalidades influye su memoria. Pero, además de esto, hay el ya mencionado efecto resultante de forjar una imagen de cada amigo, cuyo ego responderá vigorosamente a la imaginativa representación. El afecto o el cariño que el morador del mundo celeste derrama sobre el ego de su amigo, manifestado en la forma mental que para él forjó, es una poderosa fuerza para el bien, con no poca influencia en la evolución de aquel ego, pues despierta en él un afecto que no se despertaría de otro modo, y lo eleva considerablemente en la escala de su progreso espiritual por la persistente intensificación del afecto durante los siglos de vida celeste. La benéfica acción que el morador del mundo celeste realiza en favor de otro ego genera karma, con toda seguridad, aunque no se de cuenta de ello al poner en movimiento todo este mecanismo.

A veces, la acción de la fuerza mental así derramada sobre el ego de un ser querido todavía vivo puede manifestarse en la personalidad de éste en el plano físico. La acción recae en el ego por medio de la forma de pensamiento, pero la personalidad del viviente es una expresión del mismo ego cuya influencia recibida puede reflejarse en su expresión física.

Se preguntará ¿por qué el pensamiento del hombre devachánico no actúa sobre su amigo terrestre como actúa el de un conviviente, es decir, por qué las vibraciones de su cuerpo mental no hieren directamente el cuerpo mental del amigo, o por qué no forja una forma mental que, atravesando el espacio, influya en el amigo del mundo ordinario? Responderemos que así sucedería si el hombre devachánico actuara libre y conscientemente en el mundo mental, pero lo impide la peculiar condición del hombre ordinario en el mundo celeste, donde se encierra en la concha de sus propios pensamientos, separado del resto del mundo mental e incluso de los mundos inferiores. Si sus pensamientos pudieran llegar a nosotros por la vía ordinaria, también podrían llegar a él nuestros pensamientos por la misa vía, pero sabemos que no es así. La representación mental que forja de su amigo o ser querido, está dentro de la concha y, por lo tanto, él puede actuar sobre ella, y como el ego del amigo se infunde en esta forma mental, de este modo, la fuerza alcanza al ego del amigo y, hasta cierto punto, según

hemos dicho, puede manifestarse en la personalidad terrena.

La concha en cuestión es, respecto del plano mental, lo que un huevo con su cáscara es en el plano físico. El único medio de poner algo dentro del huevo sin romper la cáscara sería valerse de la cuarta dimensión o disponer de una fuerza cuyas vibraciones fueran lo bastante sutiles para penetrar por entre las partículas de la cáscara sin disociada. lo mismo se puede decir de la concha mental que no pueden atravesar las vibraciones de materia de su propio plano, pero que las más sutiles del ego las atraviesan sin disgregarla, actuando sobre ella desde arriba, pero no desde abajo.

La forma mental forjada por el desencarnado puede considerarse como una especie de cuerpo mental suplementario a propósito para el ser querido en quien aquel derrama su amor. La personalidad terrestre de dicho ser querido no advierte nada de esto, y sin embargo el ego lo conoce plenamente y se infunde ávida y deleitosamente en la forma mental forjada para él por el desencarnado, comprendiendo que esto le concede una oportunidad suplementaria de manifestación y, por consiguiente, de evolución. De aquí se infiere que el hombre que dejó en la tierra muchos amores puros evolucionará más rápidamente que el hombre vulgar y, por lo tanto, el desarrollo de las cualidades que le hacen amable es kármico.

Esto en cuanto al resultado directo de su acción sobre los individuos, pero también hay dos aspectos de su acción general que no se pueden ignorar. El hombre que derrama de esta manera un copioso flujo de su afecto y evoca en respuesta igual emoción de sus seres queridos, mejora notablemente la atmósfera mental que le rodea. Al mundo y a la humanidad que en él evoluciona les conviene que su atmósfera mental esté cargada de buenos pensamientos, pues influyen favorablemente en todos sus habitantes: devas, hombres, animales y plantas.

El segundo aspecto y el más provechoso para el mundo en general lo comprenderán fácilmente aquellos que conozcan el libro *Formas de Pensamiento*, en donde se explica la índole de las formas mentales pues, en respuesta a cada pensamiento de devoción inegoísta, fluye del Logos una efusión que se derrama no sólo sobre el individuo de quien emanó el pensamiento, sino que contribuye a llenar el depósito de fuerza espiritual mantenida por el Nirmânakâya a disposición de los Maestros de sabiduría y sus discípulos que la utilizan para ayudar al género humano. lo que se dice de la devoción puede aplicarse también al cariño sincero y altruista, y si tan hermosos resultados produce un efluvio de cariño o devoción durante la vida física, relativamente limitada, no es difícil advertir que un efluvio más intenso sostenido durante un período de mil años contribuirá a la alimentación del depósito de fuerzas espirituales cuya influencia benéfica en el mundo no cabe estimar en cálculos terrenos. Así,

es evidente que mientras el poder del hombre para el bien aumenta a medida que su conciencia se desarrolla en el mundo mental, incluso el mismo hombre vulgar que no tiene desarrollada todavía la conciencia, es capaz de hacer mucho bien durante su permanencia en el mundo celeste, favoreciendo espiritualmente a sus prójimos y de generar gran cantidad de buen karma para él mismo, aunque para ello ha de sentir amor inegoísta y devoción inegoísta. Esta cualidad de amor desinteresado y de olvido de sí mismo pone el poder en sus manos; y por lo tanto, ésta es la virtud que ahora debe fortalecer con plena conciencia a fin de que, después de la muerte, pueda aprovechar con la máxima ventaja los larguísimos períodos cuyas condiciones no le es posible comprender en la tierra.

SECCIÓN VII
ACTIVIDAD ASTRAL

PROTECTORES INVISIBLES

Algunos me escriben en solicitud de admisión en la hueste de protectores invisibles y preguntan cómo se han de preparar. Quienes deseen encargarse de esta labor se han de familiarizar completamente con el libro que lleva por título el epígrafe y deben desarrollar las cualidades en él descritas. Poco he de añadir a lo allí expuesto, advirtiéndolo tan sólo a los que aspiren a trabajar en el mundo astral que aprendan de antemano tanto como puedan acerca de las condiciones de vida en dicho mundo.

En la vida astral somos absolutamente los mismos que aquí en la tierra, con la ventaja de estar libres de algunas limitaciones. Nuestros intereses y actividades en aquel plano son análogas a las del físico. El estudiante sigue siendo estudioso, y el pígre no deja desde luego su pereza, así como un activo protector en el mundo físico lo es también en el astral. Algunos continúan murmurando tan ponzoñosamente como siempre y generando en consecuencia el mismo mal karma. Muchos desencarnados rondan durante algún tiempo por los lugares que en vida frecuentaron, unos la casa en donde vivieron y otros la contraparte astral del templo a que solían concurrir, no faltando quienes, sin estorbo ni dispendio, peregrinan a los famosos santuarios que en vida anhelaron en vano visitar.

En la vida astral hay una perfecta continuidad y, en muchos aspectos, es más real que la física, o por lo menos más cercana a la realidad. Pues la vida terrena viene a ser una serie de interrupciones de la astral durante las cuales nuestra actividad queda muy limitada y nuestra conciencia sólo está parcialmente despierta. Para la mayoría de la gente la noche parece una tabla rasa, y al despertarse por la mañana no recuerdan nada de cuanto han hecho, aunque no hemos de suponer que somos igualmente densos en el plano astral, en donde nuestra más amplia conciencia incluye la física y cada noche recordamos vívidamente no sólo cuanto hicimos en las noches anteriores, sino también lo hecho en los días intermedios. El cerebro físico está embotado y entorpecido, y al volver a servirnos de él perdemos la memoria de todo, excepto de lo que con él estuvo relacionado. La vida astral es mucho más intensa y sus emociones mucho más vibrantes que cuantas sentimos en la tierra. Lo que corrientemente llamamos aquí abajo emoción es tan sólo un fragmento relativamente pequeño de la que en mayor parte se consumió al conmover las partículas físicas groseras, por lo cual no es difícil advertir cuánto más intensa y real será la vida astral.

Sin embargo, aunque esto es una verdad aplicable a cualquiera, la gente vulgar apenas hacen

obra positiva en el plano astral, pues no saben que pueden trabajar, e incluso aunque lo supieran probablemente no verían razón alguna para ello. Un hombre puede pasar muy bien el tiempo en el mundo astral recorriéndolo por doquier y experimentando emociones placenteras. Esto es lo que a la mayoría les parece lo único que se puede hacer, y se necesita un poderoso motivo que los decida a emplear el tiempo en ayudar al prójimo. Evidentemente, el hombre ordinario no tendrá ese motivo, pero al que haya saludado a la Teosofía y aprendido cuál es la marcha de la evolución y la finalidad de cuanto existe, se le despertará el ardiente anhelo de ayudar al progreso de esta evolución para que se cumpla su finalidad, y de poner a su prójimo en camino de comprenderla con objeto de iluminarlos en sus tribulaciones y allanarles la senda de su progreso.

Ahora bien, cuando un hombre se percata así de su deber, ¿cómo lo ha de llevar a cabo? Todos somos capaces de ello, en mayor o menor grado, aunque probablemente no estaremos acostumbrados al cumplimiento de dicho deber. Todo individuo de cultura y desarrollo regular tiene su cuerpo astral en disposición de actuar, de la misma manera que todos cuantos gozan de salud normal poseen los músculos necesarios con la fuerza indispensable para nadar; pero si no saben hacer uso de ellos, será preciso que tomen las lecciones de natación necesarias antes de nadar con ligereza y seguridad. El inconveniente con que tropieza el hombre vulgar no es que su cuerpo sea incapaz de actuar, sino que durante miles de años este cuerpo se acostumbró a moverse tan sólo por los impulsos recibidos del vehículo físico, de manera que el hombre no advierte que el cuerpo astral puede actuar en su propio plano y por su propia cuenta, y que la voluntad puede influir en él directamente. En el mundo astral la gente permanece inconsciente o sin despertar porque están acostumbrados a que las vibraciones físicas provoquen su actividad astral.

Un hombre puede empezar a servir de auxiliar de varias maneras. Supongamos, por ejemplo, que muere un pariente o amigo. A fin de comunicarse con él y prestarle ayuda, no hay más que concentrar el pensamiento en él al irse a dormir con el propósito de servirle en lo que mayormente necesite. Para esto no hace falta que nadie nos ayude, pues hemos de entender que tan pronto como dejemos el cuerpo físico por la noche, estaremos junto al desencarnado, exactamente lo mismo que si estuviéramos en el plano físico. Conviene recordar la necesidad de desechar toda tristeza, pues influiría nocivamente en él. Si alguien se desespera por la pérdida de un ser querido, el sentimiento de desesperación le afectará intensamente, porque las emociones actúan mediante el cuerpo astral y, en consecuencia, los que viven en el cuerpo astral son mucho más susceptibles de sentirlos que aquellos que tienen cuerpo físico que las amortigua. Los desencarnados nos ven tan sólo en cuerpo astral y, por lo tanto, perciben

nuestras emociones sin darse cuenta de nuestro estado físico. Saben si somos felices o desgraciados, pero no qué libro estamos leyendo, pongamos por caso. Perciben la emoción y no el pensamiento que la engendra. El desencarnado se lleva consigo sus amores y sus odios, reconoce a sus amigos cuando los encuentra y también suele contraer nuevas amistades con las que se encuentra por primera vez en el plano astral.

No solamente hemos de evitar la tristeza, sino toda clase de excitación. El protector invisible ha de mantenerse, ante todo, en perfecta calma. He conocido a una excelente señora con vivos deseos de auxiliar, por lo que su mismo ahínco la ponía en un estado de tremenda excitación, pero como ésta se delata en el cuerpo astral por un gran aumento de su tamaño, vibraciones violentas y colores encendidos, resultó que el recién desencarnado, completamente novicio en el mundo astral y por consiguiente tímido e impresionable, se horrorizó al ver venir hacia él, con evidente intención, una enorme esfera o globo encendido y centelleante, tomándolo por el mismísimo diablo en persona, y huyendo de él lleno de espanto hasta los confines de la tierra, mientras el cuerpo astral de la señora lo perseguía y con ello acrecentaba su terror.

Incluso los principiantes pueden ser útiles en el caso de un pariente, amigo o allegado moribundo cuya enfermedad permita conversar con él acerca de las condiciones de la muerte y de sus estados ulteriores, cuya razonada explicación aliviará en extremo su mente y aligerará sus pesares, pues éste es el mayor consuelo que se le puede prestar a un moribundo. Pero, si por cualquier motivo, la comunicación física no es posible, se puede ayudar eficazmente al moribundo desde el plano astral durante la noche, con tal de ajustarse a las reglas expuestas para el caso en las obras teosóficas. Al irse a la cama, el auxiliador ha de fijar su mente en la persona a la que trata de ayudar y componer los argumentos he incluso las palabras que le haya de presentar, porque cuanto más precisa y concreta sea la resolución en estado de vigilia, más seguro estará de llevarla a cabo fiel y exactamente durante el sueño.

La explicación que se le ha de dar al moribundo es la misma en ambos casos. El principal objetivo del protector es tranquilizar y animar al paciente y convencerle de que la muerte es un proceso perfectamente natural, común y sencillo, sin que en ningún caso sea un formidable o terrible salto en un desconocido abismo. El protector debe ir explicándole al moribundo la índole del mundo astral, el medio de ordenar la vida en él para obtener el mejor provecho y la preparación necesaria para progresar hacia el mundo celeste que le aguarda más allá. El protector ha de recordar siempre que su propia actitud y disposición mental producirán más efecto todavía que sus argumentos o consejos, y por lo tanto debe ir con muchísimo cuidado en cumplir tranquila y confiadamente su tarea, porque si está vehementemente excitado se expone a hacer más daño que bien, como le sucedió a la pobre señora de quien acabo de

hablar.

El auxilio prestado debe continuarse después de la muerte. Entonces habrá un período de inconsciencia que fluctúa según los individuos entre un momento, pocos minutos, varias horas, algunos días o varias semanas. El discípulo experto observa la condición de la conciencia del desencarnado y a ella ajusta el auxilio, pero el novicio en la obra hará bien en ofrecer sus servicios inmediatamente después de la muerte y seguir durante algunas noches en disposición de prestarlos, no sea que esté ausente en el preciso momento de necesitar de ellos. Son tantas y tan diversas las circunstancias que influyen en la duración del período de inconsciencia, que resulta muy difícil sentar normas generales sobre la materia.

Por lo menos, hemos de decidarnos cada noche a consolar a algún atribulado, y si conocemos la índole exacta de su tribulación, debemos hacer cuanto podamos para adaptar nuestro auxilio a las necesidades del caso. Si el paciente está débil y extenuado, el protector se valdrá de su fuerza de voluntad para infundirle energía física. Si, por el contrario, está excitado o histérico, procurará rodearlo de un aura especial de sosiego y serenidad, envolverlo, por decirlo así, en una robusta y persistente forma mental de paz, armonía y dulce calma, como se envuelve a una persona en una manta.

A quien anhela auxiliar no le es fácil creer que haya hecho algo de provecho cuando, al despertar por la mañana, no se acuerda de nada, pero, ciertamente que habrá tenido éxito en determinada medida y según prosiga su obra recibirá de cuando en cuando leves y cariñosas indicaciones de que obtiene resultados positivos, a pesar de su falta de memoria.

Numerosos miembros de la Sociedad Teosófica dedicados a esta obra de auxilio no constataron durante largo tiempo ningún resultado, hasta que un día encontraron físicamente a la persona a quien se esforzaban en ayudar y se complacieron al ver lo mucho que había mejorado. A veces sucede que el enfermo empieza a mejorar desde una noche en que tuvo un sueño agradable o muy extraño, y el protector se admira entonces de que precisamente aquella misma noche hizo un esfuerzo extraordinario para auxiliar al enfermo. La primera vez que esto sucede el protector lo achaca a mera coincidencia, pero después de repetirse muchas veces en las mismas circunstancias, reconoce que hay en ello algo más que una simple coincidencia. El principiante ha de esforzarse, pues, en hacer cuanto pueda y contentarse con esperar los resultados.

Hay otro medio muy sencillo que puede aprovechar el principiante en gran medida para tener confianza y que consiste en visitar astralmente un aposento que le sea muy conocido, por ejemplo el gabinete de un amigo y observar cuidadosamente la disposición de los muebles y libros. O bien, si sin previo intento se encuentra durante el sueño con un paraje conocido

(esto es, en lenguaje vulgar, si sueña en determinado paraje) debe examinarlo cuidadosamente. Si al despertar por la mañana y recordar el sueño le parece que en el gabinete o en el paraje todo está exactamente como cuando con los ojos físicos lo vio la última vez, nada prueba que no sea un sueño o un recuerdo, pero si advierte en su memoria algún cambio o novedad en la disposición y número de los objetos, y al visitar físicamente el aposento o paraje comprueba en efecto el cambio o la novedad, es señal evidente de la exactitud de su visión astral.

Todos cuantos actuamos determinadamente en el mundo astral nos encontramos por fuerza, una u otra vez, con casos necesitados de auxilio. En ocasiones puede ser algo así como una operación quirúrgica que luego de realizada ya no hay que pensar más en ella, pero mucho más a menudo es necesario dar consuelo, seguridad y fortaleza, repitiendo el auxilio día tras día, a fin de transmutar en valeroso y noble un temperamento decaído. O bien, a veces es preciso dar el conocimiento poco a poco, según la mente vaya abriéndose a él y sea capaz de recibirlo. Así sucede que cada protector tiene cierto número de casos crónicos, de pacientes o enfermos, llámense como se quieran, a quienes visita cada noche, lo mismo que el médico visita en la tierra a todos sus enfermos. También suele suceder que aquellos que han recibido auxilio rebosan gratitud hacia el protector y se unen a él con objeto de secundar sus esfuerzos y transmitir a otros los beneficios recibidos, de modo que cada protector es, por lo común, el jefe de un pequeño grupo, el caudillo de una menuda hueste de protectores a quienes siempre puede emplear en algo de provecho.

Por ejemplo, gran número de recién desencarnados están en la misma disposición de ánimo que el niño en la oscuridad, y aunque conviene hablar con ellos y seguirles pacientemente para convencerlos de que nada han de temer, es mejor darles la mano como a un niño, porque esto les será más útil que todo un capítulo de argumentos.

El protector astral tiene muchos casos que requieren inmediata atención y por lo tanto no puede emplear la noche entera en consolar y tranquilizar a un paciente ansioso o lleno de dudas, pero puede delegar para este objeto a uno de sus fervorosos ayudantes que no esté tan atareado y que, por lo tanto, sea capaz de dedicarse a esta caritativa labor. Para tranquilizar al niño en la oscuridad no se necesitan grandes conocimientos científicos, sino que lo que necesita es sentirse acompañado por una mano cariñosa. Así pues, pueden emplearse en esta tarea cuantos obreros astrales lo deseen, sean hombres, mujeres o niños. Desde luego que para las modalidades más amplias y extensas de la obra y para su dirección se necesita mucho conocimiento, pero un corazón henchido de amor y de ardiente deseo de ayudar es suficiente equipo para poner a cualquiera en actitud de ser un protector de segunda categoría cuyos

humildes esfuerzos producirán incalculables beneficios.

Cuando el obrero astral se desprenda definitivamente de su cuerpo físico por lo que toca a su actual encarnación, se encontrará entre una multitud de agradecidos amigos que se alegrarán de verle capaz de pasar con ellos toda su vida en vez de un tercio de ella. Para ese obrero no habrá extrañeza ni novedad en la condición de la vida de ultratumba. El único cambio para él consistirá en que ya puede emplear todo el tiempo en la hasta entonces más dichosa y eficaz parte de su labor, la que emprendía cada noche con júbilo y dejaba cada mañana con pesar. Entonces disfrutará de la vida real de la que nuestros días de existencia física son fatigosos e insulsos intervalos.

Hay otros puntos referentes a la vida astral que el obrero debe comprender. Uno de ellos es el método que llamaríamos de lenguaje o comunicación de ideas en el plano astral. En la tierra no es fácil hacerse cargo de lo que en el mundo astral sustituye a la palabra hablada. Allí no es posible el sonido en la corriente acepción del término, y ni siquiera es posible tampoco en la región superior del plano físico, porque en la región etérica que está más allá de la atmósfera, no hay sonido físico. Sin embargo, el símbolo del sonido se emplea con referencia a regiones mucho más elevadas y aludimos a la palabra del Logos que evoca la manifestación de los mundos.

Si por la mañana recordamos algún suceso de la noche pasada, como el encuentro con un amigo o el haber asistido a una conferencia, siempre nos parecerá oír la voz tal como resuena en la tierra y que nosotros también respondemos audiblemente. En realidad no sucede así, sino que al traer el recuerdo al cerebro físico lo expresamos instintivamente como si lo hubiéramos percibido por los sentidos. Sin embargo, no sería exacto decir que el lenguaje del mundo astral consiste en la transmisión del pensamiento, pues todo lo más, cabe decir que es la transmisión de un pensamiento peculiarmente formulado. Desde luego, en el mundo mental apenas brota un pensamiento se transmite a otra mente sin expresión fonética, y por lo tanto, en este plano no importa para nada el lenguaje, pero los protectores que actúan en el plano astral y no pueden aún utilizar como vehículo el cuerpo mental, han de someterse a las condiciones propias del mismo mundo astral que, por decirlo así, son un intermedio entre la transmisión del pensamiento del mundo mental y la palabra fonética del físico, aunque todavía es necesario expresar el pensamiento por medio de la palabra. El pensamiento formulado en palabras lo ve el interlocutor, quien responde casi simultáneamente de la misma manera, pero, para comprenderse es necesario que los dos interlocutores hablen la misma lengua, y por lo tanto, cuantos más idiomas conozca el protector, de más utilidad será en el mundo astral.

Sin embargo, los discípulos de los Maestros aprenden a formar un vehículo especial y transitorio con objeto de vencer estas dificultades. Generalmente, dejan el cuerpo astral con el físico y se mueven en su cuerpo mental, elaborándose, siempre que lo necesitan para trabajar, un cuerpo astral interino de la materia circundante. Todos cuantos saben hacer esto tienen la ventaja de valerse del sencillo método mental de la transmisión de pensamiento para entenderse con otro hombre, aunque la facultad de transmitir así un pensamiento está limitada por el grado de desarrollo del cuerpo astral de la otra persona.

Concretamente, aparte de los discípulos instruidos, muy pocos individuos saben actuar conscientemente en su cuerpo mental, porque esto exige muchos años de meditación y de esfuerzos especiales para conseguirlo debidamente. Sabemos que en el mundo celeste el hombre se encierra en la concha de sus propios pensamientos que actúan como un canal por donde fluye y le afecta la vida de aquel mundo, pero esto no es actuar en el plano mental, porque la actuación desafía el libre movimiento por todo el plano y la facultad de observar cuanto allí existe. Por fortuna, el elemental mental no reorganiza el cuerpo mental después de la muerte, de modo que no tropezamos en él con la misma dificultad que con el elemental del deseo en el plano astral. En efecto, la esencia elemental del plano mental difiere enormemente de la del astral, porque lleva toda una cadena de retraso en su evolución y, por lo tanto, no tiene la misma fuerza. Cuesta mucho dominarla a causa de su falta de fijeza, y por esto tenemos la mentalidad voluble que siempre salta de un pensamiento a otro, pero al menos el elemental mental no forma conchas o capas concéntricas como sucede con el cuerpo astral, aunque ciertas partes del cuerpo mental puedan endurecerse según explicaremos al tratar de esta cuestión.

Cuando el hombre actúa en el vehículo mental, se desprende de los cuerpos astral y físico cuya animación deja en suspenso. Si lo considera necesario, puede rodear fácilmente este entorpecido cuerpo astral de una concha o establecer en él determinadas vibraciones que lo impermeabilicen a toda maligna influencia. Con el tiempo, por medio de la meditación en el Logos o en el Maestro, todo hombre es capaz de elevarse, primero al nivel astral y después al mental, pero nadie puede decir cuánto tardará en conseguirlo, porque esto depende enteramente del pasado del estudiante.

Después de la muerte, en el plano astral cualquiera puede aplicarse al estudio y adquirir nuevos conocimientos. He conocido a quienes por primera vez aprendieron Teosofía en el plano astral, y hubo caso, aunque esto es raro, en que una señora aprendió allí música. Probablemente, algún desencarnado le daría lecciones, o tal vez el maestro era un músico viviente que estuviese en el plano astral al mismo tiempo que la señora. En la vida astral las

personas suelen figurarse que tañen instrumentos astrales, cuando en realidad sólo producen vibraciones con sus pensamientos que hacen el efecto de sonido. Hay una clase especial de devas que responden a la música y se expresan por medio de ella, y a veces desean enseñar a quienes tienen la música por el primero y único objetivo de su vida.

La mayor parte de los desencarnados se retraen de las diferentes posibilidades del plano astral por ceder a la reorganización de su cuerpo astral después de la muerte lo cual les impide percibir todo lo concerniente a los subplanos superiores. El teósofo no consentirá en esta reorganización porque se propone trabajar y, por lo tanto, ha de tener libertad de movimientos en todos los subplanos. Aunque no podemos desprendernos de la esencia elemental, sí podemos subyugar el elemental del deseo, atraer la materia astral más sutil y fortalecer el ego de modo que mantenga su predominio. La esencia elemental necesita emociones violentas para evolucionar en descenso, que, como conviene recordar, es su propio y privativo curso de evolución. Si esta esencia se percatara de nuestra existencia, le pareceríamos seres malignos y tentadores empeñados en impedir la evolución que para ella es justa y recta. Si, con firmeza y decisión, nos negamos a que nuestro cuerpo astral vibre en el diapasón peculiar de la materia grosera, ésta se irá eliminando poco a poco, el cuerpo astral tendrá una contextura más sutil y el elemental del deseo será menos activo.

La reorganización del elemental del deseo después de la muerte, se efectúa sobre la superficie de la contraparte del cuerpo físico y no sobre la superficie del ovoide que lo rodea. El elemental procura inspirar un sentimiento de terror al hombre que se debate contra esta reorganización a fin de disuadirle de su intento, por esto conviene conocer este asunto antes de que sobrevenga la muerte.

En el mundo astral no existe el sueño. En el plano físico el sueño es necesario para sosegar los centros orgánicos y darles tiempo de que se reconstituyan y así el cuerpo astral pueda actuar con mayor libertad por medio del cuerpo físico reparado, pero, en el plano astral no hay fatiga, a menos que demos este nombre a la extinción gradual de las energías al término de la vida astral. En el Plano astral, lo mismo que en el físico, es posible olvidar, la pérdida de memoria relacionada con el enlace entre ambos planos no quiere decir que sea por olvido, lo cual es tan común, sino por la incapacidad de acordarse una noche en el plano astral de los pormenores de lo que se hizo en el mismo plano la noche antes o el año pasado. Acaso es más fácil olvidar en el plano astral que en el físico, porque en el primero siempre hay mucha mayor actividad y está más poblado.

El conocimiento de una persona en el plano astral no implica, necesariamente, el conocimiento de su vida física. Por ejemplo, muchos de nosotros conocemos muy bien a

Blavatsky en su nuevo cuerpo cuando actúa en el plano astral y, sin embargo, ninguno de nosotros la ha visto en su nuevo cuerpo físico. A veces se vale de su antigua forma, aunque generalmente utiliza el nuevo cuerpo astral.

RECUERDO DE LAS EXPERIENCIAS ASTRALES

Al dejar el cuerpo físico por la noche recordaréis todo cuanto hicisteis la noche anterior y durante todo el día, es decir, que tendréis la memoria vigílica completa y además la de vuestra vida astral nocturna. Así es que la memoria astral incluye la física, pero el cerebro físico no recuerda las experiencias astrales, por la sencilla razón de que no participa de ellas.

Debe formarse un lazo especial, o más bien se ha de suprimir un obstáculo a fin de atraer la memoria al cerebro físico. En el lento curso de la evolución todos terminarán por tener memoria perfecta, de suerte que ya no habrá velo alguno entre ambos planos, pero antes de alcanzar este desarrollo completo, en el astral sobrevienen ciertos acontecimientos de los que se desea conservar el recuerdo físico, por lo que entonces el hombre hace es un esfuerzo especial para imprimido en el cerebro a fin de acordarse por la mañana. Además, algunos sucesos conmueven tan vivamente al cuerpo astral que esta conmoción repercute en el cerebro físico, aunque rara vez es perfecta y difiere en varios grados. Este es uno de los motivos de los sueños, que todos sabemos cuán confusos, incompletos e incluso ridículos pueden ser. Una ilusión frecuente de los protectores inexpertos consiste en que se confunden a sí mismos con la persona a quien prestaron auxilio. Recuerdo el caso de un individuo de nuestra hueste que fue enviado para asistir a la víctima de una explosión. Se le dio el aviso pocos minutos antes de que ocurriera, y tuvo tiempo suficiente para hacer un esfuerzo y calmar y fortalecer la mente de la víctima a la que siguió consolando después de la explosión, pero por la mañana, al describirme el suceso, me declaró que le parecía exactamente como si él hubiese sido la víctima de la explosión. Se identificó tan estrechamente con su protegido, que sintió el choque y la sensación de saltar por los aires lo mismo que, según debemos presumir, lo sentiría la víctima. En otro caso, el mismo individuo, recibió el encargo de auxiliar a un soldado que, conduciendo un carro de municiones cuesta abajo por un camino muy escabroso, se cayó y le pasaron las ruedas por encima. También en este caso el inexperto protector se identificó con el soldado y por la mañana dijo que había soñado que guiaba un carro de municiones del que había caído y le había matado. lo mismo que le sucedió al verdadero conductor.

En otros casos no se recuerda exactamente lo sucedido, sino más bien una especie de descripción simbólica, a veces muy curiosa y poética. Esto proviene, evidentemente, de la característica imaginativa del ego, o sea de su facultad de dramatización instantánea, y a veces ocurre que se recuerda el símbolo y no la clave. Por decirlo de alguna manera, está falto de

interpretación y, a menos que el protector encuentre otro más experto que se lo explique, sólo tendrá una vaga idea de lo que hizo. Un buen ejemplo de esto llegó a mis oídos hace años, tantos, que no recuerdo bien algunos de sus pormenores y, por

consiguiente, me veo obligado a prescindir de ellos en el relato, que resultará menos interesante de lo que fue.

Una mañana, el protector me refirió un vívido drama que a él le parecía seguramente algo más que un sueño. Recordaba haber visto a una señorita que se ahogaba en el mar. Creo que él tendría la impresión de que ella se había arrojado al agua con intento de suicidarse, aunque opino que esta conjetura carecería de fundamento. El protector no podía auxiliarla directamente porque actuaba en su cuerpo astral y no sabía materializarse, pero su vivo sentimiento de la inminencia del peligro le dio fuerzas para impresionar la idea en el novio de la señorita y atraerlo al lugar del suceso, de modo que se arrojó al mar para salvarla y ponerla en brazos de su padre. El protector recordaba fielmente las fisonomías de estos tres personajes y las describió con tanta precisión que después las reconocimos. El protector me rogó que examinase minuciosamente aquel caso para ver hasta qué punto era exacto su recuerdo.

Al examinarlo, vi con sorpresa que todo había sido simbólico y que el verdadero suceso era muy distinto. La señorita no tenía madre y vivía sola con su padre. Era tan rica como hermosa, y sin duda varios pretendientes aspiraban a su mano, aunque el caso sólo se relaciona con dos de ellos, uno de excelentes prendas, pero tímido, la adoraba desde la infancia, y por ser vecino había entablado un amistoso trato con ella en grado de suficiente confianza para considerarse poco menos que prometido, el otro, era de tipo aventurero, apuesto, arrogante y de cautivadora presencia, pero en el fondo falso y sospechoso de que sólo iba a la caza del dote. Sin embargo, la señorita estaba alucinada por el deslumbrante aspecto del taimado pretendiente y no le fue difícil convencerse a sí misma de que sentía por él verdadero amor, y que sus anteriores sentimientos de compañerismo con el amigo de la infancia no valían un ardite.

No obstante, el padre veía mucho más claro que la hija, y cuando le presentaron al pretendiente lo recibió con marcada frialdad, y cortés, pero resueltamente, se negó a conceder la mano de su hija a un caballero cuyos antecedentes desconocía. Este fue un golpe terrible para la señorita, y el aventurero se avistó secretamente con ella para decirle que la echaban a perder por no comprenderla, que su padre era un tirano insufrible, ridículamente rutinario, y que lo único que a ella le tocaba hacer para demostrar su valor y buen ánimo y probar lo que decía, era escaparse con él a fin de que, después, el padre no tuviese otro remedio que mirar la cosa bajo un aspecto más sentimental y mediante ese procedimiento les aguardaría un rosado

porvenir.

La insensata señorita creyó esas palabras y el aventurero siguió influyendo en su corazón, hasta que por fin ella consintió en la fuga, señalada previamente para la noche en que nuestro amigo protector llegó al lugar de la escena. Como en un melodrama, el aventurero esperaba a la vuelta de la esquina, en un carruaje, y la señorita estaba en su cuarto y preparándose apresuradamente para escaparse de casa y reunirse con él. Al llegar el momento crítico, la señorita estaba, como es natural, muy conturbada y titubeando en dar el paso definitivo. Esta vacilación de su mente y el ardiente deseo de auxilio en aquel trance decisivo, llamaron la atención del protector, que acertaba a pasar por allí y leyendo sus pensamientos se hizo rápidamente cargo de la situación y empezó al punto a sugerirle a la señorita la idea contraria al paso que vacilaba en dar. Sin embargo, ella tenía la mente en tal estado que el protector no pudo completar la sugestión en la medida de su propósito y miró ansiosamente alrededor buscando otra persona más asequible a su influencia. Probó de sugestionar al padre, pero estaba en su despacho absorbido en la lectura de una obra tan interesante para él, que fue imposible hacerle desviar la atención.

Afortunadamente, el protector vio a su alcance al casi olvidado amigo y casi novio de la infancia que se paseaba a la luz de las estrellas mirando hacia la ventana de su amada, como suelen mirar todos los enamorados del mundo. El protector se acercó y al notar la índole de sus sentimientos, con inmenso júbilo vio que era más receptivo. Su profundo amor avivaba sus anhelos y fue fácil sugerirle la idea de seguir caminando lo bastante hasta descubrir el carruaje con el aventurero en espera a la vuelta de la esquina. El amor le aguzó el ingenio y al punto comprendió la situación que le llenó de horror y desaliento. Debe decirse con justicia que en aquel momento supremo no pensó en él mismo, ni en que estaba a punto de perder a su amada, sino en que ella se veía al borde de la perdición y en peligro de malograr por entero su porvenir. Tan excitado estaba que, olvidando todo convencionalismo, entró en la casa cuyos interiores conocía desde la niñez y trepando por la escalera encontró a la joven en la puerta de su aposento.

Ni uno ni otra pueden recordar ahora las palabras que él dijo, pero con fervorosa insistencia le suplicó que recapacitase antes de dar tan terrible paso y que viera con claridad el abismo en el que iba a hundirse, que reflexionara antes de precipitarse en el camino de su ruina y que, al menos, antes de hacer nada, consultara con su amoroso padre a cuyos incesantes desvelos tan mal correspondía.

La emoción causada en ella por la repentina presencia del joven y el ardor de sus reconvenciones, la despertaron de una especie de pesadilla, y ofreció escasa resistencia

cuando él la condujo casi a rastras ante su padre que estaba en el despacho. Cabe imaginar la sorpresa de su padre al escuchar el relato. No sospechaba lo más mínimo las intenciones de su hija, quien, por su parte, una vez roto el hechizo no comprendía cómo había podido ponerse en aquel mal paso. Tanto ella como el padre agradecieron infinitamente la lealtad del joven enamorado, quien antes de marcharse recibió la ratificación del antiguo compromiso de la infancia, prometiéndole ella ser su esposa en breve plazo.

Esto fue lo que realmente había sucedido y puede observarse que no era inadecuado el simbolismo escogido por el ego del protector, aunque expuesto a la errónea interpretación de los hechos.

A veces no hay memoria absoluta de los sucesos, sino tan sólo el efecto de que algo se ha visto o algo ha ocurrido. Un hombre puede levantarse por la mañana con emoción de bienestar y sensación de éxito, sin ser capaz de acordarse, en lo más mínimo, de las causas de su éxito. Esto, por lo general, indica que ha realizado algún trabajo bien hecho sin poder recordar sus pormenores. Otras veces, al despertar por la mañana, tendrá un sentimiento de reverencia o santidad, lo cual significa que ha estado en presencia de alguna entidad superior o que ha visto alguna prueba de un gran poder. Por el contrario, puede que despierte con muchísimo miedo, motivado por la alarma del cuerpo físico al recibir una emoción desusada, aunque también puede derivarse del encuentro con algo horrible en el mundo astral, o de la simpatía con alguna entidad poseída de terror, pues en el plano astral es muy frecuente que una persona quede enérgicamente influida por simpatía con el estado anímico de otra.

Sin embargo, son pocos los que cuando actúan en cuerpo astral se preocupen de si el cerebro físico recordará o no, y al noventa por ciento les repugna volver al cuerpo físico. Pero el que desee adquirir el hábito de recordar debe proponérselo cuando esté fuera del cuerpo físico y establecer así un lazo con el cuerpo astral. Después se preocupará de restituirse lentamente al cuerpo físico, en lugar de incorporarse de repente y con algo de sacudida o estremecimiento, como suelen hacerlo la generalidad, pues precisamente esta sacudida impide el recuerdo. Antes de restituirse al cuerpo físico, para despertar hay que detenerse un poco y decirse: “Este es mi cuerpo. Voy a entrar en él. Tan pronto como esté en él me pondré a transcribir todo aquello de lo que me pueda acordar.” Después, entre en el cuerpo lentamente y transcriba al punto todo lo que pueda recordar, porque si aguarda tan sólo unos minutos, todo se desvanecerá, pero cada suceso que recuerde servirá de lazo para otras memorias. lo transcrito podrá parecer algo incoherente al leerlo más tarde, pero esto no importa porque consiste en que se esfuerza en relatar en palabras físicas las experiencias astrales. De esta manera y con muchísima paciencia irá recuperando gradualmente la memoria.

Una vez fuera del cuerpo físico, conviene esforzarse en recordar que se encuentra en el mundo astral y que sería un consuelo para la conciencia física aportarle algún recuerdo. Ha de ser ordenado en sus esfuerzos y cada vez que logre acordarse de algo en estado de vigilia le será más fácil el recuerdo en la siguiente ocasión, hasta llegar al recuerdo autonómico. En realidad, entre el sueño y la vigilia hay un momento de inconsciencia resultante del tupido velo de materia atómica que han de atravesar las vibraciones.

Al restituirse al cuerpo físico desde el mundo astral se nota una estrechez parecida a la de si le envolvieran en una espesa y pesada capa. El gozo de la vida en el plano astral es tan intenso que la vida física no parece vida en comparación con él. Muchos hombres que pueden actuar en el mundo astral durante el sueño del cuerpo físico, consideran el regreso cotidiano al mundo físico como cuando los vivientes suelen ir al trabajo diario, es decir, que si bien no van a disgusto, no irían de no verse obligados. Cuando el hombre actúa libremente en el mundo mental, la vida astral le parece esclavitud, y así sucesivamente según va elevándose de plano en plano hasta llegar al búddhico cuya esencia es la felicidad. Aunque una vez alcanzado este nivel el hombre esté trabado e incapaz de expresar lo que es la felicidad cuando actúa en el plano físico, no deja por ello de ser feliz y sabe que cuantos no pueden ahora saber lo que es la felicidad la sentirán y conocerán algún día. Quien por sólo un instante pudiera experimentar la realidad de los planos superiores, no volvería jamás a tener el mismo concepto que hasta entonces tuvo de la vida.

Los goces astrales son mucho más intensos que los del mundo físico y las personas arriesgan apartarse del sendero del progreso atraídos por ellos. Mientras el hombre está recluído en su cuerpo físico le es completamente imposible imaginar cuán halagadores son estos goces, pero no ejercen ningún atractivo en quienes han vislumbrado algo superior. Después de la muerte conviene pasar por el mundo astral tan rápidamente como sea posible, aunque con provecho, y no ceder a sus goces, como no debe cederse a los del mundo físico. No tan sólo se han de resistir y vencer los deseos terrenos por conocimiento de las vidas astral y devachánica, sino trascender los goces de ellas, para gozar de la vida espiritual y sustituir lo transitorio por lo eterno.

LAS DIMENSIONES SUPERIORES

Si en conjunto hay siete dimensiones, las habrá siempre y por doquier sin que se altere este hecho fundamental de la naturaleza aunque el individuo actúe en su cuerpo físico, astral, mental o nirvánico. En este último caso será consciente de las siete dimensiones y en los demás casos su conciencia estará limitada. Por lo tanto, no es propio decir que un objeto tiene tres o cuatro dimensiones, pues si el espacio tiene siete, todo objeto debe tener las siete dimensiones por existir en el espacio, y la diferencia para nosotros estriba únicamente en nuestra capacidad de percepción.

Con la visión física sólo vemos tres dimensiones y es por eso que percibimos las cosas y los seres muy parcialmente. Quien pueda ver las cuatro dimensiones, seguirá percibiendo también en parte los objetos, aunque mayor que la percibida por quien sólo ve tres dimensiones. Nos encontramos en medio de un vasto universo constituido por materia de diversos grados de densidad, que suponemos en un espacio de siete dimensiones, pero nuestra conciencia física sólo es capaz de percibir tres de estas dimensiones y ciertos grados de densidad de esta materia, los otros grados más sutiles y superiores de materia es como si no existieran para la conciencia física, y lo mismo cabe decir de las otras cuatro dimensiones superiores.

Sin embargo, nuestra deficiente facultad perceptiva no afecta en modo alguno a los objetos en sí. Si un hombre coge una piedra, pongamos por caso, sólo verá la parte física de esta piedra, que no por ello dejará de tener en su masa partículas de materia astral, mental y de los demás planos superiores. De la misma manera, la piedra debe tener teóricamente una extensión, por pequeña que sea, en las siete dimensiones, aunque el hombre físico sólo pueda percibir tres de ellas. .

Para examinar el objeto el hombre dispone del órgano físico de la visión, o sea el ojo, cuyo poder de percepción no va más allá de ciertas modalidades vibratorias emitidas por determinados tipos de materia. Si desarrollara la conciencia astral se valdría entonces de un órgano capaz de responder únicamente a las vibraciones emanadas de otra porción más sutil de la piedra, y si al desarrollar la conciencia astral hubiese perdido la física por desprendimiento del cuerpo denso, vería la parte astral y no la física de la piedra, sin que por ello dejara ésta de tener su parte física, aunque el hombre ya no la pudiese percibir. La piedra en sí no hubiera sufrido alteración alguna. Pero si desarrollara la conciencia astral de modo que actuase en ella simultáneamente con la física, vería a la par las porciones física y astral de

la piedra, aunque no a ambas con igual claridad ni absolutamente en el mismo instante.

Ahora bien, así como todo objeto contiene materia de todos los planos, aunque el hombre inexperto no las puede ver, así también todo objeto tiene las siete dimensiones del espacio, por más que el número de las perceptibles depende de la condición y estado de nuestra conciencia. Normalmente, en la vida física sólo percibimos tres si bien se puede adiestrar al cerebro con un cuidado especial para que perciba algunas de las más sencillas formas cuatridimensionales. La conciencia astral percibe cuatro de las siete dimensiones, pero la mayoría de las personas, al despertar a la conciencia astral, no perciben de inmediato todos los objetos en cuatro dimensiones, sino una especie de confusa alteración, una incomprendible diferencia en las cosas que estaban acostumbrados a ver, y la mayor parte de los hombres pasan la vida astral sin descubrir nada más que esto de las cualidades de la materia circundante.

Por lo tanto, evidentemente, no es una expresión acertada decir que la visión astral capacite a la persona para percibir la cuarta dimensión, sino que lo que pasa es que la pone en condiciones de desarrollar con el tiempo esta facultad mediante un cuidadoso y paciente ejercicio, si uno se toma este trabajo y conoce algo sobre esta cuestión.

Las entidades peculiares del plano astral como por ejemplo los espíritus de la naturaleza que, al parecer, no se dan cuenta de la existencia de los demás moradores del plano, poseen la facultad de ver los objetos en cuatro dimensiones, aunque tampoco los ven perfectamente, porque sólo perciben la materia astral y no la física, así como el hombre terrenal percibe la física y no la astral.

Según entiendo, en Teosofía nunca se ha enseñado que las entidades peculiares del plano astral conozcan la existencia del plano físico y sus habitantes, pues sabemos indudablemente que no son conscientes de ninguna clase de materia física, aunque sí lo son de su contraparte astral, que en la práctica equivale casi, pero no del todo, a conocer la materia física.

Las dimensiones superiores no se manifiestan a la conciencia física como cualidades de la materia, por más que es posible concebir la densidad de un gas, pongamos por caso, como la medida de su cuarta dimensión.

Cuando un objeto físico pasa a través de una pared este fenómeno no tiene nada que ver con la cuarta dimensión ni con sus propiedades, sino que para el paso del objeto se disgrega éste (o bien el trozo de pared correspondiente en tamaño) reduciéndose al estado atómico o a uno de los cuatro estados etéricos, de modo que sus partículas pasen libremente a través de otras. Es un fenómeno relativo totalmente a las tres dimensiones. Otro muy distinto es que el objeto

pase sin desintegrarse ni desintegrar la pared en otra dirección donde no haya pared. Mas esta dirección escapa a nuestra conciencia física.

Una vasija de tierra porosa, herméticamente tapada, podría llenarse de agua haciendo pasar por presión a través de sus paredes vapor de agua que se condensaría en el interior, y este procedimiento sería equivalente al de desintegración y reintegración, pues para que el agua pase a través de las paredes de la vasija hay que convertirla primero en vapor para después volver a su estado natural líquido. Pero también podría llenarse la vasija quitando la tapadera y vertiendo el agua en su interior, sin necesidad de convertirla antes en vapor, pues se la vierte en una dirección en que no tropieza con las paredes. Ambos procedimientos conducen al mismo resultado y uno no excluye al otro.

SECCIÓN VIII

EL CUERPO MENTAL Y EL PODER DEL PENSAMIENTO

EL CUERPO MENTAL

La lectura de la obra *El Hombre Visible e Invisible* ha proporcionado motivo a los estudiantes para observar que la lista de cualidades allí enumeradas es incompleta, porque se omiten otras, por lo menos tan comunes, como el valor, la dignidad, la afabilidad, la fidelidad y la lealtad. La razón de haberlas omitido en aquel primer relato es porque no tienen, como otras cualidades, un colorido fácilmente perceptible, pero la clarividencia advierte si un individuo las posee o no, pues dichas cualidades se delatan por diferencias de estructura en el cuerpo mental o por alteraciones en la superficie y, hablando en general, se puede decir que más bien están representadas por la forma que por el color.

Recordemos que en los dibujos del cuerpo mental que acompañan dicha obra, aparecen los colores propios de algunas de las principales cualidades, y algo se dice respecto a su disposición general en el vehículo. Por lo común, los colores que indican buenas cualidades están en la mitad superior y los contrarios en la inferior. El violeta de las aspiraciones elevadas, el azul de la devoción, el rosado del cariño, el amarillo del talento e incluso el anaranjado del orgullo o de la ambición, todos pertenecen a la parte superior, mientras que los de la ira, el egoísmo y la envidia gravitan hacia el fondo del ovoide. Aunque las láminas del libro indican debidamente el aspecto del cuerpo mental como si siempre estuviera sosegado, la actividad, la intensidad y la energía del pensamiento determinan notables variaciones.

La mente o unidad mental puede considerarse como el corazón y centro del cuerpo mental, cuyo aspecto dependerá de la relativa actividad de las diferentes partes de dicha unidad. Las diversas actividades de la mente se dividen en clases, expresadas por medio de las diferentes partes de la unidad mental, que difiere notablemente según el tipo y desarrollo del individuo. Si la unidad mental está sosegada, la energía que irradia de ella trazará cierto número de conos en el cuerpo mental, de la misma manera que la luz de una linterna mágica forma haces cónicos entre el aparato y el lienzo. En este caso, la superficie del cuerpo mental puede compararse al lienzo, pues el observador externo del cuerpo mental únicamente percibe el efecto de la irradiación en la superficie, de modo que si la unidad mental estuviera sosegada, en la superficie del cuerpo mental veríamos un número de manchas de color correspondiente a la índole de los pensamientos habituales del individuo, con tal vez algunos espacios oscuros entre ellas. Pero la unidad mental, como toda combinación química, gira rápidamente sobre su eje y este movimiento de rotación determina en el cuerpo mental una serie de fajas no siempre

limpias ni de la misma anchura, pero que pueden percibirse fácilmente y se mantienen por lo general en la misma posición relativa.

Cuando hay pensamientos de aspiración elevada éstos se manifiestan, invariablemente, en un hermoso circuito violeta situado en la cúspide del ovoide del cuerpo mental.

Según el aspirante se va acercando a la puerta del sendero, aumenta el tamaño y brillantez de este círculo, que en el iniciado se convierte en un espléndido y refulgente casquete del matiz más bellamente imaginable. Debajo del círculo violeta suele aparecer el anillo azul de los pensamientos devocionales que como siempre es estrecho, excepto en aquellos que profesan sinceramente y practican con fervor su religión. Inmediato a este anillo se halla la zona mucho más amplia de los pensamientos afectivos, cuyos matices varían en todos los tonos del carmín y del rosa, según la índole del afecto. Junto a la zona afectiva y, frecuentemente en intimidad con ella, tenemos la franja anaranjada que indica orgullo y ambición, y en estrecha relación con el orgullo está el cinturón amarillo del intelecto, comúnmente dividido en dos fajas correspondientes a los tipos de pensamientos filosóficos y científicos. La situación del color amarillo varía mucho según el individuo, pues a veces llena toda la parte superior del ovoide, ofuscando el afecto y la devoción, lo cual indica orgullo desmedido.

Debajo del grupo que acabamos de describir, en medio del ovoide, está la ancha franja correspondiente a las formas concretas, o sea la parte del cuerpo mental de la que brotan las formas mentales ordinarias. Su color principal es el verde, matizado a veces de marrón o amarillo, según la disposición del individuo. No hay parte del cuerpo mental más variable que ésta. Algunos individuos tienen sus cuerpos mentales henchidos de multitud de imágenes concretas, mientras que en otros hay muy pocas. Unos las tienen clara y distintamente contorneadas, al paso que en otros aparecen vagas y muy nebulosas. En unos están clasificadas como si cada cual llevara su marbete y dispuestas con muchísimo orden, mientras que en otros se ven desordenadas y confusas.

En la parte inferior del ovoide se observan las fajas que expresan toda clase de malos pensamientos. Una especie de poso de color de cieno que manifiesta egoísmo llena muy a menudo el tercio inferior e incluso la mitad del cuerpo mental, y encima de él aparece un anillo que indica odio, astucia o miedo. Desde luego, a medida que el hombre progresa, esta parte inferior se desvanece y la parte superior se va ampliando gradualmente hasta llenar todo el cuerpo mental, según se ve en las láminas de *El Hombre Visible e Invisible*.

Los colores son brillantes y limpios en proporción a la viveza e intensidad de la emoción sugeridora del pensamiento. Así, por ejemplo, en la devoción tenemos los tres grados de

respeto, reverencia y adoración; en el afecto, los de benevolencia, amistad y amor. Cuanto más intenso es el pensamiento más amplia es la vibración, y cuanto más espiritual y altruista el pensamiento, más sutil la vibración. La amplitud produce el brillo y la sutilidad la delicadeza del color.

Dentro de estas diversas franjas, anillos o zonas, se ven generalmente unas estrías, más o menos marcadas, cuyo examen revela varias cualidades del hombre. Por ejemplo, la voluntad recia da al cuerpo mental líneas mucho más iguales y definidas. Se distinguen claramente todas las estrías y radiaciones por lo firme y seguro de su trazo, mientras que en el cuerpo mental de un individuo de voluntad débil y vacilante, no habrá firmeza y seguridad en las líneas que separan las diferentes cualidades y las estrías y radiaciones serán pequeñas, débiles y fluctuantes. El valor se indica por líneas firmes y vigorosas, especialmente en la franja anaranjada del orgullo. La dignidad también suele expresarse en la misma parte del cuerpo mental, pero con una firmeza y precisión tranquilas, totalmente distintas de las líneas del valor.

La veracidad y la exactitud se dibujan muy clara y regularmente en las estrías de la parte del cuerpo mental destinada a las formas concretas, con limpidez y corrección de las imágenes allí aparecidas. La lealtad se manifiesta por la intensificación del afecto y la devoción y por la continua imagen, en aquella parte del ovoide, de la persona por quien se siente afecto o devoción, y que en muchos casos se perpetúa flotando en el aura del que piensa, de modo que al concentrar el pensamiento en el ser querido o adorado, la energía mental vigoriza la imagen ya forjada, en lugar de forjar otra de nueva como haría normalmente.

El júbilo se revela en una total refulgencia y en una radiación de los cuerpos astral y mental, así como en un peculiar cabrilleo de la superficie del cuerpo. El contento se manifiesta en una forma burbujeante de la correspondiente al júbilo y también en una tranquila serenidad muy agradable para el observador. La sorpresa determina una áspera constricción del cuerpo mental, acompañada de un aumento de brillantez en la zona del afecto si la sorpresa es grata y, en caso inverso, por la alteración de la parte inferior del ovoide que se colorea de marrón y gris. Esta constricción del cuerpo mental se comunica al astral y al físico, determinando a veces desagradables sensaciones que suelen afectar al plexo solar con depresión de ánimo y quebranto de salud, y también en ocasiones producen palpitaciones de corazón, de modo que una repentina sorpresa muy violenta puede matar al corazón del débil. El pavor es lo mismo que la admiración, excepto que va acompañado de un profundo cambio en la zona devota del cuerpo mental, que comúnmente se hincha bajo esta influencia y las estrías son mucho más vigorosas.

Apenas el pensamiento de una persona se dirige firmemente por cualquiera de estos canales, la parte del cuerpo mental que corresponde a dicho pensamiento se abulta y su color se abriga, de manera que altera mientras tanto la simetría del ovoide. En algunos individuos dicho abultamiento es permanente, lo cual significa que no cesa de aumentar el número de pensamientos de esta índole. Por ejemplo, si alguien emprende estudios científicos y de pronto concentra en éstos su pensamiento de una manera intensa, el primer efecto será la aludida protuberancia, pero si mantiene a un nivel constante la intensidad mental, el abultamiento irá reduciéndose hasta desaparecer en el contorno general del ovoide, aunque la anchura de la franja de color no disminuirá.

Pero, si el interés por los estudios científicos va en aumento, el abultamiento se mantendrá igual, por más que se amplíe la franja coloreada. Por lo general, esto tiene como resultado que en el hombre vulgar la parte inferior del ovoide tiende siempre a ser más ancha que la superior, de modo que los cuerpos astral y mental ofrecen el aspecto de un huevo con el vórtice menor en lo alto, mientras que en el hombre adelantado, las cualidades expresadas en la parte superior tienden siempre a crecer y, por lo tanto, con el tiempo resultará un huevo con el vórtice menor hacia abajo. Sin embargo, la tendencia del ovoide siempre es hacia la simetría y va readaptándose gradualmente, de manera que las alteraciones de forma son transitorias.

Hemos hablado varias veces del incesante movimiento de la materia en los cuerpos astral y mental. Por ejemplo, cuando el cuerpo astral se ve perturbado por una emoción violenta toda su materia se trastorna como empujada por el huracán, hasta el punto de que por de pronto, sus colores se confunden, pero en seguida, a causa de la diversa densidad de los diferentes tipos de materia que reflejan o emiten estos colores, las zonas ordinarias vuelven a restablecerse, aunque ni siquiera entonces la materia está en reposo y quieta, porque las partículas burbujan de continuo en esas zonas y muy raras veces se transfieren de una a otra. Pero este movimiento de las partículas mentales en el área de su zona respectiva es sumamente saludable, pues el individuo en cuyo cuerpo mental no hay este burbujeo de partículas es una especie de crustáceo incapaz de progresar hasta que no rompe la concha. La actividad de la materia en cada zona aumenta en proporción a la intensidad de los pensamientos dedicados al objeto que expresa la zona mental.

Si el hombre estanca su pensamiento en determinado objeto, las partículas de la zona correspondiente se estancarán, y ese estancamiento se reproducirá fielmente en la materia mental respectiva. Si es esclavo de un prejuicio, toda la actividad mental se concentra en la cuestión que se prejuzga, y la materia formará un pequeño remolino en la zona respectiva en

el que las partículas mentales girarán unas alrededor de otras hasta aglomerarse en una especie de verruga, y mientras esta verruga no desaparezca por desgaste o por forzada extirpación, el hombre no podrá utilizar esa parte de su cuerpo mental ni discurrir con acierto sobre el tema, porque la concreción de las partículas impide su movimiento y al hombre le resulta imposible ver el objeto con claridad ni recibir nuevas impresiones sobre el mismo, ni pensar en él con imparcialidad.

Estos puntos enfermizos del cuerpo mental, por desgracia, son también focos de infección, pues la incapacidad de juzgar lúcidamente se amplía en mayor grado a otros asuntos. Cuando una parte del cuerpo mental queda estancada análogamente quedan afectadas las demás, y si el hombre cede al prejuicio en un asunto, probablemente caerá en prejuicios respecto de otros asuntos, porque el saludable flujo mental queda interrumpido y se contrae el hábito de la falta de sinceridad. El prejuicio religioso es el más común y grave, hasta el punto de impedir todo pensamiento racional sobre materia religiosa. Por desdicha, la mayor parte de las personas tienen inactiva, osificada y llena de verrugas la parte de su cuerpo mental correspondiente al pensamiento religioso, de tal manera, que son incapaces de darse cuenta del verdadero concepto de la religión hasta que una violenta sacudida deshace su costra mental.

Recordaremos que en *El Hombre Visible e Invisible* hay láminas demostrativas del cuerpo astral del devoto y del científico, cuyas respectivas variantes, con las cuales nos encontramos a menudo, son el intuitivo y el positivista. En el cuerpo mental de este último predomina el color amarillo y las zonas cromáticas están ordenadas regularmente. Tiene menos emotividad e imaginación que el intuitivo y, por lo tanto, menos energía y entusiasmo en determinados procedimientos, pero en cambio no está expuesto a errores y, por lo general, hace las cosas bien y con cuidado. En el vehículo del intuitivo predomina el azul, aunque todos los colores son vagos y el cuerpo entero está mal ordenado. Sufre mucho más que el positivista, pero este sufrimiento le capacita para progresar rápidamente. Desde luego que tanto la vehemencia y el entusiasmo como la firmeza y la regularidad tienen cabida en el hombre perfecto. La cuestión está en cuál de dichas cualidades se adquiere primero.

El misticismo y las facultades psíquicas están indicados por colores sin equivalencia en el plano físico. Cuando el hombre adelanta algún tanto en ocultismo, ha de proceder desde luego a purificar su cuerpo mental y colocarlo en perfecto orden de funcionamiento, pues todas sus partes le serán necesarias y han de estar todas en su máximo punto de eficacia si de veras quiere progresar. Es rigurosamente indispensable que pueda forjar formas mentales claras y vigorosas y convendrá mucho para su ayuda y consuelo que las perciba claramente. No hay que confundir la creación con la percepción de las formas mentales. Puede que un hombre

forje una forma mental mucho más clara y vigorosa que otro y, sin embargo, no ser capaz de percibirla tan bien como éste. La formación de un pensamiento es un acto directo de la voluntad por medio del cuerpo mental, y su percepción es un acto de clarividencia. Si el hombre piensa intensamente en un objeto, forjará la imagen objetiva en el cuerpo mental, tanto si la puede percibir como no.

Conviene recordar que toda obra mental en el plano físico tiene como medio forzoso el cerebro físico, de modo que para su buen éxito no sólo es necesario fortalecer el cuerpo mental, sino ordenar el cerebro físico de modo que pueda servir de instrumento apropiado para la mente. Es bien sabido que ciertas partes del cerebro están relacionadas con otras tantas facultades mentales y con la modalidad del pensamiento, por lo que se han de ordenar y poner en debida correlación con las zonas del cuerpo mental.

Todavía es más importante el enlace entre el ego y el cuerpo mental, porque el ego es la energía espiritual que utiliza todas las potencias y facultades, por lo que es preciso establecer y conservar en actividad dicho enlace. Para pensar en algo es indispensable primero recordarlo, y para recordarlo, es necesario fijar la atención en ello, y el acto de atender no es más que el descenso del ego a sus vehículos para observar a través de ellos.

Hay muchas personas que con un cuerpo mental delicado y un cerebro vigoroso apenas los utilizan porque casi no atienden a la vida, es decir, que el ego infunde muy poco de sí en los planos inferiores y, en consecuencia, los vehículos funcionan desconcertadamente. En otra parte dije algo acerca del modo de remediar estas deficiencias pero, en resumen, se trata de proporcionar al ego las condiciones que apetece, y al punto se infundirá más plenamente para aprovecharlas. Si desea fortalecer el afecto hay que poner al ego en esta condición cultivando el afecto hasta el máximo posible en los planos inferiores, y el ego no demorará la respuesta. Si desea sabiduría, es necesario aplicarse al estudio en el plano físico para acrecentar el conocimiento, y el ego apreciará estos esfuerzos y, complacientemente, cooperará en ellos. Averigüad lo que necesita el ego, dádselo y no os quejaréis de su respuesta.

UN PODER DESCUIDADO

Quienes no han estudiado especialmente la cuestión, ignoran el tremendo poder del pensamiento. Comprenden la realidad dinámica del vapor de agua y de la fuerza hidráulica porque ven sus efectos directos; pero el poder, la fuerza o la energía del pensamiento es para ellos algo vago, ilusorio e incoercible. Sin embargo, cuantos se tomaron la molestia de examinar el asunto, saben muy bien que el dinamismo de los agentes naturales es tan natural como el del pensamiento, y lo mismo en sentido directo que indirecto. Todos reconocen personalmente la acción indirecta del pensamiento, porque no cabe duda de que, para hacer una cosa es necesario pensarla antes, y el pensamiento es la fuerza motriz de la acción, como el agua mueve la turbina. Pero no todos advierten que el pensamiento tiene también una acción directa sobre la materia, es decir, que aunque el hombre no concrete su pensamiento en un acto, no por eso deja de actuar por sí mismo con total eficacia.

El lector ya sabe que hay otras clases de materia más sutiles que la físicamente visible, y que la fuerza del pensamiento humano actúa directamente sobre alguna de dichas clases de materia sutil y la pone en movimiento.

Un pensamiento determina en el cuerpo mental una vibración que, transmitida ondulatoriamente a la materia mental circundante, produce un efecto. Por lo tanto, el pensamiento es, en sí, una fuerza real y definida, y lo interesante de este punto es que todo individuo dispone de dicha fuerza. Las energías eléctrica, hidráulica y de vapor están en manos de unos pocos hombres, pues su aprovechamiento cuesta dinero y para muchos son inasequibles. Pero he aquí una energía de la que todos, pobres, ricos, jóvenes y viejos, pueden servirse igualmente, con tal de que aprendan a utilizarla. En efecto, todos la estamos utilizando ya, en mayor o menor grado; pero, por no comprenderla, solemos perjudicarnos y perjudicar a los demás en lugar de favorecer con ella.

Los que hayan leído la obra *Formas de Pensamiento* recordarán que un pensamiento produce exteriormente dos efectos principales: una vibración irradial y una forma flotante. Veamos cómo afecta el pensamiento al que lo emite y a los que reciben su influencia.

Lo primero que se ha de tener en cuenta es la fuerza de la costumbre. Si acostumbramos a nuestro cuerpo mental a una determinada modalidad de vibración, la reproducirá fácil y rápidamente. Si nos entregamos hoy a pensamientos de cierta índole, con facilidad pensamos mañana lo mismo. Si el hombre se habitúa a pensar mal de los demás, cada vez le será más

fácil pensar peor y difícilmente pensará bien de ellos. De aquí deriva un ridículo prejuicio que ciega al hombre respecto de las bondades del prójimo y aumenta enormemente sus malicias.

Por otra parte, los pensamientos despiertan emociones, y como el hombre sólo ve el mal en los demás, acaba por odiarlos. Las vibraciones de la materia mental excitan las de la astral, como el viento alborota la superficie del mar. Todos sabemos que un hombre puede encolerizarse fácilmente pensando en aquellos a los que acusa de agraviarle, aunque olvidamos o desconocemos el inevitable corolario de que, pensando tranquila y razonablemente, uno puede evitar o disminuir su cólera.

La forma mental produce todavía otra reacción en quien la genera. Si el pensamiento va dirigido hacia otra persona, la forma mental se lanza sobre ésta como un proyectil; pero si, según ocurre generalmente, el pensamiento se relaciona con el mismo que lo emite, la forma mental permanece flotando a su alrededor, siempre a punto de reaccionar sobre él y de reproducirse, esto es, de levantar de nuevo en su mente el mismo pensamiento. Por decirlo así, el hombre notará que el pensamiento le llega de fuera y, si es maligno, imaginará que es una tentación del demonio, cuando no deja de ser el resultado mecánico de su pensamiento anterior.

Veamos ahora cómo aprovechar esta lección. Evidentemente, todo pensamiento o emoción tiene como efecto cierto fortalecer o debilitar una tendencia y, además, reacciona sin cesar sobre el individuo, por lo cual hemos de tener sumo cuidado con nuestros pensamientos y emociones. No es prudente excusarse, como hacen muchos, diciendo que en determinadas condiciones los malos deseos son naturales, sino que hemos de afirmar nuestras prerrogativas de gobernadores del reino de la mente y de la emoción. Si nos es posible habituarnos a un mal pensamiento, también nos será posible acostumbrarnos a los de nueva índole y descubrir las virtudes y no los vicios del prójimo, con lo que nos sorprenderá ver cuántas y cuán importantes son estas virtudes que nos ocultaba la mala costumbre de reparar sólo en los vicios y defectos. De ese modo, sentiremos atracción en lugar de repulsión hacia el prójimo, y lo consideraremos con la mayor justicia posible.

Será un ejercicio muy provechoso emitir buenos y malos pensamientos, y si lo hacemos así muy pronto descubriremos los resultados de esta práctica. Nuestra mente empezará a actuar con mayor facilidad por los surcos de la admiración y el aprecio, en lugar de deslizarse por los de la sospecha y el menosprecio; y cuando el cerebro permanezca ocioso le invadirán buenos pensamientos y no malos, porque los engendrarán la reacción de las formas mentales benévolas forjadas en nuestro alrededor. “Según piensa el hombre en su corazón, así es”²; y, por lo tanto,

² Sentencia del libro de los *Proverbios de Salomón*, cap. 23, verso 7. (N.T.)

el uso ordenado del poder del pensamiento nos hará más llevadera y gozosa la vida.

Veamos ahora cómo afectan a los demás nuestros pensamientos. Las ondulaciones radiantes, como muchas otras vibraciones de la naturaleza, tienden a reproducirse. Si colocamos un objeto junto al fuego, se calienta porque las rápidas vibraciones que irradian de la materia incandescente del hornillo acrecientan la oscilación de las moléculas del objeto. De la misma manera, si irradiamos vibraciones de buenos pensamientos hacia otra persona, con el tiempo levantaremos una vibración análoga de buenos pensamientos. La forma mental dirigida hacia él lo cobijará hasta reaccionar benévolamente sobre él cuando se ofrezca la ocasión. Así como un mal pensamiento puede ser un demonio tentador para el que lo emite o el que lo recibe, también un buen pensamiento puede ser un verdadero ángel tutelar que estimule la virtud y repela el vicio.

Desgraciadamente, hoy en día es muy corriente la actitud de murmuración y maledicencia respecto del prójimo, sin que los murmuradores y maldicientes adviertan el daño que infieren. Si estudiamos científicamente sus resultados, veremos que el hábito predominante de la murmuración maliciosa frisa con la maldad. Tanto si hay una base como no para el escándalo, éste es dañoso, porque tenemos mucha gente que enfoca su atención en algún supuesto vicio del prójimo y lo ponen en evidencia ante multitud de otras personas a las que nunca se les hubiera ocurrido semejante sospecha. Supongamos que acusan de envidioso a su víctima. Centenares de personas acumularán sobre él corrientes de pensamientos sugeridores de la idea de envidia; y ¿no es evidente que si el infeliz tiene alguna inclinación hacia ese vicio, semejante catarata de pensamientos lo intensificará? Y si, como pasa muchas veces, el rumor despiadado no tiene fundamento alguno, los que lo propagan tan insistentemente contribuyen a determinar más y mejor en su víctima el mismo vicio que con tal salvajismo sospechan.

Pensemos en nuestros amigos, pero viendo sus buenas cualidades, no sólo porque será una ocupación más saludable, sino porque de este modo las fortaleceremos. Cuando no haya más remedio que reconocer alguna mala cualidad en un amigo, pongamos un cuidado especial en *no pensar en ella*, sino en la virtud opuesta que deseáramos ver desarrollada en él. Si, por acaso, es huraño o desabrido en su trato, procuremos no murmurar sobre este defecto, ni siquiera fijar nuestro pensamiento en él, porque en este caso la vibración que le dirijamos empeorará todavía más su estado. Por el contrario, pensemos con todas nuestras fuerzas en la cualidad que necesita, ahoguémosle en ondas de generosidad y de amor, pues de esta manera le prestaremos un auxilio poderoso.

Utilizad el poder de vuestro pensamiento de manera análoga y seréis verdaderos centros de bendición en vuestro rinconcito del mundo; pero recordad que vuestra energía mental es

limitada, y si queréis tener bastante para emplearla con provecho, no debéis malgastarla.

El hombre ordinario es, sencillamente, un centro de vibración agitada. De continuo está en tensión, inquieto por algo, profundamente deprimido o anormalmente excitado en sus esfuerzos por lograr algún deseo. Por uno u otro motivo, siempre se agita innecesariamente y casi siempre por frivolidades y trivialidades. Esto indica que no cesa de malgastar energías, dilapidando en vano aquello de cuyo provechoso empleo es responsable y que le llenaría de bienestar y de dicha.

Las argumentaciones inútiles son otra manera de malgastar energías con el intento de atraer a los demás a sus opiniones, sin tener en cuenta que toda cuestión religiosa, política o administrativa tiene varias facetas y que cada cual está en su derecho de considerarlo desde su punto de vista particular pues, digan y hagan unos y otros lo que quieran, no por eso se ha de alterar la esencia fundamental de la cuestión, sea cual sea su criterio sobre el particular. La mayor parte de los asuntos a debatir por parte de los hombres no merece la pena discutirlos, y lo que acostumbra a pasar es que los que más gritan y con más suficiencia tratan un tema, son precisamente los que menos lo conocen.

El que desee hacer labor útil por medio del poder del pensamiento, tanto para sí como para los demás, debe conservar sus energías, mantenerse tranquilo y ecuánime y reflexionar cuidadosamente antes de hablar y actuar. Pero que nadie dude de que el poder del pensamiento es muy grande; que el que quiera tomarse este trabajo aprenderá a emplearlo; y que, por su provechoso empleo, todos pueden progresar considerablemente y hacer mucho bien a sus semejantes.

Tenéis que comprender la característica de esta fuerza mental, con la obligación de rechazar todo pensamiento nefasto, hostil o egoísta, porque, tanto que lo queramos como no, los pensamientos producen su efecto. Cada vez que controláis un pensamiento nocivo facilitáis más su dominio. El envío del pensamiento a otra persona es tan real y seguro como si le dierais dinero, y esta modalidad de limosna es posible incluso para el más miserable. El hombre juicioso produce, deliberadamente, sus resultados. Los pensamientos depresivos son de mala índole e impiden el acceso de los pensamientos elevados. Esto ocasiona mucho dolor a las personas sensitivas y, en gran parte, es la causa de los terrores nocturnos de la infancia. No está bien llenar de tinieblas la vida infantil, como hacen tantos, con pensamientos deprimentes y repulsivos. A los enfermos y a los débiles se les ha de animar con pensamientos reconfortantes.

Los pensamientos no son, como podría suponerse, una cuestión privativa del individuo, porque sus vibraciones afectan a los demás. Los malos pensamientos tienen mucho mayor

alcance que las malas palabras, aunque son impotentes para afectar a quien esté libre del vicio que entrañan. Así, por ejemplo, el pensamiento generador del deseo de la bebida no influirá en un abstemio, porque al chocar contra el cuerpo astral no podrá penetrarlo y por ley de reacción retrocederá hacia quien lo haya enviado.

La voluntad puede adiestrarse en actuar directamente sobre la materia física, como lo demuestra el que en un cuadro, lámina o estampa empleada muy a menudo como objeto de meditación, puede alterarse con el tiempo la expresión de las figuras porque las partículas físicas quedan indudablemente afectadas por el poder del pensamiento firmemente sostenido. Blavatsky aleccionó a sus discípulos en esta práctica diciéndoles que suspendieran una aguja de un hilo de seda y una vez en equilibrio, que procuraran moverla por la fuerza de la voluntad. El escultor también utiliza el poder del pensamiento, aunque de distinta manera. Primero forma en su mente con vigorosa firmeza la imagen de la estatua que ha de esculpir en el bloque de mármol. Después infunde en el mármol la forma mental y va quitando con el cincel las partículas de materia marmórea que sobran para que sólo queden las correspondientes a la forma mental.

Acostumbraros a emplear una parte de cada día en la emisión de buenos pensamientos sobre los demás y a enviárselos cariñosamente. Será para todos una práctica beneficiosa de capital importancia y de indiscutible eficacia.

IMPULSO E INTUICIÓN

Algunos preguntan en qué se distingue el impulso de la intuición. Comprendo la pregunta. Al principio, al estudiante le resulta difícil distinguir entre uno y otra, pero válgale el consuelo de que esta dificultad es transitoria y, según vaya adelantando, llegará a una etapa en que sin equivocación posible verá claramente la diferencia, porque sabrá, con absoluta certeza, lo que es intuición y no la confundirá con el impulso. Pero, como uno y otra llegan al cerebro desde el interior, de momento parecen exactamente iguales y, por lo tanto la distinción es muy difícil y requiere mucha atención.

A este propósito servirán de ayuda algunas consideraciones. He oído decir a la señora Besant que antes de tomar una decisión conviene esperar un poco, siempre que lo permitan las circunstancias porque, con la espera, el impulso se debilita y la intuición no varía. Además, el impulso casi siempre va acompañado de excitación y siempre hay algo personal en él, de modo que si no se le obedece al momento, si algún obstáculo se interpone, se levanta un sentimiento de disgusto, mientras que la verdadera intuición, aunque decidida, está envuelta en un sentimiento de sosegada energía. El impulso proviene del cuerpo astral; la intuición es una parte del conocimiento del ego transmitido a la personalidad.

A veces, la impresión repentina no surge de lo interno, sino que llega de lo externo. Es un mensaje o insinuación de alguna entidad de los planos superiores, lo más corriente de un desencarnado que circula por allí o tal vez de algún pariente difunto. Conviene recibir este aviso como si nos lo dieran en el plano físico y aceptarlo o rechazarlo según sea o no conforme a nuestra razón, porque un desencarnado no ha de tener forzosamente mejor criterio que una persona de la tierra. En ésta, como en todas las cuestiones, hemos de regular nuestras acciones por medio del sentido común, y no hemos de ceder a imaginaciones y ensueños sin considerarlo antes.

Sobre este particular aconsejo que en la etapa evolutiva actual cada uno obedezca a su razón, si está seguro de las premisas del razonamiento, y el tiempo y la experiencia, le enseñarán si puede confiar invariablemente en su intuición. El impulso nace, según queda dicho, del cuerpo astral, mientras que la verdadera intuición llega directamente del mental e incluso a veces del búdico. Por supuesto que el que esté seguro de que procede del búdico podrá obedecerla sin titubear; pero en la etapa transitoria por la que casi todos pasamos, estamos expuestos al riesgo de perder el vislumbre de una verdad superior por aferrarnos demasiado a

la razón, o por confundir el impulso con la intuición. Por mi parte, este último riesgo me horroriza a tal extremo que repetidamente me acogí a la razón, aun a riesgo de ir contra la intuición, y no me decidí a seguir la intuición hasta comprobar que, en realidad, lo era. Todos irán pasando por estas etapas sucesivas y nadie tiene que sentirse preocupado lo más mínimo por ello.

CENTROS DE PENSAMIENTO

En los subplanos superiores del mental nuestros pensamientos son muy enérgicos, porque el campo de acción está casi circunscrito a nosotros mismos. En esa región no hay muchos otros pensamientos diferentes de los nuestros. Cuando las personas tienen una misma opinión, las relaciones recíprocas son más cordiales, de modo que cualquiera puede sentir la influencia de un pensamiento poderoso, sea cual sea el punto de la tierra en que se encuentre el que lo emite, porque los pensamientos vigorosos actúan eficazmente, sobre todo cuanto tienen como objetivo una cuestión en la que pocos piensan, porque entonces las vibraciones son más precisas y actúan con mayor libertad. La idea o visión que nos acude de pronto a la mente puede ser asunto del pensamiento de alguien interesadísimo en la cuestión, aunque esté muy lejos, si bien la cercanía física facilita la transferencia.

Hay una especie de psicometrización de las formas mentales. Las masas de pensamientos sobre determinado asunto tienen una realidad definida, ocupan un lugar en el espacio y los de la misma índole y especie tienden a agregarse. Para muchas cuestiones, hay en la atmósfera un espacio especial llamado centro de pensamiento, hacia el cual gravitan todos los pensamientos relacionados con el asunto de que se trata, y allí se congregan, sin distinción de pensamientos coherentes o incoherentes, verdaderos o erróneos, de suerte que es posible psicometrizarlos en aquel foco y averiguar quienes los emitieron, con otros detalles sobre el particular.

Se comprende fácilmente que al pensar en algún asunto arduo se puede atraer el pensamiento de otra persona que lo haya estudiado, e incluso a la misma persona si, consciente o inconscientemente, se encuentra en el plano astral. Hay muchas personas que, desencarnadas o durante el sueño, se dedican al auxilio del prójimo y es posible que alguno de ellos, al ver que alguien lucha con las dificultades del asunto en que se ocupa, acuda gustoso a sugerirle la modalidad de pensamiento que, a su parecer, emplearía otra persona para resolver la cuestión, aunque de esto no se deduce que acierte siempre en su decidido empeño.

Reflexionando sobre esto se comprende que es perfectamente natural, porque si en el plano físico, por pura benevolencia, ayudamos a los amigos a solventar sus dudas y dificultades en las materias de estudio, indicándoles nuestro criterio personal, de la misma manera continuamos haciéndolo en el mundo astral, pues sentimos las mismas simpatías sin cuerpo físico que con él, y nos complace dar nuestra opinión, aunque después resulte equivocada. No

conozco ningún método a propósito para que el común de los estudiantes de ocultismo indaguen con toda seguridad el origen de una idea que les acuda al entendimiento. Es preciso desarrollar la visión astral y mental para ver la forma mental y seguir su rastro hasta encontrar su origen, pues está enlazada vibratoriamente e individualmente con el que la emitió.

A veces la idea acude en forma simbólica, como por ejemplo la serpiente y el elefante que suelen emplearse para indicar sabiduría. Hay muchos esquemas de símbolos y cada ego tiene su propio sistema, aunque algunos símbolos son comunes a todos los sueños, por lo que se dice que soñar agua denota un disgusto o desgracia, si bien no veo relación alguna entre el símbolo y la cosa simbolizada. Sin embargo, aun cuando no haya una relación clara, el ego o cualquier otra entidad que desee comunicarse puede emplear el símbolo si sabe que la personalidad lo ha de comprender. El agua no tiene ninguna relación con el disgusto, la desgracia o el contratiempo inminente, pero como el ego no puede enviar un mensaje explícito a su personalidad, y en cambio sabe que relaciona el soñar agua con una desgracia, se vale de este símbolo hidráulico para prevenirla contra la amenaza.

Cuando un pensamiento cruza fugaz por la mente, casi siempre procede de una sugestión. El poder del pensamiento y la multiplicidad de formas mentales tienen mucha importancia y, sin embargo, las personas saben muy poco sobre esto y no lo tienen muy en cuenta.

Un pensamiento inesperado sobre una idea particular deriva de varias causas. Puede ser tan sólo una especulación para insinuar un asunto determinado sin conocimiento de lo sucedido. O bien es la influencia de una forma mental que, generada por el mismo individuo al pensar en algo, planea sobre él y persiste en proporción a su intensidad afectándole como si fueran nuevas sugerencias procedentes del exterior. En Adyar, por ejemplo, el recién llegado encontrará flotando en el ambiente una masa de formas mentales y podrá aprovecharse de algunas en lugar de generar de por sí otras de nuevas. Sin embargo, conviene ir con precaución al aceptar formas mentales, porque sé de quien aceptó unas completamente equivocadas que invirtieron su opinión, a pesar de que antes había estado profundamente convencido de ella. Sin embargo, en el comienzo de los estudios, a veces conviene relacionarse con una forma de pensamiento.

En el plano astral hay muchísimas de estas formas relativamente permanentes y resultantes de la actuación mental acumulada de varias generaciones. Algunas de dichas formas de pensamiento son de índole histórico-religiosa, y cuando las percibe una persona sensitiva o un vidente inexperto, las explica como sucesos reales. Así, por ejemplo, la visionaria Ana Catalina Emmerich, vio en todos sus pormenores las escenas de la pasión de Jesús, exactamente como las relata el Evangelio, incluso algunas que, según sabemos, no han

sucedido jamás. Sin embargo, no cabe duda de que esta visionaria o vidente inexperta refirió fielmente lo que había visto, pues no era alucinación sino error respecto a la naturaleza de lo que veía.

La lectura clara y correcta de los anales akásicos no es cuestión de fe ni de bondad, sino de conocimiento y pericia especiales. La citada visionaria Emmerich no poseía este conocimiento, sino que, al contrario, en toda su vida ni siquiera había oído hablar de los anales akásicos, y sería incapaz de leerlos claramente, de modo que en caso de ver uno de ellos no acertaría a distinguirlo de otra clase de visión.

Con toda probabilidad, Catalina Emmerich vería un agregado de formas mentales, como las que hemos descrito. Los investigadores saben bien que, de generación en generación, las personas se han ido representando vívidamente en su imaginación y enfocando su pensamiento en los sucesos históricos de excepcional trascendencia, como fue para los ingleses la concesión de la Carta Magna por el rey Juan sin Tierra³ y para los norteamericanos la declaración de la independencia.

Estas vívidas imágenes que se forjan las personas tienen una realidad y el que posea algún desarrollo psíquico puede verlas claramente. Son formas definidas existentes primero en el plano mental, y si con ellas se relaciona alguna emoción intensa, descienden al plano astral en cuya materia se plasman y van vigorizándose perpetuamente con los nuevos pensamientos que sobre ellas se acumulan. Desde luego, cada cual se imagina de diversas maneras las escenas históricas, por lo que resulta algo así como una complicada fotografía; pero la forma original de la imagen influye poderosamente sobre el asunto en las personas más sensitivas, y las mueve a imaginárselo debidamente.

Estas formas mentales, que suelen ser resultado de pensamientos ignorantes, son mucho más fáciles de percibir que los verdaderos anales, pues para ello sólo se necesita un vislumbre del plano mental, como les sucede a casi todos los puros de corazón y mente elevada que se sumen en el éxtasis, mientras que la lectura correcta

de los anales requiere una preparación y un adiestramiento. Sin embargo, en muchos casos, ni siquiera se necesita dicho vislumbre del plano mental, porque también hay formas de pensamiento en el plano astral.

Asimismo, conviene tener en cuenta que para generar estas formas mentales no es necesario

³ La Carta Magna fue concedida por Enrique I el año 1100 y confirmada por Juan sin Tierra en 1215; pero este monarca recurrió al Papa, quien le relevó del juramento y entonces los barones ingleses destronaron al rey Juan y pusieron en el trono a Enrique III, quien reconoció la Carta Magna. (N.T.)

que la escena representada haya tenido una existencia real, pues pocos sucesos de la verdadera historia de Inglaterra se representó la imaginación popular con tanta viveza como los ficticios de algunas escenas de los dramas de Shakespeare, del *Viaje del Peregrino*, de Bunyan, y de varios cuentos populares, entre los cuales cabe citar los de *La Cenicienta* y *La Lámpara de Aladino*. El clarividente que vislumbrase una de estas formas mentales colectivas, podría atribuirles realidad histórica; pero como sabe que son cuentos y leyendas, por haberlas oído tantas veces en el plano físico, es más probable que se figure haberlas soñado.

Ahora bien; desde que la religión cristiana materializó los magníficos conceptos confiados a su cuidado, representándolos como una serie de sucesos históricos, las almas devotas de todos los países cristianos consideraron un piadoso ejercicio la reproducción imaginaria de los supuestos sucesos, tan vívidamente como les fue posible y, por lo tanto, con el paso de los siglos han generado un conjunto de formas mentales tan excepcionalmente fuertes y relevantes, que no pueden por menos que llamar la atención de toda persona en estado de éxtasis cuya mentalidad se oriente en el mismo sentido. Sin duda que Ana Catalina Emmerich, y muchos otros, *vieron* estas formas mentales; pero, cuando en el curso de su progreso estos clarividentes lleguen a relacionarse con las realidades de la vida, se les enseñará (como se les enseña a los que gozan del inestimable privilegio de ser guiados por los Maestros de Sabiduría) a distinguir entre el resultado de un pensamiento ignorante pero devoto, y los imperecederos anales en los que fulgura la memoria de la naturaleza. Entonces se convencerán de que aquellas escenas a las que prestaron tanta atención no eran más que símbolos de verdades mucho más elevadas, amplias y sublimes de cuanto podían vislumbrar en los arrobamientos del alma a los cuales les conducía su espléndida pureza y su piedad.

EL PENSAMIENTO Y LA ESENCIA ELEMENTAL

La esencia elemental modelada por el pensamiento toma el color peculiar de la índole del pensamiento o emoción, lo cual significa que la esencia constitutiva de las formas de pensamiento vibra entonces con determinada amplitud a causa del pensamiento que la anima. La evolución de la esencia elemental consiste en acostumbrarse a responder a toda posible modalidad de vibración; y, por lo tanto, cuando un pensamiento la mantenga vibrando con determinada amplitud, la esencia elemental se acostumbrará a esta modalidad vibratoria, de manera que en la siguiente ocasión responda mucho más fácilmente que antes a otra vibración análoga.

Una vez desintegrada la forma mental y vueltos los átomos de esencia elemental a la masa común, en una nueva coyuntura pasarán a constituir parte de otra forma mental cuyas vibraciones tengan distinta amplitud, y evolucionarán algo más al adquirir la capacidad de responder a este otro tipo de vibración. Así, por lentas gradaciones, los pensamientos no sólo de los hombres, sino también de los espíritus de la naturaleza, de los devas e incluso de los mismos animales, en cuanto cabe en éstos el pensamiento, contribuyen a la evolución de la esencia elemental que los rodea, adiestrando aquí y allá unos cuantos átomos para que respondan a tal o cual modalidad vibratoria, hasta llegar a una etapa evolutiva en que todas las partículas de esencia elemental, en cualquier momento, puedan responder fácilmente a toda posible modalidad vibratoria, lo cual será el fin de su evolución.

Por esto, el ocultista evita cuanto puede destruir un elemental artificial, aunque sea de índole maligna, prefiriendo defenderse de él y defender a los demás por medio de un escudo protector. Se puede aniquilar instantáneamente un elemental artificial mediante la fuerza de voluntad, lo mismo que es posible matar en el plano físico a una serpiente venenosa para que no haga más daño; pero ni uno ni otro procedimiento son convenientes para un ocultista, salvo en circunstancias extraordinarias.

Poco importa que el pensamiento que anima la esencia elemental sea bueno o malo, porque lo necesario a su evolución es que esté animada por un pensamiento de una u otra índole. La diferencia entre el pensamiento bueno y el malo se notará en la calidad de la esencia, pues los malos pensamientos o malos deseos, para su apropiada expresión necesitan la esencia más basta o más densa, mientras que los pensamientos elevados exigen esencia más sutil y de vibración más rápida. Hay multitud de personas poco evolucionadas, de bajos pensamientos,

cuya ignorancia y grosería en determinada etapa de la obra en progreso, le sirven de fuerzas auxiliares a la suprema Ley. A nosotros, que sabemos algo más que esas personas, nos toca generar siempre pensamientos puros y elevados que favorezcan la evolución de tipo más sutil de esencia elemental y así trabajar en un campo donde los obreros son muy pocos.

SECCIÓN IX

PODERES PSÍQUICOS

PODERES PSÍQUICOS

La posesión de facultades psíquicas no supone, necesariamente, un elevado carácter moral ni tampoco un extraordinario vigor físico. Es cierto que el que entre en el sendero de santidad habrá desarrollado dichas facultades; pero es posible adquirir algunas de ellas sin tener santidad, pues cualquiera que se lo proponga las desarrollará con trabajo y paciencia, porque puede ser clarividente o mesmerizador, lo mismo que mediante el estudio y el ejercicio puede ser pianista. Sin embargo, es muchísimo mejor y más seguro esforzarse en el perfeccionamiento del carácter y ponerse en disposición de entrar en el sendero, dejando que las facultades psíquicas se desarrollen a su debido tiempo, como sin duda sucederá. Hay quien se impacienta por conseguir cuanto antes las facultades psíquicas y fuerzan su adquisición. En este caso no les sobrevendrá perjuicio alguno si las desean únicamente para auxiliar al prójimo y hacer el debido uso de ellas, aunque no es muy fácil estar completamente seguro sobre el intento, y la más mínima desviación de la rectitud provocará un desastre.

Los diversos métodos que cabe emplear para la obtención de facultades psíquicas se compendian en dos: el temporal y el permanente. El temporal consiste en amortiguar los sentidos físicos por cualquier medio activo, ya sea el de los alcaloides, el de la auto-hipnosis o el aturdimiento, o bien por el pasivo de la mesmerización, a fin de educir la percepción astral. El método permanente consiste en el desenvolvimiento armónico del ego, con el fin de que llegue a dominar los vehículos inferiores y utilizarlos a voluntad.

Esto tiene alguna semejanza con la doma de un potro, el refrenar a un caballo alborotado. Quien no tenga práctica en la equitación podrá montar un caballo si lo atonta con alcaloides, pero no será capaz de gobernar otro caballo distinto. Así, el que atonta su cuerpo físico podrá utilizar algo sus sentidos astrales, sin que esto le capacite en absoluto para gobernar el cuerpo físico en la próxima vida terrenal. Contrariamente, el que aprenda las reglas de equitación podrá dominar toda clase de caballos, y el que desarrolle su ego hasta el punto de gobernar sus vehículos, también será capaz de gobernar los que se le den en vidas futuras. Este último procedimiento entraña evolución, y no así el primero. De esto no se debe deducir, necesariamente, que tenga que tener facultades psíquicas aquel que entra en el sendero, porque no son indispensables hasta llegar a una determinada etapa del mismo.

Además de los genuinos poderes o facultades psíquicas, hay otros medios para obtener los mismos resultados y uno de ellos es repetir las invocaciones. Los hechizos y las ceremonias

suelen tener su efecto según como se practiquen. He visto a un hombre capaz de responder de un modo muy curioso a las preguntas que se le hacían, pues primero se colocaba en trance por medio de repetidos conjuros e invocaciones que no sólo influían en él, sino que atraían espíritus de la naturaleza, quienes iban en busca de la respuesta y se la sugerían al individuo en cuestión.

Lord Tennyson se elevaba en contacto con el ego mediante la reiterada repetición de su propio nombre y el retraimiento de su conciencia hacia lo interno, pareciéndole entonces, este mundo, un juego de niños, y la muerte era para él, ni más ni menos que el paso a mejor vida.

La repetición indefinida de fórmulas suele poner en trance al individuo, pero no desarrolla al ego, pues sus efectos sólo duran una vida, mientras que las facultades resultantes del desarrollo espiritual reaparecen en las siguientes existencias. El que se pone en trance por la repetición de palabras invocatorias, reencarnará probablemente como un médium o, por lo menos, con aptitudes mediumnísticas, y conviene recordar que la mediumnidad no es una facultad sino una condición.

Semejantes repeticiones pueden conducir fácilmente a la más grosera mediumnidad física, entendiendo por tal el instrumento de las materializaciones y fenómenos sensorios de toda clase, que tan perjudiciales suelen ser para la salud. Desde luego, se puede admitir que la mediumnidad puramente parlante no daña mucho al cuerpo; pero si se considera la flaqueza de las vulgaridades que suelen ser el principal elemento de las comunicaciones, se admitirá que pueden debilitar la mente.

Veamos qué requiere un médium físico. Cuando una entidad del plano astral, sea un desencarnado o un espíritu de la naturaleza, desea producir un efecto en la materia física densa, por ejemplo, tocar el piano, golpear muebles o paredes o escribir con lápiz o pluma, necesita un cuerpo etérico como instrumento de la acción, porque la materia astral no puede actuar directamente en la física densa, sino que requiere como intermediario la materia etérica para transmitir las vibraciones de una a otra, de la misma manera que un hornillo de carbón no puede encenderse quemando sólo papeles cuya llama fugaz no prendería en el carbón, sino que es preciso interponer teas o astillas de madera para encender el fuego.

La característica del médium físico está determinada por la falta de cohesión entre las partes etérica y densa del cuerpo físico, de modo que la entidad astral pueda sustraer buena parte del doble etérico del médium para sus propios fines. Evidentemente, la entidad astral restituye lo sustraído, y además la materia etérica del médium tiende siempre a reintegrarse a él, como se deduce de la acción de la forma materializada, por lo cual ésta frecuente sustracción de parte del cuerpo del médium, no puede por menos que ser muy perjudicial y peligrosa para su

salud.

El doble etérico es el vehículo de vitalidad del principio vital que circula sin cesar por nuestro cuerpo, y así tenemos que toda merma del doble etérico entorpece y quebranta la corriente de circulación vital. Se establece entonces un escurrimiento de vitalidad, y por esto suele suceder que el médium quede más o menos extenuado después de la sesión, y que algunos se aficionen primero a los estimulantes y por último a la embriaguez alcohólica, movidos por las ansias mortales de resarcimiento que provoca la repentina pérdida de fuerzas.

En ninguna circunstancia puede ser saludable la continua sujeción a semejante escurrimiento de vitalidad, ni siquiera en los casos en que “espíritus” inteligentes y solícitos derramen energía en el médium, después de la sesión, para reponer la pérdida sufrida y sostenerle así por mucho más tiempo sin quebranto.

En los casos de materialización se sustrae materia física (principalmente gaseosa o líquida) del cuerpo del médium, que disminuye de peso y tamaño; y esto es otro motivo de graves perturbaciones funcionales.

De los médiums a los que vi actuar hace treinta años, uno está ahora ciego, otro murió borracho perdido, y un tercero, amenazado de apoplejía y parálisis tuvo que cesar en su actuación para salvarse de la muerte.

Otra forma de materialización es aquella en que el cuerpo astral se condensa transitoriamente. El “espíritu” materializante ordinario toma el material del médium, cuyo doble etérico, acostumbrado ya a la materialización es más susceptible de adaptarse a la forma humana y más fácil de condensar y plasmar que la libre materia etérica.

Nadie que esté versado en las operaciones de magia blanca se valdrá del doble etérico de ninguna persona, ni siquiera del suyo, para producir una materialización y hacerse visible a distancia sino que, al efecto, condensará en torno de su cuerpo astral la cantidad suficiente de éter circundante para materializarlo y mantenerlo en esta forma por un esfuerzo de voluntad, mientras le sea necesario.

Cuando del cuerpo físico se sustrae parte del doble etérico, como sucede en las materializaciones ordinarias, cualquiera que sea capaz de ver la materia etérica observará una corriente de enlace entre el cuerpo del médium y la parte abstraída; pero el enlace con el cuerpo astral es de índole muy distinta, porque entre ambas formas no hay nada que se parezca a un cordón o a una corriente, y es muy difícil expresar en lenguaje humano la verdadera naturaleza de la íntima simpatía que las enlaza. La comparación más cercana a la realidad sería, tal vez, la de dos instrumentos entonados exactamente en el mismo diapasón,

de modo que toda nota que vibre en uno de ellos provocara idéntico sonido en el otro.

No hay ningún mal en emplear el poder de la voluntad en la curación de las enfermedades, con tal que no se haga por lucro ni otro propósito egoísta. Para ello existen varios métodos, y el más sencillo consiste en la transfusión de vitalidad. La naturaleza curaría muchas más enfermedades si, mientras ella actúa, el enfermo pudiera ser fortalecido y animado, sobre todo por lo que respecta a las diferentes dolencias nerviosas, tan frecuentes, por desgracia, en nuestros días. En estos casos, el mejor tratamiento es una cura de descanso, cosa que ya suelen recomendar muchos médicos, pero se puede apresurar la curación si además se transfunde vitalidad al enfermo. Esto lo puede hacer cualquiera que tenga fuerza vital sobrante, transfundiéndola al enfermo por la fuerza de su voluntad, pues cuando no la dirige en este sentido irradia de él en todas direcciones y, principalmente por las manos. Si la debilidad del enfermo es tal que sus órganos, y en especial el bazo, no funcionan bien, la transfusión de vitalidad será una ayuda segura para sostener el organismo hasta que sea capaz de dominarlo.

Otras enfermedades menos graves pueden curarse sencillamente por el incremento de la circulación vital. Así, por ejemplo, el dolor de cabeza o la jaqueca proviene de una leve congestión de la sangre, o también del fluido vital, y en ambos casos el clarividente capaz de ver la obstrucción puede tratarla enviando a través de la cabeza del enfermo una abundante corriente de fuerza que arrastre la sangre congestionada. También puede obtener el mismo resultado el que no sea clarividente, pero consumirá mucha energía vital porque desconoce la situación exacta del punto congestionado.

Algunos consiguen curar a un enfermo transmitiéndole sus propias condiciones magnéticas. Esto se basa en la teoría, por otra parte cierta, de que toda enfermedad es un desequilibrio y que, por lo tanto, al restablecerse la armonía la enfermedad desaparece. Así que aquel que desea curar a un enfermo por dicho medio magnético, pone primero en el grado más elevado posible sus propias vibraciones, se llena de pensamientos de amor, salud y armonía, y después envuelve al enfermo en su aura con el propósito de que sus vibraciones prevalezcan contra las de aquel y que, poco a poco, le coloquen en la misma condición armónica y saludable.

Este procedimiento suele ser eficaz, pero conviene recordar que entraña la imperposición de toda la personalidad del magnetizador en el enfermo, lo cual no siempre es provechoso para ellos.

Hay que tener cuidado de no quedar preso o sofocado en el plano astral, como podría sucederle a una persona, tanto por sus virtudes como por sus vicios, si no procede con precaución. Por ejemplo, es posible influir en los demás con el pensamiento y conseguir de

ellos lo que se desee, y el hombre vulgar apenas podrá resistir esta tentación. Por otra parte, a un ser querido que vaya por mal camino es fácil *obligarle* a que enderece sus pasos por el recto sendero, aunque esto no debe hacerse, sino tan sólo exhortar y persuadir. También aquí hay tentación. Por coacción se puede evitar que la persona amada obre mal, pero el efecto debilitador que se produce de este modo en su mente le perjudicará más que la mala obra de la que le hemos salvado.

La embriaguez habitual puede curarse por hipnotismo, aunque es mucho mejor persuadir al beodo para que, poco a poco, vaya venciendo el vicio, puesto que en una u otra vida tendrá que hacerlo. Se dice que en algunos casos el beodo está tan sumido en su horrible vicio, que la voluntad se ha inhibido totalmente y el hombre no tiene fuerzas para refrenarlo, por lo que entonces dicen que es necesario el hipnotismo como único medio de restituirle el sentimiento de su dignidad y adquirir algún dominio sobre sus vehículos. Tal vez sea así, y comprendo el deseo de salvar un alma tan degradada por medios lícitos; pero incluso en este caso, aconsejaría muchísimo cuidado en el uso del hipnotismo y en la elección del hipnotizador.

El hombre puede utilizar las facultades de su cuerpo astral sin desprenderse del físico. A esto se le llama posesión de facultades astrales en estado vigílico y es una etapa definida de la evolución; pero cuando hay que actuar u observar a larga distancia, es más frecuente que el hombre se desprenda para ello de su cuerpo físico. Los hindúes llaman “caminante del cielo” a los que son capaces de viajar en cuerpo astral; pero a veces también significa la levitación del cuerpo físico que se mantiene flotando en el aire. Eso les sucede en la India a muchos ascetas, y algunos de los santos más sobresalientes del cristianismo levitaban su cuerpo mientras estaban en meditación profunda. Sin embargo esto consume mucha energía; y en consecuencia, cuando a un discípulo se le encomienda una obra especial en bien de la humanidad, los adeptos le proporcionan energía extra para llevarla a cabo; pero aunque le dejan en libertad para emplearla como le plazca no la debe consumir inútilmente, y por eso vemos que incluso aquellos que producen fenómenos sorprendentes a voluntad no lo hacen para su solaz ni para el solaz de nadie, sino para obras de absoluta eficacia. A un discípulo le sería posible utilizar esta energía adicional que los Adeptos le proporcionan en trasladarse por los aires a distancias lejanas; pero como esto exigiría un enorme consumo de fuerza no es probable que lo haga a menos que explícitamente se le ordene.

Sin embargo, hubo casos en que las facultades astrales se utilizaron para salvar a una persona de sufrimientos inmerecidos, como le sucedió a un joven acusado de falsificación de un importante documento. Si bien era culpable desde el punto de vista técnico, era del todo inocente en cuanto a la intención, pues por un alarde de habilidad y sin calcular las

consecuencias de lo que hacía, imitó cierta firma y rúbrica en una hoja de papel en blanco, de la que taimadamente se apoderó luego un enemigo suyo que escribió encima de la firma imitada determinadas instrucciones, recortando después astutamente el papel de modo que pareciese una carta enviada exprofeso. El acusado no tuvo más remedio que admitir que la falsificación de la firma era suya; pero su declaración acerca de las circunstancias en que la había falsificado eran tan increíbles por lo inverosímil, que parecía imposible que se librara de las terribles consecuencias del delito. Pero ocurrió que uno de nuestros Maestros fue llamado a compulsar la letra del acusado como perito calígrafo, y le entregaron el escrito preguntándole:

—¿Reconoce usted que esta letra es del acusado?

El Maestro miró el papel y al punto lo devolvió al magistrado diciendo:

—¿Es éste el pliego que quería usted darme?

¡El papel se había vuelto todo blanco, sin letra alguna! El tribunal se imaginó que, sin saber cómo, habían extraviado el documento; pero no fue posible encontrarlo y la causa tuvo que ser sobreseída por falta de pruebas, salvándose así el acusado.

CLARIVIDENCIA

La posesión de la facultad de la clarividencia es un gran privilegio, con una enorme ventaja que cuando se usa debidamente y con discreción puede ser una bendición y una ayuda para su dichoso poseedor, así como su mal uso de la misma con toda seguridad será un impedimento y una maldición. Los peligros principales que acechan a la clarividencia son el orgullo, la ignorancia y la impureza; pero si se evitan, como sin duda pueden evitarse, únicamente bienes se derivarán de ella.

El orgullo es el primer peligro grave. La posesión de una facultad que, aunque herencia de todo el linaje humano, sólo poseen actualmente unos cuantos, mueve al clarividente ignorante, y más aún si es mujer, a creerse superior a sus semejantes, escogido por el Todopoderoso para una misión de importancia mundial, dotado de infalible criterio, designado para ser el fundador de una nueva religión bajo la guía de los ángeles, etc. etc. Conviene recordar que en el plano astral hay una multitud de entidades jocosas y burlonas que se complacen en alimentar todas estas ilusiones, sugerir esos pensamientos y abrogarse el papel de arcángeles o espíritus guía. Desgraciadamente, no es difícil para esas entidades convencer a un hombre vulgar de que, realmente, en el fondo es una joya, totalmente merecedor de recibir una revelación especial, aunque sus parientes y amigos, obcecados y con prejuicios, no hayan sabido apreciarlo en lo que vale.

Otro peligro, y acaso el mayor porque de él arrancan todos, es la ignorancia. Si el clarividente conoce la índole de esta facultad y comprende las condiciones de los planos hasta donde alcanza su visión, no puede suponer en absoluto que es el único favorecido con tan elevado don, ni tampoco se creará infalible. Pero, como les sucede a muchos, cuando está sumido en la más supina ignorancia respecto a las circunstancias y condiciones de la clarividencia, se expone, en primer término, a incurrir en toda suerte de errores respecto a lo que ve y, en segundo lugar a ser víctima fácil de toda serie de entidades insidiosas y falaces del plano astral. Carece de criterio para juzgar lo que ve o lo que se figura que ve, no comprueba sus visiones o comunicaciones, de modo que le falta el sentido de la proporción y de la correspondencia de las cosas, hasta el punto de confundir un copiadore de cartas con un fragmento de la sabiduría divina, y una vulgaridad de lo más chabacano con un mensaje angélico. Además, por falta de una cultura general científica, no comprenderá bien lo que sus facultades le permiten percibir y, en consecuencia, afirmará doctoralmente los más burdos

absurdos.

El tercer peligro es la impureza. El hombre de sentimientos, costumbres e intenciones puros, sin sombra de egoísmo, por esta misma circunstancia se ve libre de la influencia de entidades astrales repulsivas, porque en él no hay nada que pueda servirles de instrumento y no resulta un medio adecuado para ellas. Por el contrario, se verá rodeado de toda clase de influencias benéficas que se valdrán de él como un canal de actuación, levantando así una valla circundante contra todo lo ruin, bajo y maligno. En cambio, el hombre de costumbres e intenciones impuras atrae hacia él todo lo peor que hay en el mundo invisible que tan de cerca nos rodea y responde con facilidad a ello, mientras que las fuerzas del bien apenas pueden influirle.

Pero el clarividente que tenga en cuenta estos peligros y se esfuerce por evitarlos, que se tome el trabajo de estudiar la índole y fundamento racional de la clarividencia, y cuyo corazón sea humilde y sus intenciones puras, con toda seguridad que podrá aprender muchísimo con esta facultad y podrá utilizarla en alto grado en el cumplimiento de su deber.

Después de haber atendido al perfeccionamiento de su carácter, el clarividente tiene que observar y anotar cuidadosamente cuanto vea para extraer el meollo de la verdad contenida entre las diversas excrecencias y abultamientos que, con seguridad, en un principio estarán inexplicablemente confundidos con ella. Tiene que comprobar y compulsar sus visiones con objeto de discernir cuanto haya en ellas digno de confianza y su diferencia con lo que resulte no ser verdad. De este modo no tardará en ordenar aquel caos y en saber qué es lo que debe entresacar como verdadero y lo que debe eliminar por incomprensible.

Probablemente, con el tiempo recibirá impresiones visuales directas, o tan sólo por sensación, respecto de las personas que trata. Tiene que observar en seguida cuantas impresiones de esta clase reciba, comprobándolas y compulsándolas tan pronto como se le ofrezca la coyuntura para ver si merecen confianza, pues si hay un resultado será prueba de que ha adelantado considerablemente y de que, en efecto, posee una facultad que le capacita para servir con mayor provecho a las personas entre las que actúa, que si sólo las conociera con los sentidos corporales.

Si por ejemplo, ve el aura de los demás, le resultará más fácil tratarlos de la manera más apropiada para hacerles educir sus buenas cualidades, fortalecer sus puntos débiles, reprimir sus vicios y enmendar los defectos de su carácter. Por otra parte, la clarividencia le permitirá observar algo de los procedimientos de la naturaleza y del proceso de la evolución extra-humana que nos rodea, adquiriendo así conocimientos valiosísimos en toda clase de cosas ocultas. También le será muy ventajoso trabar relación personal con un clarividente ya

experto que, con toda confianza, pueda examinar y comprobar sus visiones.

En general, al clarividente novicio se le ha de recomendar muchísima paciencia y no menos vigilancia, con la esperanza siempre viva de que si emplea bien el talento que se le ha confiado no podrá por menos que llamar la atención de Aquellos que están de continuo al acecho de instrumentos útiles para la magna obra de la evolución, y que en tiempo oportuno recibirá las enseñanzas tan anheladas, capacitándose exactamente para ser un auxiliar del mundo.

A los niños clarividentes se les ha de educar desde temprana edad con un método especial, pues los sistemas modernos de educación tienden a sofocar las facultades psíquicas, ya que la amplitud e intensidad de los estudios abruma a la mayoría de jóvenes. En Grecia y Roma, desde luego, separaban a los niños clarividentes de los demás niños para educarlos de un modo especial y destinarlos al sacerdocio los niños y a vírgenes vestales las niñas. Hoy en día, aparte de la influencia de la educación, existe la tendencia a reprimir las facultades psíquicas. El mejor medio de no malograrlas en los niños clarividentes sería colocarlos en un monasterio cuyos monjes conocieran la vida superior y a ella acomodaran el régimen monacal, porque la vida de familia no es a propósito para el desarrollo de dichas facultades. Cuando se observa la clarividencia en un niño, debería estimulársela, porque la obra de la Sociedad Teosófica está necesitada de investigadores y los que empiezan jóvenes se adaptan más fácilmente a ella.

Los psíquicos de nacimiento utilizan con mucha frecuencia el doble etérico. Hay quienes poseen la llamada “visión etérica” que les permite ver la materia física finísimamente dividida, aunque no pueden ver la materia astral todavía más sutil, y cuando miran fijamente una parte descubierta del cuerpo humano, como la cara o las manos, ven multitud de figuras tales como cubos, estrellas y pirámides dobles, que no pertenecen al plano mental ni al astral, sino que son formas físicas muy diminutas procedentes de la continua eliminación de los desechos del cuerpo, sobre todo de sales sublimadas. La índole de estas partículas tan tenues depende de diferentes causas. La enfermedad las altera por completo y también puede afectarlas, en mayor o menor grado, una oleada de emoción e incluso la acción definida del pensamiento.

Al profesor Gates se le atribuyen las siguientes afirmaciones:

1ª. Que las emanaciones materiales de un cuerpo vivo varían según el estado de la mente y de la salud física.

2ª. Que estas emanaciones pueden comprobarse por medio de sales de selenio como reactivo químico.

3ª. Que estos reactivos están caracterizados por varios colores y matices correspondientes a la naturaleza de la impresión mental.

4ª. Que ya se han obtenido cuarenta reactivos de otras tantas emociones.

Hay quienes suelen ver en el aire unas a manera de partículas animadas que titilan y se entrechocan con suma rapidez; pero esto también corresponde al plano físico y no al astral, y mucho menos al mental. Por desgracia, es muy frecuente que los que adquieren por primera vez un vislumbre de la materia astral e incluso de la etérica, se figuren que ya están por lo menos en el plano mental, si no en el nirvánico, y que tienen en su mano la clave de todos los misterios del sistema solar. Es cierto que, a su debido tiempo, se desplegarán ante su vista tan grandiosas visiones, y las alcanzará más pronto si va afianzándose en las etapas sucesivas que recorra, y si procura comprender y aprovechar lo mejor posible cuanto tiene, antes de aspirar a más. Pocos y rarísimos son los que empiezan por una clarividencia nirvánica, y para la inmensa mayoría de personas el progreso tiene que ser lento y seguro, por lo cual, nuestra mejor divisa será: *Festina lente*⁴. No aconsejaré a nadie, en absoluto, que se deje sumir en sueño hipnótico para experimentar la clarividencia. La subyugación de la voluntad propia por la ajena produce resultados de los que muy poca gente se da cuenta. La voluntad de la víctima se debilita y está más expuesto a ser juguete de otros. En el plano de la evolución a nadie se le *coacciona* para que actúe en determinado sentido, sino que se le *alecciona* sometiéndolo siempre a las consecuencias de sus acciones, y por lo mismo más vale esperar a que las facultades psíquicas vayan apareciendo gradualmente en el curso natural de la evolución y no forzarlas en modo alguno.

Porque un hombre vea algo de los planos superiores no quiere decir, necesariamente, que tenga que poseer clarividencia, porque, por ejemplo, cualquiera puede ver por clarividencia una aparición, pero en cambio hay otras muchas maneras en que un hombre puede ver, o figurarse que ve, lo que le parezca exactamente lo mismo que una aparición.

Así pues, la aparición de un muerto puede deberse a una cualquiera de las siguientes circunstancias:

1ª. Producto de la propia imaginación.

2ª. Una forma mental producida por otra persona.

3ª. Una forma mental producida por el supuesto aparecido.

⁴ Sentencia atribuida al emperador Augusto, según el historiador Suetonio. Significa *apresúrate lentamente*, como dando a entender que conviene ir poco a poco, pero sin detenerse, para realizar bien una labor. En términos populares es como decir: vísteme despacio que voy de prisa. (N.T.)

4ª. Una entidad que haya tomado la apariencia del desencarnado.

5ª. El doble etérico del supuesto aparecido.

6ª. El muerto en persona.

En esta última circunstancia, esto es, suponiendo que el aparecido es un desencarnado o un durmiente físico que actúa en el mundo astral, y que el que ve la aparición actúa en estado de completa vigilia física, pueden ocurrir tres cosas:

1º. Que el muerto se haya materializado y, por lo tanto, es temporalmente un objeto físico a quien cualquiera puede ver con la visión física.

2º. Que el muerto se aparezca en cuerpo astral, y en este caso sólo podrán verlo los que tengan visión astral. También puede ser que el aparecido haya logrado por un esfuerzo especial abrir transitoriamente la visión astral de la persona a la que deseó aparecerse y, por lo tanto, que ésta lo vea fácilmente y no los circunstantes.

3º. Que el aparecido haya hipnotizado al viviente para sugerirle la idea de que está viendo una figura invisible a sus ojos, aunque en realidad presente allí.

Si la aparición es en doble etérico, no se apartará mucho del cuerpo denso al que pertenece o perteneció. Un aparecido inexperto, esto es, un novicio en el mundo astral, mostrará resabios de las costumbres terrenales, pues entrará y saldrá por las puertas y ventanas, sin darse cuenta de que puede atravesar las paredes con la misma facilidad. He visto a uno que forcejeaba por la hendidura de una puerta cerrada, cuando podía haber pasado por el agujero de la cerradura. Estos noveles se mueven como hasta entonces estaban acostumbrados a moverse y como se *figuran* que han de moverse. Por la misma razón, un aparecido suele presentarse caminando por el pavimento, cuando podría sostenerse flotando en el aire.

Es un error creer que el tener una visión haya de significar algo para el que la ve, o que se la envíen a él a propósito. El sensitivo percibirá lo que ocurre.

Supongamos que estoy sentado en un aposento cuya ventana tiene corridos los visillos de modo que no puedo ver la calle, y que, por un momento, una corriente de aire levanta los visillos y veo la calle. Habré tenido un vislumbre de lo que sucede en ella en aquel preciso instante y habré visto a los que pasaban en el momento del vislumbre. Supongamos que he visto a una muchacha vestida con un abrigo rojo y una cesta al brazo que cruzaba la calle en dirección hacia mi ventana. Aquella muchacha seguramente se encamina a su trabajo o a hacer un recado para su madre; y ¿no sería una insensatez pensar que me *la envían* a mí

directamente y ponerme a cavilar sobre el significado de la cesta y del abrigo rojo? De la misma manera, un relámpago de clarividencia suele ser el levantamiento fortuito de los visillos y, por lo general, lo que se ve no tiene ninguna clase de relación con el vidente. Puede haber casos en que un amigo o una persona querida levante adrede los visillos porque en aquel momento esté sucediendo algo interesante para el vidente; pero este caso no es frecuente.

Entre las facultades psíquicas adquiridas mediante un lento y cuidadoso desenvolvimiento hay algunas de muy importantes, como por ejemplo, para aquellos que actúen libremente en su cuerpo mental, la de comprender el significado de un libro sin necesidad de leerlo al modo ordinario. El método más sencillo consiste en leer en la mente del que lo haya estudiado, aunque tropieza con la dificultad de que no descubre el verdadero significado del libro, sino el que le dio el estudiante o lector, lo cual no es precisamente lo mismo. Otro método consiste en examinar el aura del libro; pero esto necesita una pequeña explicación para aquellos que no están versados en el conocimiento del aspecto oculto de las cosas. Sobre este particular, los manuscritos antiguos difieren algo de los libros modernos. Si el manuscrito no es el original del mismo autor, algún amanuense relativamente educado y con cierta cultura que conocía el tema de la obra y tenía sus propias opiniones sobre ella, debió copiarlo, palabra por palabra. Conviene recordar que cuando la copia se hacía con estilo era tan lenta y recalcada como el grabado, de suerte que el copista o el autor imprimían vigorosamente su pensamiento en el manuscrito y, por lo tanto, todo manuscrito, incluso los mismos de hoy día, tiene una especie de aura mental que envuelve su significado, o mejor dicho, la idea del escritor acerca de su significado y valía. Cada vez que alguien lee el manuscrito le añade algo al aura mental, y si la lectura es atentamente reflexiva, el añadido es por consiguiente muy amplio y de no poco valor.

Otro tanto se puede decir de los libros impresos que sí han pasado por muchas manos tienen el aura mental mucho mejor equilibrada que el libro que acaba de imprimirse, porque está redondeada y complementada por los muchos lectores. En consecuencia, la psicometrización de un libro así proporciona, generalmente, una comprensión más completa de su contenido, aunque con un considerable margen de opiniones no expresadas en sus páginas, sino pertenecientes a los diversos lectores.

Sin embargo, los volúmenes de las bibliotecas públicas suelen ser psíquicamente tan desagradables como lo son físicamente, porque están cargados de toda especie de magnetismos en mezcolanza, muchos de ellos de índole repulsiva. Las personas sensitivas harán bien en evitar semejantes libros, o si la necesidad les obliga a utilizarlos, será bueno que

los toquen lo menos posible, depositándolos encima de la mesa en lugar de sostenerlos en la mano.

Otro punto digno de consideración respecto a los libros de las bibliotecas públicas es que los que tratan de determinado tema los leen personas de un carácter especial que dejan su huella en el aura del libro. De este modo, una obra encomiástica de la intolerancia religiosa o que defienda ideas sectarias sólo la leerán aquellos que simpaticen con su estrechez de miras, y muy pronto quedará envuelta en un aura ingrata. De la misma manera, los libros obscenos y de mal gusto, no tardan en formar un aura indeciblemente repugnante. Por esta razón, los libros antiguos que contienen fórmulas de magia negra son molestísimos vecinos. Incluso el idioma en que está impreso el libro influye en su aura, porque limita su lectura a personas de determinada nacionalidad, cuyas características destacables se van transfiriendo poco a poco al aura.

El manuscrito original no forma parte de un libro impreso, por lo que, al salir éste a la luz sólo lleva retazos mentales incoherentes del impresor, del encuadernador y del librero. Por otra parte, pocos lectores estudian a la vez que leen un libro, y de esta manera, las formas de pensamiento relacionadas con un libro moderno, rara vez son tan precisas ni de contornos tan definidos como las que envuelven los manuscritos antiguos.

El tercer método de lectura requiere elevadas facultades para trascender el libro o manuscrito y penetrar en la mente del autor. Si la obra está escrita en un idioma extranjero, si el tema es completamente desconocido y no hay en él un aura que proporcione una sugerencia que ayude, el único medio es seguir la pista hasta ver dónde fue copiado o impreso, según el caso, hasta dar con el autor. Si el tema de la obra fuera conocido, un método no tan enojoso sería psicometrizar el tema, investigar su modalidad general de pensamiento y descubrir al autor para ver cómo piensa respecto a dicho tema. Porque todas las ideas referentes a un tema determinado, en cierto sentido, están concentradas en un punto del espacio, de modo que visitando mentalmente este punto uno puede ponerse en contacto con todas las corrientes de pensamiento que convergen en el mismo relacionadas con este tema, aunque estén enlazadas por millones de líneas con toda clase de temas diversos.

Otra consideración interesante es la de magnificar o intensificar la clarividencia, y para esto pueden utilizarse dos métodos distintos. Uno es, sencillamente, la intensificación de la visión ordinaria. No se puede poner en duda que cuando en la vida cotidiana vemos una cosa, en las retículas y filamentos de la retina se produce un choque, cuyas vibraciones se transmiten por el nervio óptico hasta la materia gris del cerebro, sin que conozcamos todavía muy bien el proceso. Desde luego, antes de que el hombre interno tenga conciencia de la visión, las

impresiones recibidas por la materia física cerebral han de transmitirse a la materia etérica y de ésta a la astral y de aquí a la mental, de manera que estos diferentes grados de materia vienen a ser, por decirlo así, como las estaciones de una línea telegráfica.

Un método de magnificación consiste en derivar el alambre de esta línea a una estación intermedia, o sea, recibir la impresión visual en la materia etérica de la retina, en lugar de recibirla en los filamentos y retículas físicos, y transferir directamente a la parte etérica del cerebro la impresión recibida. Mediante un esfuerzo de la voluntad la atención puede enfocarse sólo en unas cuantas partículas etéricas, e incluso en una de ellas únicamente, de manera que así se logre paridad de tamaño entre el órgano visual y un objeto diminuto que se haya de observar.

El método más comúnmente utilizado, aunque exige un mayor desarrollo, es emplear la facultad especial del centro situado en el entrecejo. Desde el punto central de este órgano se puede proyectar lo que podríamos llamar un tenue microscopio, con un átomo por lente, para formar de esta suerte un órgano en paridad de tamaño con los objetos diminutos que deseamos observar. El átomo empleado puede ser físico, astral o mental, pero cualquiera que sea necesita todas sus espirillas abiertas, tal como han de estar en la séptima ronda de nuestra cadena.

Esta facultad pertenece al cuerpo causal, de modo que si se emplea como órgano visual un átomo de nivel inferior, puede introducirse un sistema de contrapartes que reflejen y gradúen el átomo con ajuste a un subplano cualquiera, con el fin de aplicar el grado de amplitud necesario a la adecuada observación del objeto. La mayor extensión de la misma facultad capacita al observador para enfocar su propia conciencia en la lente a cuyo través mira y proyectarla a larga distancia. Mediante una disposición distinta puede disminuirse la intensidad clarividente cuando conviene abarcar en conjunto algo demasiado grande para verlo de una vez con la visión ordinaria.

EL ACORDE MÍSTICO

Se suele preguntar cómo es posible que un clarividente encuentre al instante a una persona situada a muchos miles de kilómetros de distancia. Desde luego que esto les parecerá a algunos un misterio y, por lo tanto, trataré de explicar el método que se sigue normalmente, aunque no es fácil ser muy claro en la explicación de los fenómenos suprafísicos con palabras del mundo que siempre conducen a error, por muy explícitas que sean.

Las diversas fuerzas y cualidades que se manifiestan como vibraciones en los cuerpos del hombre, emiten desde cada vehículo lo que podríamos llamar la nota tónica o fundamental. Consideremos, por ejemplo, el cuerpo astral. De las numerosas y variadas vibraciones de este cuerpo resulta una especie de nota sintética, que llamaremos la tónica del dueño de dicho cuerpo en el mundo astral. Evidentemente, habrán muchísimos hombres vulgares cuya tónica astral venga a ser la misma, por lo que no bastará eso para distinguirlos con acierto. Pero también el doble etérico y los cuerpos mental y causal tienen su tónica correspondiente y, hasta ahora, nunca se han encontrado dos individuos cuyas tónicas sean idénticas en todos los planos, de modo que al vibrar simultáneamente produjesen un acorde perfecto.

Por consiguiente, el acorde de cada individuo es único y proporciona el medio de distinguirlo siempre de las demás personas. Entre los millones de salvajes primitivos probablemente habría casos en que, por su escaso desarrollo, los acordes no fuesen lo bastante claros para observar sus diferencias; pero en las razas más civilizadas nunca existe la menor dificultad, ni riesgo alguno de confusión.

Tanto que el hombre esté dormido como despierto, vivo o muerto, su acorde es el mismo y siempre se le puede distinguir por él. Alguien preguntará: ¿Cómo es esto posible cuando está descansando en el mundo celeste y no tiene cuerpo astral ni doble etérico que emitan la tónica correspondiente? Responderemos, que mientras el cuerpo causal subsiste tiene adheridos los átomos permanentes de los cuerpos físico y astral, que bastan para dar la tónica distintiva y, por lo tanto, dondequiera que vaya el hombre con su cuerpo causal, llevará consigo el acorde de sus principios inferiores.

El vidente, capaz por lo experto de percibir el acorde, diapasona interinamente sus propios vehículos con las notas de este acorde y, mediante un esfuerzo de su voluntad, lanza la vibración sintónica a la que, instantáneamente, responde el hombre buscado, sea cual sea el punto de los tres mundos donde se halle. Si vive en el físico, es muy posible que en el cuerpo

denso note tan sólo un ligero choque, sin saber en lo más mínimo su causa; pero su cuerpo causal se ilumina al momento y estalla en una viva llama responsiva que en seguida percibe el vidente, de modo que por este solo acto encuentra al que busca y establece con él una línea magnética de comunicación que puede utilizar como telescopio, o si lo prefiere, puede proyectar ante sí, con la velocidad de la luz, como un relámpago, su conciencia y ver, por así decirlo, desde el extremo opuesto de la proyección.

La combinación de los sonidos de cada cuerpo del hombre constituye su nombre verdadero y oculto; y así, se ha dicho que cuando a un hombre se le llama por su verdadero nombre, responde instantáneamente dondequiera que se halle. Es posible que la idea tan extendida entre los salvajes de que el verdadero nombre de un hombre es parte integrante de él y debe ocultarlo cuidadosamente porque si alguien lo supiera podría influirle con artes mágicas, responda a una vaga tradición de esta verdad. Así también, se dice que el verdadero nombre del hombre se cambia en cada iniciación, porque esta ceremonia es, a la vez, el reconocimiento oficial y el cumplimiento de un progreso por el cual el hombre se ha elevado, como si dijéramos, a un tono más alto, poniendo en mayor tensión las cuerdas de su instrumento y arrancando de ellas vibraciones más intensas, de manera que a partir de entonces el sonido de su acorde será otro. Este nombre del hombre no debe confundirse con el nombre oculto de Augoeides, que es el acorde de los tres principios del ego, resultantes de las vibraciones de los átomos mental, búdico y átomico con la mónada tras ellos.

Para evitar semejante confusión, hemos de distinguir entre las dos manifestaciones del hombre en diversos niveles. La correspondencia entre estas dos manifestaciones es tan íntima que podemos considerar la inferior como la repetición de la superior. El ego es trino y consta de atma, buddhi y manas, cada cual existente en su propio plano: el atma en el nirvánico, el buddhi en el cuerpo causal o vehículo constituido por la materia del plano inferior de los tres a los que pertenece. Después, desciende en grado de manifestación y se reviste de otros tres vehículos más inferiores: el mental, el astral y el físico. Su acorde en esta manifestación inferior es el que antes hemos descrito y consta de su propia nota y de las de los tres vehículos inferiores.

También la mónada es trina, como el ego, y también tiene sus tres elementos o principios constitutivos, cada cual existente en su propio plano; pero estos planos son el primero, segundo y tercero del sistema, o sean el ádicico, el anupadákico y el nirvánico, de modo que el plano superior del ego es el inferior de la mónada. En este plano nirvánico la mónada se manifiesta en su vehículo átomico y la llamamos mónada trina o espíritu trino, y el vehículo o cuerpo átomico es, respecto a la mónada, lo que el vehículo o cuerpo causal respecto del ego.

Así como el ego toma tres cuerpos inferiores, mental, astral y físico, el primero de los cuales o mental corresponde a la parte inferior de su propio plano, y el último o físico está dos planos más abajo, así también la mónada asume tres manifestaciones inferiores: atma, buddhi y manas, la primera de las cuales corresponde a la parte inferior de su propio plano y la última está dos planos más abajo, de modo que el cuerpo causal es respecto a la mónada lo que el cuerpo físico respecto del ego.

Si nos imaginamos el ego como el alma del cuerpo físico, podemos considerar a la vez la mónada como el alma del ego; y por consiguiente, el acorde del Augoeides o ego glorificado en su cuerpo causal, consta de la nota de la mónada y de las de sus tres manifestaciones: atma, buddhi y manas.

Entiéndase bien que el acorde no ha de considerarse exactamente como sonido en el sentido que damos a esta palabra en el plano físico. Se me ha sugerido la idea de que la combinación de las rayas del espectro estelar es una analogía mejor. En todo espectro conocido advertimos al instante cada uno de sus elementos componentes, sea la estrella que sea, y por lejana que se encuentre, mientras sus rayos brillen lo bastante para distinguirlas. Pero el acorde de que hablamos no se oye ni se ve, sino que se reconoce por una compleja percepción que requiere la efectiva y simultánea actividad de la conciencia en el cuerpo causal y en todos los vehículos inferiores.

Incluso por lo que se refiere a la percepción astral ordinaria, es inadecuado, aunque inevitable, decir que se “oye” y se “ve”, pues estas palabras entrañan la idea de órganos sensorios que reciben impresiones de índole muy clara. El ver supone la existencia de un ojo y el oír la del oído. Pero, en el plano astral no hay tales órganos sensorios, porque si bien el cuerpo astral es una contraparte exacta del físico y, por consiguiente, tiene ojos, oídos, nariz, boca, manos y pies, como los tiene el físico, al actuar en cuerpo astral no andamos con la contraparte astral de los pies físicos ni vemos ni oímos con las contrapartes de los ojos y los oídos físicos.

Cada partícula de un cuerpo astral solamente es capaz de recibir las vibraciones del grupo correspondiente a su propio subplano. Si dividimos las vibraciones astrales en siete grupos análogos a siete octavas musicales, cada grupo corresponde a un subplano y tan sólo las partículas astrales pertenecientes a este subplano podrán recibir las vibraciones de su grupo respectivo. Así pues, “estar en determinado subplano del astral”, equivale a tener desarrollada la sensibilidad sólo de aquellas partículas del cuerpo astral pertenecientes a dicho subplano, de manera que la persona sólo puede percibir la materia y los habitantes de aquel subplano. Para tener visión completa del plano astral, es preciso haber desarrollado la sensibilidad de

todas las partículas del cuerpo astral, de modo que todos los subplanos sean simultáneamente visibles.

Aunque el hombre sólo haya desarrollado la sensibilidad de las partículas de su cuerpo astral correspondientes a un subplano, si el desarrollo es completo tendrá en dicho subplano un poder de percepción equivalente a la de todos los sentidos físicos. Al percibir un objeto recibirá una sensación en que se compendiarán las diversas sensaciones que en el plano físico proporcionan los sentidos corporales, es decir que, a un mismo tiempo, será sensación visual, auditiva, táctil, gustativa y olfativa. La percepción peculiar instantánea de los planos superiores, todavía está más desembarazada de la burda e incompleta acción de los sentidos físicos.

A fin de comprender de qué modo el acorde ayuda al clarividente a encontrar a una determinada persona, es preciso advertir que las vibraciones del acorde se transmiten a un objeto que dicha persona haya llevado consigo durante largo tiempo y que esté impregnado de su magnetismo. Un mechón de pelo, una prenda de vestir, una carta de su puño y letra, bastan para descubrir el acorde a aquel que sepa cómo percibirlo. También, aunque parezca extraño, puede conseguirse fácilmente por medio de un retrato, porque el retrato no necesita haber estado en contacto directo con la persona retratada. Incluso los mismos clarividentes inexpertos, sin un conocimiento científico del asunto, reconocen por instinto la necesidad de ponerse *en relación* con aquellos a los que buscan por medio de los objetos mencionados.

Sin embargo, no es necesario que el vidente tenga la carta en la mano mientras examine el caso, ni siquiera que la tenga cerca, porque una vez percibido el acorde por medio de la carta, podrá recordarlo y reproducirlo como cualquier persona de buena memoria recuerda una fisonomía después de verla. Pero siempre es necesario algún objeto de relación cuando se trata de buscar a un desconocido. Recientemente, intervinimos en el caso de un hombre que había muerto en un lugar del distrito del Congo, y como el amigo que nos escribió acerca de él no había enviado el retrato, fue preciso buscar primero a este amigo, que me parece que se encontraba en un pueblo de Escandinavia, y establecer por su mediación una relación indirecta.

Con todo, hay otros procedimientos para encontrar a una persona lejana. Uno de muy eficaz requiere mayor desarrollo del que hasta ahora hemos descrito. El que sea capaz de elevar su conciencia al subplano atómico del búddhico, se hallará en absoluta unión con todos los seres humanos y, por lo tanto, con la persona que busca. Ha elevado su conciencia hasta esta unidad en su propia línea, y no le falta más que situarse en la línea de la persona buscada para hallarla.

Siempre existen diversos medios para ejercitar la clarividencia y cada estudiante debe emplear el más adecuado a su temperamento. Si no ha estudiado en su totalidad el tema, se imaginará que su medio preferido es el único factible; pero muy pronto la ampliación de sus conocimientos le disuadirá de este error.

COMO SE VEN LAS VIDAS PASADAS

Desde la publicación en *The Theosophist* de las interesantísimas *Vidas de Alcione*, se han recibido muchas consultas respecto al método exacto por el cual los investigadores leen el registro de esas vidas. No es fácil explicar satisfactoriamente la cuestión a los que no pueden leerlas, aunque el intento de describir el método quizás ayude a los estudiantes en sus esfuerzos para comprenderlo.

Por de pronto, diremos que no es nada fácil explicar qué es el archivo o registro donde se han de leer. Tendremos una idea aproximada de ello imaginándonos un aposento en uno de cuyos extremos hubiera un enorme espejo de cuerpo entero donde se refleja cuanto hay y ocurre en el aposento. Si suponemos que el espejo está dotado de las propiedades de un cinematógrafo de sesión continua, de modo que registre todo lo que se refleje y lo reproduzca en determinadas condiciones, habremos adelantado un paso en la comprensión de lo que es el registro. Pero hemos de añadir a nuestra idea del espejo propiedades que ningún otro posee, o sea la de reproducir sonidos, como un fonógrafo y también la de reflejar y reproducir pensamientos y sentimientos.

Después hemos de comprender cómo se reflejan las imágenes en un espejo. Si dos personas se sitúan ante un espejo de modo que no vean su imagen sino cada una la de la otra, es evidente que la misma área del cristal reflejará ambas imágenes. Por lo tanto, si suponemos que la superficie del espejo retiene perpetuamente las imágenes fijadas en ella (y acaso suceda así) claro está que la misma área del cristal retendrá, simultáneamente, las dos imágenes. Si os movéis en todos los sentidos, pronto os convenceréis de que *todas* las partículas del espejo deben retener, simultáneamente, todas las partes de todos los objetos del aposento, y que lo que veis en él depende de vuestro punto de vista. De aquí se deduce que dos personas no pueden ver exactamente en el mismo momento ni de igual modo la misma imagen reflejada en el espejo, como tampoco pueden ver el mismo arco-iris, porque dos ojos físicos no pueden ocupar, simultáneamente, el mismo punto del espacio.

Lo que hemos supuesto que sucede sobre las partículas del espejo, sucede realmente respecto de todas las partículas de cualquier substancia. Cada piedra de los caminos contiene un recuerdo indeleble de cuanto pasó por allí; pero este recuerdo o registro (en la medida que hoy conocemos) no puede recuperarse de un modo perceptible para los sentidos físicos, aunque el psicómetro, por tenerlos más desarrollados, lo percibe sin dificultad.

Se preguntará cómo es posible que una partícula inanimada registre y reproduzca impresiones. Responderemos que la partícula *no* es inanimada y que la vida que reside en ella es parte de la vida divina. En efecto, otro modo de intentar la descripción del registro, consiste en decir que es la memoria del Logos, y que cada partícula está en contacto con la porción de esta memoria que incluye los acontecimientos ocurridos en su vecindad, o lo que podríamos llamar visión interna de los mismos. Probablemente *nuestra* memoria no es más que la facultad análoga de entrar en contacto, aunque muy imperfectamente, con la parte de memoria del Logos que se refiere a los acontecimientos vistos o conocidos por nosotros.

Así pues, se puede decir que todo hombre lleva consigo al plano físico dos memorias de cuanto ha visto; la memoria cerebral, que suele ser imperfecta o inexacta, y la memoria entrañada en cualquier partícula no cambiada de su cuerpo o de los vestidos que usa, la cual es perfecta y exacta, aunque sólo aprovechable para quienes saben leerla. Recordemos también que la memoria cerebral puede ser inexacta, no sólo por lo imperfecta, sino por defecto de observación original, o por matizarla algún prejuicio. Vemos, en gran parte, lo que deseamos ver y sólo podemos recordar un suceso, *tal* como se *nos presenta*, por más que solemos verlo parcial o erróneamente. Pero el registro no adolece de ninguno de estos defectos.

Es evidente que el cuerpo físico de un hombre no puede tener memoria ni registro de una encarnación pasada en la que no participó, y lo mismo ocurre con sus cuerpos astral y mental, puesto que todos estos vehículos se renuevan en cada encarnación. Esto indica que el plano más inferior en que cabe la esperanza de adquirir una auténtica información de las vidas pasadas es el cuerpo causal, porque ninguno de los inferiores a él puede proporcionarnos prueba alguna directa. En las existencias anteriores, el ego estaba presente en su cuerpo causal, o por lo menos una parte de él y, por lo tanto, es testigo presencial, mientras que los otros vehículos inferiores *no* fueron testigos y sólo puede referir lo que hayan recibido del ego. Al recordar cuán imperfecta es la comunicación entre la individualidad y la personalidad del hombre ordinario, vemos lo poco dignos de confianza que han de ser esos testigos de segunda, tercera o cuarta mano. A veces es posible obtener escenas aisladas de los sucesos de vidas pasadas, pero no un relato coherente que se infiera de ellas, y aun esas escenas no son más que reflejos del cuerpo causal muy opacos y borrosos.

Por consiguiente, para leer correctamente las vidas pasadas, lo primero que se necesita es desarrollar las facultades del cuerpo causal, y al enfocarlas en el cuerpo causal de la persona cuyas vidas pasadas se quieren investigar se nos ofrecen las dos mismas posibilidades que en el caso del hombre físico. Podemos valernos de la memoria que el propio ego tiene de lo

sucedido, o bien podemos, por decirlo así, psicometrizarlo y ver, por nosotros mismos, las vicisitudes por las que se pasó. Este último método es el mas seguro, pues incluso el ego, por haber visto las cosas a través de una personalidad anterior puede tener impresiones imperfectas o prejuicios acerca de ellas.

Por lo tanto, el mecanismo del método ordinario para investigar las vidas pasadas consiste en que el investigador utilice las facultades de su cuerpo causal, y por su mediación, psicometrice el cuerpo causal del sujeto. Esto podría realizarse en planos inferiores por medio de la psicometrización de los átomos permanentes; pero como ese procedimiento sería mucho más difícil que el desarrollo de los sentidos del cuerpo causal, el éxito sería dudoso. Otro procedimiento, que sin embargo requiere un desarrollo muy elevado, es el de emplear las facultades búdicas, identificándose absolutamente con el ego cuya vidas se trata de investigar, y leer sus vicisitudes como si fueran propias, o sea, desde lo interno en lugar de desde lo externo. De ambos métodos se valieron aquellos que compulsaron la serie de vidas publicadas en *The Theosophist*, y los investigadores también tuvieron la ventaja de que los egos cuyas vidas se relatan cooperaron inteligentemente en su labor.

La presencia física del sujeto es ventajosa, aunque no necesaria, y si bien resulta útil cuando mantiene sosegados sus vehículos, lo echaría todo a perder si estos vehículos se excitaran.

El ambiente del cual deben rodearse los investigadores no es de especial importancia, pero es indispensable la quietud, porque el cerebro físico debe estar muy tranquilo para recibir con claridad las impresiones. Todo cuanto llega al plano físico desde el cuerpo causal, *ha de pasar necesariamente* por los vehículos mental y astral, y si cualquiera de éstos estuviera perturbado, reflejaría imperfectamente las impresiones, de la misma manera que la más leve ondulación de la superficie del lago romperá o desfigurará las imágenes de los árboles o de las casas de sus orillas. También es necesario desarraigar toda serie de prejuicios, porque de lo contrario producirían el efecto de cristales empañados que, prestando su colorido a cuanto se ve a través de ellos, proporcionan con ello una falsa percepción.

Al observar la vidas pasadas nos hemos acostumbrado siempre a mantener plena conciencia física, a fin de ir anotando las observaciones, lo cual es un procedimiento mucho más seguro que dejar el cuerpo físico durante las observaciones y confiar después a la memoria su reproducción. Sin embargo, este último método es el único utilizable cuando el investigador, aunque sea capaz de valerse de su cuerpo causal, sólo puede usarlo mientras duerme el físico.

La identificación de los diferentes personajes que intervienen en estos vislumbres del pasado tropieza a veces con algunas dificultades, porque es natural que los egos cambien considerablemente en el transcurso de veinte mil años. Por fortuna, con alguna práctica, es

posible revisar el registro tan rápida o tan lentamente como se quiera; y así, cuando hay dudas respecto a la identificación, pasamos siempre con rapidez por la serie de vidas del ego, hasta llegar a la última. Algunos investigadores, cuando observan el ego en una vida remota, al momento tienen la intuición de su actual personalidad; pero, aunque esta ráfaga de intuición suele ser exacta, a veces también es errónea, y el procedimiento más prolijo es el único digno de toda confianza.

Hay casos en que, incluso después de varios miles de años se pueden reconocer instantáneamente los egos de las personas vulgares; pero esto no les favorece, porque indica que han progresado muy poco durante todo ese tiempo. El reconocimiento en una vida de hace veinte mil años de un individuo a quien el investigador conoce actualmente, es parecido al encuentro con un adulto al que se conoció de niño. En algunos casos, se le reconoce sin dificultad, pero en otros está muy cambiado. También es instantáneo, aunque por otra razón, el reconocimiento al cabo de miles de años, de los que han llegado a ser Maestros de Sabiduría, porque los vehículos inferiores están ya plenamente armonizados con el ego, tomando forma análoga a la del Augoeides, de modo que, de vida en vida, cambian muy poco. De la misma manera, cuando el ego es un perfecto reflejo de la mónada, también cambia poco, pero va creciendo gradualmente y se le reconoce con facilidad.

Para examinar una vida pasada, el procedimiento más adecuado de todos sería dejar que el registro se pasara en su natural sucesión, ante la visión del investigador; pero esto exigiría la labor de todo un día para observar los sucesos de cada uno de los de la vida investigada, por lo que sería necesario utilizar toda una vida del investigador para cada encarnación. Según dijimos, es posible acelerar o retardar el paso de los sucesos, de modo que puede recorrerse rápidamente un período de millares de años, mientras que determinada escena puede sostenerse ante la vista cuanto tiempo sea necesario para examinarla en todos sus pormenores. La aceleración o la retardación es comparable a la mayor o menor rapidez con que el operador mueve una cinta cinematográfica. Con un poco de práctica se consigue este efecto a voluntad del investigador y, como en el caso de la película, no falta nada en el registro de la vida.

Lo que acabamos de decir respecto al aceleramiento o retardación del registro no significa que éste se mueva como se mueve la película cinematográfica, sino que se mueve la conciencia del investigador, pero la impresión que da es tal como se ha dicho. Puede decirse que los registros están superpuestos en capas, en el orden de la más moderna encima y las demás sucesivamente debajo. Sin embargo, este símil no es totalmente exacto, porque, inevitablemente, sugiere la idea de grosor, mientras que los registros no ocupan más espacio que el de una imagen reflejada provechosamente. Cuando la conciencia del investigador pasa

por dichas capas, no se mueve en el espacio, sino que más bien se reviste de ellas como si fueran mantas y entonces se encuentra en medio mismo de la acción de la historia.

Una de las tareas más enojosas relacionadas con esta clase de investigaciones, es la determinación exacta de las fechas, y algunos investigadores prescinden de ese trabajo diciendo que no merece la pena hacerlo, pues para el caso es suficiente la aproximación en números redondos. Probablemente es así; pero satisface mucho más obtener todos los pormenores con tanta exactitud como sea posible, aun a costa de fatigosos cálculos. Nuestro método consiste en establecer determinados puntos fijos y basar en ellos todo cómputo ulterior. Uno de estos puntos fijos es el año 9.564 A.C., cuando ocurrió el hundimiento de Poseidonis. Otro es el año 75.025 A.C., cuando se inició la gran catástrofe precedente. En el transcurso de la investigación de las vidas de Alcione hemos establecido así un número de puntos fijos hasta el año 22.662 A.C. y, como que aunque las vidas arrancan de esta fecha y fueron leídas hacia atrás, es decir, empezando por la actual, y los intervalos se contaron uno tras otro y no todos a la vez, el cómputo no fue tan fatigoso como hubiera sido, de tener que manejar cifras muy grandes. En algunos casos también se emplean cálculos astronómicos, y en mi obra *Clarividencia* se describen estos diversos métodos.

En general, es algo más fácil leer las vidas en su sucesión directa que en orden regresivo, porque en el primer caso seguimos la corriente del tiempo en lugar de remontarla. Así pues, el plan habitual es pasar rápidamente hasta que se encuentre un punto escogido en el pasado y partir de él, poco a poco, hacia adelante. Conviene tener en cuenta que no es fácil estimar con exactitud y a primera vista la importancia relativa de los sucesos de una vida, por lo que, al principio, solemos deslizarnos sobre ella para ver de qué acciones o acontecimientos dimanaban las vicisitudes realmente importantes y retroceder después para describirlas al por menor. Si el que investiga es uno de los personajes que intervienen en la vida examinada, se le ofrece la interesante alternativa de observar externamente o de asumir la vieja personalidad y volver a sentir cuanto sintió en el pasado; pero, en este caso, lo ve todo como entonces lo vio y no sabe ni más ni menos de lo que entonces sabía.

Pocos de los que leen los relatos de vidas, que suelen ser débiles bosquejos, tendrán idea del mucho trabajo empleado en ellos y las horas de labor consumidas en la completa comprensión de algún pormenor insignificante para describir todas las escenas con la mayor fidelidad posible. Al menos, nuestros lectores pueden estar seguros de que nada se escatimó para lograr la mayor exactitud, aunque ésta no es tarea fácil cuando nos encontramos con condiciones y modalidades de pensamiento tan completamente distintas de las nuestras, como si perteneciesen a otro planeta.

Los idiomas empleados son casi siempre ininteligibles para el investigador, aunque esto poco importa, porque descubre el pensamiento subyacente en las palabras. En varias ocasiones los investigadores copiaron inscripciones que no entendían y en el plano físico las tradujo alguien versado en el antiguo idioma de la inscripción.

Las vidas de Alcione representan muy ímproba labor que ¡ojalá! dé por fruto un concepto más vívido de las poderosas civilizaciones del pasado y una más clara comprensión de las leyes del karma y de la reencarnación. Puesto que dicha serie de vidas han culminado en la iniciación del héroe en su existencia actual, servirán sin duda de valioso estudio para aquellos que aspiren a ser discípulos de un Maestro de Sabiduría, porque progresarán más rápidamente al saber que un hermano alcanzó la meta hacia la cual dirigen sus esfuerzos. Este progreso será más fácil para ellos desde el momento en que dicho hermano se ha tomado el trabajo de reunir para nosotros en el admirable libro *A los Pies del Maestro* las enseñanzas que le condujeron a la cumbre.

Cerca de ciento cincuenta miembros actuales de la Sociedad Teosófica son los personajes más sobresalientes del drama que se desenvuelve en las vidas de Alcione. Es sumamente interesante observar que aquellos que en el pasado estuvieron con frecuencia ligados por lazos de consanguinidad, aunque nacidos esta vez en países alejados miles de kilómetros, se relacionan todavía fraternalmente por su común interés en el estudio de la Teosofía y están ligados unos con otros por su amor a los Maestros, más estrechamente de lo que pudieran estarlos por lazos terrenales.

Al examinar clarivamente los registros hay dos riesgos de error: las tendencias personales y las ideas limitadas. Existen diferencias fundamentales de temperamento que no pueden por menos que matizar las ideas tomadas de otros planos. El adepto percibe perfectamente la vida, pero los que no son adeptos, con seguridad que han de tener algunos prejuicios. El hombre del mundo abulta pormenores triviales y omite asuntos importantes porque ésa es su costumbre en la vida diaria. En cambio, el que empieza a recorrer el sendero puede entusiasmarse hasta el punto de perder el contacto con la vida humana de la que procede. Aun así, habrá adelantado mucho, porque los que ven el aspecto interno de las cosas están más cerca de la verdad que los que tan sólo ven el externo.

Las afirmaciones de los clarividentes pueden estar matizadas, y en efecto lo están, por conceptos pre-establecidos, como nos lo demuestra el caso de Swedenborg que utilizó una terminología cristiana muy restrictiva para describir escenas del mundo astral, y seguramente vio muchas cosas a través de formas mentales que había engendrado en años precedentes. Tenía ciertas ideas arraigadas a las que ajustaba cuanto veía. Todos sabemos cuán posible es,

en el plano físico, tener algún prejuicio contra un hombre y supeditar a este prejuicio sus más inocentes palabras y acciones y suponer en ellas intenciones en que jamás pensó. lo mismo puede suceder en el mundo astral por falta de cuidado.

Los investigadores teosóficos están totalmente prevenidos contra este riesgo de las tendencias personales y se valen de toda clase de precauciones para evitarlas. Para aminorar el riesgo de error en este punto los Maestros acostumbran a escoger individuos de temperamentos opuestos para que trabajen conjuntamente en unión.

El segundo riesgo de error es la restricción de las ideas, tomando la parte por el todo. Por ejemplo, se ha hablado mucho sobre la corrupción y la magia negra de los últimos tiempos de Poseidonis; pero, por aquel entonces existía allí una sociedad secreta cuyos miembros eran de costumbres puras y tenían aspiraciones elevadas. Si sólo hubiéramos visto esta sociedad, hubiéramos creído fácilmente que Poseidonis era un país de gran espiritualidad. Así pues, vemos cómo se pueden tener ideas restringidas de una localidad o de toda una región. Hasta comprobarlas, tenemos que abstenernos de generalizaciones. Sin embargo, cada época y cada país tienen un aura colectiva que, normalmente, evita errores de peso de esta clase. El psíquico que no sabe cómo percibir esta aura colectiva, desconoce su existencia y, por falta de experiencia, incurre en muchos errores. En efecto, una observación prolongada demuestra que los psíquicos inexpertos son a veces dignos de crédito y otras veces no, y aquellos que los consultan se exponen a engaño.

No vaya a creerse que, desde el principio, los registros sean inherentes a determinada clase de materia, aunque se reflejen en ella. Para leerlos no es necesario ponerse en contacto directo con ésta o aquella agrupación material, porque pueden leerse desde lejos una vez que se ha establecido el enlace.

Sin embargo, también es cierto que cada átomo retiene el registro, o acaso sólo tenga la propiedad de relacionar a un clarividente con el registro, de todo cuanto ocurrió ante su presencia. En esta propiedad se funda la psicometría; pero, con la curiosa limitación de que el psicómetra normal sólo ve gracias a dicha propiedad lo que hubiera visto de estar en el paraje donde se tomó el objeto psicometrizado. Por ejemplo, si psicometriza un guijarro yacente durante siglos en un valle, sólo verá lo que ha ocurrido en el valle en el transcurso de dicho período, y su visión quedará limitada por las colinas circundantes, como si durante todos aquellos siglos hubiese estado en el mismo paraje del guijarro presenciando lo ocurrido.

En realidad, la facultad psicométrica puede dilatarse hasta el punto de ver los cuerpos físicos, los pensamientos y las emociones de los personajes de su drama: y también suele extenderse, de modo que (continuando el ejemplo anterior), si el psicómetra se establece

primero en el valle puede tomarlo como base de ulteriores operaciones y pasar por encima de las colinas circundantes para ver lo que hay más allá y lo que allí sucedió desde que se recogió el guijarro, e incluso para ver lo ocurrido antes de llegar allí. Pero el que puede hacer esto no tardará en poder prescindir de guijarro alguno, porque cuando aplicamos los sentidos del cuerpo causal a las contrapartes de los objetos físicos, vemos que nos representan las escenas del pasado.

Según vamos desarrollando nuestra conciencia y nuestras facultades internas, llegamos a tener la continuidad de nuestra vida, hasta alcanzar la conciencia del ego, y entonces podemos recorrer las existencias pretéritas, incluso la del alma grupal en la que vivimos la etapa animal, contemplando con ojos animales a los seres humanos de aquel período y el diferente mundo que entonces florecía. Pero no hay palabras apropiadas para expresar lo que se ve de este modo, porque la diferencia de perspectiva trasciende toda descripción.

Sin embargo, aparte de esta continuidad de conciencia, no existe memoria detallada, ni siquiera de los sucesos más culminantes. Por ejemplo, un individuo que en una existencia acepte la verdad de la reencarnación, no necesariamente seguirá aceptándola en la encarnación siguiente. Por lo que a mí respecta, la olvidé, y lo mismo le ocurrió a la señora Besant. Al llegar a la vida actual no sabía nada de la reencarnación; pero al oír hablar de ella, al instante reconocí su verdad. Todo cuanto hayamos conocido en el pasado rebrotará como una certeza apenas alguien, circunstancialmente, nos lo explique.

En mi infancia, soñaba constantemente en una casa que, según supe después, era la casa en la que yo había vivido en una vida anterior. La veía en sueños completamente distinta de todo cuanto por entonces conocía en el plano físico, porque estaba edificada alrededor de un patio central (con una fuente, estatuas y arbustos) al que daban los aposentos. Soñaba en ella lo menos tres veces cada semana y conocía todas sus dependencias y a las personas que en ella habitaban. A mi madre se la describía constantemente y se la dibujaba en un plano. La llamaba la casa de mis sueños. A medida que fui creciendo ya no soñaba tanto ni con tanta frecuencia en ella, hasta que por fin se me borró completamente de la memoria. Pero un día, para explicarme cierto asunto, mi Maestro me enseñó un dibujo de la casa en donde yo había vivido en mi última existencia y la reconocí de inmediato.

Cualquiera puede admitir, por simple raciocinio, la necesidad de la reencarnación; pero para demostrarla realmente es preciso conocer el pasado y el porvenir en el cuerpo causal. El único medio de romper los grilletes de la duda es mediante el conocimiento y una comprensión inteligente. La creencia ciega es un obstáculo para el progreso, aunque esto no significa que hagamos mal en aceptar racionalmente las afirmaciones de aquellos que sepan más que

nosotros. La Sociedad Teosófica no admite dogmas autoritarios. Únicamente acepta afirmaciones acerca de los resultados de la investigación, que se ofrecen con la esperanza de que han de ayudar a otros como ayudaron a los investigadores.

PREVISIÓN DEL PORVENIR

Es muy difícil explicar cómo se prevé el porvenir; pero no hay duda de que es posible preverlo. Además de los, en apariencia, fortuitos relámpagos de intuición y representaciones de sucesos, que no están bajo el dominio de quien los experimenta, hay dos métodos de prever claramente el porvenir por medio de la clarividencia superior. Uno de ellos es fácilmente explicable y comprensible; el otro no tiene explicación posible.

Incluso con los sentidos físicos podemos ver lo bastante para predecir ciertos acontecimientos. Por ejemplo, si vemos que un hombre lleva una vida de crápula, desordenada y disipada, seguramente predeciremos que si no enmienda su conducta terminará por arruinar su salud y su fortuna. lo que podemos ver por medios físicos es si se enmendará o no; pero el que posee la visión del cuerpo causal podrá predecirlo porque conoce las energías de reserva del crápula y ve lo que piensa su ego de ello y si será lo bastante fuerte para intervenir. Sin embargo, ninguna predicción meramente física puede ser cierta, porque en este mundo inferior no se pueden observar las muchas causas que influyen en la vida. Pero cuando elevamos nuestra conciencia a planos superiores podemos ver algunas más de esas causas y, por lo tanto, podemos calcular sus efectos con mayor seguridad.

Desde luego, si pudiéramos ver y juzgar con absoluta perfección todas las causas, todos sus resultados serían fácilmente predecibles. Es posible que nadie, excepto el Logos, pueda ver *todas* las causas en su sistema; pero un adepto seguramente será capaz de ver todas las que afectan al hombre ordinario, y así, es probable que por este método un adepto pueda predecir con toda exactitud la vida de los hombres en general. El hombre ordinario tiene poca fuerza de voluntad; el karma le asigna un ambiente determinado al que está sujeto y se somete a él por desconocer la manera de alterarlo. El hombre más evolucionado se sobrepone a su destino y lo moldea, de suerte que labra su porvenir a voluntad, contrarrestando el karma pasado por medio de nuevas fuerzas puestas en acción, con lo que su porvenir no es tan fácilmente predecible; pero no hay duda de que, incluso en este caso, un adepto que percibiera la voluntad latente del hombre podría calcular el uso que haría de la misma.

Este método de predecir el porvenir es perfectamente comprensible y, por lo tanto, con él pueden predecirse los principales acontecimientos de una vida; pero hay otro método con el cual no podemos contar tan fácilmente. Es preciso elevar la conciencia a un plano lo bastante elevado para que desaparezca la limitación de lo que llamamos tiempo y se extienda ante

nosotros, como un libro abierto, el pasado, el presente y el futuro. No sabría decir cómo puede conciliarse esto con nuestra libertad de acción; pero puedo atestiguar que cuando nos valemos de la visión causal, el porvenir está *allí* en sus más mínimos detalles. Por mi parte, creo que somos libres de escoger, aunque sólo dentro de ciertos límites; y sin embargo, un poder mayor que el nuestro es capaz de conocer *cuál será* nuestra elección. El dueño de un perro conoce lo que hará el animal en unas o en otras circunstancias, aunque no le obligue en absoluto a hacerlo. Así pues, un poder mucho mayor que el del hombre, como el del hombre lo es respecto del perro, puede conocer perfectamente bien el uso que hará aquél de su parte de libre albedrío.

Porque el Logos tan sólo nos confía una *parte* de libre albedrío para ver cómo lo emplearemos. Si lo empleamos bien, se nos concederá un poco más de libertad y, a medida que continuemos empleándolo en armonía con su magno plan de evolución, nos veremos cada vez más libres de escoger. Pero si somos tan insensatos que lo utilicemos egoístamente, que nos perjudiquemos y, a la vez, entorpecamos su plan, nos veremos cohibidos en nuestra acción y obligados a retroceder en el camino. Un niño ha de tener la libertad de andar, aun a riesgo de caerse, porque de otro modo nunca aprendería; pero nadie le dejará hacer la prueba al borde de un precipicio. De modo que tenemos bastante libre albedrío para perjudicarnos algún tanto si lo empleamos mal; pero no el suficiente para que el perjuicio sea mortal.

Ya nos llegará el tiempo de libre elección; pero mientras tanto, no somos muy libres de decidir, y cuando lo hacemos nos hemos de atener a las consecuencias. Mirando desde los planos superiores, el destino humano se parece a un nudo de comunicaciones ferroviarias. Si un hombre monta en una locomotora y escoge la vía por donde ha de marchar, no tendrá más remedio que seguir por ella sin poder variar la marcha hacia ningún lado, hasta llegar al primer entrecruce de vías. Entonces puede escoger otra línea; pero una vez escogida y puesta en marcha, tendrá que atenerse a las consecuencias de su decisión, sin poder desviarse hasta llegar a otro entrecruce.

Conviene no confundir el libre albedrío con la libertad de acción.

La facultad de predecir el futuro por cualquiera de los métodos descritos supone un desarrollo considerable, aunque a veces, en niveles inferiores pueden tenerse representaciones aisladas reflejos de ambos. Ejemplo de esto es lo que en Escocia llaman doble visión, mediante la cual suele verse un acontecimiento futuro con abundancia de pormenores.

Recuerdo haber leído un caso en que un vidente le dijo a un escéptico que cierto individuo conocido de ambos moriría en determinada fecha y, además, le dio una acabada descripción de las exequias, señalando por su nombre a los portadores del féretro. El escéptico se burló de

la predicción; pero, al llegar la fecha indicada el individuo falleció, según se había pronosticado. El escéptico se asombró, aunque su enojo fue aun mayor, diciendo que *no* sería verdad el resto de la predicción, porque él mismo intervendría para dejarlo por mentiroso y, en consecuencia, se brindó a ser uno de los portadores del féretro; pero el día del entierro, en el momento de ponerse en marcha la comitiva fúnebre, le llamaron aparte con objeto de darle un recado, y al volver a su sitio vio que el entierro ya había salido y que los portadores eran los mismos señalados por la predicción.

Yo mismo he tenido representaciones de escenas del futuro, no de interés personal ni de utilidad aparente, pero siempre ocurrieron tal y como se me presentaron, según tuve repetidas ocasiones de comprobarlo.

El Logos tiene la idea del conjunto de la vida de Su sistema, no sólo como es ahora, sino como fue en todo momento pasado y como será en todo momento futuro. Todo lo que existe emana de Su pensamiento.

Se dice que las formas mentales del Logos están en el plano mental cósmico, constituido por dos series completas de siete planos superiores a nuestra serie de siete.

El Logos traza Su plan en cada cadena planetaria y prevé los más leves pormenores, y fija el tipo ideal que el hombre debe alcanzar en cada raza y subraza desde el principio hasta el fin, pasando por la lemuriana, la atlante, la aria y las razas sucesivas. Así pues, se puede decir que en el plano mental cósmico surgió simultáneamente a la existencia el conjunto del sistema por un acto especial de creación, efectuada por Su pensamiento y, en consecuencia, todo ha de estar simultáneamente presente ante el Logos. Puede muy bien ser que Su potentísima conciencia se refleje en planos muy inferiores y que nosotros vislumbraremos a veces alguno de sus reflejos.

SECCIÓN X

DEVAS Y ESPÍRITUS DE LA NATURALEZA

EL AURA DEL DEVA

Los devas constituyen un poderoso reino de espíritus, el inmediatamente superior al reino humano, así como el reino animal es su inmediato inferior. Podemos imaginármolos como ángeles grandes y gloriosos, aunque los hay de clases muy diversas y de distintos grados de evolución, pero ninguno tan bajo que tenga cuerpo físico según lo tenemos nosotros. La clase inferior son los kamadevas, que tienen cuerpo astral, mientras que la clase inmediata superior tienen cuerpo mental, y así sucesivamente. Nunca llegarán a ser hombres, porque la mayor parte han trascendido ya esta etapa, si bien hay algunos que fueron hombres en un tiempo. Cuando el hombre termina su evolución humana y ya es algo más que hombre, ante su paso se abren varios senderos, uno de los cuales es el de incorporarse a esta hermosa evolución dévica.

Los devas difieren en aspecto de los hombres. Primeramente, los devas son más fluídicos y capaces de mayor dilatación y contracción de su aura; y en segundo lugar, tienen cierta calidad ígnea o flamígera, fácilmente distinguible de las de los seres humanos ordinarios. Los únicos hombres con los que podrían confundirse los devas son los muy evolucionados, por ejemplo, un arhat cuya aura es amplia y bien ordenada; pero incluso así, el que hubiese visto a un deva y a un arhat no se expondría a equivocarse al distinguirlos. El aura del hombre ordinario es capaz de cierto grado de expansión temporal. Tiene el claro tamaño de una sección del cuerpo causal y, según éste crece, la sección va siendo más ancha y el hombre tiene un aura más amplia, aunque este incremento siempre es gradual.

Quien recuerde las láminas de la obra *El Hombre visible e Invisible* observará que el cuerpo causal del hombre ordinario no está, ni de mucho, completamente desarrollado. Al mirar el cuerpo causal del hombre evolucionado lo vemos lleno de color, por lo que las primeras etapas de perfeccionamiento del hombre ordinario no consisten en acrecentar el cuerpo causal, sino en intensificarlo de manera que, una vez diversamente coloreado, comience su expansión.

Si el hombre ordinario es presa de un súbito arranque sentimental, esto se manifestará por un relampagueo en el aura (según indica la lámina correspondiente de la citada obra), con el color peculiar de la cualidad o emoción expresada, que es rosado para el afecto, azul para la devoción y verde para la simpatía. También se manifestará en las centelleantes fajas del color respectivo y en la intensificación general de todo cuanto se relacione con la emoción

mencionada. En el hombre ordinario no ocurre nada más que esto; y así, por ejemplo, un impulso de vivísimo afecto colorea el aura de rosa y emite formas mentales del mismo color hacia el objeto que provoca el afecto; pero, generalmente, no hay un aumento apreciable, ni siquiera transitorio, en el tamaño del aura.

Sin embargo, el hombre evolucionado ya tiene coloreado el cuerpo causal por lo que, cuando le sobreviene un impulso de afecto, devoción o simpatía, no sólo se aviva el color del cuerpo y hay una copiosa efusión de formas mentales, sino que el aura también se exploya o dilata considerablemente, aunque después recupera su tamaño normal. Pero cada nuevo impulso sentimental determina en el aura un ligero aumento permanente de amplitud, y cuanto más se amplía el aura, más capacidad para sentir tiene el hombre. El desarrollo intelectual también proporciona un mayor tamaño al aura, pero en este caso predomina el color amarillo.

Recordemos que el afecto o la devoción sin sombra de egoísmo pertenecen al plano búdico y no al astral. Por esta razón, cuando al hombre le invade una oleada de estos sentimientos, su aura se dilata mucho durante algún tiempo, aunque nunca hasta un extremo tan formidable como la de un deva. Las fluctuaciones del aura de un deva son tan enormes que asombran a cuantos no están acostumbrados a verlas. Un deva que recientemente nos dispensó la honra de su visita en Adyar para informarnos acerca de la fundación de la sexta raza-raíz, normalmente, tenía un aura de cerca de 140 metros de diámetro; pero cuando se avivaba su interés por las enseñanzas que nos daba, su aura crecía hasta alcanzar 1600 metros. No hay ningún ser humano capaz de sentir una emoción lo bastante intensa como para determinar semejante incremento en su aura, ni siquiera en el caso de un Maestro, por lo que respecta a la ampliación transitoria del aura. Sin embargo, el aura del Maestro es más consistente y tan amplia en su permanente incremento, aunque proporcionalmente no es tan amplia cuando se dilata transitoriamente. La contextura del aura del deva es, por decirlo así, más tenue, de modo que en igualdad de amplitud el aura humana contiene más materia que la del deva, por estar más concentrada o condensada. El grado de evolución del deva al que me refiero no era superior al de un arhat cuya aura sólo se extendería, probablemente, hasta un tercio de la del deva. Pero podría ocurrir muy bien que un clarividente que hasta entonces no hubiese visto ni al deva ni al arhat, sólo advirtiese que uno y otro estaban rodeados de una nube de gloria y, probablemente, no se daría a cuenta de la diferencia entre ambos.

La expansión y el incremento se observan en el cuerpo astral y en el mental, así como en el causal. Estos tres cuerpos tienen todos la misma amplitud, aunque es preciso recordar que sólo se trata de secciones, e incluso a veces de secciones de secciones. Antes se sostenía la

teoría de que el cuerpo causal del hombre ordinario era del tamaño de un guisante y que iba desarrollándose gradualmente; pero esto no es exacto, sino que el cuerpo causal, aunque no esté desarrollado, es del mismo tamaño que cualquier otro hasta el comienzo de su expansión.

Según dije antes, el aura del deva tiene características ígneas difíciles de explicar, aunque muy fáciles de reconocer. Los colores son más fluidicos y de índole de llama más que de nube. El aura del hombre parece un magnífico brillante, o mejor aún, una nube delicada de refulgente gas, mientras que la del deva parece una masa de fuego.

La forma de apariencia humana visible en el centro del aura de un deva es mucho menos definida que la de un hombre, pues vive en la circunferencia del aura y sobre el aura, mucho más nítidamente que el hombre. El noventa y nueve por ciento de la materia del aura humana está dentro de la periferia del cuerpo físico, mientras que en el deva esta proporción es mucho menor. Los devas, por lo general, tienen el aspecto de seres humanos gigantescos. Alguien ha dicho que hay devas que parece como si tuvieran alas, y esta idea tiene su justificación, pues conozco exactamente el aspecto a que se refiere, aunque no es fácil describirlo con palabras. Los grandes devas verdes que yo vi en Irlanda tenían un aspecto sorprendente y majestuoso y eran de enorme tamaño. Con las palabras sólo se puede dar de ellos una descripción aproximada. Los pintores acostumbran a representar a los ángeles con alas plumíferas; pero a mi entender, las Escrituras cristianas siempre mencionan simbólicamente a los ángeles alados, porque cuando hablan de la aparición de ángeles verdaderos se les suele confundir con seres humanos, como le sucedió a Abraham, y por consiguiente, no pueden tener alas.

En algunos casos se reconoce a un deva por la forma, casi siempre humana, que asume en el interior de su ovoide. Recordemos que, casi invariablemente, los espíritus de la naturaleza toman forma humana, pero siempre con un aspecto algo extraño. lo mismo se podría decir de los devas, con la diferencia de que adoptan una actitud de dignidad y majestuosidad incomparables.

Los devas generan formas mentales lo mismo que nosotros, si bien las suyas no suelen ser concretas como las nuestras hasta que alcanzan un nivel superior. Su carácter es ampliamente generalizador y de continuo están forjando grandiosos planes. Su lenguaje es cromático, o sea que hablan por medio de colores, y aunque probablemente no tan concreto como nuestros idiomas fonéticos, en ciertas modalidades es más expresivo.

Respecto al tamaño del aura, la del hombre ordinario se extiende unos 450 milímetros por cada lado del cuerpo. Apoyando el codo en el costado y extendiendo el antebrazo y la mano, las puntas de los dedos estarán cerca de la circunferencia del aura. La generalidad de los estudiantes de Teosofía pueden tenerla un poco más amplia que los profanos, aunque también

entre éstos se ven algunas auras extensas. Cuanto más vigoroso y claro es el sentimiento de una persona, mayor es su aura.

A veces, en el aura hay una leve distorsión, o sea que está algún tanto deformada. Según expliqué antes, la mayor parte de las personas tienen el vórtice menor del ovoide hacia arriba, pero en los estudiantes de Teosofía tiende a ampliarse en la cúspide, porque las características que desarrollan se manifiestan en materia cuya ligereza específica la hace flotar en la parte superior. El incremento del tamaño del aura es un requisito previo para la iniciación, y las cualidades han de estar visibles en ella. Dicen los libros que el aura de un Buda tiene, aproximadamente, un radio de 4.820 metros, y en una etapa inmediatamente inferior a la de Buda he visto un aura de unos 3.220 metros. El aura aumenta de un modo natural en cada iniciación. Los devas no siguen nuestra misma línea evolutiva ni reciben las iniciaciones que nosotros recibimos, porque los dos reinos convergen en un punto superior al del adepto. Hay senderos por donde un hombre puede entrar en la evolución dévica desde nuestra propia etapa e incluso desde una etapa más inferior. Se pregunta si los devas suelen estar cerca de nosotros, y si les gusta enseñar a los hombres. Por lo general, desean exponer y explicar cuestiones referentes a su evolución a todo ser humano suficientemente desarrollado para comprenderlas. Por este medio se dan muchas enseñanzas, pero la mayor parte de las personas no están preparadas todavía para recibirlas y por esto son incapaces de aprovecharlas. Que sepamos, la obra de los devas no está sujeta a regla o límite, porque tienen más modalidades de actividad de las que se pueden imaginar.

En Adyar suele haber multitud de devas, y como los Maestros van allí frecuentemente, hay en esto grandes ventajas. lo único que se necesita para verlos es un poco de clarividencia en el momento oportuno. De estos seres proviene un estímulo que los hombres sienten cada cual a su manera. Acaso, en la primera encarnación del Señor Gautama en la personalidad del primitivo Zoroastro, se le tomó tal vez por un deva a causa del fuego, que es uno de los signos de su desarrollo. Se dice que durante las meditaciones del Señor Buda brotaban llamas de su aura; pero conviene recordar que las formas mentales ordinarias pueden parecerle llamas al que no esté acostumbrado a verlas. El fulgor del Cristo en la transfiguración es un caso análogo.

En Adyar hay a nuestro alrededor multitud de gloriosas influencias cuyo efecto es proporcional a nuestra receptividad. De ellas tomamos lo que somos capaces de tomar, y nada más. El que siempre esté pensando en sí mismo podrá bañarse durante todo un año en el fulgor magnético de un deva sin que le aproveche lo más mínimo, e incluso tal vez le perjudique, porque las formidables vibraciones dévicas intensifican las cualidades del

hombre, a veces sin distinción entre las malas y las buenas. También puede uno desconcertarse y convertirse en un desequilibrado y un histérico. Pero para aquel que sepa y pueda recibir las influencias dísticas, una temporada en Adyar representará una oportunidad como pocos hombres la tuvieron; pero el provecho que de ello obtengamos depende exclusivamente de nosotros mismos.

EL ESPÍRITU DE UN ÁRBOL

El espíritu de un árbol corpulento como el baniano, suele manifestarse con alguna frecuencia en forma humana gigantesca. Cerca de Adyar he visto uno de aproximadamente 370 centímetros de alto y la última vez que lo vi tenía aspecto de mujer. Las facciones eran señaladamente claras, pero el cuerpo era nebuloso. También hay espíritus de la naturaleza que se adhieren alrededor de un árbol y no gustan de que los molesten. He oído decir que los espíritus de la naturaleza no rondan en torno del árbol que abate el hacha el leñador; pero mis observaciones sobre el particular me inclinan a creer que dicha afirmación es un invento gratuito de los que disfrutan destrozando un árbol sin ningún remordimiento de conciencia.

Aunque asume una forma tan sutil, el espíritu del árbol no está individualizado, ni siquiera se encuentra a una distancia prudencial de la individualización, aunque es muy superior a las formas inferiores de la vida animal, y cuando pase a este reino encarnará derechamente entre los mamíferos. El espíritu del árbol tiene sus gustos y sus disgustos, los cuales se notan en el aura, aunque el color y la definición son, naturalmente, más vagos y opacos que en el animal. En efecto, el color de los animales conmovidos por una emoción suele ser muy intenso, y a veces más que en algunos hombres, porque está más concentrada y dirigida a un solo objeto.

La fuerte atracción que algunas personas sienten por determinados árboles o animales, a menudo está relacionada con la modalidad a la que estas personas pertenecieron durante su evolución vegetal y animal.

SECCIÓN XI

LOS MUNDOS Y LAS RAZAS HUMANAS

LA CONSTRUCCIÓN DEL SISTEMA

Los siete planos de nuestro sistema forman en conjunto el plano inferior de los grandes planos cósmicos. Hubo un tiempo en que este plano cósmico inferior constaba únicamente de la para él materia atómica, o sea, las burbujas del *koilon*. Esa era la condición en que se hallaba lo que pudiéramos llamar el sitio del sistema solar. Cuando el Logos solar resolvió manifestarse, saliendo de la eternidad para entrar en el tiempo y quiso construir este sistema, empezó por delimitar el área, tal vez hasta los confines de su propia aura. Dentro de dicha área principió su obra en las burbujas del *koilon* (construidas probablemente por algún Logos todavía mayor), sirviéndose de ellas como los átomos de nuestro plano superior y creando el universo por medio de siete soplos o alientos. Así pues, no hizo la materia del plano físico directamente de la del plano astral, sino que atrajo a sí materia del plano astral y la volvió a exhalar en nueva combinación. Por consiguiente, hay un nuevo *tanmatra* y un nuevo *tatva* especial para cada plano. La definición más clara y concisa que conozco de este concepto es la dada por T. Subba Rao, quien dice:

“El *tanmatra* es la modificación de la conciencia del Logos, y el *tatva* es el efecto producido en la materia por esta modificación. Habéis visto cómo una tranquila ola lame suavemente la arena de la playa y se retira, dejando un tenue surco en señal de su límite. Si la marea sube, la ola siguiente llega un poco más lejos, deja a su vez la señal y se retira. Podemos comparar el *tanmatra* con esta ola que es la modificación transitoria del océano, y la tenue señal en la arena del límite a que llegó, simboliza el *tatva*. La palabra *tatva* significa “la capacidad de ser esto” o “la cualidad inherente.”

Aunque los átomos de los diversos planos descendentes no proceden directamente uno de otro, sin embargo es cierto que los átomos de los planos inferiores no serían lo que son, a menos que las burbujas de que están hechos no hubiesen tenido la experiencia de pasar por los planos superiores. El átomo del segundo plano consta ya de cuarenta y nueve de estas burbujas, y el átomo del tercer plano, o sea el nirvánico, se compone de 2.401. Esta proporción continúa en toda la serie de planos descendentes, de modo que la misma energía que hace cuarenta y nueve átomos astrales, sólo hace un átomo físico, pues las burbujas están dispuestas en distinto orden.

Si tomamos un átomo físico y lo trasladamos, plano tras plano, hasta el superior, hallaríamos que consta de catorce mil millones de dichas burbujas. Pero cuando el Logos construye los

planos, la materia de un plano es atraída hacia arriba y desintegrada en las burbujas originales que, recombinadas, forman la materia del siguiente plano inferior. Probablemente, la fuerza con que algún Logos superior formó las burbujas en el *koilon* es la que Blavatsky llama *Johat*, de la cual, según recordaremos, se dice que abre agujeros en el espacio, y estos agujeros pueden ser las burbujas infinitesimales, en lugar de sistemas solares como al principio suponíamos.

Ignoro si las burbujas giran o no alrededor de su eje. Recordemos que no son como las burbujas o pompas de jabón con su esférica película de agua llena de aire, sino como las de agua de soda que sólo tienen una superficie donde el aire encuentra al agua. La visión más elevada que hemos podido utilizar nos muestra que estas burbujas están absolutamente vacías, de suerte que no sabemos si en su interior hay movimiento o no. La burbuja, de por sí, no puede moverse, pero se mueve en conjunto, impelida desde el exterior, sola o *en masa*, mediante el ejercicio de la voluntad, sin que en ninguna circunstancia dos de estas burbujas se toquen.

El dibujo del átomo físico, tal como aparece en la portada de la obra *La Sabiduría Antigua*, no es del todo exacto. Es demasiado plano y muy semejante a un cohete. Es mucho mejor el dibujo que se da en *Química Oculta*. El átomo es realmente casi globular y sus puntos de proyección están en la superficie de una esfera. Tiene cierto parecido con una jaula de alambre compuesta de diez hilos sin fin enteramente separados, sin tocarse nunca uno con otro, esto es, que desarrollando uno de ellos y poniéndolo plano formaría una circunferencia. La disposición es bastante complicada y se necesita un diagrama para explicarla claramente. Mucho mejor sería un modelo, pero nadie ha tenido todavía paciencia y tiempo sobrado para construirlo.

En las ilustraciones de *Química Oculta* se verá que tres de estos diez alambres son más gruesos que los otros, pues en ellos los siete juegos de espirillas no se ajustan exactamente con los de los demás (como ajustan los de los otros alambres) ya que en cada setecientas vueltas hay cuatro átomos más, lo cual significa un aumento de un átomo por cada ciento setenta y cinco burbujas, y ésta es la razón de que estos tres parezcan más gruesos que los demás. Un científico, al criticar el artículo sobre el *Koilon*, dijo que era imposible la exactitud respecto de tan diminutas partículas; pero se expresaba así por ignorar que se trata tan sólo de un asunto de cómputo y comparación.

El átomo tiene tres movimientos propios:

1º. Rotación sobre su eje.

2°. Movimiento de traslación en una órbita circular.

3°. Un movimiento de pulsación cardíaca en sístole y diástole, o sea de contracción y dilatación.

Estos tres movimientos son incesantes y no los afecta ninguna fuerza externa. Por ejemplo, un rayo de luz moverá violentamente hacia arriba y hacia abajo el átomo en conjunto, y la fase de este movimiento será proporcional a la intensidad de la luz, cuyo color determinará la longitud de la onda. Curioso fenómeno es que cuando esto sucede empieza a relucir uno de los siete alambres menores del átomo, el que corresponde al color del rayo de luz que origina el movimiento.

El átomo existe en virtud de la fuerza que en él derrama el Logos, de la misma manera que una ráfaga de aire levanta un remolino de polvo y hojas secas en la esquina de la calle. Por lo tanto, la existencia de la materia depende exclusivamente de la continuación de una idea en la mente del Logos. Si quisiera retirar su fuerza del plano físico (dejando de pensar en él) todos los átomos físicos se desintegrarían al instante y el plano físico en masa desaparecería en un momento, como la luz de una vela desaparece al soplo que la apaga.

Además de esta fuerza que retiene el conjunto del átomo en su forma en espiral, también actúan otras fuerzas del Logos en su carrete de alambres, o mejor

diríamos, que una fuerza del Logos actúa en diversos niveles. Hay siete modalidades de esta fuerza que, con el tiempo, al final de la séptima ronda actuarán plenamente alrededor de los siete juegos de espirillas; pero como todavía estamos en la cuarta ronda, algunas de estas espirillas no han entrado en actividad.

Hay razones para creer que los llamados electrones por los científicos son los átomos astrales, pues dicen que en un átomo químico de hidrógeno hay de unos 700 a 1.000 electrones, y precisamente en un átomo químico de hidrógeno hay 882 átomos astrales. Desde luego, podría ser una coincidencia, aunque no parece probable. Si fuese verdad resultaría que los científicos actuales están desintegrando la materia física en sus experimentos y transmutándola en astral, por lo que deberían reconocer la existencia de la materia astral, aunque, como es natural, se figurarán que sólo se trata de otra subdivisión de la materia física.

No sé si en esos casos se reconstruirán por sí mismos los átomos físicos desintegrados, pero en nuestros experimentos, cuando por un esfuerzo de voluntad el átomo físico se disgrega en átomos astrales o mentales, significa tan sólo que durante un momento la voluntad humana se muestra antagónica con la voluntad divina que formó aquel átomo. Se requiere mucho esfuerzo para mantener transitoriamente al átomo en una forma diversa, y apenas la voluntad

cesa en su acción, se reafirma la voluntad divina y aparece nuevamente el átomo físico. Sin embargo, esto ocurre tan sólo en la disgregación de los últimos átomos del plano, pues cuando en los laboratorios descomponemos un átomo químico en átomos físicos primordiales, el átomo químico no se restablece en absoluto.

En el espacio intersidereal (o sea el que media entre los sistemas solares) se nos da a entender que los átomos están muy lejos unos de otros y equidistantes entre sí y, a mi juicio, ésta es su condición normal cuando no se les perturba. Se llaman átomos libres y nunca se hallan en ese estado en la atmósfera de un planeta, porque aunque no formen combinaciones, están enormemente comprimidos y dominados por la fuerza de atracción.

El hombre tiene cuerpo causal en el plano mental atómico, pero los átomos mentales que lo constituyen están aglomerados por la atracción en una forma concreta y densa, aun cuando no se hayan alterado esencialmente ni agrupado en moléculas. El cuerpo causal así dispuesto podría funcionar cómodamente en su plano atómico peculiar en la vecindad de un planeta donde la materia atómica está comprimida; pero no sería capaz de moverse ni de actuar en el lejano espacio donde los átomos están absolutamente libres y exentos de compresión.

Las condiciones del espacio interplanetario no son idénticas a las del espacio intersidereal, porque puede existir una honda perturbación causada por la materia meteórica y comética, aparte de que la enorme atracción del sol produce una considerable compresión dentro de los límites de su sistema. En efecto, el vórtice abierto en un principio por el Logos, está todavía en actividad, cuya actividad, en parte, tenía por objeto atraer y comprimir la materia del espacio circundante. Desconozco si los átomos flotantes dentro de los límites del sistema solar están o no, necesariamente vivificados por la esencia elemental. Sin embargo, me parece probable que sólo deben estar vivificados de esta manera los átomos que constituyen los cuerpos mental, astral y físico del sol y de los planetas, comprendiendo en el cuerpo físico la atmósfera y las modalidades inferiores del éter.

De todos modos, según hemos dicho al principio, el Logos escoge su área tan asombrosamente dilatada, que escapa a nuestra comprensión. Los astrónomos nos dicen que la enorme distancia entre los sistemas solares está fuera de toda proporción respecto a las de los sistemas en sí mismos. Sin embargo, es probable que los Logos de estos sistemas se hallen en contacto recíproco y que el sistema solar existente en el centro de cada una de estas inconcebiblemente vastas esferas, represente la condensación de la materia diseminada en un principio por toda esa prodigiosa área en estado de la más mínima subdivisión posible, tal vez en el de burbujas primordiales, o sea, los átomos de nuestro plano superior.

En cierto grado de esta condensación o compresión, el radio del globo del Logos se extiende

más allá de los límites actuales de nuestro sistema, estableciendo el Logos en la materia condensada un movimiento vertiginoso acompañado de una intensa acción eléctrica que determina una especie de vórtice colosal de varias dimensiones. La compresión de la masa arremolinada prosigue durante algún tiempo que para nosotros sería de innumerables edades, en cuyo transcurso el Logos emite los siete alientos de los que hemos hablado y, en consecuencia, envía a esta materia una conmoción eléctrica que la precipita en un estado inferior, de manera que en lugar de ser una simple agregación de átomos se convierte en una clara combinación de los mismos, por lo general en una masa de refulgente hidrógeno. He aquí el estado de nebulosa por el que actualmente pasan varios sistemas de nuestro universo, según comprueba el telescopio. A medida que la nebulosa gira en torno de su eje se va enfriando, contrayendo y aplanando, hasta convertirse en un enorme disco giratorio más bien que en una esfera. A poco, aparecen resquebrajaduras en este disco, que se

fracciona en anillos por el estilo de los de Saturno, aunque en proporciones gigantescas. En un punto escogido en cada uno de estos anillos el Logos estableció un vórtice subalterno que concentró gran parte de la materia del anillo. La conmoción de los fragmentos anulares generó tal cantidad de calor que los redujo al estado gaseoso, formando un enorme globo fulgurante que, poco a poco, se fue enfriando hasta condensarse en un planeta.

El planeta formado sobre el anillo en esta parte precisa del sistema no fue la Tierra, sino la Luna. Consideramos la Luna como satélite de la Tierra, asimilándola a los satélites de Marte, Júpiter o Saturno; pero, en realidad la comparación es inadecuada, porque la Luna es un planeta compañero de la Tierra, más bien que su satélite. Ningún otro satélite guarda en nuestro sistema solar respecto a su planeta la misma proporción que la Luna tiene con la Tierra, aun cuando ahora es mucho menor de lo que fue en un tiempo, según explicaremos más adelante. La Luna era el único planeta físico de la cadena lunar y nuestra actual humanidad lo habitó en un lejanísimo pasado, si bien entonces estábamos todavía en una etapa más atrasada, pues pertenecíamos al reino animal.

La existencia de la Tierra comenzó cuando ya había terminado la de la Luna. El Logos estableció en el anillo un nuevo vórtice, no muy lejos de la Luna, y la restante materia del anillo se fue acumulando gradualmente en dicho vórtice. Las conmociones consiguientes produjeron otro globo de refulgente gas que envolvió la masa de la Luna y la redujo a la misma condición gaseosa. A medida que esta masa combinada se enfriaba, se efectuó la condensación alrededor de los dos vórtices; pero la mayor parte de materia fue atraída hacia el nuevo vórtice, correspondiente a la Tierra, dejando a la Luna con una masa mucho menor que antes y completamente desprovista de aire y agua y demás elementos de vida física.

A causa del intenso calor, la Luna todavía seguía en estado de plástico, como barro caliente, y la Tierra, en los primeros años de su existencia, sufrió tremendísimas convulsiones volcánicas que lanzaron al espacio enormes masas de roca en distintas direcciones y a distancias muy lejanas. La mayoría de estos peñascos volvieron a caer en la Tierra, pero algunos fueron a parar a la Luna, cuya masa hirieron cuando todavía estaba en condiciones plásticas, y produjeron en la superficie enormes depresiones que ahora llamamos cráteres lunares. El que se tome la molestia de arrojar unos cuantos guijarros sobre una masa de barro en perfecto estado de plasticidad verá que por este medio obtiene un resultado análogo al que observamos en la superficie de la Luna. Sin embargo, algunos cráteres lunares, aunque no muchos, son verdaderamente de origen volcánico.

Actualmente, la Luna es semejante a una gran bola de carbón, dura pero porosa, de consistencia algo parecida a la piedra pómez, aunque más dura. Dificilmente se efectúa ahora ninguna acción física en la superficie de la Luna. Sin duda se está desintegrando lentamente y se nos enseña que en el transcurso de nuestra séptima ronda se desmenuzará completamente, sirviendo su materia (y acaso alguna de la Tierra) para la construcción de un nuevo mundo, que será el único globo físico de la próxima encarnación de nuestra cadena, y lo que quede de nuestra Tierra ha de ser un satélite del mismo.

En la literatura teosófica se ha solido llamar a la Luna la octava esfera, porque no es uno de los siete planetas de nuestra cadena en los que se prosigue la evolución. Por lo tanto, es una “colilla”, un montón de polvo, un cesto de papeles inútiles, el sumidero del sistema donde se echan los desperdicios de toda clase, como las personalidades abandonadas por el ego, del modo explicado en el capítulo *Almas Perdidas*.

LAS CADENAS PLANETARIAS

En el momento actual, nuestro sistema solar contiene diez cadenas de siete globos cada una que evolucionan contiguamente, aunque en diferentes etapas. Siete de ellas están representadas en el plano físico por uno o más globos, y las otras tres pertenecen exclusivamente a los planos superiores. El número de globos que una cadena tiene en el plano físico en determinada época, depende de su etapa de evolución. Los globos de cada cadena representan un ciclo menor de evolución que desciende a la materia densa y después asciende de ella; y análogamente, las sucesivas encarnaciones de una cadena descienden también a la materia densa y después ascienden de ella. En el momento presente, nuestra cadena está en su nivel inferior de materialidad, de modo que de sus siete planetas y globos, tres están en el plano físico, dos en el astral y dos en el mental inferior.

Empleamos las letras del alfabeto para designar por su orden estos globos, y así expresaremos las condiciones actuales de la cadena diciendo que los globos A y G están en el plano mental inferior; los globos B y F en el astral, y los C, D y E en el físico, siendo C y E menores que D.

Se observará que al pasar la oleada de vida alrededor de la cadena se va involucionando cada vez más en la materia al descender de A hasta D; pero que asciende y se desprende de sucesivos velos de materia al pasar de D a G.

Estas son las circunstancias que prevalecen durante la cuarta y más material encarnación de cada cadena. Pero, en la tercera y en la quinta encarnación, cada cadena tiene su primero y su séptimo planetas en el mental superior, su segundo y su sexto en el mental inferior, su tercero y su quinto en el astral, y únicamente el cuarto en el físico. La segunda y sexta encarnaciones de una cadena están una etapa más arriba. El cuarto planeta se halla en el plano astral, mientras que el tercero y el quinto están en el mental inferior, el segundo y el sexto en el mental superior y el primero y el séptimo en el búdico. La primera y la séptima encarnación de una cadena se efectúa en un grado todavía superior, pues sus planetas inferiores están en el plano mental inferior, y el primero y el séptimo en el nirvánico.

No es fácil dar a entender la idea de un planeta en planos tan excelsos como el nirvánico o el búdico, y apenas cabe justificación por emplear estos términos. Queremos dar a entender que en el espacio hay cierto lugar en donde algunos grupos de mónadas evolucionan mediante la influencia de agentes que actúan en esos excelsos planos.

Cada uno de los setenta planetas de las diez cadenas puede considerarse como si ocupara determinado lugar en el espacio y como si girase alrededor de nuestro sol dependiese de él en algún sentido. De estos setenta planetas sólo hay doce de físicos, e incluso de los doce, uno no está todavía reconocido por la ciencia, y dos se han descubierto últimamente.

Hace un siglo, algunos astrónomos aceptaron la existencia del planeta Vulcano, pero como el telescopio no lo percibe, los científicos actuales sostienen que las observaciones primitivas fueron incorrectas. Ningún astrónomo hubiese conjeturado la existencia de dos planetas más allá de la órbita de Neptuno, cuando por vez primera se mencionaron en las obras teosóficas; pero ahora se admite ya su realidad a consecuencia de las reflexiones producidas en algunas órbitas cometarias.

Blavatsky dijo que Neptuno no pertenece a nuestro sistema solar, pero, indudablemente, gira alrededor de nuestro sol, y por lo tanto ella debió expresarse en sentido oculto o simbólico al sentar esa afirmación. Desde el punto de vista oculto, la cadena neptuniana también forma parte de nuestro sistema, una de las diez que lo componen y, en consecuencia, por de pronto, no podemos esclarecer el significado de la afirmación de nuestra insigne Maestra, aunque esto no supone que sea inexacta o que carezca de significado porque, frecuentemente, en sus obras hemos encontrado pasajes de los que durante mucho tiempo se prescindió por incomprensibles y, en apariencia, contrarios a los hechos comprobados y, sin embargo, en cierto sentido tenían un significado concreto que sólo fue posible desentrañar cuando la penetración de los planos superiores descubrió nuevos aspectos del tema en cuestión. Sin duda, el tiempo demostrará que ése es el caso de la enigmática afirmación sobre Neptuno. Además de las que prosiguen en los setenta planetas mencionados, en nuestro universo existen otras evoluciones, pues para ello se aprovechan todos los puntos del espacio. Incluso en el mismo *koilon* puede que haya una evolución en marcha de la que no sepamos nada ni siquiera sospechemos. Sabemos todavía tan poco del maravillosos sistema al que pertenecemos, que todas estas enseñanzas teosóficas cuya influencia transmutó nuestra conducta no van más allá de levantar una ligera punta del velo. El espacio está lleno de vida y existen categorías todavía inferiores a la física. A veces un ser humano se pone en contacto con esta evolución inferior pero siempre es cosa no deseable. Sin embargo sería un grave error calificar de malvados a los habitantes de dicho mundo inferior porque si bien nos perjudicaría el contacto con su evolución es porque ésta no es adecuada para nosotros.

Las siete cadenas que tienen planetas físicos enumerados por el orden de su proximidad al sol, son las siguientes:

1^a. La cadena vulcánica, con un solo planeta físico, pequeño y sin duda muy cálido. La

cadena volcánica está en la tercera encarnación; pero se nos ha dicho que las entidades que evolucionan en ella no alcanzarán al final un nivel tan elevado como los de la tierra.

Después de Vulcano, viene el planeta Mercurio perteneciente a la cadena terrestre.

2ª. La cadena venusiana, cuyo único planeta físico es Venus. Está en la séptima ronda de su quinta encarnación y representa el grado de evolución más adelantado de la humanidad en nuestro sistema solar. Por estar tan sumamente adelantada sus entidades han podido ayudar a otras evoluciones menos avanzadas. Sabemos que los Señores de la Llama descendieron de Venus para estimular poderosamente el progreso de la humanidad terrestre en el promedio de nuestra tercera raza raíz.

Es muy curioso que los astrónomos de hace siglo y medio anotaran varias observaciones de un satélite de Venus mientras hoy en día existe la completa certeza de que ese satélite no existe. La suposición corriente es que aquellos astrónomos se equivocaron pero esto no es verosímil en vista del número y carácter de los testimonios y de las repetidas observaciones. Vieron el satélite de Venus astrónomos tan ilustres como Cassini y Short en 1761 y no una, sino varias veces y con distintos telescopios. Scheuten lo observó el mismo año durante su tránsito por Venus. Montaigne lo vio cuatro veces y también Rodkier, Horrebow y Montbaron en 1764. Se le calculó un diámetro de 3.220 kilómetros. Indudablemente las observaciones de estos astrónomos fueron exactas, porque se nos enseña que en nuestra séptima ronda la Luna se disgregará dejando a la Tierra sin satélite. Acaso sea tan sólo coincidencia el que Venus esté en su séptima ronda pero sería una coincidencia muy extraña.

3ª. Los dos planetas siguientes son Tierra y Marte que con Mercurio, constituyen los tres planetas físicos de una cadena que está en su cuarta encarnación. La Tierra es el globo inferior y más material de la cadena pues corresponde al D. mientras que Marte es el e y Mercurio el E. Una buena parte de los miembros más adelantados de nuestra humanidad actual no estaban en el planeta Marte cuando lo invadió últimamente la oleada de vida según explicaremos más adelante; pero la gran masa de la raza humana ha pasado con toda seguridad por una serie de encarnaciones en Marte dejando tras de sí muchas huellas de su estancia de las que se aprovechan enormemente los actuales habitantes. Cuando por algún tiempo dejemos de poblar la Tierra, pasaremos todos a la existencia menos material en el planeta Mercurio, donde el promedio del nivel de conciencia será algo más amplio de lo que es en la Tierra, pues la humanidad ordinaria tendrá visión etérica.

En lo que se nos alcanza, la reciente afirmación de un autor al decir que se han trastocado los nombres de Mercurio y Venus no tiene fundamento alguno, pues de lo mucho que conocemos acerca de ambos planetas, resulta inconcebible semejante cambio de nombres.

Después de Marte vienen los asteroides de los que por ahora prescindiremos, aunque son el material que un día formará un nuevo globo.

4ª. La cadena joviana, cuyo planeta físico es el coloso de nuestro sistema, Júpiter con sus satélites. Está en una etapa temprana de su evolución y es demasiado cálido para que la vida, tal como la conocemos, exista en su superficie, aunque los satélites están habitados. En la superficie de Júpiter hay mares de metal derretido, y esta misma condición se observa en todos los planetas gigantes. La masa de Júpiter tiene, aproximadamente, la densidad del agua; pero lo que vemos con el telescopio es la parte externa de unas nubes de millares de kilómetros de profundidad, y así no podemos calcular debidamente el verdadero volumen del globo del planeta. La cadena joviana está ahora en la segunda ronda de su tercera encarnación. Se nos dice que la humanidad de esta cadena con el tiempo, llegará a un nivel elevadísimo.

5ª. La cadena saturniana, cuyo único planeta físico es Saturno, con su admirable sistema de anillos y satélites. También está en una de las primeras rondas de su tercera encarnación, y sabemos que el desarrollo de su humanidad es más lento que el de casi todas las otras, aunque finalmente alcanzará excelsos niveles.

6ª y 7ª. Las cadenas uraniana y neptuniana a que pertenecen respectivamente los planetas exteriores Urano y Neptuno. Sabemos muy poco de estas dos cadenas. La neptuniana está en su cuarta encarnación y a ella pertenecen también los dos planetas físicos cuyas órbitas se extienden más allá de la de Neptuno. Las condiciones existentes en estos colosales miembros exteriores del sistema solar deben ser tan por completo diferentes de las predominantes en los planetas menores interiores, que no hay modo de formarse idea del género de vida de sus habitantes, ni siquiera cuando en el futuro sus globos se hayan enfriado.

SUCESIVAS OLEADAS DE VIDA

No debería resultar difícil la idea de las sucesivas oleadas de vida que emanan del Logos y, sin embargo, los estudiantes suelen confundirse respecto a esta cuestión.

Tal vez esta dificultad se deba a que la frase “oleada de vida” se ha utilizado teosóficamente en tres sentidos distintos. Primero, para designar las tres grandes efusiones de la vida divina que pusieron en existencia nuestro sistema solar, y por cuya virtud prosigue su evolución. Segundo, para indicar los sucesivos impulsos constitutivos de la segunda efusión de la vida divina; y en este sentido emplearemos ahora el término o frase “oleada de vida”. Tercero, para expresar la transferencia de la vida de uno a otro planeta de nuestra cadena en el transcurso de la evolución.

Una oleada de vida de este tercer tipo no corresponde a la oleada del segundo tipo, sino que está constituida por partes sincrónicas de siete de las del segundo tipo, considerando dichas partes como si formaran una sola oleada. Todos sabemos que, en realidad, hay en manifestación siete reinos, a saber: humano, animal, vegetal, mineral y los tres elementales que preceden al mineral.

Hemos de comprender que los siete reinos son manifestaciones de la vida del Logos actualizada en la segunda gran efusión dimanante de su segundo aspecto, después de dispuesta la materia primordial a recibirla por virtud de la primera efusión procedente del tercer aspecto. La segunda efusión no emana de una sola vez, sino en oleadas sucesivas como las del mar. Cada una de estas oleadas ha llegado a su actual etapa después de pasar por todas las etapas precedentes, y en cada una de ellas se invirtió un período de tiempo correspondiente a la vida en una cadena de siete globos a lo cual suele llamársela un manvántara, cuyo significado literal, según la etimología sánscrita, es “período entre dos Manús”, por lo que puede aplicarse a diversos niveles. En *La Doctrina Secreta* leemos que cada raza raíz tiene su Manú, un gran adepto que se encarga de ella y que preside su formación y su desarrollo. Pero también hay un Manú para el período mundial que abarca las siete razas raíces y otro Manú todavía superior que preside el paso de la oleada de vida (tomando este término en su tercer significado) por los siete planetas de la cadena; y como quiera que a una vuelta completa por todos estos siete globos se le llama ronda, resulta que es el Manú de la Ronda.

Siete rondas constituyen un período de vida de una cadena planetaria, una encarnación de la cadena, por decirlo así, y este enorme período de tiempo lo preside un Gran Ser a quien

también se le da el título de Manú. Pero todavía hay otro Ser mucho más elevado que preside las siete cadenas sucesivas, las cuales pueden considerarse como las siete encarnaciones de nuestra cadena, formando así un plan completo de evolución; pero a este Ser no se le da el nombre de Manú, sino el de Logos de siete cadenas o también Logos planetario. Así pues, tenemos una gradual jerarquía de poderosos adeptos que alcanza hasta la misma Divinidad.

Por lo tanto, es evidente que la palabra manvántara puede significar diversos períodos de tiempo correspondientes a los niveles a que se aplica, aunque en Teosofía se entiende, generalmente, por manvántara la duración de una cadena, o sea el tiempo que una oleada de vida tarda en dar siete vueltas o hacer siete rondas. A veces se llama mahâmanvantara, que significa gran manvántara o manvántara mayor, el período más dilatado de las siete encarnaciones sucesivas de la cadena.

La tabla siguiente resume sinópticamente el sistema de evolución, por lo que podrá resultar de utilidad a los estudiantes.

7 Razas ramales constituyen	1 subraza
7 subrazas	1 raza raíz
7 razas raíces	1 período mundial
7 períodos mundiales	1 ronda
7 rondas	1 período catenario
7 períodos catenarios	1 plan planetario
10 planes planetarios	Nuestro sistema solar.

Difícilmente se puede computar en años la duración exacta de estas enormes dilataciones de tiempo. Los tratados exotéricos de la India dan números concretos; pero Blavatsky nos dice que no es posible confiar en ellos, porque los autores no tuvieron en cuenta las consideraciones esotéricas y de otra índole relacionadas con el tema. No hemos recibido informaciones directas sobre el particular, aunque hay motivos para suponer que la duración de las rondas no es invariable, sino unas más cortas que otras. Se ha conjeturado que las rondas venideras no serán tan largas como las pasadas; pero tampoco sobre esto tenemos datos seguros y resultaría inútil cualquier especulación.

En todas las etapas mencionadas siempre hay siete oleadas de vida en acción. En cada

cadena hay un reino humano, acompañado por sus hermanos menores, los reinos animal, vegetal y mineral. Pero cada uno de éstos evoluciona constantemente de modo que la oleada de vida que hoy anima al reino animal habrá llegado al nivel humano en la próxima cadena, y proveerá de cuerpos causales a la humanidad de la misma. Igualmente, la oleada de vida que anima ahora nuestro reino vegetal animará el reino animal de entonces, y así sucesivamente.

De esto se deduce que los hombres de hoy éramos el reino animal de la cadena lunar y el reino vegetal de la precedente a ella. Esto no expresa exactamente la idea, porque entonces no existíamos como egos individualizados, pero la oleada de esencia que en la primera cadena animó al reino mineral, en la segunda al vegetal y en la tercera al animal, ha sido empleada ahora en la formación de los cuerpos causales que tenemos actualmente. ¿Cuál será la futura marcha de esta oleada y cómo aparecerá en la próxima cadena? No aparecerá en la Tierra, porque hemos de recordar que al término de esta evolución humana, el hombre tendrá ante él los siete senderos que le abran el camino de un perfeccionamiento todavía mayor. En el capítulo final de *Protectores Invisibles* procuré explicar esta idea tal como actualmente cabe describirla.

No necesito repetir aquí lo que expuse entonces, pero si añadiré una información complementaria que después ha llegado a mi conocimiento. Uno de dichos siete senderos, del cual nada dijimos en *Protectores Invisibles*, conduce a lo que hemos llamado “estado mayor”. Todo general tiene, además de los jefes y oficiales con mando de tropas, cierto número de oficiales que forman su estado mayor y cuyo deber es estar al servicio directo del general y cumplir en todo momento las órdenes que de él reciban, u ocupar cualquier vacante que pueda ocurrir. El Logos solar tiene también por estado mayor un número de adeptos que no están al servicio de una cadena determinada y que, sin embargo, se hallan siempre dispuestos a ir a donde los envíe para ayudar a quienquiera que necesite ayuda. Formar parte de este cuerpo de estado mayor es una de las siete posibilidades que se le ofrecen a quien “ha llegado a la orilla más lejana”.

Cuando suene la hora de la desintegración de nuestra cadena y su vida se transfiera a la quinta, ya estaremos en una etapa más allá de la humana, a lo largo de uno u otro de dichos siete senderos. Por consiguiente, la humanidad que en la quinta cadena comience con el hombre primitivo, no será en absoluto la nuestra, sino la oleada inmediatamente inferior que anima al reino animal actual.

De la misma manera, las monadas vegetales de hoy día habrán evolucionado una etapa más y animarán al reino animal de la nueva cadena, mientras que la oleada de vida que ahora anima al reino mineral, se habrá elevado entonces hasta el nivel del reino vegetal. Por lo

tanto, de las siete oleadas de vida que conocemos, seis reaparecerán en la quinta cadena, pero cada una con una etapa más en su evolución.

Nuestra oleada de vida humana actual después de alcanzar el objetivo de su inmersión en la materia, habrá trascendido totalmente estas series de cadenas, aunque algunos de los que fueron sus miembros pueden mantener una relación voluntaria con ellas, a fin de ayudar a su evolución. Pero si todas las oleadas ascienden una etapa, ¿cómo se suple la zaguera? ¿Hemos de suponer que en la nueva cadena no esté representado el primer reino elemental? En absoluto; porque una nueva oleada de vida del Logos sigue inmediatamente detrás de las otras, y este nuevo flujo completa las siete.

Precisamente el mismo proceso se sigue en la sucesión de todas las cadenas. En cada una de ellas una oleada de vida llega a su meta y la traspone por siete canales que la conducen a una forma superior de manifestación. Las oleadas posteriores adelantan una etapa, y el lugar que ocupaba la última lo llena un nuevo flujo de vida emanado del Logos.

Cada una de estas oleadas entra en cada período catenario por el nivel inferior del reino al que anima y pasa al nivel superior de este mismo reino. Un nuevo flujo de vida del Logos anima el primer reino elemental de cada cadena, y en nuestro sistema hay seis de estos flujos, de modo que en este sistema de siete cadenas tenemos en acción trece oleadas de vida sucesivas, aunque nunca funcionan simultáneamente más de siete. Todas progresan continuamente, pero siempre mantienen la misma distancia entre ellas, de manera que podemos observar determinada oleada en cualquier punto de su curso y seguirla hacia atrás o hacia adelante, según queramos.

Consideremos, por ejemplo, la séptima oleada. Entra en la primera encarnación de la cadena como primer reino elemental; en la segunda cadena llega al nivel de segundo reino elemental; en la cadena lunar animó el tercer reino elemental; en nuestra actual cadena terrestre anima el reino mineral; en la quinta animará el vegetal; en la sexta el animal, y en la séptima llegará al nivel humano, pasando entonces a una evolución superior por siete senderos, como hicieron las humanidades anteriores. Así pues, tenemos la historia completa de esta oleada de vida desde su entrada en la manifestación en el primer reino elemental, hasta que retorna a los niveles divinos al final de su señalada evolución.

En nuestro sistema solar sólo se puede observar la evolución completa de la séptima oleada pero no la de las demás. Si, por ejemplo, consideramos la oleada de nuestro actual reino humano, veremos que animó al reino animal en la cadena lunar, al vegetal en la segunda cadena, y al mineral en la primera; pero, ¿en dónde evolucionó en los tres reinos elementales? Evidentemente, tuvo que pasar por estas tres etapas antes de manifestarse en el reino mineral

y pasó por ellas en un sistema de cadenas precedente, sin que sepamos dónde ni cuándo. Desde luego, la séptima oleada de vida fue el único impulso completamente nuevo en la primera cadena de nuestro sistema, pues todas las demás oleadas que formaron parte de ella habían ya proseguido un trecho de su evolución en anteriores sistemas de mundos. La humanidad de la primera cadena debió recorrer las siete etapas precedentes en aquel ignoto pasado, y entró en dicha cadena con el solo objeto de ultimar la educación que debía prepararla al tránsito por los siete senderos que se abrían a su paso.

Pero las oleadas de vida se extienden hacia el futuro, de la misma manera que se extienden hacia el pasado. Por ejemplo, la octava oleada, que por vez primera entró en la segunda cadena como nuevo impulso de la vida divina, no tendrá tiempo de alcanzar el nivel humano en nuestro plan de evolución. En la actual cadena terrestre anima el tercer reino elemental y nos perturba sobremanera con la formación de los elementales del deseo. En la séptima cadena, esta octava oleada animará el reino animal, y llegará al nivel humano en la primera cadena de algún desconocido sistema de globos, oculto al presente en la matriz del futuro.

Las demás oleadas, desde la novena a la decimotercera, están asimismo incompletas, de modo que de todas las oleadas que utilizan nuestro sistema como escenario de su evolución, tan sólo una tiene tiempo de recorrer todas sus etapas. Si reflexionamos sobre esto y comprendemos todo cuanto significa, nos dará un ejemplo profundamente conmovedor de los inagotables recursos de la naturaleza y un vislumbre de las eternidades sin fin en que, sin apresurarse, pero también sin pararse, prosigue su desenvolvimiento con tan admirable precisión.

Aunque ya tenemos una idea clara del progreso constante de estas oleadas de vida, hemos de modificarlo por la intervención de otro factor importante. Al transferirse la vida de un reino a otro, hay una parte de la oleada que no logra pasar, y por consiguiente se queda atrás. Comprenderemos más fácilmente este concepto si consideramos el porvenir de nuestra humanidad.

Sabemos que la meta de la evolución humana en nuestra cadena terrestre es el nivel de iniciación a que llamamos adeptado, la categoría de asekha, o sea “el que ya no tiene nada que aprender” por lo que respecta a nuestra cadena planetaria; pero también sabemos que a este elevado nivel no llegará toda la humanidad, sino tan sólo parte de ella. Se nos enseña que en el promedio de la próxima ronda habrá una separación entre las almas bastante fuertes para proseguir por las etapas superiores de evolución y las almas incapaces de continuar su camino ascendente. Esta separación está simbolizada en las diversas leyendas que nos hablan de un “juicio final” en donde se decidirá el futuro destino de las almas durante el actual eón. La

imaginación enfermiza de los monjes medievales, que buscaba siempre ocasiones para introducir grotescamente errores exagerados en su credo con el fin de asustar a los campesinos ignorantes e incrédulos y moverlos a hacer ofrendas más liberales para el sostenimiento de la Santa Madre Iglesia, tergiversó en la amenaza de la “condenación eterna” la sencillísima y compensadora idea de suspensión eoniana.

A los rezagados durante este período se les ha solido llamar “fracasos de la quinta ronda, aunque este calificativo es tal vez demasiado duro. Entre ellos habrá quienes, de haberse esforzado, se hubieran puesto en condiciones de seguir adelante, y a éstos se les puede llamar con justicia fracasos o fracasados; pero la mayoría quedarán rezagados, simplemente por demasiado jóvenes para continuar la marcha y con insuficientes fuerzas para la obra más difícil.

Las condiciones sobre el particular pueden exponerse sin ambages. Las monadas de clase inferior pasaron gradualmente del reino animal al humano durante la primera mitad de nuestro actual período catenario; y, por lo tanto, algunas de ellas están todavía en la etapa primitiva de la evolución humana siendo incapaces de alcanzar a las más adelantadas. Se nos ha enseñado que incluso al salvaje más rudo le sería posible alcanzar antes del promedio de la quinta ronda el nivel necesario para continuar su evolución, con tal que aprovechara cuantas ocasiones de adelanto se le deparasen; pero muy pocos lo harán así y se calcula que tan sólo unas tres quintas partes de la población total del globo⁵ estarán dispuestas para seguir adelante, quedando rezagadas las otras dos quintas partes.

Desde el promedio de la quinta ronda las condiciones del mundo estarán especialmente adaptadas al rápido progreso de los egos más avanzados y, por lo tanto, serán de todo punto inadecuadas para las entidades de un estado de evolución muy inferior puesto que las vibraciones groseras de pasión violenta y los bastos y burdos sentimientos que se necesitaban para desarrollar el inactivo cuerpo astral a medio formar del salvaje ya no serán útiles.

Se puede imaginar fácilmente muchas de las maneras en que esta incongruencia se pondrá de manifiesto. En un mundo de elevado desarrollo mental y espiritual donde las guerras y las matanzas de animales hayan pasado desde remotos tiempos al olvido, la existencia de razas salvajes henchidas de insubordinadas pasiones y deseos propensos al conflicto provocaría, evidentemente, graves dificultades y complicaciones; y aunque, sin duda, podrían procurarse medios de represión, al reprimirlas, se las privaría de las actividades necesarias en su primitiva etapa de evolución.

⁵ No sólo el número de egos encarnados en cuerpo físico, sino la totalidad de los que constituyen la oleada de vida humana en evolución en esta cadena.

Por lo tanto, lo mejor que se puede hacer en beneficio de los rezagados, es eliminarlos de la actual evolución, dejándolos que se preparen para ingresar en el nuevo curso, o sea la próxima cadena planetaria. Estos rezagados no sufrirán en absoluto, sino que tan sólo tendrán un período prolongadísimo de descanso en el grado de vida celeste que sean capaces de alcanzar, y aunque su conciencia esté parcialmente despierta durante este período, realizarán sin duda, algún progreso interno.

Desde este estado descenderán a las primeras etapas de evolución de la próxima cadena y allí serán los caudillos de la primitiva humanidad. En modo alguno podemos considerarlos postergados, sino sencillamente colocados en la situación que en realidad les corresponde y en donde su progreso sea fácil y seguro. A esta clase se refería Blavatsky al hablar del grandísimo número de “almas perdidas”, aunque esta denominación empleada en tal concepto, es una confusión para los estudiantes que todavía no han percibido en todo su esplendor y certidumbre el plan de la evolución.

Así, hemos de suponer que cada oleada se rompe en pequeñas olas al pasar por la cadena. Consideremos el progreso que ha de hacer nuestra oleada humana de vida, que en conjunto representa el reino animal de la cadena lunar, aunque los fracasados de la humanidad lunar ya se han incorporado a la terrestre, y es posible que se encuentren entre sus caudillos.

Toda la oleada que animó al reino animal de la cadena lunar debió haber entrado en el nivel humano, teóricamente hablando, durante la primera fase de la cadena terrestre, y debería llegar a su meta señalada al final de la séptima ronda.

Los hombres de la cadena terrestre deberían alcanzar todos el adeptado y salir definitivamente de este plan de evolución por uno de los siete senderos que se le abren al adepto, mientras que el actual reino animal debería alcanzar la individualización al término de la cadena terrestre y estar, por lo tanto, dispuestos para formar la humanidad de la quinta y próxima cadena del sistema.

Sin embargo, sabemos que las dos quintas partes de nuestra humanidad quedarán eliminadas en el promedio de la quinta ronda, por estar demasiado atrasados con relación al resto para, ni siquiera con grandísimos esfuerzos, poder llegar a la meta en la cadena terrestre. Dichas dos quintas partes entrarán en la próxima cadena con los miembros de nuestro actual reino animal y así formarán parte de la futura humanidad.

Una de las razones poderosas de por qué, en el promedio de la quinta ronda, ha de realizarse la separación entre los adelantados y los rezagados, es que las últimas razas humanas estarán mucho más estrechamente relacionadas que ahora con los adeptos y los devas superiores. Por

lo tanto, les será necesario mantenerse siempre en condición impresionable, dispuestos a recibir ya responder a una efusión de influencias. Esto, a su vez, requiere una vida apacible y contemplativa, la cual sería imposible si todavía quedasen en el mundo razas salvajes que pudieran acometer y matar al hombre en estado de contemplación. Las vibraciones más poderosas, no serían entonces capaces de despertar la naturaleza superior del salvaje, sino tan sólo de estimular e intensificar sus bajas pasiones, de manera que no ganaría nada con estar en la tierra durante dicho período, al paso que imposibilitaría el progreso de los más avanzados.

Pero de las otras tres quintas partes de nuestra actual humanidad, a las que podemos llamar exitosas en cuanto que no quedarán eliminadas en el día del juicio en la quinta ronda, no por esto alcanzarán todas el nivel asekha. Cabe presumir que probablemente, sólo obtendrá pleno éxito una quinta parte de la humanidad, o sea, una tercera parte de los no eliminados, lo cual significa que dos tercios de los exitosos tendrán todavía que realizar alguna obra al final de nuestra cadena de mundos, antes de llegar al nivel señalado. Sin embargo, también entrarán en la siguiente cadena, aunque no tengan que pasar por las primeras etapas de evolución y, probablemente, se incorporarán en el promedio de la cadena, así como las clases superiores de monadas procedentes de la luna se incorporaron a nuestra evolución actual en el promedio de la cadena terrestre. No obstante, tropezarán con la dificultad de que así como la meta de nuestra cadena terrestre es más elevada de lo que fue la de la cadena lunar, así la meta o nivel de perfeccionamiento en la quinta cadena será más elevado que lo es en la nuestra. Pero, esta cuestión no nos interesa por el momento.

Al término de nuestra cadena planetaria, la humanidad estará clasificada en grupos análogos a los siguientes, aunque cada uno de ellos susceptible de subdivisiones ulteriores:

1° Los que, habiendo estudiado inteligentemente la evolución, se decidieron a seguir el sendero más corto y escabroso hacia la meta y alcanzaron el adeptado en rondas anteriores.

2° Los que alcancen el nivel asekha en la séptima ronda. Estos son la clase superior de hombres que marcharon con la corriente ordinaria de evolución, o sea, la vanguardia de aquellos que siguieron el sendero usual. Pueden equipararse análogamente en nuestra cadena con los hombres lunares de primera clase.

3° Aquellos que, poco a poco, no lograron la perfección asekha, pero que consiguieron el nivel arhat en la séptima ronda. Son en nuestra cadena lo que los hombres de segunda clase de la cadena lunar y necesitarán muy pocos nacimientos en la próxima encarnación de la cadena antes de llegar al nivel de la liberación.

4° Aquellos que, aunque aprobaron para seguir adelante en el promedio de la quinta ronda

no hayan transpuesto todavía los tres niveles inferiores del sendero. Pueden compararse a los hombres animálicos de la Luna, que acababan de trascender el reino animal y, por lo tanto, les quedaba por realizar mucha tarea preparatoria en la nueva cadena.

5° Aquellos que a pesar de haber alcanzado el nivel humano en nuestra cadena terrestre no se elevaron lo suficiente para justificar su continuación en esta cadena después del promedio de la quinta ronda. Sin duda que en este grupo habrá varias clases o subdivisiones.

6° Aquellos que hayan fracasado completamente en el logro del nivel humano. Estos serán algunas monadas muy inferiores que acababan de entrar en el reino animal de la cadena lunar y progresaron muy lentamente durante la cadena terrestre sin lograr la individualización.

No solamente observamos en la humanidad estos fracasos en el logro del nivel señalado. lo mismo ocurre en todos los reinos en el transcurso de la evolución. Aunque la mayoría de cada oleada de monadas cumpla su señalado destino, hay en todas ellas una minoría que queda rezagada y otra minoría, mucho más exigua, que se adelanta a dicho destino. Por ejemplo, así como unos cuantos hombres ahora aventajan a sus compañeros y alcanzan el adeptado, así también unos cuantos animales se han desprendido ya de su alma grupal y se han individualizado, si bien la masa de la oleada de vida animal no se individualizará hasta el final de la séptima ronda y formará la humanidad de la quinta cadena.

Los hombres cercanos al adeptado son siempre los que, en calidad de discípulos, están en estrecha relación con los que ya son adeptos; y los animales cercanos a la humanidad son los que están en estrecha relación con los hombres actuales en calidad de favoritos o predilectos y los que desarrollan las cualidades de afecto e inteligencia.

En los primeros tiempos de las enseñanzas teosóficas se suponía que si un animal, por su rápido desarrollo, se individualizaba en nuestra época y en este mundo, tenía que esperar hasta la próxima cadena para tener cuerpo humano. Sin embargo, investigaciones posteriores han demostrado que incluso en nuestra etapa caben excepciones a esta regla, y que los animales bastante afortunados para alcanzar la individualización durante este período mundial, pueden adquirir cuerpos humanos primitivos en cuanto nuestra oleada de vida pase al próximo globo de nuestra presente cadena. Desde luego, el número de animales preparados para aprovechar esta ventaja que, según se nos alcanza, parece ser su última oportunidad de entrar en la vida humana de la cadena terrestre, ha de ser muy exiguo; sin embargo es una posibilidad que debemos tener en cuenta para comprender exactamente el curso de la evolución.

He presenciado el caso de un animal cuyas características especiales facilitaban una pronta

encarnación. Era un perro que durante su vida terrestre había demostrado mucha inteligencia y un profundo cariño hacia su dueño, de manera que este cariño persistió en la vida astral mucho más intenso que nunca. El animal definía de tal modo sus pensamientos, que durante la vida y mientras dormía, se iba en cuerpo astral a ver a su dueño cuando éste estaba de viaje. En este caso, el perro progresó en el cuerpo astral después de la muerte, y la respuesta a los esfuerzos que por él hicimos fue mucho mayor de lo que esperábamos, porque la vida astral nos deparó una ocasión más favorable que la física para determinar los límites exactos de las modalidades de pensamiento del animal. Eran pocas estrechas y sumamente limitadas, pero mucho mayores en su peculiaridad de lo que cabría suponer.

Algunas modalidades de pensamiento se abrieron en la vida astral y el desarrollo fue extremadamente interesante. Existía la notoria posibilidad de una inmediata encarnación en este mundo, pero extrañas combinaciones la dificultaban. El perro en cuestión tenía que ser un salvaje primitivo y, sin embargo, sólo le hubiera sido posible encarnar en inmediata relación personal con su dueño, por el que sentía tan profundo afecto que no cabía la posibilidad de alejarlo de él. Esto presentaba grandes dificultades, pero aun se hubieran podido vencer si no mediara la imposibilidad de garantizar el sexo del salvaje.

Es de presumir que, por lo general, entre los animales avanzados existirán diversas clases de correspondencia en la evolución terrestre con las diversas clases de monadas en la evolución lunar; y parte de la esencia animálica que anima actualmente las formas inferiores de vida con seguridad que no alcanzará el nivel humano en esta cadena y, por lo tanto igual en el reino animal que en el humano serán “fracasos de la quinta ronda”. Respecto a si estas formas animales fracasadas desaparecerán de la tierra en el mismo período de la quinta ronda, carecemos de información directa pero por analogía debería ser así. La misma diferenciación en clases, según el grado de éxito conseguido, se observa respecto de todos los reinos inferiores de modo que, en realidad cada oleada de vida ha de simbolizarse rompiéndose constantemente en pequeñas oleadas o cabrilleos, algunas de las cuales se juntan en el transcurso del tiempo con las oleadas anteriores o las siguientes, aunque la mayoría proseguirá continuamente el curso señalado.

Las siete oleadas de vida que animan nuestros siete reinos siempre tienen como principal campo de actuación el planeta donde está enfocada en el entretanto la atención del Logos; pero, en los demás globos de la cadena está siempre manifiesta una pequeña parte proporcional de su actuación. Así pues, aunque la atención del Logos planetario está ahora fija en la Tierra, sin embargo, simultáneamente, hay representantes de todos los reinos en cada uno de los otros seis globos de nuestra cadena. A estos representantes suele llamárseles

la simiente de la que han de brotar las formas cuando la oleada de vida llegue al planeta respectivo, es decir cuando vuelva de nuevo a fijarse en él la atención del Logos planetario.

Estas formas han permanecido siempre existentes en sus respectivos planetas desde que por primera vez lo ocuparon los hombres lunares animálios en la primera ronda y así no hay necesidad de una nueva creación en cada globo. La vida que anima estas formas durante el eclipse relativo de esos planetas también forma parte de la gran oleada y camina hacia adelante en conexión con ella. Además de proporcionar la simiente para la oleada venidera desempeña otras funciones pues también sirve de medio de evolución más rápida para cierta clase de monadas.

Por el tratamiento especial que así reciben es posible que una mónada de la segunda clase alcance a la primera clase y forme parte de ella. En determinadas circunstancias de anhelo ferviente por adelantar, si se ve que la mónada pone todo su empeño en vigorizar su propio perfeccionamiento, los dirigentes pueden separarla de sus compañeras del planeta respectivo y conducirla a la llamada *Ronda Interna*, encarnando luego entre la limitada población de Mercurio. En este caso, empleará allí casi el mismo tiempo que de otro modo hubiera invertido encarnando varias veces en una raza raíz, y luego pasará al planeta astral F. Tras análoga estancia será transportada sucesivamente a los globos G, A y B. Y por último, a Marte y a la Tierra.

Como quiera que en cada una de estas esferas, planetas o globos habrá hecho una estancia casi equivalente al período normal de una raza raíz, la oleada de vida habrá dejado la Tierra antes de que regrese la mónada en cuestión pero la alcanzará en el planeta Mercurio, donde se incorporará a las filas de la primera clase de monadas, participando del resto de su evolución y de sus diversas ocasiones de más rápido desarrollo. Las entidades incluidas en esta modalidad especial de evolución forman, en nuestra época, la mayoría de los pocos pobladores de Mercurio y Marte. En Marte también hay algunos restos del primitivo linaje humano que no estaba preparado para seguir adelante cuando la oleada de vida se transfirió desde allí a la Tierra. Es una raza inferior a todos los estados humanos que conocemos actualmente. Probablemente se habrá extinguido antes de que nosotros llegemos a Marte en la quinta ronda, puesto que en aquel período parece que no habrá egos necesitados de manifestación en tan bajo nivel.

De la misma manera, vemos que todos los reinos están representados en los globos astral y mental. No es muy fácil percibir con nuestra conciencia física la condición de vida de los reinos inferiores en estos planos superiores. Por ejemplo, la idea de la evolución de un mineral en el plano mental es incomprendible para las mentes ordinarias. Acaso nos facilitará

su comprensión el recuerdo de que todo mineral debe tener sus contrapartes astral y mental, y que los tipos especiales de materia de estas contrapartes son, en sus respectivos planos, manifestaciones de la mónada mineral, por lo que se puede suponer que mediante dichas manifestaciones la mónada evoluciona durante su existencia en los niveles superiores.

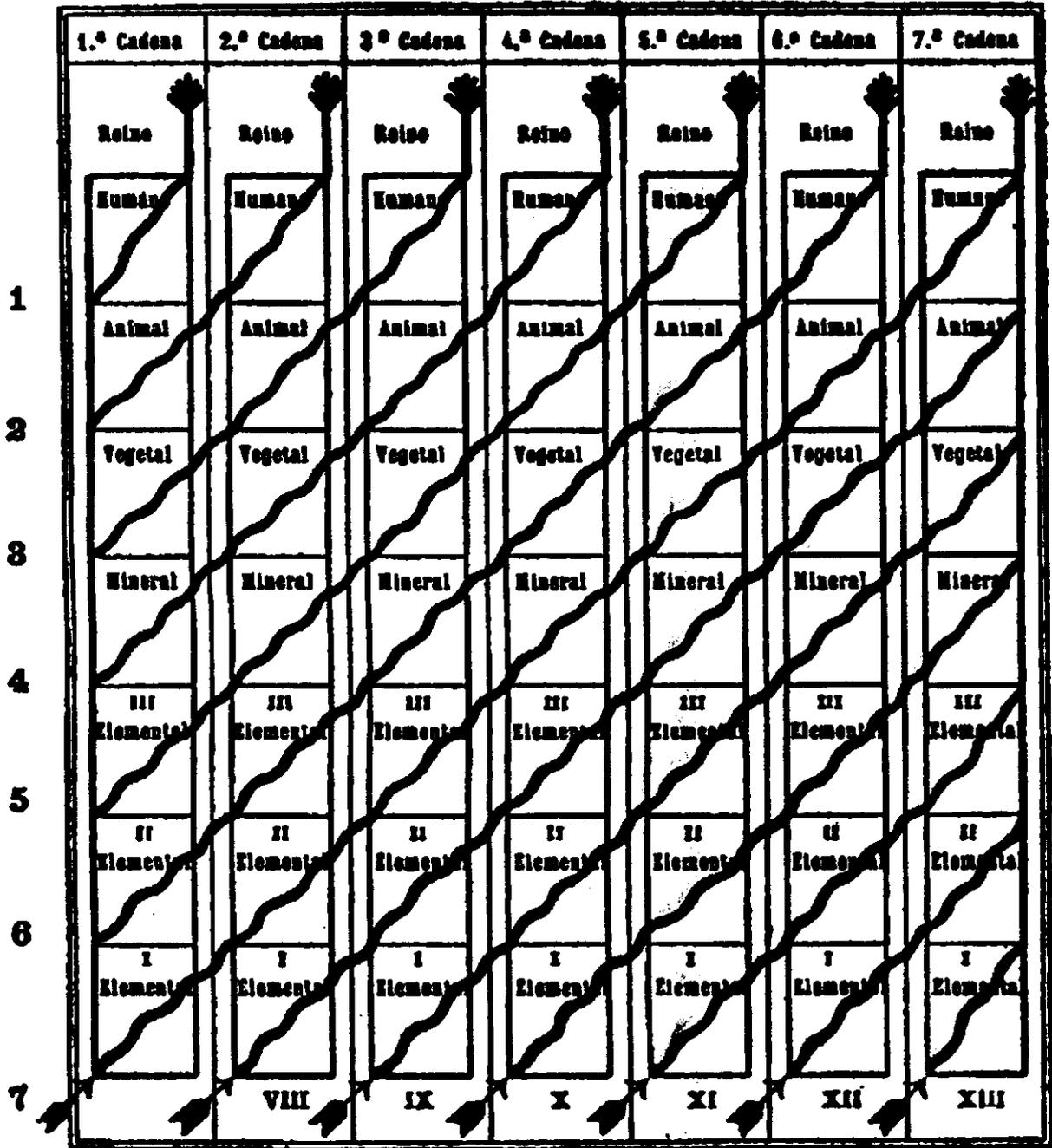
El alma grupal siempre debe contener en sí posibilidades latentes relacionadas con los planos superiores a través de los cuales descendió; y podría ser que en aquellas etapas de evolución dichas posibilidades se actualizaran por algún método totalmente diferente de los que nos son familiares. Sin el desarrollo de las facultades psíquicas no podremos comprender al pormenor el desarrollo oculto en esas excelsas esferas de materia sutil. lo importante es convencernos de que, si bien en determinada época, la gran oleada de vida reside solamente en un globo de nuestra cadena, los demás globos no están en absoluto dormidos y que en todos los puntos de nuestra cadena se realiza continuamente un progreso útil.

He procurado describir tan claramente como me ha sido posible, las sucesivas oleadas de vida; pero, por si acaso quedase alguna duda en la mente de los lectores no acostumbrados al estudio de este sistema de cosmogonía, añado un diagrama que me parece una ayuda muy conveniente. Las columnas verticales indican las sucesivas cadenas de nuestra evolución, y las divisiones horizontales representan los diversos reinos de la naturaleza. Las flechas en diagonal son las oleadas sucesivas de evolución que han emanado del Logos. Las cifras arábicas estampadas al margen de las flechas se aplican tan sólo a éstas, y no a los cuadrados horizontales. La longitud de las flechas es variable a consecuencia únicamente de que las miramos desde el punto de vista de nuestro plan de evolución. Dentro de los límites de este plan, la flecha número 1 cruza únicamente el reino humano; pero esto no significa en absoluto que la oleada representada por esta flecha no haya pasado por las seis etapas anteriores. Significa tan sólo que estas seis etapas anteriores transcurrieron en un plan precedente. lo mismo sucede en el ángulo opuesto del diagrama. La flecha número 13 sólo cruza el primer reino elemental; pero, inevitablemente, a su debido tiempo tendrá que pasar por todos los demás reinos, aunque no en este plan de evolución que ya termina en dicho punto del diagrama. Únicamente se ve totalmente la evolución del primer reino elemental correspondiente a la séptima oleada de vida.

Si consideramos la columna de una cadena cualquiera, por ejemplo, la cuarta, que es nuestra cadena e indica nuestro estado actual de evolución, veremos, pasando la vista en sentido vertical de la columna que la atraviesan siete flechas correspondientes a los siete reinos de la naturaleza. Siguiendo cualquiera de estas flechas hacia atrás o hacia adelante, determinaremos la situación de cualquiera de los reinos en el pasado o en el futuro. Conviene advertir que las

oleadas 1 a 6 provienen de otro plan de evolución, mientras que las 7 a 13 son nuevas emanaciones del Logos.

SUCESIVAS OLEADAS DE VIDA



LAS MÓNADAS LUNARES

Los que han estudiado el sistema teosófico saben que dividimos a la humanidad en varias clases según la edad del ego y el grado de su desarrollo. La *Transaction* número 26 de la Rama de Londres, expone con mucha claridad esta clasificación, y también se halla en el capítulo XII de *Sabiduría Antigua*; pero los estudiantes advertirán que la autora de esta última obra ha modificado la numeración de las clases para mejor concordancia con la expuesta en *La Doctrina Secreta*.

La señora Besant separa del resto las entidades a que la *Transaction* de la Rama de Londres llamaba primera y segunda clases y las denomina monadas solares, de modo que encabeza la lista de las monadas lunares con las que en la *Transaction* figuran la tercera clase y en la clasificación Besant son la primera clase. Por lo tanto, en *Sabiduría Antigua* es segunda clase la cuarta de *Transaction* y la quinta es tercera. La cuarta clase de la clasificación Blavatsky abarca las sexta y séptima de la clasificación Sinnett, mientras que las demás clases de la clasificación Blavatsky incluyen entidades que la clasificación Sinnett no tuvo en cuenta, porque sólo incluye los miembros del reino animal lunar que serían hombres en nuestra cadena terrestre, mientras que la clasificación Blavatsky incluye todos los seres que de la Luna pasaron a la Tierra. La quinta clase de Blavatsky representa el reino vegetal lunar, la sexta el reino mineral, y la séptima los tres reinos elementales.

Desde que escribió *La Sabiduría Antigua* y *La Genealogía del Hombre*, la señora Besant ha creído conveniente adoptar nombres inteligibles en idioma corriente en lugar de los empleados antes. A los que vencieron en la cadena lunar y alcanzaron el nivel de arhat por ella señalado, les da el nombre de Señores de la Luna. A los que antes designara como monadas solares (llamados por Sinnett primera y segunda clase de pitris), los denomina ahora hombres lunares de primera y segunda clase, respectivamente. La primera clase de hombres lunares tiene varias subdivisiones, según luego veremos. La llamada anteriormente primera clase de monadas (la tercera clase de Sinnett) son ahora los hombres animálicos lunares. La segunda, tercera y cuarta clases de antes (correspondientes a las cuarta, quinta, sexta y séptima de la clasificación Sinnett), son ahora la primera, segunda y tercera clases de animales lunares. Así queda completa la lista de entidades que constituyen nuestra humanidad actual, pues las clases inferiores de la clasificación Blavatsky que Sinnett no tuvo en cuenta, no alcanzarán el nivel humano en la presente cadena.

Las clases antes enumeradas están ordenadas según su grado de adelanto, y no sólo difieren en aspecto sino también en los métodos de adelantamiento. Entre otros puntos, hay mucha diferencia en la duración de los intervalos entre sucesivas encarnaciones y en la manera de emplearlos; pero este aspecto de la cuestión lo trataremos al hablar de la reencarnación.

Cuadro sinóptico de las Mónadas lunares

	LUNA Clasificación de las mónadas	TIERRA Lo que son en la Tierra	Características de las mónadas al salir de la Luna	CLASIFICACIÓN		Entrada en la Cadena terrestre	Lo que llegan a ser
				según Blavatsky	según Sinnett		
1 ^{er} grupo Humano	Señores de la Luna	Pitris Barishad	Arhates	Nirvanis o Pitris solares o Dhyanis lunares	Pitris de 1 ^o	4 ^o Ronda, 4 ^o Raza	4 ^o y 5 ^o Razas 3 ^o Ronda
	Hombres, 1 ^{er} orden Hombres, 2 ^o orden	Hombres	Cuerpo causal ya formado Armazón del cuerpo causal		Pitris de 2 ^o	3 ^o Ronda	4 ^o y 5 ^o Razas 4 ^o Ronda
2 ^o grupo	Hombres animáficos	Hombres	Cuerpo causal embrionario Naturaleza pasional.— Vislumbres de razón	Pitris de 1 ^o Pitris de 2 ^o	Pitris de 3 ^o Pitris de 4 ^o	1 ^o Ronda 1 ^o Ronda	Hombres 1 ^o Ronda Hombres 2 ^o Ronda
	Animales	Hombres	Naturaleza pasional.— Inteligencia instintiva Naturaleza pasional primitiva	Pitris de 3 ^o Pitris de 4 ^o	Pitris de 5 ^o Pitris de 6 ^o y 7 ^o	1 ^o Ronda 1 ^o Ronda	Hombres 3 ^o Ronda Hombres 4 ^o Ronda
3 ^{er} grupo	Vegetales	Animales	Naturaleza pasional en germen Diferenciación	Pitris de 5 ^o		En la 4 ^o Ronda se cierra la puerta	
	Minerales	Vegetales	Afinidad química	Pitris de 6 ^o		1 ^o Ronda	Animales en la 4 ^o Ronda
	III Reino elemental	Minerales			No clasificados	1 ^o Ronda	Vegetales en la 4 ^o Ronda
	II Reino elemental	III Reino elemental				1 ^o Ronda	Minerales en la 4 ^o Ronda
	I Reino elemental	II Reino elemental				1 ^o Ronda	
		I Reino elemental procedente de nueva oleada		Propensión a densificarse	Pitris de 7 ^o		1 ^o Ronda

Para comprender cómo se distinguen estas clases, debemos recordar que a cada cadena planetaria se le asigna determinado nivel de perfección, y la plenitud del éxito consiste en alcanzarla. La cadena terrestre tiene señalada como meta de perfección el nivel del adepto asekha; pero en la cadena lunar fue el arhat, o sea la cuarta etapa del Sendero. Aquellos que lo alcanzaron plenamente en la cadena lunar cumplieron el propósito del Logos y quedaron libres de seguir uno de los siete senderos que siempre se abren ante los pasos de la humanidad perfecta de cada cadena.

Tras ellos venían entidades en diversos grados de perfeccionamiento, cuya clasificación debemos intentar. En general, el reino animal de una cadena constituye la humanidad de la siguiente. Nuestra actual humanidad está formada de los animales que obtuvieron éxito en la cadena lunar, con *más* los individuos de la humanidad lunar que no lograron alcanzar el nivel señalado.

Ya hemos tratado de demostrar en qué clases se dividirán, inevitablemente, los hombres al final de la evolución en nuestra cadena terrestre. Análogo ordenamiento existió al final de la cadena lunar.

Los que alcanzaron el nivel de arhat, obtuvieron pleno éxito y pasaron más allá por uno de los siete senderos. No sabemos con seguridad si estos siete senderos abiertos ante los Señores de la Luna son los mismos que se han de abrir ante nuestros adeptos; pero, al menos uno de ellos señala un firme parecido, pues así como algunos de nuestros adeptos permanecerán en íntimo contacto con la próxima cadena y encarnarán en ella para ayudar a la evolución de sus habitantes, así también una de las siete clases de los Señores de la Luna se quedó para ayudarnos en nuestra cadena. A los miembros de esta clase se les llama *Pitris Barhishads* en *La Doctrina Secreta*.

Hombres lunares (primer orden).— Inmediatamente por debajo de los Señores de la Luna, viene un numeroso y diversificado grupo al que ahora damos el nombre de hombres lunares (primer orden), aunque por conveniencia de indicar los diferentes destinos de sus subdivisiones, tal vez sea necesario darles nombres distintos. Este primer orden incluye: algunos que, si bien no alcanzaron el nivel de arhat, estaban en una de las etapas inferiores del Sendero; otros que todavía no habían entrado en el Sendero, aunque se estaban acercando a él; los fracasados que cayeron fuera de la humanidad lunar (análogos a las dos quintas partes de nuestra humanidad que fracasarán en nuestra quinta ronda); y los miembros más adelantados del reino animal lunar que lograron desarrollar el cuerpo causal. Más adelante daremos nombres distintivos a estas subdivisiones; pero, por el momento nos limitaremos a enumerarlas:

1ª. Aquellos que si bien no habían alcanzado el arhatado, estaban ya en una u otra de las varias etapas del Sendero. También éstos, como los Señores de la Luna, hace mucho que lograron el adeptado y desaparecieron totalmente del campo de nuestra observación.

2ª. Los que en el reino animal de la cadena lunar alcanzaron la individualización en la cuarta ronda de la misma cadena. También éstos han alcanzado ya el adeptado. A esta clase pertenecen los Maestros que mejor conocemos por su relación con la obra teosófica, y asimismo la mayoría de los que llegaron a ser arhats por influencia de la predicación del Señor Buddha.

3ª. Los que se individualizaron en la quinta ronda de la cadena lunar. Hoy son los hombres más sobresalientes del mundo, no precisamente los que la gente llama distinguidos, sino aquellos que, bajo uno u otro aspecto, aventajan considerablemente a los demás hombres. En las filas teosóficas son los que ya están en el Sendero o se acercan a él. En el mundo exterior son los grandes santos o los de mucho desarrollo intelectual o artístico.

4ª. Los que se individualizaron en la sexta ronda de la cadena lunar. Son una clase numerosa de personas de gran caballerosidad, exquisitos sentimientos, con un concepto muy elevado del honor y superiores al vulgo en bondad, inteligencia y religiosidad. Ejemplos típicos de esta clase son los hidalgos campesinos, clérigos sinceros, hombres de carrera y oficiales del ejército y la armada. Tienen poderosa voluntad, pero no están libres de emplearla torcidamente. Pueden hacer aquello de lo que no se les cree capaces y, por lo tanto pueden perder la respetabilidad; pero, al menos, no caerán en bajezas ni ruindades.

5ª. Aquellos que alcanzaron la individualización en la séptima ronda de la cadena lunar. Los miembros de esta clase no difieren gran cosa de los de la anterior, con la excepción de que están más cerca del vulgo en cuanto a bondad, desarrollo intelectual y sentimientos religiosos. Enfocan su inteligencia en asuntos más bien materiales, como el comercio urbano. Representan la clase media superior y, aunque también tienen caballerosidad, su conducta no es tan elevada como la de los hombres de carrera profesional.

Todas estas clases que acabamos de enumerar son realmente subdivisiones del primer orden de hombres lunares y se entremezclan unas con otras en gradaciones apenas perceptibles, de modo que el más ínfimo ego de una de ellas difiere muy poco del ego superior de la siguiente. No sólo sus líneas de separación son imprecisas, sino que se interpenetran considerablemente. Los egos pertenecientes a las clases mercantiles se entremezclan con los profesionales, al paso que los de tipo superior suelen ocuparse en los negocios. Como dicen en la India: “Hoy día las castas están mezcladas.”

Hemos establecido la clasificación anterior de acuerdo con la ronda de la cadena lunar en la que llegaron al nivel humano. Cuando esto ocurre en una de las primeras rondas suele indicar que el ego recién formado comenzó a encarnar en la ronda siguiente. Por ejemplo, los que se individualizaron en la cuarta ronda de la cadena lunar encarnaron humanamente en el promedio de la quinta y continuaron encarnando durante el resto de ella en toda la sexta y mitad de la séptima. Igualmente, los individualizados en la séptima ronda tuvieron su primera experiencia de la vida humana en la cadena terrestre y, por consiguiente, tuvieron que ser hombres primitivos al llegar a la Tierra.

Hombres lunares (segundo orden).— Inmediatamente después del numeroso orden primero, viene el segundo orden de hombres lunares, cuyos miembros individualizados en una de las primeras etapas de su vida animal no habían formado todavía totalmente su cuerpo causal, pero tenían lo que podríamos llamar el armazón o esqueleto de este vehículo o sea, cierto número de corrientes de fuerza entrelazadas que bosquejaban al futuro ovoide. Por lo tanto, el aspecto de estos egos era algo extraño porque estaban encerrados en una especie de cesta elaborada con materia mental superior. Actualmente, forman la gran mayoría de la clase media inferior, cuyos tipos pueden encontrarse entre los tenderos y dependientes de comercio. Sus características generales son la buena intención, pero con miras estrechas, convencionales y rutinarios y de cortos alcances. Suelen vanagloriarse mucho de lo que ellos denominan dignidad y, como todo hombre estérilmente respetable, no sobresalen en nada, ni para bien ni para mal. Pueden renacer muchas veces en el montón anónimo de la vulgaridad y la monotonía guiando siempre su conducta por lo que los demás piensen de ellos.

A veces, entre las clases superiores, vemos algún alma rutinaria y vulgar. Cuando un alma así alcanza el poder político o social en algún país, indica que este país ha de agotar con esto su mal karma. El reinado de Jorge III de Inglaterra fue el karma de la decapitación de Carlos I y demás horrores del puritanismo, cuyo resultado fueron las disensiones entre Inglaterra y los Estados Unidos, que precisamente ahora vuelven a hermanarse.

Como quiera que los individuos de este nivel no pueden aprender las lecciones de una subraza determinada tan rápidamente como las clases superiores, suelen reencarnar muchas veces en cada subraza antes de pasar a la siguiente.

Hombres animálicos lunares.— Son los egos que se individualizaron en la primera etapa del reino animal en el que fue posible la individualización. Por lo tanto, comenzaron su vida humana sin cuerpo causal propiamente dicho, pero con la mónada flotando sobre una personalidad a la que tan sólo estaba ligada por algunos filamentos de materia nirvánica.

En la primera ronda de la cadena terrestre ocuparon las formas construidas por los Señores

de la Luna e hicieron así un trabajo preliminar para todos los reinos. Constituyen las clases proletarias u obreras que en todos los países son la mayoría de la humanidad. No se ve claro que hayan de monopolizar el honroso título de obreros, pues con seguridad que se rebelarían violenta y rápidamente si se les obligara a trabajar tantas horas diarias como trabajan los hombres ilustres de las clases superiores; pero la palabra obrero se aplica, por lo general, a los manuales más bien que a los intelectuales. El tipo particular del que ahora hablamos, o sean los hombres animálicos de la Luna, puede decirse que trabajan intelectual y manualmente, porque son los artesanos más hábiles del mundo, la aristocracia del proletariado, de bondadosa condición, decididos, dignos y leales.

Después vienen tres clases cuyos miembros no habían logrado todavía desprenderse de su alma grupal y, por lo tanto, no se individualizaron entonces, aunque estaban en vísperas de individualización en la cadena terrestre. A éstos se les clasifica todavía entre los animales.

Primera clase.— Animales lunares.— Alcanzaron el nivel humano durante la segunda ronda de la cadena terrestre, y hoy están representados por la gran masa de obreros inhábiles, en su mayoría bien intencionados, pero negligentes e imprevisores. Junto con ellos debemos clasificar los tipos salvajes más elevados, como los zulúes, los mejores indios de América y la raza negra.

Segunda clase.— Animales lunares.— Es un tipo inferior que no alcanzó la individualidad hasta la tercera ronda de la cadena terrestre. Están representados por los salvajes de desarrollo medio de las tribus montaÑeras de la India y, en los países cultos, por los vagos, beodos, rufianes y los vecinos de los barrios bajos de las ciudades populosas.

Tercera clase.— Animales lunares.— Son la escoria de la humanidad, poco alejados todavía del reino animal del que salieron durante los primeros períodos de la ronda actual de la cadena terrestre, para encarnar en las razas primitivas. Ahora están representados por los salvajes más brutales y abyectos, entre nosotros, por los criminales empedernidos, los terroristas y los que maltratan a mujeres y niños. A esta clase podemos añadir unos cuantos de los que en diversas etapas se individualizaron por efecto del odio o del temor.

Inmediatamente después de estas tres clases, vienen otras tres que abarcan los actuales reinos inferiores: el reino vegetal lunar que ahora es el animal terrestre; el reino mineral lunar ahora el vegetal terrestre; y el tercer reino elemental lunar, hoy el reino mineral terrestre.

A los hombres animálicos lunares les fue encargada la obra preliminar o preparatoria en la cadena terrestre. Aunque en la Luna ya se habían separado del reino animal y, por lo tanto, eran hombres en potencia, pasaron en la primera ronda de nuestra cadena al primer globo,

donde entraron en la evolución, desde luego no por el nivel humano, sino por el del primer reino elemental, recorriendo entonces rápidamente los demás reinos; segundo y tercero elementales, mineral, vegetal y animal, hasta llegar al humano.

En cada uno de estos reinos establecen las formas cuya idea toman de la mente de los Señores de la Luna, quienes, en representación del Logos, dirigen la evolución de dicho primer globo. Más bien podríamos decir que estas entidades primitivas se infundieron en los moldes contruidos por sus instructores y materializaron dichos moldes para el uso de las entidades subsiguientes, que continuamente las apremiaban en espera de encarnación y eran la clase superior de las que en la cadena lunar no se habían desprendido todavía de su alma grupal. Tras ellas aguardaban turno las restantes.

Cuando los hombres animálicos lunares terminaron esta obra en el primer globo de la cadena terrestre durante la primera ronda pasaron al segundo globo donde repitieron exactamente el mismo proceso en materia más densa. Concluida aquí su labor, pasaron al tercer globo y después al cuarto, y así sucesivamente, reanudando la enojosa evolución desde el primer reino elemental hasta el humano en cada uno de los globos, a fin de preparar convenientemente las formas para las entidades siguientes.

Al terminar la primera ronda quedó cumplida su obra, y en la segunda ronda entraron en el primer globo por el nivel de hombres primitivos, aunque hasta el extremo de que apenas era posible apreciar la ventaja conseguida.

En el transcurso de la segunda ronda, la primera clase de animales lunares alcanzó el nivel humano, y lo mismo ocurrió en la tercera ronda con la segunda clase de animales lunares; pero aquí sobreviene una nueva complicación durante el promedio de la tercera ronda, por la entrada del segundo orden de hombres lunares que en la cadena lunar habían logrado formar una especie de armazón para el cuerpo causal. Aunque incorporados en esta etapa, muy pronto tomaron la delantera y asumieron la dirección.

Los estudiantes deben recordar que el cuarto período mundial de la cuarta ronda difiere de los restantes en que es algo así como una recapitulación de todas las etapas anteriores. Parece que cuando iban a cerrarse las puertas un gran número de entidades estaban al borde de la individualización; pero no podían alcanzarla en el curso evolutivo ordinario antes del promedio de la cuarta ronda. Por lo tanto, se les proporcionó una oportunidad especial, reproduciendo en miniatura en la primera, segunda y tercera razas raíces del período mundial actual, las condiciones genésicas de la primera, segunda y tercera rondas.

Si examinamos la humanidad tal como apareció en Marte durante esta cuarta ronda,

encontraremos que su aspecto no difería radicalmente del de la actual, en todas sus razas raíces, desde la primera a la séptima. Pero si consideramos a la humanidad de la primera raza raíz en nuestro propio globo y ronda actual veremos que sus individuos son completamente distintos de los hombres que conocemos. Eran meras masas nebulosas a la manera de los hombres de la primera ronda. De la misma manera, los hombres de nuestra segunda raza raíz tenían la extraña forma de sacos cuyo aspecto no se había visto hasta entonces en ningún mundo de nuestra cadena desde la segunda ronda. En la tercera raza raíz se reprodujo todo el proceso del descenso a la materia densa, así como la separación de sexos que había distinguido al promedio de la tercera ronda.

Todo esto lo hicieron las entidades rezagadas, y no debemos olvidar que *sólo ellas tomaron* parte en la obra; lo cual explica el pecado de los amentes, la extremada degradación de las formas, etc. Ningún ego de la humanidad de rondas anteriores, ni de las primeras etapas de la actual, intervinieron para nada durante este período, pues no entraron hasta que los cambios ocurridos en el promedio de la tercera raza raíz restituyeron las cosas a una condición semejante a la que estaban acostumbrados, aunque incluso entonces los vehículos físicos eran de tipo tan inferior que algunas entidades recién llegadas se negaron a ocuparlos. Las primitivas razas del globo terrestre tenían por objeto deparar una oportunidad final a los rezagados en el plan de evolución, y eso se consiguió en gran parte. Muchas entidades que no habían sido totalmente capaces de aprovechar las condiciones de las rondas primitivas, lo fueron en el promedio de la tercera raza raíz, especialmente con la ayuda del tremendo impulso dado a la evolución por los Señores de la Llama que descendieron del planeta Venus.

En la actual cuarta ronda se individualizaron la tercera clase de animales lunares y en el promedio de la tercera raza raíz de la humanidad terrestre empezaron a reencarnar los hombres lunares menos desarrollados del primer orden.

Desde esta época hasta la mitad del período atlante, y tal vez incluso algo más allá, las monadas de dicho primer orden reencarnaron rápidamente y, desde luego, asumieron una posición de vanguardia en la humanidad en evolución.

Esperamos que este intento de explicación facilite la labor de cuantos estudian tan interesantísimo tema. Es verdad que hay mucha complicación en los pormenores, pero los principios fundamentales son claros y el estudiante que los recuerde no tardará en abarcar el plan en su conjunto.

LA CADENA TERRESTRE

Pasábamos justamente de trasponer el punto medio de la evolución de nuestra cadena de mundos. Ha e haber siete rondas, o sean siete jornadas en que cada una de ella pase por los siete globos. Ya se han hecho tres de estas jornadas o rondas y estamos ahora en el cuarto globo (el intermedio de los siete) y en la cuarta ronda. El punto medio de nuestro período mundial debió ser el apogeo de la cuarta raza raíz, la atlante, y como ahora estamos en un período relativamente primitivo de la quinta raza raíz, es evidente que acabamos de pasar el punto medio del período. Sin embargo, no sabemos si el punto medio de la evolución coincide con el punto medio del tiempo, pues ignoramos si todas las rondas o todas las razas raíces tienen la misma duración. Según dijimos antes, las probabilidades son que difieran, y tal vez difieran notablemente, pues existen motivos para pensar que las rondas futuras serán más cortas que las pasadas.

Como ya explicamos, es inútil computar por años normales la duración de períodos tan dilatados. Hace algunos años nos tomamos mucho trabajo en comprobar una de las remotas fechas citadas en *La Doctrina Secreta*, la de los dieciséis millones y medio de años transcurridos desde la separación de sexos en el promedio de la tercera raza raíz. Encontramos que esta separación fue un largo proceso que duró más de un millón de años, efectuándose en distintos períodos y en diferentes lugares del mundo. Fijamos la época en que parecía haberse cumplido totalmente, computando el tiempo transcurrido desde entonces hasta ahora por medio de la observación de ciertos cambios astronómicos, y nuestro resultado sólo discrepó en cien mil años del expuesto por Blavatsky. Como sea que el cómputo de años lo realicé después de la muerte de nuestra Maestra y por métodos absolutamente diferentes de los que ella empleó, creo que puede aceptarse como corroboración satisfactoria.

De todo cuanto observé en el transcurso de mis investigaciones, deduje que los primitivos cambios radicales en la constitución del hombre duraron dilatadísimos períodos de tiempo; pero que los cambios posteriores relacionados con el desarrollo de las civilizaciones se realizaron con mucha más rapidez, de modo que pueden computarse por miles de años, mientras que los cambios primitivos han de computarse por millones. Pero, prescindiendo de fechas acerca de la primera parte de esta estupenda evolución, echemos una rápida ojeada a la obra llevada a cabo desde entonces en esta cadena terrestre.

Antes de que el sistema solar fuese traído a la manifestación, el Logos forjó en Su mente el

plan que lo había de regir, y al punto lo puso todo él en existencia en Su plano mental. No podemos decir a qué nivel está el plano mental del Logos, pues puede ser el que llamamos plano mental cósmico, o todavía más elevado. En cuanto se relaciona con nuestro sistema solar, Blavatsky le dio el nombre de “mundo arquetípico”, y los griegos parece que le llamaron “mundo inteligible”. Todo cuanto se ha dicho o escrito acerca de la creación instantánea del mundo sacado de la nada, se refiere a esta creación de formas mentales cósmicas.

En efecto, desde determinado punto de vista parece como si en realidad nosotros fuéramos una expresión del mismo Logos planetario, como si la evolución se realizara en el interior de Su cuerpo, como si los globos fuesen centros de este cuerpo, o más bien que los globos que vemos, el espíritu de ellos, fuesen sus principios superiores. Desde este punto de vista, el globo A sería la expresión del cerebro o cuerpo mental del Logos, y todas esas formas existirían en Su mente. Porque nuestro plano mental no es sólo la tercera subdivisión del plano cósmico inferior, sino al propio tiempo la subdivisión inferior de un aspecto o manifestación del Logos. Podemos suponer que el Logos se manifiesta en siete modalidades o aspectos cuyas formas inferiores son nuestros planos, de modo que el subplano atómico de nuestro plano mental es en realidad el subplano inferior del cuerpo mental del Logos planetario.

Antes de que el Manú de una cadena o de una ronda empiece la tarea que se le ha encomendado, examina la parte de esta potentísima forma mental relacionada con su obra y la transporta a un nivel inferior en donde pueda tener constantemente una referencia fácil y asequible.

El Manú de cada mundo y de cada raza raíz hace lo mismo a un nivel todavía más inferior. En su propio nivel cada Manú tiene ante sí los modelos a que ha de ajustar su obra, procurando que su raza o su mundo, según el caso, sea, en lo posible, una copia exacta de lo que el Logos quiso que fuera. Como quiera que el Manú ha de construir con materiales ya existentes las formas cuyo modelo le da el Logos, sólo puede acercarse gradualmente a la perfección requerida y por ello el éxito de los primeros esfuerzos para formar una raza suele ser parcial.

Primera Ronda.— En la primera ronda de la cadena terrestre, el Manú encargado de ella transfirió todos los arquetipos para el conjunto de la cadena y, aunque alguno de ellos no se perfeccionarán en la Tierra hasta la séptima ronda, los gérmenes de todos, sin excepción, ya estaban en la primera ronda. Para cada reino de la naturaleza el Manú escogió un conjunto de formas con propósito de vivificarlas durante la primera ronda, a fin de extraer de ellas, en

ulteriores etapas, todo cuanto el Logos quería producir en la cadena terrestre. Estas formas en proyecto, materializadas en un nivel donde pudieran utilizarse, fueron transmitidas a unos cuantos Señores de la Luna con el encargo de iniciar las actividades de la primera ronda. Construyeron dichas formas en cada uno de los siete globos de esta primera ronda y, una vez terminadas, las ocuparon los hombres animálicos de la Luna, quienes las condensaron y las utilizaron generando de ellas otras en que pudieran habitar los animales lunares que estaban en las etapas inmediatamente inferiores.

En cada uno de los globos, los hombres animálicos lunares comenzaron por el nivel inferior en formas adecuadas al primer reino elemental. Después pasaron rápidamente por los reinos segundo y tercero elementales, mineral, vegetal y animal, hasta alcanzar el humano. Una vez efectuada esta peregrinación en cada planeta, asumieron definitivamente la forma humana en el séptimo globo de la primera ronda de nuestra cadena. A partir de ese momento, descansaron de esta labor particular, porque en la segunda ronda, y posteriormente, fueron ya humanos desde un principio.

Las condiciones durante esta primera ronda fueron diferentes de cuantas habían prevalecido hasta entonces.

En primer lugar, la vida era un grado más elevada en todos los casos, porque cuando los planetas aparecieron por primera vez a la existencia estaban en el mismo nivel que los de la cadena lunar. Por ejemplo, los globos A y G, que ahora están en los niveles inferiores del plano mental, eran entonces el campo de vida correspondiente a los niveles superiores. Los globos estaban contruidos con materia mental inferior, pero faltos de consistencia y de sosiego y, por lo tanto, inadecuados para que los habitaran seres de su propio nivel.

Los globos B y F, aunque compuestos de materia astral, estaban entonces aprovechados solamente por formas de materia mental inferior. La condición de Marte y Mercurio todavía era sumamente gaseosa y etérica, de manera que sus habitantes sólo utilizaban cuerpos astrales. Nuestro propio planeta D ya contenía buena parte de materia física sólida, pero tan caliente que había lagos, mares e incluso lluvias de metal derretido, de manera que hubiera sido de todo punto imposible que habitasen en él personas con cuerpos en lo más mínimo semejantes a los nuestros. Por lo tanto, sus moradores usaban vehículos de materia etérica, que no les eran nada molestos en aquellas condiciones.

En el intervalo de la primera a la segunda ronda la materia de los diversos globos tuvo tiempo de colocarse en condiciones más idóneas, de suerte que todos pudieron servir de morada a entidades cuyos vehículos fuesen de materia del mismo nivel que la del planeta.

Es difícil imaginarse lo que sería la evolución de esta primera ronda, pero no lo es menos para los que la observamos repetidamente con objeto de explicarla en lenguaje del plano físico. Ni siquiera es fácil comprender en modo alguno la actual condición del globo A. Podemos darnos cuenta de que los hombres de este globo viven en sus cuerpos mentales, y que las almas grupales de animales y vegetales existen, de uno u otro modo, en ese nivel; pero. ¿Cómo puede manifestarse un mineral en el plano mental? Esto correspondería a nuestro *pensamiento* de un mineral. Sin embargo, tal vez sería equivocado suponer que la forma mental que podemos forjarnos del oro sea la única representación del oro en dicho nivel, pues la forma mental allí existente es la del Manú y está modelada por un poder incomparablemente superior al de nuestra mentalidad.

Todo objeto existente en el plano físico existe también en los planos superiores, puesto que es una manifestación de la vida divina y, por lo mismo, ha de estar relacionado con todos los planos. En estas correspondencias superiores de los minerales, deben producirse ciertos efectos que constituyan para ellos la evolución en los globos sutiles, aunque esta idea no tiene una explicación verbal fácil, ni casa bien con las ideas peculiares del cerebro físico. Es la transferencia de las energías mentales que fluyen del Logos, desde Su plano mental cósmico⁶ hasta nuestro plano mental prakrítico⁷. Es la idea que el Logos forja de un mineral, materializada en el nivel correspondiente a la idea que nosotros nos formamos del cuerpo etérico de dicho material.

Cuando la vida llegó al globo D en la primera ronda de nuestra cadena, se formó el cuerpo etérico del mineral, pero incluso entonces, no era un cuerpo totalmente etérico, porque en aquella etapa primitiva sólo estaban plenamente vivificados algunos subplanos. Los átomos mismos eran también más lerdos, puesto que únicamente estaba en actividad un juego de espirillas. A cada ronda se derramaba en los átomos energía complementaria que activaba otro juego de espirillas; pero, incluso actualmente, nuestro átomo no es nada en comparación con lo que será en la séptima ronda, cuando todos los juegos de espirillas estén en plena actividad. El átomo será entonces lo que el Logos se propuso que fuera.

El hombre del globo A en la primera ronda apenas merece este nombre. Es un pensamiento; el germen del futuro cuerpo mental. En relación con sus ulteriores posibilidades, es como el feto de un mes respecto del hombre. En esta primera etapa tiene poquísima conciencia.

Según queda dicho, durante la primera ronda la evolución fue transportada al globo astral B. quedando todas las cosas fijadas definitivamente allí en el nivel mental inferior con un leve

⁶ *Tercer plano cósmico* a contar desde el más material.

⁷ *Primer plano cósmico*. Prakriti, palabra sánscrita que significa materia.

comienzo de organización astral. En Marte, globo C, los hombres tenían cuerpos astrales bien formados, aunque todavía imperfectos porque entonces sólo era posible disponer de materia de algunos subplanos. También se dio un ligero toque de materia etérica, pero sólo de algunas clases o tipos de ésta.

Durante la primera ronda, los hombres de la Tierra, globo D, tenían cuerpos etéricos que se reducían a nubes flotantes y amorfas, si bien hacia el final del período mundial empezó a agregarse en torno suyo materia gaseosa, además de la etérica. Del calor intenso del ambiente absorbían lo necesario para su nutrición.

Según entiendo, parece que los hombres terrestres habían pasado por siete manifestaciones sucesivas análogas a las razas raíces de la cuarta ronda, de modo que la encarnación (si puede llamarse así) de cada individuo, duraba todo el período de dicha manifestación o raza. Sin embargo, parece que los períodos mundiales eran muchísimo más largos que ahora; pero con el concepto que hoy tenemos de la vida nos resulta difícil comprender cómo podían evolucionar aquellos hombres primievales. Ya hemos descrito las condiciones en que por aquel entonces, se encontraba la Tierra. Pero conviene advertir que ya empezaban a combinarse algunos elementos químicos y que, al terminar el período mundial, la temperatura había descendido considerablemente hasta unos 530 °C por término medio, aunque en algunas zonas era muy superior y en otras había bajado hasta 100 °C o sea la temperatura de ebullición del agua.

En el globo E, que es el planeta Mercurio, los hombres de la primera ronda tenían cuerpos compuestos de los tres estados superiores de la materia etérica y no de los cuatro éteres como los que habían tenido en la Tierra, pero su progreso era notorio porque manifestaban mayor viveza que hasta entonces, y su estado de conciencia se parecía muchísimo al de las amebas. De todos modos, es evidente que el hombre ya empezaba a actuar en sentido ascendente y descendente. En el descendente iba densificando sus vehículos inferiores y en el ascendente adquiría mayor conciencia. Por primitivas que fuesen las condiciones ambientales, no cabe duda de que en cada globo el hombre adelantaba respecto del globo precedente, aunque sin tener en ningún caso plena conciencia de las subdivisiones de materia en que operaba, pues más bien parece que cada subdivisión se subdividía a su vez en otras, y el hombre sólo es capaz de utilizar una de estas fracciones.

Poco se puede decir respecto a la evolución en los globos F y G, sino que, por primera vez, advertimos el curioso fenómeno de los fracasos. Desde un principio, en cada globo habían quedado unos cuantos representantes de cada reino con el propósito deliberado de servir de semilla para la siguiente ocupación del planeta en la próxima ronda pues, de no suceder así,

hubiera sido preciso tomarse la molestia de construir nuevas formas en cada globo a cada ronda, mientras que con dicho procedimiento se deja parte de la población en cada planeta para que cuando sea necesario pueda reproducirse la raza en la ronda siguiente. La gran oleada de vida se transfiere de planeta a planeta, según la voluntad del Logos. Cuando fija Su atención en un globo allí brota la vida y la evolución progresa rápidamente. Cuando aparta Sus ojos de dicho globo la vida desfallece en él, la rueda del progreso se afloja y la ola pasa al globo en que ha fijado Su atención el Logos.

Pero en el globo desfallecido la vida no cesa por completo. Permanece en él una exigua población humana, animal y vegetal que no se multiplica, sino que se mantiene en el mismo número durante millones de años, hasta que la oleada de vida vuelve al planeta y un gran número de egos están dispuestos para encarnar en él. Entonces, los remanentes estancados se vuelven prodigiosamente prolíficos, de pronto ocurren grandes cambios y amplias mejoras de todo tipo, y los vehículos no tardan en evolucionar hasta ser lo suficientemente aptos para recibir la invasión de una humanidad más evolucionada.

Durante el período de obscuración, las diferentes especies restringidas en número y calidad fueron utilizadas por las entidades que siguen la ronda interna a la cual ya me referí. Según expuse, estos remanentes fueron dejados a propósito para semilla en los primeros globos durante la primera ronda; pero, hacia el final de esta ronda, algunos egos que no habían cumplido todo cuanto de ellos se esperaba, no eran aptos para pasar al globo G al concluir la evolución normal del F y, por lo tanto, también se quedaron atrás con los remanentes entre los que actuaron de continuo y al cabo de tiempo, pasarían tal vez a reunirse con los remanentes del globo G. A veces, otros por medio de algún impulso extraordinario son capaces de apresurarse hasta alcanzar la oleada de vida que se les adelanta; pero lo más corriente es que sigan rezagados hasta que la oleada de vida los alcanza en su ronda siguiente. En este último caso se encuentran en una clase o categoría de monadas inferior a la que anteriormente habían pertenecido, y así este proceso es una especie de reverso del de la ronda interna, pues en ésta los egos van delante de la oleada de vida y, por anticipar una vuelta o ronda de globo en globo, se colocan en una clase de monadas un grado mayor de la que pertenecían. Por el contrario, los rezagados van detrás de la oleada de vida, y por retrasarse de una ronda quedan en una clase un grado inferior. Tales son los fracasados o fracasos, de los que hay cierta proporción en cada planeta y en todos los reinos. Es fracaso el mineral que debió alcanzar y no lo hizo el nivel vegetal. Es fracaso el vegetal que, debiendo hacerlo, no logró llegar a animal; el animal que pudo obtener y no obtuvo la individualización; el hombre que no llegó a la meta de perfeccionamiento señalada para la cadena.

De planeta a planeta nunca se transfiere materia de los planos inferiores. Así, por ejemplo, cuando dejemos la Tierra para trasladarnos a Mercurio sólo irán allá los egos, los cuales se revestirán de materia mental y astral de su nuevo planeta y obtendrán cuerpos físicos encarnando en los vehículos infantiles proporcionados por los que ya habiten en Mercurio.

Sin duda que, al principio, estos vehículos serán de calidad inferior, pero las monadas de primera clase no tendrán necesidad de ellos, porque es ley de este sistema de evolución que los que alcanzan el nivel superior en un planeta no renazcan nunca en las primeras razas del planeta siguiente. No necesitan la primitiva evolución que estas razas pudieran proporcionarles, y así entran en la evolución del nuevo planeta cuando ya gran parte de sus habitantes ha llegado cerca del nivel en que ellos se encuentran y pueden proporcionarles vehículos a propósito.

Sucede exactamente lo mismo cuando los egos pasan de una cadena a otra. Los habitantes más adelantados de la Luna no aparecen en la primera ronda de la cadena terrestre, sino que se incorporan en el promedio de la cuarta ronda. Los egos que encarnan en la primera raza raíz de un planeta son los que no han progresado más allá del promedio de la evolución en el planeta precedente, como les sucedió a los hombres animáucos lunares que hicieron toda su labor en la primera ronda de la cadena terrestre.

En relación con esta primera ronda conviene explicar las aparentes diferencias entre las enseñanzas teosóficas y las teorías de Darwin. Cuando en la cadena terrestre aparecieron por primera vez las formas durante la primera ronda, la forma humana derivó de la animal, según afirma la teoría darwiniana; pero, también es cierto que en nuestra cuarta ronda actual se invirtió el procedimiento, y la forma humana existía en la Tierra antes de los mamíferos que conocemos.

En vez del inconcebiblemente lento proceso de la selección natural por variaciones accidentales, admitimos la inteligente dirección de la selección y las variaciones pues, según las enseñanzas teosóficas, las formas evolucionan con el único fin de ser más apta expresión de la vida que evoluciona en ellas. Nuestra actitud respecto al darwinismo es que, en líneas generales, aceptamos su teoría, pero ampliándola mucho más allá, pues junto a la evolución material preconizamos la evolución espiritual.

Segunda ronda.— Las formas construidas en la primera subsistían, por lo que no fue necesario repetir el proceso constructivo. Cada subplano de un plano se subdivide a su vez en siete partes. En la segunda ronda el hombre contó como materiales de su obra con la primera y segunda subdivisiones de cada subplano (contando de inferior a superior), de modo que si bien poseía materia de todos los planos, solamente estaban activas las dos subdivisiones

inferiores del subplano inferior de cada plano. Puede decirse que en la primera mitad de su evolución el hombre construyó gradualmente su cuaternario inferior.

En la segunda ronda, las razas fueron ya mucho más definidas y claramente distintas una de otra. Los hombres ya no eran nubes flotantes de materia etérica o gaseosa, sino que habían conseguido desarrollar cierto grado de solidez, aunque de consistencia desagradablemente gelatinosa y de configuración indeterminada. Blavatsky compara estas formas con sacos o bolsas a causa de las curiosas proyecciones amorfas que tenían en lugar de brazos y piernas. En los comienzos de la ronda, de cuando en cuando, extendían estas proyecciones como sucede con las amebas, hasta que la reiterada repetición de este movimiento las convirtieron en permanentes y les dieron una configuración aproximada a la que, en definitiva, les estaba destinada. Algunos individuos eran tan livianos y tenues que flotaban en la atmósfera pesada de aquella época. Otros rodaban más bien que reptaban, pero ninguno era capaz de tomar por sí solo la posición vertical.

El hombre de la segunda ronda era deplorablemente incompleto en cuanto a sus vehículos superiores. Tenía lo que consideraba como cuerpo mental, y algo más que podía pasar por un débil cuerpo astral; pero su conciencia todavía era confusa y vaga, sin apenas fuerza para pensar. Todo en él eran instintos con casi nada de razón.

En esta ronda los hombres animálicos mantuvieron y mejoraron su situación humana y hacia el final de ella, la primera clase de animales había alcanzado definitivamente el nivel humano.

Así como los arquetipos del reino mineral habían sido transportados a la Tierra en la primera ronda, aunque todavía no estaban contruidos totalmente, así también fueron transportados durante esta segunda ronda todos los arquetipos vegetales, aunque todavía había de pasar largo tiempo hasta su completo desarrollo. Probablemente, a la vegetación de este período le debemos principalmente los yacimientos de hulla.

Tercera ronda.— En el transcurso de la tercera ronda las condiciones de vida nos resultan ya más inteligibles. Incluso en los primeros globos, la forma del hombre es más humana de lo que lo fuera hasta entonces, aunque todavía era vaporosa, gigantesca y muy lejos de la belleza corporal. En esta tercera ronda, por primera vez, el hombre tuvo en Marte un cuerpo de reconocida configuración humana, aunque al principio aún era etérico, y más parecido a una especie de despreciable mono que al hombre de hoy día. También su consistencia seguía siendo gelatinosa y al comprimir la piel con un cuerpo duro como el dedo, se abría un agujero que tardaba largo tiempo en taparse. Sus huesos eran rudimentarios, más bien cartílagos, y no tenía suficiente esbeltez para mantenerse erecto, por lo que se arrastraba y se revolcaba en el cálido y blando cieno de las márgenes de los ríos.

En Marte había entonces mucha más agua que ahora, y la mayor parte del suelo era agradable, aunque con una vegetación peculiar. La atmósfera estaba llena de clóridos y era sofocante e irrespirable con relación a nuestros pulmones actuales. Todos los arquetipos animales fueron transportados a esta ronda, aunque muchos de ellos no se desarrollaron hasta el promedio de la actual cuarta ronda.

Durante la tercera ronda, en la tierra sobrevinieron grandes mudanzas. Incluso desde el principio los seres humanos eran más compactos y empezaron a tomar la posición vertical, pero todavía vacilante e insegura, y siempre iban a cuatro patas cuando se les asustaba o perseguía. Les salieron pelos y cerdas en el cuerpo, aunque flojas y lacias. La piel era de color oscuro y apenas humanos sus semblantes aplanados, con ojos pequeños y muy separados, de modo que veían tan bien de frente como por los lados. La mandíbula inferior estaba vigorosamente desarrollada, y no tenía frente propiamente dicha, sino un rollo de carne a manera de embutido en el sitio de la frente, y toda la cabeza caía extrañamente hacia atrás.

Los brazos eran muy largos en proporción de los nuestros y no podían extenderse por los codos, dificultad que también existía en las rodillas. Las manos y los pies eran enormes y deformados, y los talones se proyectaban hacia atrás tanto como los dedos hacia adelante, de modo que el hombre podía andar hacia atrás tan rápidamente y con tanta seguridad como en cualquier otra dirección. Este extraño modo de andar se facilitaba por la posesión de un tercer ojo en la parte trasera de la cabeza; este ojo, perdido en el curso de las edades, tiene hoy la forma rudimentaria de glándula pineal.

Los hombres tenían entonces escasa facultad de razonamiento y sí únicamente, pasiones e instintos. Desconocían el fuego y no sabían calcular. Se alimentaban principalmente de animales viscosos de índole reptil, aunque también arrancaban y comían una especie de patatas primitivas, y yo les he visto desmochar las copas de helechos gigantes para comerse las semillas.

Hacia el promedio de la ocupación de la Tierra se efectuó la separación de sexos, y en seguida empezaron a encarnar el segundo orden de hombres lunares. En un principio, nacieron de la humanidad existente, pero pronto establecieron de por sí un nuevo tipo de menor talla, de complexión más compacta, de color más suave y, en general, de una apariencia más humana según hoy la entendemos.

Guerreaban continuamente contra los habitantes primitivos más gigantescos que los apresaban y se los comían siempre que les era posible; pero como los llegados últimamente tenían mucha más inteligencia, no tardaron en dominar a la raza de gigantes y mantenerlos a raya, hasta el punto de que dominaron toda la tierra, y los habitantes primitivos tuvieron que

adaptarse al nuevo género de vida más civilizado o retirarse a las comarcas menos ventajosas.

La Tierra distaba mucho de estar tan sosegada como ahora. Los terremotos y las erupciones volcánicas eran todavía dolorosamente frecuentes y la vida muy precaria. La configuración terrestre difería por completo de la actual, y las montañas alcanzaban magníficas alturas desconocidas de nosotros. Había enormes cataratas y también eran muy comunes los remolinos o trombas de agua.

Cuando la raza pasó al planeta Mercurio mejoró notablemente. Se intensificaron los afectos y los hombres dieron señaladas pruebas de altruismo, compartiendo su sustento en vez de disputárselo, como hicieran frecuentemente en las primeras etapas. La presencia de los hombres lunares dio un gran impulso al progreso, Y aunque la masa general de la humanidad era todavía muy animálica y poco desarrollada, empezaron a notarse rasgos de cooperación y civilización rudimentaria. Como quiera que no haya mucho que decir con respecto al sexto y séptimo planetas, pasaremos a considerar nuestra cuarta ronda, a la cual pertenecemos.

Cuarta ronda.— Durante ella, en el globo A, la mente se definió en el nivel mental inferior, de manera que se puede decir que en esta ronda el hombre empezó a pensar. Al principio, el resultado del pensamiento no fue bueno en absoluto. En las rondas anteriores el hombre no estaba lo bastante desarrollado para generar gran cantidad de formas mentales, por lo que la esencia elemental de los globos sólo había sido afectada por los pensamientos de los devas que todo lo armonizaron y pacificaron; pero esta condición placentera se perturbó notablemente en cuanto el hombre dio rienda suelta a sus pensamientos egoístas y discordantes. Sobrevinieron la lucha, la inquietud y la discordia y el reino animal se apartó resueltamente del hombre, sintiendo desde entonces temor y odio hacia él.

Al comienzo de la cuarta ronda todos los arquetipos humanos fueron transportados, entre otros los de razas todavía no llegadas a la existencia. Examinando estos arquetipos se ve lo que ha de ser el hombre futuro. Tendrá vehículos más delicados en todos conceptos, de aspecto más hermoso, cuyas formas expresarán su potente espiritualidad.

Cuando en esta cuarta ronda llegó a Marte la oleada de vida, allí había además de la humanidad ordinaria en estado latente, otra raza de índole repulsiva a la que en *La Doctrina Secreta* se da el nombre de “terribles y malignos hombres acuáticos”, descendientes del tipo rezagado en la ronda anterior por inepto para el progreso, y que desde entonces se habían ocupado en desenvolver el aspecto siniestro de su naturaleza. Su forma usual era mitad reptil y mitad mono, con horrible aspecto de tarántula alrededor de los ojos, y se deleitaban en la malicia y en la crueldad. También parecen haber tenido algo de poder magnético, de ínfimo orden, y fueron una especie de edición primitiva de los malakurumbas descritos por Blavatsky

en su relato acerca de las tribus montesinas del Nigris.

Al llegar la oleada de vida, la advinente humanidad se estableció en Marte con sobrada firmeza para no temer a estos monstruos salvajes. A fin de resguardarse de sus ataques, los hombres construyeron las primeras fortalezas y para combatir su malignidad edificaron también las primeras ciudades donde vivir en comunidad. Al principio, las ciudades fueron de madera y barro, aunque a veces eran de pilastras de piedra basta.

Durante este período, entre los hombres encarnaron algunos Señores de la Luna que les enseñaron varias cosas, entre ellas el uso del fuego, aunque no a producirlo por sí mismos. Los grandes Seres encendieron el fuego y después el hombre lo guardó perpetuamente encendido. No tardó en promulgarse una rigurosa ley para que se mantuviera siempre vivo un fuego público en el edificio especialmente destinado a este fin, y de él cuidaban las jóvenes que aún no eran útiles para el trabajo. De aquí provino, indudablemente, la primera idea del fuego sagrado que se había de conservar perpetuamente encendido por religioso deber, con las vírgenes vestales encargadas de guardarlo.

Sin embargo, a veces pasaba que una arrolladora inundación, una violenta tempestad o cualquier otra catástrofe apagaba el fuego sagrado de una comarca y entonces, la gente tenía que ir muy lejos para volver a sus casas con este elemento de primera necesidad. En semejantes vicisitudes, algunos espíritus audaces concibieron la idea de obtener fuego de los cráteres de los volcanes, y muchos perecieron en el intento. Esto ocurría en la cuarta raza raíz.

Los hombres de la quinta raza raíz estaban ya relativamente adelantados, porque construían sus casas de piedra labrada, aunque sin mortero. Eran gente audaz y belicosa, pero con unas ideas muy extrañas. Carecían de iniciativa y miraban con horror todo lo nuevo, como si fuese sumamente inmoral y repulsivo. Tampoco eran perseverantes, y tenían poca capacidad para razonar. Todo lo hacían por impulso, sin regla ni gobierno, mientras no fuese algo nuevo; pero, a pesar de todo, podrían compararse favorablemente en diversos puntos con algunas de las razas hoy existentes en la Tierra.

Los hombres de la sexta raza fueron ya mucho más poderosos, con no poca voluntad y determinación. Pronto dominaron a los de la quinta, asimilando su civilización para llevarla mucho más adelante. Lograron subyugar todo el planeta y someterlo a un solo gobierno, aunque la inmensa mayoría de los habitantes era de la quinta raza. Su mente aventajaba a la de estos últimos y tenían algo de inventiva; pero con la tendencia a hacerlo todo por impulso y a tomar y dejar, sin ser capaces de concluir de un tirón la obra comenzada. Había en ellos algo de facultades psíquicas, aunque indisciplinadas. En efecto, la falta de reglas fue la característica permanente de esta civilización marciana. Todo iba manga por hombro, si bien

la gente no carecía de cierta habilidad.

A su vez el poder cayó en manos de los hombres de la séptima raza, no por fuerza, sino más bien por astucia y superior inteligencia. No eran tan belicosos como los de la sexta, y siempre estuvieron en inferioridad numérica, pero sabían mucho más que los de la sexta. Se aproximaban a las ideas modernas, tenían un sentimiento del bien y del mal más definido, eran menos feroces, más amantes de la ley, y vivían con arreglo a ordenanzas establecidas.

Prevalcieron tan sólo por su inteligencia y poseían en alto grado el arte de la cooperación. Su política social parece que fue algo análoga a la de las hormigas o de las abejas, y en algunos puntos aventajaban a ciertas razas de la actualidad.

En esta séptima raza marciana descubrimos por vez primera la escritura y entendían algo de arte, pues pintaban cuadros y modelaban estatuas, aunque completamente distintas de las nuestras. También fueron la primera raza que construyó buenos caminos.

Ahora llegamos a nuestra Tierra y a la presente ocupación de la oleada de vida. Creo haber explicado ya el por qué las primeras razas de nuestro presente período mundial difirieron de cuantas en otras rondas y planetas las precedieron. Durante este período nuestro planeta recapitula las condiciones de la primera, segunda y tercera rondas en beneficio de las monadas que, si bien muy rezagadas, pueden con esa ayuda alcanzar el nivel humano.

Durante la tercera raza raíz se repitió todo cuanto había sucedido en el promedio de la tercera ronda, o sea, la materialización de cuerpos físicos y la separación en sexos. Luego de cumplida esta fase y lograda una razonable continuidad de forma las autoridades encargadas de la evolución hicieron considerables esfuerzos para consolidar la humanidad y colocarla definitivamente en el camino del adelanto espiritual superior que se abre ante ella en el arco ascendente de la cadena.

La primera etapa de dichos esfuerzos fue el descenso de los siete más eminentes Señores de la Luna con objeto de disponer los vehículos para los siete grandes tipos o rayos humanos. En *La Doctrina Secreta* se nos enseña que cada uno de estos Señores se colocó en su lote respectivo y emanaron cuerpos nebulosos que ocuparon en seguida hombres de la raza inferior. Esta expresión, un tanto mística significa sencillamente, que los Siete Señores de la Luna, por un esfuerzo de voluntad, emanaron un duplicado de su cuerpo etérico; materializaron en torno suyo un cuerpo etérico semejante al suyo, lo hicieron permanente para después dejarlo abandonado.

Las otras entidades de raza inferior que acababan de llegar al plano físico, se apoderaron ansiosamente de dichos vehículos etéricos y entraron en ellos con propósito de utilizarlos;

pero, como no se les adaptaban plenamente, tuvieron dificultad para mantenerse en ellos y se escurrían de continuo. Tan pronto como sucedía esto, otra entidad se apoderaba de aquel cuerpo etérico vacante y se revestía de él como si fuera un gabán, aunque tampoco le ajustaba bien y se escurría igualmente, de manera que otra entidad reproducía el intento. Los Señores de la Luna construyeron muchos de estos dobles etéricos hasta que, poco a poco, los hombres menos desarrollados aprendieron a morar en ellos permanentemente, con lo que pudieron proseguir el curso de su materialización, y de este modo se les fue proveyendo gradualmente de cuerpos aptos para expresar los siete grandes tipos con sus consiguientes subtipos.

Los cuerpos de los hijos de estas entidades humanas no eran en absoluto iguales a los de sus padres sino que se establecieron otros tipos, y por muy deterioradas que estuviesen las formas, aun eran habitables. Tan pronto como se definieron los tipos, llegaron a posesionarse de ellos las clases especiales de monadas lunares que se habían individualizado con este fin en los globos A, B y C de la cadena lunar. Ya expliqué cómo la primera de estas clases, la de color anaranjado, rehusó habitar en aquellas formas porque las veían en condición poco satisfactoria. A causa de esta negativa, tuvieron que ocuparlas otras monadas de clase inferior, y la consecuencia fue que, en lugar de mantener el adelanto conseguido con tan gran esfuerzo las formas cayeron en una condición todavía peor, y sus atrasados poseedores llegaron al extremo de cohabitar con algunas formas animales. A esto le llama Blavatsky el pecado de los amentes, del que derivaron algunos tipos de monos antropoides.

La quinta, sexta y séptima subrazas de la tercera raza raíz tuvieron un aspecto humano mucho más marcado que sus predecesoras. La descripción que hemos hecho antes del hombre de la tercera ronda puede adaptarse bastante al hombre de la quinta subraza lemuriana. Con frecuencia se les ha llamado hombres de cabeza ovoide, por el parecido de su cráneo con un huevo cuyo vértice menor está hacia arriba. Tenían poca frente y los ojos cerca del vértice del ovoide.

Los hombres de la sexta subraza se distinguían principalmente por su tono de color. No eran negros o de moreno oscuro como la quinta subraza, sino de azul negrino, que al fin de la subraza tomó un pronunciado azulado cárdeno.

El color de la séptima subraza empezó por ser gris azulado y fue pasando por toda la gama del gris, hasta llegar al ceniza claro. Del tipo de sus facciones dan buena idea las estatuas erigidas por ellos mismos, algunas de las cuales todavía existen en la isla de Pascua. Su rostro era alargado como el del caballo, y en un principio tenían la punta de la nariz encima del centro de la cara, y al final de la raza la tuvieron exactamente en el centro de la línea trazada desde la frente hasta la barbilla. La frente todavía era un rollo óseo, si bien al término de la

subraza había crecido hasta algo más arriba. Los labios gruesos y groseros, y la nariz chata y ancha, habiendo sobrevivido estas características, aunque algo suavizadas, en los negros actuales, que son sus más cercanos representantes.

Actualmente ya no existe ninguna raza de sangre lemuriana pura, si bien los pigmeos de África central parecen ser un fragmento aislado de la cuarta subraza, cuya estatura ha ido reduciéndose en el transcurso de millones de años, de acuerdo con la extraña ley que va reduciendo la talla de una raza decadente. Muchas tribus negras tienen una mezcla considerable de sangre atlante. Así, por ejemplo, los zulúes son los parientes cercanos de la subraza tlavatlí de los atlantes, aunque el color y algo de las facciones sean lemurianos. Los hombres de esta séptima subraza fueron grandes constructores, a estilo ciclópeo basto, y también tenían una tosca idea del arte.

Durante la tercera raza raíz tuvo lugar uno de los más grandiosos acontecimientos relacionados con la evolución humana: el descenso de los Señores de la Llama del planeta Venus. Ya dijimos que Venus está mucho más adelantado en la evolución que nuestra cadena terrestre y, como consecuencia, algunos de sus adeptos son capaces de moverse libremente en el sistema solar y acudir con su ayuda donde sea necesario.

Se había realizado el esfuerzo de impulsar a los miembros rezagados de nuestra humanidad, deparando a los que la necesitaban la ocasión complementaria de evolucionar que les ofrecían las primera, segunda y tercera rondas. Una vez logrado este propósito, los Señores de Venus descendieron para estimular con su formidable impulso, la individualización del mayor número posible de las entidades más rezagadas, antes de que se “cerrasen las puertas” o sea, el período en que, en bien de la ulterior evolución, ya no se pueden admitir en el reino humano más entidades procedentes del reino animal.

Esta cohorte de Grandes Seres descendió de Venus para dirigir la evolución de la Tierra. Su jefe, llamado en los libros sagrados hindúes el Sanat Kumara, está auxiliado por tres lugartenientes y además por unos veinticinco adeptos en calidad de ayudantes.

Un centenar de hombres de la humanidad ordinaria de Venus, prohijados por los Grandes Seres, vienen con Ellos a la Tierra y se entrefunden en la humanidad terrena.

De esta hueste de Grandes Seres *La Doctrina Secreta* dice que infundieron la chispa mental en los amentes y despertaron en ellos la inteligencia. Sin embargo, esta expresión simbólica no debe inducirnos al error de creer que los Señores de la Llama infundieron una parte de Sí mismos en los cuerpos humanos. Su acción fue más bien de estímulo magnético y fulguraron sobre las gentes como el sol sobre las flores, atrayéndolos hacia lo alto y capacitándolos para

desarrollar la chispa divina latente y para individualizarse mejor.

Otro punto digno de mención es que ni uno solo de los Señores de Venus encarnó en nuestra humanidad. No tomaron, ni podían tomarlos, cuerpos humanos, sino que construyeron vehículos de aspecto parecido al de la forma humana ideal, pero con materia totalmente distinta, por cuanto el tiempo no los gasta ni los hace envejecer. Yo he visto algunos de estos maravillosos vehículos que, a pesar de tener dieciséis millones de años de existencia, todavía están como acabados de hacer. Deben ser considerados como una especie de materialización permanente, modelados por sus constructores a modo de estatuas y, sin embargo, a la vista y al tacto son lo mismo que cuerpos ordinarios de hombres vivos.

Ya sé que en *La Doctrina Secreta* Blavatsky menciona a los hijos e la mente que vinieron a este mundo con el propósito de ayudar y que encarnaron entre los hombres a los que trataban de beneficiar; pero, como Blavatsky da por igual el nombre de hijos de la mente a los Señores de la Luna y a los Señores de la Llama, resulta que se refiere a los primeros al hablar de los que encarnaron en cuerpos humanos y que, con el tiempo, pasaron a formar parte de otra raza.

Los Señores de la Llama acabaron Su obra hace muchísimo tiempo, y en su mayoría han trascendido de nosotros para emprender una nueva labor en otro lugar. Sólo se han quedado entre nosotros unos cuantos para desempeñar los cargos más elevados de la Jerarquía que actúa en beneficio de la humanidad.

A no ser por la generosa ayuda que nos prestaron estos Grandes Seres, el mundo no sería hoy lo que es. Sin Su ayuda, no sólo estarían todavía en el reino animal millones de monadas que gracias al impulso recibido de Ellos entraron en el reino humano, sino que el resto de la humanidad estaría muy por detrás de su situación actual.

La cuarta ronda, por la que ahora estamos pasando, está destinada especialmente a desarrollar en el hombre el principio kármico o del deseo. Hasta la quinta ronda el hombre no tenía que desarrollar plenamente el principio manásico o mental, esto es, el intelecto; pero, gracias al estímulo de los Señores de la Llama, ha desarrollado considerablemente su principio mental y, por lo tanto, estamos una ronda entera más adelantados de lo que estaríamos sin Su ayuda. Al mismo tiempo, conviene advertir que la inteligencia de la que tanto nos enorgullecemos, es infinitesimal comparada con la que el hombre ordinario tendrá en el punto culminante de la quinta ronda.

Entre otros proyectos encaminados a ayudar a la evolución, los Señores de la Llama trajeron de Venus algunas adiciones a nuestros reinos naturales. Importaron el trigo, como apetitosa sustancia alimenticia para la humanidad, y también trajeron las abejas y las hormigas. El trigo

tuvo por objeto modificar el reino vegetal, favorecer la fecundación de las flores y proporcionar agradable y nutritivo complemento a la alimentación humana. Se observará que las abejas y las hormigas tienen costumbres completamente diferentes de las de los animales puramente terrestres, pues una sola alma grupal anima todo un hormiguero y toda una colmena, de manera que actúa colectivamente con una sola voluntad, y sus diferentes unidades son miembros de un solo cuerpo, como las manos y los pies lo son del cuerpo humano. De las abejas y las hormigas puede decirse que, además de tener un alma grupal, también tienen un cuerpo grupal.

Nuestra evolución humana quiso imitar todas las importaciones de Venus, aunque con poco éxito. Al imitar a las abejas hemos producido las avispas, y al imitar a las hormigas, hemos producido las llamadas vulgarmente “hormigas blancas” y las pequeñas “hormigas voladoras” que apenas se distinguen de las otras. lo más parecido al trigo que hemos podido obtener es el centeno, y del cruzamiento del trigo con otras gramas terrestres salieron la avena y la cebada.

A la raza lemuriana le sucede la poderosa raza atlante, a la que todavía hoy pertenecen la mayoría de los habitantes de la tierra. Hacia el promedio de esta raza llegó el primer orden de hombres lunares en sucesivas expediciones o cargamentos, colocándose cada cual donde mejor pudiese evolucionar y servir mayormente al resto de la evolucionante humanidad, a cuya vanguardia se pusieron, desde luego.

A la gran raza atlante le sigue la maravillosa historia de los arios, la formidable civilización fundada por el insigne manú Vaivasvata. Aunque todavía está en su juventud, ya domina el mundo, pero su mayor gloria se encuentra en el porvenir. Pronto nacerá la sexta raza raíz, presidida por otro Manú más conocido de los teósofos; pero la historia anticipada de esta raza la encontrará el lector en la obra de la señora Besant, *El Hombre. ¿De dónde y cómo vino? ¿A dónde va?* que contiene al pormenor los resultados de las recientes investigaciones sobre el tema.

MODOS DE INDIVIDUALIZACIÓN

En un artículo reciente dije que una de las grandes clases de monadas contiene dos tipos que, si bien iguales en desarrollo, diferían mucho en sus intervalos entre las vidas, porque uno de ellos permanecía en el mundo celeste casi el doble de tiempo que el otro. Como sea que la cantidad de fuerza espiritual generada es poco más o menos la misma en ambos casos, se deduce que un tipo de hombres puede agotarla mucho más rápidamente que el otro. En el mismo período de tiempo, según nosotros lo computamos, disfruta de doble felicidad y, por decirlo así, actúa a mayor presión con lo cual concentra su experiencia y obtiene de ella doble provecho en un período determinado, de manera que sus setecientos años de vida celeste equivalen a los mil doscientos de un hombre del otro tipo.

La diferencia fundamental entre ambos tipos radica en la manera en que se individualizaron. En el plano nirvánico la mónada se manifiesta como espíritu trino, y cuando un ego llega a la existencia manifiesta el aspecto trino del espíritu. De los tres aspectos el espíritu en sí permanece en su propio plano; el segundo, la intuición (o la razón pura, como ha decidido llamarla la señora Besant) desciende un plano y se manifiesta por medio de la materia del plano búddhico o racional⁸; el tercero, la inteligencia, desciende otro plano más y se manifiesta mediante la materia de la parte superior del plano mental, o sea el plano causal.

La personalidad también tiene manifestación trina y es el reflejo exacto del ordenamiento del ego, pero a la inversa, como todos los reflejos. La inteligencia se refleja en la mente inferior o parte inferior del mismo plano mental; la razón pura se refleja en el cuerpo astral; y, de un modo mucho más difícil de comprender, el espíritu se refleja en el plano físico.

Es evidente que cuando un ego está formado manifiesta los tres aspectos del espíritu; pero la primera relación o enlace puede establecerse por cualquiera de los tres. Ya dejamos dicho que el animal se individualiza, generalmente, por medio de la compañía del hombre de su época. Pueden servirnos de ejemplo los casos que hoy día ocurren a nuestro alrededor y que vemos de cuando en cuando. Hay animales domésticos tan cariñosamente tratados por su dueño, que de este continuo contacto reciben estímulo para llegar al punto en que se desprendan del alma grupal a que hasta entonces pertenecían. El procedimiento está ampliamente descrito en *El*

⁸ La señora Besant ha decidido recientemente sustituir en lo posible los términos sánscritos de la literatura teosófica por sus sinónimos en el lenguaje corriente. Por lo tanto, en adelante denominaré *razón pura* a *buddhi* y *plano racional* o *de la razón pura* al *plano búddhico*.

Hombre Visible e Invisible y en *El Credo Cristiano*, de manera que no hay necesidad de repetirlo; pero en dichas obras se dejó en blanco la posibilidad de efectuar la primera relación entre el ego y su personalidad de varios modos pues puede hacerse entre la mente inferior y la superior, entre cuerpo astral y la razón pura, o entre el cuerpo físico y el espíritu.

Cuando un animal doméstico recibe un trato cariñoso cobra intenso afecto a su dueño y un vivo deseo de comprenderlo, complacerle y anticiparse a lo que intenta hacer. A veces, el dueño prodiga un pensamiento afectuoso al animal durante algunos minutos o se esfuerza en enseñarle alguna cosa y, en estos casos, pasa una acción directa e intencionada desde el cuerpo mental o astral del dueño al correspondiente vehículo del animal. Pero es relativamente rara, y la mayor parte de la obra se efectúa sin la expresa volición del hombre ni del animal, sino tan sólo por la incesante e inevitable interacción debida a la proximidad de ambas entidades. Las vibraciones astrales y mentales del hombre son mucho más intensas y complejas que las del animal, y por lo tanto, ejercen una continua presión sobre éste.

Así pues, vemos que el carácter y tipo del dueño influirá poderosamente en el destino del animal. Si el dueño es un hombre emotivo y de vivos afectos, probablemente estimulará con mayor intensidad el cuerpo astral del animal, cuyo definitivo desprendimiento del alma grupal derivará de algún repentino impulso de vivísimo afecto que alcanzará el aspecto de “razón pura” de la mónada flotante que le corresponde, determinando así la formación de un ego. Si, por el contrario, el dueño no es emotivo y las principales actividades de su temperamento son de tipo intelectual, estimulará el incipiente cuerpo mental del animal y, con toda probabilidad, la individualización tendrá lugar a causa de que el desarrollo mental llegue a un punto demasiado elevado para continuar incluido en el alma grupal. También puede pasar que el dueño del animal sea un hombre muy espiritual, o con una extraordinaria fuerza de voluntad, y que el animal desarrolle por él vivo afecto y admiración. Entonces se estimula la *voluntad* del animal, manifestada en el cuerpo físico por la intensa actividad e inquebrantable decisión de hacer cuanto pueda en servicio de su dueño.

Es difícil desechar la idea de que la distancia entre el espíritu y el cuerpo físico debe ser mucho mayor que la que hay entre el cuerpo mental y el cuerpo causal, o la de entre el cuerpo astral y el de la razón pura. Pero no es así, porque no se trata en absoluto de una cuestión de distancia en el espacio, sino de transmisión de vibraciones entre el punto de emisión y el lugar de reflexión. Admitiéndolo así, es evidente que cada reflejo debe estar directamente relacionado con su original, sea cual sea la distancia, y en un enlace más cercano con él que con cualquier objeto situado fuera de la línea recta, aunque este objeto esté más próximo en el espacio.

El deseo que tiene el animal de progresar determina una continua presión o impulso, y las características que ha desarrollado determinan el punto donde esta presión se manifiesta, y forma así el requerido lazo entre la mónada y su personalidad, estableciendo algunas características del nuevo ego, que llega con ellas a la existencia. La formación efectiva del lazo, generalmente, es instantánea cuando la provoca el afecto o la voluntad; pero es mucho más gradual cuando proviene del desarrollo mental, y esto constituye también una diferencia muy notable en el curso de la futura evolución de la entidad.

Durante las recientes investigaciones hemos descubierto que de la multitud de seres individualizados simultáneamente en determinado punto de la cadena lunar, los que lograron la individualización por desarrollo intelectual gradual, encarnaron en la tierra hace cosa de un millón de años y, desde entonces, su intervalo entre dos vidas ha venido siendo de unos mil doscientos años, mientras que los individualizados por un repentino impulso de afecto o voluntad no encarnaron hasta cuatrocientos mil años más tarde que aquellos; pero su condición en realidad es la misma, porque los intervalos entre dos vidas suelen durar para ellos unos setecientos años y su condición actual equivale a la de los otros.

Conviene tener muy en cuenta que la diferencia de intervalo no supone en absoluto que los que encarnaron posteriormente hayan de generar menos fuerza espiritual durante sus vidas terrestres. Si alguna diferencia se nota es más bien favorable a los de cortos intervalos porque, por ser generalmente más devotos, parecen capaces de generar más fuerza que los otros en igualdad de tiempo. Acaso expresaríamos mejor esta idea diciendo que, en cierto modo, generan diferente clase de fuerza y, probablemente, ambas son necesarias como complemento una de otra. La diferencia de intervalo entre las vidas significa, sencillamente, que disfrutaron con mayor concentración de su felicidad y, por lo tanto, consumen igual fuerza en mucho menos tiempo. En efecto, parece como si el período de sus respectivas encarnaciones estuviese ordenado de manera que después de pasar por el mismo número de ellas pudiesen volver a un punto de coincidencia para trabajar en mutua compañía.

Posteriores investigaciones nos han convencido de que, en cuanto a la duración de los intervalos entre las vidas, éstos son mucho más variables de lo que en un principio suponíamos. Es indudable que la energía que el hombre ha de consumir, primero en el mundo astral y luego en el celeste, es precisamente la misma que desarrolló durante su vida terrena, con más la energía que pudiera desarrollar en el transcurso de su permanencia en dichos dos mundos. Pero es evidente que esta energía no se consume siempre en la misma proporción, pues la necesidad de que encarnen juntos ciertos grupos de individuos, sea para agotar mutuas relaciones kármicas, sea para aprender a trabajar unidos por un sublime finalidad es, sin

discusión, un factor predominante en la proporción del consumo de energía.

El estudio de las vidas de Alcione demostrará que esto debe ser así, puesto que es incuestionable que cierto número de personajes actuando cada uno en su propia vida por fuerza deben generar cantidades muy diversas de energía; y sin embargo, en las sucesivas vidas de Alcione vemos intervenir repetidamente un mismo grupo de personajes, a fin de que unos y otros puedan pasar por análogas experiencias preparatorias y los lazos de afecto entre ellos sean tan fuertes que no quepa una mala inteligencia ni desconfianza cuando en el porvenir hayan de efectuar una magna labor.

Además de las mencionadas diferencias de individualización, hay otras de *grado*, correspondientes a la etapa de desarrollo en que se efectúa. La literatura teosófica explica que, a medida que un alma grupal animal va desenvolviéndose en su propio reino, se subdivide en cada vez un número menor de partes. El alma grupal de los mosquitos y de las moscas está dividida en cuatrillones de estos insectos, la de las ratas en millones, la de los conejos y gorriones en centenares de miles; pero la de los leones, tigres, leopardos, gamos, lobos y jabalíes, sólo comprenden unos cuantos miles de subdivisiones. Mientras que todavía es menor el número en los animales domésticos, como las ovejas y los bueyes.

Sin embargo, la individualización sólo es posible en siete especies de animales, una de cada tipo o modalidad, entre las cuales sabemos con certeza que se encuentran el elefante, el mono el perro y el gato, conjeturándose que la quinta es el caballo. A cada uno de estos tipos o modalidades van llegando otras tantas series de animales salvajes que todavía no se han investigado por completo, aunque sabemos que los lobos, los zorros, los chacales y otros semejantes culminan en el perro, y los leones, tigres, leopardos, jaguares y gatos monteses acaban en el gato doméstico. De dichos siete animales individualizables, suele haber unos cuantos centenares pertenecientes a cada alma grupal que se dispersan rápidamente cuando continúa el desarrollo. Los perros vagabundos de la India o de Constantinopla no son más que lobos medio domesticados y mil de ellos pueden componer una sola alma; pero en el caso del inteligente perro doméstico o del gato, una sola alma cobija a diez o doce cuerpos.

Sin embargo, la diferencia es notable según la etapa de esta vida superior animal en que ocurra la individualización, que depende de las ocasiones que se ofrecen. Incluso los mismos perros vagabundos pueden individualizarse, si bien en un tipo muy inferior de individualización. Los animales de la cadena lunar no eran los mismos que los de hoy día y, por lo tanto, no es posible establecer un paralelo exacto; pero con seguridad que el perro vagabundo sólo podrá individualizarse, a lo sumo, como un fragmento separado del alma grupal con una mónada flotante enlazada por una línea o dos de materia espiritual, al estilo de

los hombres animálicos de la Luna que ocuparon la forma en la primera ronda. Por el contrario, el perro o el gato domésticos realmente inteligentes y cariñosos, cuyos dueños los cuidan con tierna solicitud y los tratan como amigos, es seguro que al individualizarse conseguirán un cuerpo causal equivalente, por lo menos, al del primer orden de hombres lunares, mientras que varias especies intermedias de animales domésticos tendrán cuerpos causales de textura cestal, como los del segundo orden de hombres lunares.

Por consiguiente, vemos que la labor efectiva realizada para alcanzar determinado nivel es, al fin y al cabo, la misma en cantidad, aunque hay casos en que hay más en un reino y menos en otro. En el curso de nuestras investigaciones ya hemos expuesto con suficiente claridad que las entidades que alcanzan el punto culminante en un reino no entran en el inmediato por los peldaños inferiores. La vida que anima un roble un baniano o un rosal pasarán directamente al orden de los mamíferos cuando entren en el reino animal, mientras que la vida inferior del reino vegetal pasará a animar los insectos y los reptiles.

De un modo análogo, el ser que alcance en el reino animal el pináculo de la inteligencia y el afecto, trascenderá la humanidad primitiva para manifestarse como una individualidad de primer orden desde los comienzos de su carrera humana, al tiempo que aquel que salga del reino animal a un nivel inferior de desarrollo empezará por un grado inferior en la escala de la humanidad. Así se explica la observación que hizo uno de nuestros Maestros cuando, refiriéndose a la crueldad y superstición de la mayor parte del género humano, dijo: “Se individualizaron demasiado pronto. Todavía no son dignos de la forma humana.

En el plan evolutivo figuran como procedimientos normales de evolución los tres ya descritos del desarrollo del afecto, la inteligencia o la voluntad; pero, a veces, la individualidad se adquiere también por otros medios que pudiéramos llamar irregulares, pues parece difícil que formaran parte del plan original.

Por ejemplo, en los comienzos de la séptima ronda de la cadena lunar, algunos seres llegaron a punto de individualización y a ella les estimuló la compañía de los habitantes perfeccionados a los que ahora llamamos señores de la Luna; pero, en su desarrollo se presentó un desgraciado inconveniente, pues llegaron a jactarse tanto de su progreso intelectual que el orgullo fue el rasgo distintivo de su carácter, de manera que no procedían con objeto de conseguir la aprobación o el afecto de sus dueños, sino para presumir de sus adelantos ante los animales inferiores y excitar su envidia. Estos esfuerzos los condujeron a la individualización con un cuerpo causal en que casi el único color era el anaranjado.

A pesar de esto, las autoridades encargadas de presidir esa etapa de la evolución les permitieron individualizarse porque, de continuar evolucionando en el reino animal hubieran

empeorado en lugar de mejorar de condición, y por eso presenciamos el extraordinario espectáculo de una expedición o cargamento de cerca de dos millones de egos que se habían individualizado por orgullo y que, si bien de condición bastante astuta, apenas poseían ninguna otra cualidad.

Los frutos de los globos primero, segundo y tercero de la séptima ronda de la cadena lunar fueron destinados a desempeñar cierta función en el desarrollo de la humanidad terrestre. Sabemos que, en cierta etapa de la evolución de nuestro planeta descendieron siete señores de la Luna, uno de cada rayo o tipo, y que emitieron cuerpos etéricos para la modelación de la nueva raza. Las entidades que ocuparon estos vehículos se casaron y cuando sus descendientes fueron lo bastante numerosos, los directores de la evolución trajeron en tres expediciones a los egos que tenían que encarnar en los vehículos formados para establecer el tipo de la humanidad inmediata. “La tercera parte se negaron; dos terceras partes obedecieron”. Los desobedientes fueron los egos de cuerpo causal anaranjado procedentes del planeta A de la cadena lunar, que se negaron a ocupar aquellos vehículos inferiores, mientras que los egos de cuerpo causal dorado, procedentes del globo B, y los de color rosa del globo C, aceptaron las condiciones, encarnando en los vehículos y cumpliendo su destino.

La futura marcha de estos egos anaranjados demostró sobradamente por cuán repulsivo camino habían llegado, pues no sólo se negaron a tomar los cuerpos incipientes que se les había asignado, (permitiendo que los ocupasen tipos de animales muy inferiores, lo cual fue causa del pecado de los amentes), sino que su arrogancia y su insubordinación los perturbaron constantemente, a ellos y a cuantos contaminó su locura. Con el tiempo, la ley de evolución les obligó a encarnar en cuerpos mucho peores que los que en un principio se les había ofrecido; y, aunque la lección les sirvió de algo y parece que reconocieron su error, siempre los vemos invariablemente opuestos a la humanidad ordinaria con la que se entremezclaron, perturbándola de continuo con sus inoportunos arranques de amor propio. Sus incesantes colisiones con las leyes de la naturaleza, colocaron a la mayor parte de ellos en el mismo nivel que la humanidad ordinaria; pero, todavía hoy, se pueden reconocer a algunos por la recrudescencia en ocasiones de sus viejas y vituperables características, y la señora Besant dice de ellos que aún son “turbulentos, agresivos, insubordinados, separatistas, descontentadizos y ansiosos de mudanzas.”

Algunos entre los más inteligentes dejaron una huella nada despreciable en la historia humana porque llegaron a ser los famosos “Señores de la Faz Tenebrosa” de la raza atlante de los que tanto habla *La Doctrina Secreta* y, posteriormente fueron los conquistadores que devastaron el mundo sin importarles nada la muerte a sangre y fuego de millones de hombres,

con tal de satisfacer su insana ambición; o más tarde todavía, han sido los multimillonarios norteamericanos faltos de escrúpulos, a los que sus aduladores denominan los “Napoleones de las finanzas.”

El miedo es otro procedimiento anormal por el que se individualizaron los animales cruelmente tratados por el hombre, y cuya astucia, desarrollada por los violentos esfuerzos para comprender y evitar la crueldad, determinó su desprendimiento del alma grupal formando un ego de muy poca intelectualidad que, al descender a los planos inferiores se ha de revestir inevitablemente de vehículos mental y astral capaces tan sólo de expresar las más bajas pasiones, a causa de la naturaleza de sus átomos permanentes.

Una variante de este caso es el tipo de ego en quien la actitud determinada por la crueldad fue más bien de odio intenso que de temor. Esta fuerza es asimismo bastante capaz de desarrollar la inteligencia necesaria para dañar al opresor y también por este medio se adquirió la individualidad.

No es difícil imaginar qué clase de ser humano resultaría de semejante procedimiento, y así se explica la existencia de los crueles salvajes sedientos de sangre de los que oímos hablar, la de los inquisidores medievales, y la de aquellos que hoy día torturan a los niños. De ellos se puede decir, en verdad, que entraron demasiado pronto en el reino humano y que, a su manera, están expresando algunas e las pésimas características de los tipos más repulsivos de animales.

Todavía queda la variante de la entidad individualizada por un intenso deseo de dominar a los demás, como pasa a veces por ejemplo, con el cabestro de una manada de toros. El ego individualizado de esta manera suele manifestar mucha crueldad y parece complacerse en ella, acaso porque el torturar a los demás es una demostración de su poder sobre ellos.

Por el contrario, los individualizados a un nivel relativamente inferior pero por un procedimiento normal como el del afecto, nos proporcionan un tipo de salvajes también primitivos, aunque de gozoso ánimo e índole placentera que, si bien son salvajes por su género de vida, no lo son por temperamento, como pasa con algunas tribus de las islas de los mares del Sur.

Al considerar estas primeras etapas de nuestro desarrollo en la cadena lunar, parece como si el procedimiento de individualización de un ego fuese fortuito y dependiese de las “circunstancias ambientales.” Sin embargo, no creo que eso sea así porque el ambiente no es accidental ni siquiera para los animales, y el azar no puede existir en un universo perfectamente ordenado. No me sorprendería que ulteriores investigaciones revelaran que el

procedimiento de individualización estuviere determinado de antemano para la mónada, o por la misma mónada, con objeto de prepararla para la parte de la gran obra que tendrá que llevar a cabo en el porvenir. Tiempo vendrá en que todos seamos parte constituyente del Hombre Celeste, no como un mito o un símbolo poético, sino como un hecho vívido y efectivo, que hemos visto nosotros mismos. El cuerpo celestial tiene varios miembros, cada uno con su propia función, y las células vivas que lo han de formar necesitan de antemano amplias experiencias. Pudiera ser que desde los albores de la evolución ya se hubiera escogido la parte que cada mónada tendrá que desempeñar, y que su libertad de acción se limitara principalmente a la velocidad de su marcha por la línea evolutiva. En todo caso, nuestro deber sin duda, es adelantar tan rápidamente como podamos procurando siempre discernir el propósito divino y vivir tan sólo para cumplirlo, esforzándonos de continuo para cooperar al progreso del gran plan del Logos mediante la ayuda que prestemos al prójimo.

LOS SIETE TIPOS

Los siete grandes tipos o rayos no corresponden a los planos, porque todos los tipos están en todos los planos. Los planos se pueden simbolizar en sentido horizontal, como suelen representarse en los diagramas teosóficos, y si después trazamos siete columnas verticales que crucen en ángulo recto los siete planos, tendremos simbolizados los tipos en dichas siete columnas. Así quedará dividido el diagrama en cuarenta y nueve cuadrados, cada uno de ellos con cuarenta y nueve subdivisiones obtenidas de la misma manera, porque cada plano tiene siete subplanos y cada tipo siete subtipos resultantes de la influencia en él de los otros seis tipos⁹.

Hay siete grandes tipos de hombres procedentes de los siete Logos planetarios. Cada hombre pertenece a uno de estos tipos, pero también tenemos todos un subrayo de uno de los otros seis tipos.

Si un hombre pertenece al tipo azul o devocional, y tiene por subtipo el subrayo de la sabiduría, será sabio en su devoción; pero si el subrayo es también devocional, será ciegamente devoto, sin discernimiento, y por lo tanto incapaz de ver tacha alguna en el objeto de su adoración.

Aunque, según hemos dicho, cada uno de nosotros procede de uno u otro de los siete Logos planetarios, de esto no se deduce en absoluto que al fin de nuestra evolución regresemos al mismo Logos, porque cada raza raíz ha de producir como fruto y resultado lo que los libros sagrados llaman el Hombre Celeste, o sea, una poderosa Entidad que incluya en sí todos los miembros de la raza raíz que hayan merecido esta inclusión, de la misma manera que nuestro cuerpo físico incluye millones de células. Es cierto que todos nosotros hemos encarnado en otras razas raíces, pero, en definitiva, pertenecemos a la raza madre en la que alcancemos finalmente el adeptado, y formaremos parte integrante del Hombre Celeste correspondiente a esa raza.

Cada raza raíz está guiada por un Manú y un Bodhisattva que son, respectivamente, el cerebro y el corazón del Hombre Celeste de la raza. Los que actuamos en la Sociedad Teosófica seguimos en su mayor parte uno u otro de estos dos caminos, y así nos encontraremos agrupados en torno de uno o de otro de dichos centros en aquel glorioso

⁹ En el tomo VI de *La Doctrina Secreta* de la segunda edición española, puede verse un diagrama que explica claramente estas divisiones.

porvenir. Pero en el Hombre Celeste, como en el hombre terrestre hay siete centros, representado cada uno de ellos por un Maestro de la Jerarquía Oculta. Habrá hombres atraídos hacia uno de estos centros y otros hacia otro, por lo que todas las aptitudes y todos los tipos tienen plena posibilidad de desenvolvimiento.

Los Hombres Celestes así formados son los verdaderos moradores del sistema solar, los hijos de la mente de los Logos planetarios destinados, a su vez, a ser Logos planetarios en el futuro, y nosotros seremos partes vivas y conscientes de ellos, sin menoscabo de nuestro libre albedrío y de la mayor actividad posible. Nuestra actual capacidad mental no puede comprender todo esto y, sin embargo, es verdad. Haremos bien en alcanzar el nivel en que podamos colaborar con los insignes Maestros que guían nuestra Sociedad. Si hoy esa empresa es demasiado elevada para nosotros, en el futuro ya se nos depararán ocasiones que se extiendan a los lejos en interminables perspectivas. Sin embargo, los fervientes estudiantes de nuestra Sociedad tienen hoy mismo una gloriosa ocasión que harán bien en aprovechar cumplidamente, porque si la desperdician, ¿quién sabe cuántas vidas de penosa labor les costará tener otra? Pronto el Maestro de ángeles y de hombres aparecerá una vez más en la tierra. Somos afortunados de que se nos permita contribuir, aunque sea en una mínima parte, a preparar el camino de su llegada. Más afortunados todavía los que vean su rostro cara a cara y tengan el privilegio de trabajar con El en el servicio de la humanidad cuando amanezca el día del Señor.

NOTAS SUELTAS SOBRE LAS RAZAS

LA RAZA IRLANDESA

Los irlandeses no son del tronco atlante, sino que pertenecen a la cuarta subraza de la quinta raza raíz. Es cierto que Irlanda formó parte del continente atlante y que sus primeros moradores fueron ramoahles, de la primera subraza de la cuarta raza raíz; pero ya no queda ni rastro de estos aborígenes que fueron gente de piel cetrina y baja estatura, parecidos al tipo de los lapones de hoy día. Tampoco subsisten en Irlanda huellas suficientes para comprobar la invasión llegada de África al mando de una reina etíope, aunque sí hay algunos indicios de la invasión siguiente a la de los etíopes realizada por los firbolgos, gente de rostro peludo que, según parece, llegaron de Islandia y pertenecían al mismo tronco que los ainos del Japón. La mayoría de irlandeses (sin contar los escoceses inmigrantes que forman la población del Ulster) descienden de dos razas: la tuatha danámica y la milesiana. La primera pertenecía al tronco caucásico y era idéntica a los griegos primitivos. Llegaron a Irlanda en viaje de circunvalación por el norte de Europa, pasando sucesivamente a través de Rusia y bordeando Suecia y Noruega, al estilo de las lentas y colectivas emigraciones de aquellos tiempos primitivos. Eran gente de hermoso aspecto, rostro ovalado, piel blanca, cabello negro y ojos muy azules o casi violados. Algunos tenían el cabello más claro y los ojos grises; pero el tipo indicado era el más corriente y, muy a menudo, puede verse exactamente reproducido entre los actuales campesinos irlandeses.

Los tuathas danámicos no sólo eran físicamente hermosos, sino que en orden intelectual y espiritual aventajaban de mucho a la entremezclada raza que encontraron en Irlanda, hasta el punto de que éstos les consideraban de linaje celeste, e incluso hoy la tradición los tiene por una raza de dioses que gobernaron Irlanda durante una edad de oro, lo cual no es tan legendario como suponen los historiadores. Indudablemente, Irlanda fue la sede de una civilización muy avanzada y un centro de filosofía y enseñanzas mientras la vecina isla de Inglaterra estaba cubierta de espesas selvas y poblada por salvajes desnudos que se pintaban de azul.

Los tuathas danámicos reinaron en Irlanda durante muchos siglos de gloria y poderío; pero su civilización, como tantas otras, decayó con el tiempo hasta rendirse a la invasión de los milesios procedentes de España, que eran una raza muy inferior a la tuatha en cultura, espiritualidad y desarrollo en general, pero con la ruda fuerza física de la juventud y muchos

conocimientos de magia negra. Tenían la cabeza alargada, semblante rudo y en algunos repulsivo, y el cabello de color rojo encendido. Este tipo puede verse todavía en su pureza original entre los campesinos del sur de Irlanda. Aunque muy inferiores a los tuathas, los milesios también eran una variedad de aquella misma cuarta subraza de los arios, y como los tipos tuatha y milesio son los principales componentes étnicos del pueblo irlandés, hoy lo clasificamos en la cuarta subraza de la quinta raza, o sea la subraza celta, de la que son parientes cercanos los montañeses de Escocia, los galeses y los bretones.

Actualmente, por desgracia, Irlanda, en su nativa Erin, está sumida en la pobreza y en el atraso, atribuido por los naturales del país a la opresión de los conquistadores ingleses. Esta “opresión”, que es verdadera y no imaginaria, proviene de la diferencia radical entre las dos razas, de la que resulta su mutua incompreensión. El realista anglosajón no puede comprender el punto de mira del irlandés imaginativo y poético, cuyos motivos son siempre un libro sellado para aquel. La mayoría de los campesinos ingleses viven casi enteramente en el plano físico y su pensamiento, por lo tanto, se dirige en sentidos que se relacionan con sus intereses y experiencias cotidianos. La mayor parte de los labriegos irlandeses del sur y del oeste viven con frecuencia en el plano astral y no atienden gran cosa a las condiciones físicas, mientras se encuentran envueltos en su acostumbrado ambiente astral. Sus pensamientos se alejan usualmente del tráfigo diario y se posan en las leyendas del pasado o en las historias de santos, ángeles y hadas.

Recuerdo la dolorosa sorpresa de un propietario inglés al ver que los operarios de su hacienda se negaban a trasladarse a las bonitas viviendas de ladrillo que, provistas de toda clase de comodidades, les había hecho construir en atención al estado ruinoso de las incómodas chozas en las que vivían. Por fin, logró persuadirles a que lo hicieran, pero al cabo de un par de días todos se reintegraron a sus antiguas viviendas de suelo desnudo y techumbre agujereada, confesando que no había otro lugar como el viejo hogar, pese a todas sus incomodidades. lo cierto es que aquellos labriegos pensaban tan poco en las cosas físicas, que apenas notaban los inconvenientes de sus chozas que no influían para nada en la balanza contra el traslado a la nueva casa, donde echaban de menos las radiaciones astrales de las viejas paredes a las que estaban acostumbrados desde su niñez. Pero, el propietario inglés no sabía nada de vibraciones astrales y sólo se asombraba de la, para él, estúpida obstinación de la gente que preferían sus chozas miserables y sucias a las nuevas y limpias casitas campesinas.

La embriaguez, tan tristemente habitual entre los labriegos irlandeses debe atribuirse en gran parte a la misma causa, porque no apetece la sensación física, sino la astral que consiguen

por medio el alcohol. El irlandés vulgar acaso podrá beber más que su homólogo inglés, pero los pensamientos de aquel son, en general, mucho más puros y elevados. Para el irlandés todas las mujeres son sagradas a causa de la Virgen Madre, a la que reza en sus oraciones, y las estadísticas demuestran que los crímenes contra el sexo débil son mucho más raros en Erin que en Albión. El inglés procura ser exacto en lo que dice, pero el irlandés pospone la exactitud a la cortesía y la complacencia. En resumen, irlandeses e ingleses pertenecen a dos subrazas diferentes que evolucionan en distinta dirección y únicamente los individuos más discretos y magnánimos de cada una de ellas puede comprender el carácter y disimular las genialidades de los de la otra.

Es muy probable que a la pobreza y al atraso de Irlanda hayan contribuido diversas causas combinadas. Sin evocar ninguna de las enojosas causas sobre las cuales contienden los partidos políticos, el ocultista puede examinar con interés, al menos, una causa no sospechada por aquellos que discuten la cuestión en este prosaico siglo veinte, y que es la consecuencia de una maldición pronunciada contra la raza (o mejor diríamos un hechizo que pesa sobre ella) hace más de dos mil años, en tiempos de la conquista milesia. Los que hayan estudiado la historia de Irlanda recordarán cuán persistentemente se afirma que los milesios invasores sometieron a vasallaje a la raza de todo punto superior a la que habían vencido, porque la alucinaron con el espejismo de una gran ilusión. Esta leyenda tiene un fundamento cierto. Los sacerdotes de la religión milesia estaban muy versados en ciertas clases de magia, y al conquistar el país lo llenaron de potentes focos magnéticos, en trechos de unos cuantos kilómetros, hasta formar una red que cubrió toda la parte meridional y occidental de la isla, de modo que todavía hoy, al cabo de dos mil años, irradia de ellos enérgica influencia.

Todavía quedan numerosas huestes de espíritus de la naturaleza de cierta índole que se sienten irresistiblemente atraídos hacia estos centros, a cuyo alrededor triscan, se empapan de su influencia e inconscientemente se convierten en sus mensajeros y la difunden por dondequiera que van.

El hechizo que los sacerdotes milesios lanzaron sobre los habitantes del país tuvo como doble finalidad desunirlos y aletargarlos, de manera que nunca pudieran obrar concertadamente y solidariamente, sino que anduvieron siempre en discordias intestinas y quedaran apáticamente sometidos al dominio del que manejara o heredara el poder magnético. Si algún gobernante inglés hubiese conocido suficientemente la magia para comprender y utilizar esta herencia de los sacerdotes milesios, la historia de Irlanda hubiera sido otra. Como sea que el anglosajón es, por lo general, un zafio y supino ignorante y un incrédulo acerca del aspecto mágico de la naturaleza, sucedió que, consciente o inconscientemente, la iglesia

romana ha heredado lo que todavía queda del antiguo hechizo y lo aprovecha para dominar sin discusión en todos los distritos en donde hace siglos los sacerdotes de una antigua fe establecieron centros magnéticos.

LA RAZA HISPANICA

La cuestión del karma de raza es muy difícil y no creo que dispongamos todavía de suficientes elementos de juicio para tratarla claramente. Pero, con todo, no cabe duda de que donde sea que vemos una raza en condiciones anormales, podemos deducir que el Manú encargado de aquel fragmento de evolución tiene bajo su mano un número de egos cuyo progreso necesitan de dichas condiciones. Evidentemente, la ley de causa y efecto debe regir lo mismo en los asuntos nacionales que en los individuales, aunque la acción de la ley se complica por la circunstancia de que cuando se deja sentir el efecto, los egos que componen la raza generalmente no son los mismos que la formaban al establecerse la causa.

Por ejemplo, no sería aventurado suponer que la ignominiosa pérdida del imperio colonial de España tenga una clara relación kármica con la terrible crueldad y rapiña de los conquistadores de México y Perú; pero suponemos también que los españoles perjudicados cuando la independencia de esos países, en general, no serían reencarnaciones de los que cometieron tan tremendo estrago bajo Cortés y Pizarro. Sin embargo, es muy probable que algunos de ellos lo fueran; porque sabemos que la gente de clase baja reencarna mucho más pronto que los de clase alta, y por lo general, han de encarnar varias veces en la misma subraza antes de que terminen de aprender todas las lecciones.

LA RAZA JUDIA

Las condiciones peculiares de la raza judía se deben, ante todo, a que en esta etapa particular el Manú las necesita para la educación que conviene a algunos de los egos puestos a su cuidado. Tan sólo nos cabe exponer conjeturas respecto del karma de raza del que derivaron dichas condiciones. Acaso se expliquen por el hecho de que la raza judía descende de los semitas atlantes conducidos a la Arabia, aislados de sus compañeros, por el Manú de la quinta raza raíz cuando efectuaba su primera selección. Este primer intento no fue totalmente afortunado y entonces, en la región de Gobi, se hizo otra selección de la cual provino la primera subraza de la nueva raza raíz. Al necesitar una segunda subraza, el Manú envió emisarios a los descendientes de los aislados en Arabia, con el propósito de mezclar su sangre con la de la nueva raza raíz; pero les envaneció tanto la idea (previamente sugerida por el

Manú) de que eran un pueblo escogido entre todos, separado de las demás razas del mundo, con prohibición de tomar mujeres extranjeras, que después claudicaron de sus principios alegando las propias enseñanzas del Manú, que tuvo que buscar en otra parte los elementos que necesitaba.

La subraza especial de la cual desciende directamente el pueblo judío emigró a través de Arabia a la costa de Somalia, con el fin de huir de aquellos de su raza que seguían las nuevas enseñanzas del Manú. Después, el grupo de disidentes se disgregó todavía más, y parte de ellos, los antepasados de los judíos actuales, siguieron su camino por las costas del golfo de Aden y del Mar Rojo, hasta internarse en Egipto. El Faraón reinante los recibió hospitalariamente y les asignó como morada una faja de tierra donde se establecieron durante algunos siglos; pero, como sea que un Faraón posterior tratara de imponerles tributos a lo que ellos se negaron, y los obligaba a trabajar sin remuneración en determinada tarea como hacían los demás vasallos, protestaron contra las pretensiones del monarca egipcio y prosiguieron su emigración a través del desierto de Sinaí para establecerse al sur de Siria, de donde tras una duras luchas expulsaron a otras tribus latrofaciosas, de sangre muy parecida a la suya.

El karma de aquella repudiación ha dejado desde entonces a los judíos separados de los demás pueblos, y la mayor parte de los egos reencarnan repetidamente en la raza judía, en vez de pasar a otras razas como es norma general. En concreto, no puedo afirmar si el trato que recibieron los judíos por parte de las otras razas ha contribuido a esta diferencia; pero esto, en parte, también puede venir de la tradición subsistente entre ellos de que el Manú los había escogido, y por eso tienen un sentimiento algo parecido al de los brahmanes, o sea el de que son superiores al resto del mundo, aunque las demás naciones no apreciaron la actitud que habían adoptado por efecto de esta creencia.

Los judíos, en su origen, fueron una tribu parecida a la de los beduinos de Arabia y, por lo general, vivían del latrocinio. Su divinidad era manifiestamente un peculiar dios de tribu que peleaba contra los dioses de las naciones extranjeras y se vanagloriaba sin cesar de ser superior a ellos, aunque recordaremos que, en cierta ocasión, no fue capaz de vencer a otros pueblos, según se desprende del texto bíblico que dice: “Y fue Jehová con Judá, y echó a los de las montañas; mas no pudo echar a los que habitaban en los llanos, los cuales tenían carros acorazados.” (Jueces 1:19). Al igual que todas las divinidades mentales que adoran generalmente las tribus, la de los hebreos exigía de continuo sacrificios cruentos y, a fin de recibirlos plenamente, era celosa en extremo para que ninguno de sus adoradores la abandonara y sacrificase en aras de otras divinidades. La exigencia de sacrificios cruentos por parte de cualquier divinidad, proporciona una norma invariable de criterio respecto de su

índole, pues ninguna entidad digna en lo más mínimo de respeto o adoración es capaz de tan abominable exigencia. La historia de Israel nos demuestra que su dios solía sugerir ruines y deshonorosos planes, lo cual es frecuente en las divinidades de tribu y de todo punto imposible para una entidad elevada.

Lo mejor que pudo sucederle a este turbulento pueblo fue el llevárselo en gran parte cautivo a Babilonia, porque entonces se relacionaron por primera vez con una raza superiormente civilizada, y también por vez primera, oyeron hablar de un Dios de quien todas las cosas son parte. En consecuencia, trataron de identificar con este Ser supremo su divinidad de tribu y con ello crearon mucha confusión. Al regresar del cautiverio rehicieron sus libros sagrados, sin otro documento que la memoria de los ancianos y añadieron una mezcla de conceptos elevados sobre el Dios supremo.

El fundador del cristianismo se posesionó de un cuerpo judío, ya la misma raza pertenecieron los primeros instructores religiosos, de modo que, desgraciadamente, incorporaron al cristianismo el concepto adulterado de un dios henchido de atributos irreconciliables pues, al mismo tiempo que celoso, cruel y vengativo, era omnisciente, omnipresente y misericordioso. Incluso hoy día la iglesia cristiana mantiene la observancia de los ridículos mandamientos judíos y los lee en las funciones solemnes del culto, mientras que, por otra parte, le llama en el Credo “Dios de Dios, Luz de Luz, verdadero Dios del Dios verdadero”. Si los cristianos hubiesen desechado los primitivos conceptos judaicos y, con respecto a Dios, se atuvieran a las enseñanzas de su fundador, que siempre le llamaba Padre en el cielo, con seguridad que la Iglesia se evitaría muchas perturbaciones.

LOS ATLANTES

Los atlantes, en cuanto a raza, carecían del sentido de lo abstracto y eran incapaces de generalizar. Así, desconocían la tabla de multiplicar, y la aritmética era para ellos un sistema de magia, de manera que el niño tenía que aprender reglas complicadas sin explicarle jamás su fundamento. Por ejemplo, se le enseñaba que colocando un 8 debajo de otro 8, en el orden particular de magia en que nosotros los adicionamos para sumar, tenía que anotar 6 como resultado y anteponer ella la izquierda. Si la operación mágica era restar, el niño ponía un cero; si para dividir, debía aparecer un 1; y en la multiplicación, un 4 con un 6 antepuesto a la izquierda. Pero nunca sabía que $8 + 8 = 16$ o que $8 \times 8 = 64$.

El niño tenía que aprender análogo haz de complicadas reglas para recordar todas las combinaciones posibles de los números naturales, o sea del 1 al 10. Aprendía de memoria los

cuatro tipos o series de magia matemática como si fueran cuatro conjugaciones de verbo. Sin embargo, en la mayor parte de sus cálculos, se ayudaban con un ábaco o tablero contador parecido al que hoy utilizan los chinos y japoneses, por medio del cual se pueden efectuar complicados cálculos, incluso extraer la raíz cuadrada de cualquier número.

Los atlantes eran muy diestros en relacionar los hechos. Tenían una memoria prodigiosa e inventaron muchas máquinas de complicado mecanismo, cuyo funcionamiento nos parecería hoy muy chapucero. Observamos otro rasgo curioso de su estrechez de miras en materia de religión, que los egipcios heredaron de ellos. Descubrieron y observaron la mayor parte de tipos de esencia elemental y de espíritus de la naturaleza y a todos les dieron nombre, inventando formas especiales de encantamiento para cada uno de ellos con objeto de subyugarlos, y continuaron con el complicado estudio de la cuestión hasta llegar a la consecuencia de que, si a determinado elemental se le aplicaba otro encantamiento o hechizo que no fuese el apropiado, se convertiría en destructivo. Sin embargo, nunca se dieron cuenta de que la virtud de los hechizos y de las fórmulas mágicas sólo radicaba en la voluntad humana, cuyo decidido ejercicio hubiera sido igualmente eficaz en toda circunstancia sin necesidad de hechicero ni fórmula alguna. *El Libro de los Muertos* contiene gran número de estos encantamientos o hechizos, pero en la tumba del difunto sólo se colocaba el fragmento que se creía más adecuado a su persona.

La subraza turania de los atlantes hizo una serie de tentativas para establecer lo que ahora llamamos democracia, hasta extremos mucho más amplios y radicales que los difundidos hoy día por sus más vehementes propagandistas. Las consecuencias fueron completamente desastrosas, porque la raza se hundió en una caótica anarquía; y China mantuvo durante siglos las huellas de la violenta reacción aristocrática que siguió a la ruina de la democracia. Los turanianos tenían tan vigorosas pasiones animálicas que no eran, ni de mucho un pueblo simpático.

MARTE Y SUS HABITANTES

El actual estado del planeta Marte no es en absoluto desagradable. Es más pequeño que la Tierra y más avanzado en edad. Esto no significa que tenga más años, porque los mundos de la cadena no llegaron simultáneamente a la existencia, pero sí en el transcurso de un mismo período de tiempo. Aunque es más pequeño que la Tierra vive más rápidamente en cuanto a planeta. Salió mucho antes del estado nebuloso y fue pasando por sus otras etapas con análoga celeridad. Cuando la humanidad lo ocupó en la tercera ronda, sus condiciones entonces ya eran parecidas a las actuales de nuestra Tierra, o sea que había mucha más agua que tierra en

su superficie. Ahora ya es relativamente más viejo y la superficie líquida es mucho menor que la sólida. Vastas áreas están hoy desiertas y las cubre una arena de color anaranjado vivo que determina el matiz rojizo característico del planeta. Como el de muchos desiertos terrestres, el suelo de los de Marte sería fértil con un buen sistema de riego, y sin duda lo hubiera sido de continuar morando allí hasta ahora la humanidad.

Los habitantes actuales pertenecen a la ronda interna, y por ser pocos en número disponen de sitio sobrado para vivir sin mucho esfuerzo en las regiones ecuatoriales, donde la temperatura es más alta y no existen dificultades para el abastecimiento de agua. La gran red de canales observada por los astrónomos de la tierra la construyeron los hombres lunares de segundo orden la última vez que ocuparon el planeta, con objeto de aprovechar la fusión anual de los enormes témpanos de hielo de las regiones polares. Se ha observado que algunos canales son dobles, aunque el doble trazado sólo aparece de cuando en cuando, porque fue el proyecto primitivo de los ingenieros marcianos, a causa de que como sea que el suelo está al mismo nivel y en excepcionales circunstancias eran posibles las inundaciones, creyeron conveniente construir un segundo canal para recibir el exceso de agua y conducirlo sin peligro. Los canales en sí no son visibles con los telescopios terrestres. lo que se ve es el cinturón de verdor que aparece en un trecho del suelo, a una y otra margen del canal cuando fluyen las aguas. Así como Egipto existe gracias al Nilo, así vastas regiones de Marte subsisten tan sólo gracias a los canales. De cada margen irradian, de trecho en trecho, acequias que se internan muchos kilómetros en el suelo ribereño y se subdividen después en multitud de atarjeas que riegan una superficie de cien kilómetros de ancho, en donde hay bosques y campos de cultivo con una vegetación exuberante, cuya mancha forma un oscuro anillo visible desde la Tierra, a pesar de la lejanía cuando el planeta se halla en las condiciones más favorables de observación.

Marte está mucho más lejos que nosotros del centro del sistema y, por consiguiente, el disco solar es para sus habitantes apenas más de la mitad que para nosotros. Sin embargo, el clima de las regiones habitables es muy benigno, pues la temperatura ambiental durante el día en el ecuador es, por lo general, de 20° C. aunque hay escarcha casi todas las noches del año. Las nubes apenas se conocen y el cielo está despejado la mayor parte de los días, sin casi lluvias ni nevadas. El día marciano es unos cuantos minutos más largo que el terrestre, con una ligera variación en las estaciones; pero el año es cerca de dos veces más largo que el nuestro.

El aspecto físico de los marcianos no difiere gran cosa del nuestro, excepto que son mucho más bajos. Los hombres más altos no pasan de 1,54m de altura y la talla corriente oscila entre 1,45m y 1,50m. En cambio, según nuestra concepción de la estética, son proporcionalmente

más anchos y tienen el tórax muy desarrollado, a causa tal vez del enrarecimiento del aire que los obliga a respirar profundamente para oxigenar bien la sangre. Toda la población civilizada de Marte pertenece a una sola raza, sin diferencias fisonómicas ni de complejión, excepto que, como entre nosotros, los hay rubios y morenos, y algunos tienen pelo negro y piel amarillenta; pero en la mayoría, el pelo es amarillo y los ojos azules o violados, pareciéndose algún tanto a los noruegos. La mayor parte llevan trajes de colores brillantes sin distinción de sexo en la indumentaria, pues hombres y mujeres visten una especie de túnica, casi sin hechura de tejido flexible, que en los hombres llega hasta los pies. Generalmente caminan descalzos, aunque a veces usan una especie de sandalias o zapatillas metálicas con una correhuela alrededor del tobillo.

Son aficionados a las flores que cultivan en copiosa variedad, y sus poblaciones están edificadas según los modelos de ciudad-jardín, con casas de un solo piso, provistas generalmente de un patio interior, de manera que cada una ocupa mucho terreno. Por su aspecto exterior se diría que estas casas están construidas con cristales de colores y, verdaderamente, el material utilizado es transparente, pero con estrías tales que desde el interior de la casa se disfruta sin estorbo de la vista del jardín, y nadie puede atisbar desde fuera lo que ocurre en la casa.

No las construyen con sillares ni ladrillos, sino con moldes en que se echa el material derretido. Así es que para edificar una casa primero hacen un molde de metal revestido de cemento y después funden la extraña materia vítrea que echan en el molde. Una vez fría y endurecida, la retiran del molde y arman las piezas fundidas en el lugar de la edificación, sin más labor complementaria que el pulimento de la superficie. Las puertas no son igual que las nuestras, pues no tienen bisagras ni tornillos y se abren y cierran pisando ciertos puntos del suelo, tanto por la parte de dentro como por la de fuera, de modo que no giran sobre goznes, sino que se deslizan dentro de un hueco a uno y otro lado de la pared. Las puertas, como los muebles y todo el ajuar doméstico, son de metal, pues la madera apenas se utiliza.

En todo el planeta no se habla más que un idioma, excepto algunas tribus salvajes, y este idioma no se ha formado por una lenta elaboración, como los nuestros, sino que se creó a propósito para ahorrar tiempo y molestias, simplificándose todo lo posible, sin que haya ninguna irregularidad. Los marcianos tienen dos métodos para anotar gráficamente sus ideas. Uno de ellos es hablar dentro de una cajita mediante una boquilla lateral, por el estilo de nuestro teléfono. Las palabras quedan grabadas sobre una plaquita metálica en complejos signos que traza el mecanismo del aparato en caracteres carmesíes y, una vez acabada la comunicación, la plaquita cae y todos cuantos conozcan el procedimiento pueden leer

fácilmente lo que hay escrito en ella. El otro método consiste en la escritura manual taquigráfica, tan veloz como la palabra y, por lo tanto, muy complicada y de difícil aprendizaje. En esta escritura están impresos todos los libros en forma de rollos de metal muy delgado y flexible. Los caracteres impresos son sumamente diminutos, por lo que han de leerse por medio de una lupa convenientemente fijada en un soporte provisto de un mecanismo que va desenvolviendo el rollo de metal ante la lupa, a la velocidad deseada por el lector, que puede leer sin necesidad de tocar el libro para nada.

Por todas partes se descubren en Marte signos de una civilización muy antigua, porque los habitantes han conservado la tradición de todo cuanto se conocía en la época en que la gran oleada de vida de la humanidad ocupó el planeta, y han añadido a ello muchos otros descubrimientos. La electricidad es la única fuerza motriz y el empleo de toda clase de máquinas agrícolas está generalizado.

La gente, en su mayor parte, es perezosa, sobre todo una vez pasada la adolescencia; pero como la población es poco numerosa, pueden vivir con mucho desahogo. Han amaestrado diversas clases de animales domésticos, hasta el extremo que obtienen de ellos una cooperación inteligente no conocida todavía en la Tierra, pues les sirven de criados y de labriegos sin necesidad de vigilarlos ni dirigirlos muy cuidadosamente.

Todo el planeta está regido por una monarquía autócrata y electiva. La poligamia es lícita y, desde muy temprana edad, los hijos pasan a cargo del Estado para su crianza y educación, por lo que, en la mayoría de las personas, no hay tradiciones de familia y nadie sabe quiénes fueron sus padres. No hay ley alguna que obligue a esta subrogación de la familia por el Estado; pero la mayoría consideran la renuncia de sus derechos naturales tan justa y conveniente para sus hijos que, si algunos padres prefieren criarlos y educarlos en el hogar doméstico, tildan este proceder de egoísta y perjudicial para el porvenir de los hijos, a los que dicen que les profesan un cariño puramente animal.

El estado, con semejante sistema, es el tutor común y maestro de la infancia, y las autoridades escolares de cada distrito están encargadas de orientar la profesión de los alumnos según las aptitudes que manifiestan y de las que depende su destino en la vida aunque, al llegar a la edad conveniente, se puede escoger entre un grupo de profesiones distinto para cada tipo mental. Sin embargo, a los niños que demuestran aptitudes y capacidades talentosas excepcionales, se les aísla de los demás para educarlos de modo que luego pertenezcan a la clase gobernante.

El monarca tiene a su obediencia los que podríamos llamar virreyes de vastos distritos que, a su vez, disponen de gobernadores de comarcas y así, sucesivamente, va delegándose la

autoridad en funcionarios subalternos, hasta llegar al equivalente a nuestros alcaldes rurales. Todos estos funcionarios son de libre elección del rey entre la clase o grupo formado por los que en su infancia fueron seleccionados para recibir la educación apropiada. Cuando el rey sabe que se acerca su muerte, elige al sucesor de entre dicho grupo, o bien designa a uno de los funcionarios ya en ejercicio.

La medicina ha llegado en Marte a tal punto de perfección que no existen las enfermedades, e incluso han desaparecido los síntomas y señales de vejez, de manera que nadie parece viejo ni se tiene por tal, sino que, después de una vida algo más larga que la nuestra, el deseo de vivir va decayendo, hasta que el individuo muere en edad centenaria. Es costumbre que cuando una persona pierde su interés por la vida y presiente la muerte, acuda a un departamento científico, análogo a nuestros gabinetes quirúrgicos, y solicite que se le prive sin dolor de la existencia. Siempre se accede a esta demanda.

Todas las autoridades gubernamentales son autocríticas dentro de su propia jurisdicción; pero el individuo tiene el derecho de recurrir a la autoridad superior, aunque raras veces se ejerza este derecho porque la gente, por lo general, prefieren una avenencia razonable a las molestias de un recurso de alzada. La mayoría de las autoridades cumplen escrupulosamente sus deberes; pero también parece que este rigor de sí mismos no proviene tanto de un profundo sentimiento del derecho y la justicia como de los perjuicios y molestias que les ocasionaría una sentencia manifiestamente injusta.

Un rasgo muy curioso de los marcianos es que no profesan ninguna religión. No tienen iglesias, ni templos, ni adoratorios de ninguna clase, ni sacerdotes, ni autoridad eclesiástica. Su creencia general es lo que llamaríamos materialismo científico. Para ellos sólo es verdad lo que se puede demostrar científicamente, y el creer en algo sin demostración, se tilda no sólo de desatinada locura, sino de crimen peligroso para la paz pública.

La historia antigua de Marte no es muy distinta de la de la tierra, pues hubo allí persecuciones religiosas y personas tan fanáticas e intolerantes en sus creencias que no sólo las profesaban con frenética vehemencia, sino que siempre coartaban la libertad de pensamiento de los demás. La opinión pública de los marcianos está hoy resueltamente orientada en el sentido de que nunca jamás haya oportunidad de que se interpongan semejantes elementos perturbadores y que la razón concreta y la ciencia física predominen soberanamente; y aunque allí, como entre nosotros, ocurren fenómenos que la ciencia positivista no puede explicar, los marcianos prefieren no decir una palabra

sobre ellos. Sin embargo, en Marte, como en todas partes, existe cierto número de individuos que saben algo más, y desde hace algunos siglos se reúnen unos cuantos en secreta confraternidad para discutir las cuestiones que el vulgo no comprendería. Poco a poco, y con infinitas precauciones ingresan otros novicios en ese círculo encantado, y así se constituyó en el más materialista de los mundos, una sociedad secreta que no sólo cree en los planos suprafísicos, sino que conoce prácticamente su existencia, porque sus miembros se dedican al estudio directo del mesmerismo y del espiritismo, logrando adquirir algunos de ellos notable poder psíquico.

Hoy día, dicha sociedad está muy extendida en Marte y la preside un discípulo de uno de nuestros Maestros. Al cabo de tantos siglos, las autoridades todavía no tienen conocimiento de la existencia de dicha sociedad, pero lo sospechan y la temen. Ninguno de sus miembros está notoriamente reconocido como tal, aunque de muchos de ellos se tienen vehementes sospechas, y se ha observado que siempre que uno de estos individuos sospechosos sufrió en el pasado algún perjuicio o fue condenado a muerte murieron prematuramente y de manera misteriosa los sentenciadores, sin que nunca pudiera atribuirse la muerte a una acción física por parte de los individuos sospechosos. Dichos actos son, sin duda alguna, una infracción de los principios de la razón pura por la cual deben regirse todas las cosas, pero la opinión pública ha llegado a comprender que es más conveniente no entrometerse en las creencias de quienes discrepan de la mayoría, con tal que no manifiesten públicamente nada en contra de los principios de la moral establecidos por el materialismo.

Muy lejos de las agradables regiones ecuatoriales, en comarcas inhospitalarias y de bosques impenetrables, existen todavía restos de las tribus salvajes descendientes de los rezagados cuando la gran oleada humana pasó de Marte a la Tierra. Son salvajes de condición inferior a la de cualquiera de las tribus subsistentes en el exterior de nuestro planeta aunque con algún parecido a una de nuestras evoluciones interiores.

Varios miembros de la sociedad secreta han aprendido a recorrer sin mucha dificultad el espacio que separa a Marte de la Tierra, y se manifestaron diferentes veces mediumnísticamente en las sesiones espiritistas, y por métodos conocidos por ellos lograron inculcar sus ideas en las mentes de poetas y novelistas.

La reseña precedente está fundada en mis observaciones de investigación durante varias visitas a Marte; pero casi todo lo dicho puede hallarse en las obras de diversos

autores de los últimos treinta o cuarenta años, a quienes se lo sugirieron o comunicaron desde Marte, por más que en muchos casos el autor no se diese cuenta de la sugestión o comunicación.

De Mercurio, nuestra futura morada, sabemos mucho menos que de Marte, porque nuestras visitas a dicho planeta han sido apresuradas e infrecuentes. A muchos les parecerá increíble que la vida tal como la nuestra puede existir en Mercurio desde donde el sol se ve a lo menos siete veces mayor que desde la Tierra. Sin embargo, según me han informado, no calienta tan intensamente como se podría suponer, a causa de una capa de gas superpuesta a la atmósfera mercuriana que intercepta buena parte del calor. También se nos dice que la tormenta más estragadora de cuantas pueden desencadenarse en Mercurio es la que, tan sólo por un momento, altera la estabilidad de esta envoltura gaseosa. Cuando eso ocurre, se forma en ella una especie de torbellino a través de cuyo vórtice pasa un haz de rayos solares que instantáneamente mata cuanto toca, y abrasa toda materia combustible. Afortunadamente, estas tormentas son raras. Los habitantes que yo he visto son muy parecidos a nosotros, aunque también algo más pequeños.

En Marte y en Mercurio, la acción de la gravedad es menos de la mitad que en la Tierra; pero así como en Marte no pude ver nada que revelase un aprovechamiento de esta diferencia en el peso de los cuerpos, en Mercurio observé que las puertas de las casas estaban colocadas a tal altura del nivel del suelo que para llegar nosotros a ellas tendríamos que hacer no poca gimnasia, mientras que los habitantes de Mercurio sólo han de dar un corto salto. Todos poseen de nacimiento la visión etérica; y esto lo supe al observar a un niño que acechaba los movimientos de un reptil, y que al guarecerse éste en su madriguera subterránea, el niño todavía era capaz de seguir sus movimientos.

SECCIÓN XII

REENCARNACIÓN

TRES LEYES DE LA VIDA HUMANA

El ego ordinario no está todavía en disposición de escoger cuerpo por sí mismo. Tres factores determinan comúnmente el lugar de su nacimiento, o mejor diríamos que lo determina la acción combinada de tres fuerzas. Primera, la ley de evolución que obliga al ego a nacer en condiciones a propósito para desenvolver precisamente las cualidades de las que está más necesitado. Pero la acción de esta fuerza está limitada por el segundo factor o ley del karma. Puede que el ego no merezca la más favorable oportunidad posible, y así se ha de contraer a las de segundo o tercer orden. También puede ser que no merezca ninguna ocasión favorable; y, en consecuencia, su destino puede ser una vida accidentada con escaso progreso. Interviene un tercer factor: la fuerza de algún lazo de amor o de odio personal que el ego haya formado previamente, y esto puede modificar la acción de la primera y segunda fuerzas, pues a causa del profundo amor que un hombre haya profesado a otro de evolución más elevada, puede nacer en condiciones que de otro modo no hubiese merecido.

Quien haya trabajado mucho más que el hombre vulgar, quien ya esté en el sendero del adeptado, podrá influir algún tanto en la elección de su familia y cuna; pero será precisamente el primero en desechar todo deseo personal sobre este punto y entregarse con absoluta resignación en manos de la grande y eterna ley, con la confianza de que todo cuanto ello le depare será mucho mejor que la propia elección.

Los padres no pueden escoger el alma que ha de habitar el cuerpo al que dan nacimiento; pero si su conducta ofrece ocasión excelente para el progreso de un ego adelantado, es probable que nazca de ellos.

RENACIMIENTO

Nuestro sistema solar es, en su conjunto, una manifestación de su Logos y cada partícula del sistema es parte integrante de los vehículos del Logos. La totalidad de la materia física del sistema solar constituye Su cuerpo físico; la totalidad de materia astral Su cuerpo astral; la totalidad de materia mental Su cuerpo mental, etc. Por encima y más allá de Su sistema el Logos, por Sí mismo, tiene una existencia más amplia y mayor; pero esto no es en absoluto en menoscabo de la verdad de nuestra afirmación.

El Logos solar contiene en Sí siete Logos planetarios que son, como si dijéramos, sus centros de energía, los canales por donde se derrama su fuerza. Pero, al mismo tiempo, se puede decir que, en cierto modo, los siete Logos planetarios constituyen el Logos solar. La materia que según hemos dicho forma los vehículos del Logos solar también forma la de los Logos planetarios, pues no existe en ningún punto del sistema solar partícula alguna de materia que no forme parte de uno u otro de los siete. Asimismo ocurre en todos los planos. Pongamos, por ejemplo, el plano astral, cuya materia es lo bastante fluida para convenir al objeto de nuestras investigaciones y está lo suficientemente cercana al plano físico como para que no traspase los límites de nuestra comprensión mental.

Todas las partículas de la materia astral del sistema son parte del cuerpo astral del Logos solar, y también lo son del uno u otro de los Siete Logos planetarios. Recordemos que esta materia astral del sistema incluye igualmente la de nuestros cuerpos astrales, pues no tenemos ninguna partícula de por sí nuestra. En cada cuerpo astral hay partículas pertenecientes a cada uno de los siete Logos planetarios, pero sus proporciones varían infinitamente. Los cuerpos de las mónadas que en su origen dimanaron de un Logos planetario continuarán teniendo *más* partículas de este Logos que de cualquier otro y, de este modo, puede distinguirse a cuál de dichas siete grandes potestades pertenecen.

En estos siete Logos planetarios ocurren periódicamente ciertos cambios físicos correspondientes, tal vez, a la inspiración y expiración o a los latidos del corazón del hombre terrestre. Pero, de todos modos, parece que hay un número infinito de

permutaciones y combinaciones de dichos cambios. Ahora bien: puesto que nuestros cuerpos astrales están formados de la misma materia astral de los cuerpos astrales de los Logos planetarios, es evidente que ninguno de ellos puede cambiar astralmente sin afectar, en consecuencia, a los cuerpos astrales de todos los hombres del mundo, aunque más intensamente a los que posean mayor cantidad de materia astral del Logos respectivo; y si recordamos que esto mismo que pasa en el plano astral, puesto como ejemplo, ocurre en los otros planos, tendremos una idea de cuán importantes son para nosotros los cambios de dichos *Espíritus planetarios*.

Blavatsky cita cierto orden de seres superiores a los que llama Lipikas o Señores del Karma. Se nos dice que sus agentes en la administración del karma son los cuatro (en realidad siete) principales gobernadores llamados Devarâjas o Regentes de la Tierra. Cada uno de ellos acaudilla un grupo numeroso de devas y espíritus de la naturaleza y también de esencia elemental. De nuevo, para mejor explicación, nos limitaremos al plano astral; pero sin olvidar que lo mismo ocurre en todos los planos. En conjunto, la materia astral está bajo el gobierno de un Devarâja, aunque el segundo subplano de todos los planos se halla también, en cierto modo, sujeto a su dirección porque cada segundo subplano (contando de abajo a arriba) tiene la misma relación con su plano respectivo que el plano astral con el conjunto de los siete planos. Por lo tanto, cada subplano recibe la influencia de su gobernador peculiar, y la subinfluencia del director del subplano.

Ahora bien: nuestros cuerpos astrales se forman de la materia astral cuyas partículas pertenecen todas al vehículo astral de uno u otro de los Logos planetarios y, al propio tiempo, dicha materia está bajo la influencia predominante del Devarâja del plano astral y bajo la influencia subalterna de otro Devarâja que, indirectamente, gobierna su subplano. Para mejor entender la idea imaginémosnos los subplanos del astral en divisiones horizontales, y los tipos de materia pertenecientes a los siete Logos planetarios en divisiones perpendiculares que se crucen en ángulos rectos con las horizontales¹⁰. Así tendremos ya cuarenta y nueve variedades distintas de materia astral, porque en cada subplano hay materia perteneciente a cada Logos planetario.

Prescindiendo incluso de las demás subdivisiones, vemos ya la posibilidad de un número casi infinito de combinaciones, de modo que, sean las que sean las

¹⁰ Todavía hay más subdivisiones de las que, por el momento, prescindiremos para que la idea general resulte más clara.

características del ego podrá encontrar su expresión adecuada.

Consideremos el caso de un ego que está a punto de reencarnar. Supongámoslo situado en el plano mental superior, sin otro vehículo inferior al cuerpo causal. Desde la muerte de su último cuerpo físico se fue retrayendo interiormente, primero en su vehículo astral y después en el mental, que también desechó al terminar su vida celeste. Entonces permanece en su propio plano durante cierto período que, según su estado de adelanto, varía de dos a tres días de inconsciencia, si es un hombre vulgar, hasta largos años de vida consciente y gloriosa, si está extraordinariamente adelantado. Después, vuelve a dirigir su atención hacia lo externo e inferior. Como quiera que en el transcurso de su movimiento ascendente desvió la atención de los planos físico y astral, los átomos permanentes quedaron adormecidos y cesaron en la vigorosa vibración que los caracteriza. lo mismo ocurre con la molécula mental al final de la vida celeste, y durante su permanencia en su propio plano, o sea en el causal, el ego tiene los dos átomos permanentes y la molécula mental en absoluto reposo.

Cuando su atención se dirige de nuevo hacia el plano mental, la molécula o unidad mental permanente recupera en seguida su actividad y, como consecuencia, atrae a su alrededor la materia mental adecuada a la expresión de dicha actividad. lo mismo ocurre cuando el ego hace converger su atención en el átomo astral y concentra en él su voluntad, porque entonces atrae materia astral capaz de facilitarle un cuerpo astral de tipo exacto al que tenía al final de su última vida astral. Es necesario tener muy en cuenta que el ego no se reviste de un cuerpo astral totalmente formado, sino tan sólo de la materia con la que ha de ir formándolo en el transcurso de la vida que ha de pasar. En el caso de las mónadas de clase inferior con cuerpos astrales extraordinariamente robustos que reencarnan tras un intervalo muy corto, lo que pasa es que todavía subsiste el cascarón dejado en su última vida astral, y éste puede ser atraído hacia la nueva personalidad. Entonces, el ego renace con sus viejos hábitos y modalidades de pensamiento e incluso, a veces, con la memoria de su vida pasada.

Al principio, la materia astral se distribuye niveladamente sobre todo el ovoide, y tan sólo cuando la diminuta forma física llega a la existencia en medio del ovoide, quedan atraídas hacia ella las materias astral y mental, amoldándose a su configuración para ir creciendo en adelante con ella. Al mismo tiempo que ocurre

este cambio de disposición, las materias mental y astral se ponen en actividad y aparecen la emoción y el pensamiento.

El aura del pequeñuelo es relativamente incolora y hasta que se desarrollan las cualidades no empiezan a manifestarse los colores. Para modelar su vehículo astral, se le proporciona al ego la materia a la que se hizo acreedor por los deseos y emociones a los que cedió en su vida anterior; pero no está obligado a utilizar esta materia en absoluto al elaborar su nuevo vehículo. Si se le dejara enteramente a sus inclinaciones, la acción automática del átomo permanente tendería a formarle con la materia dada un cuerpo astral análogo al que tuvo en su última vida; pero no hay razón para utilizar toda la materia dada, y si al niño se le educa y se le guía con tino y prudencia, recibirá alientos para desarrollar completamente los gérmenes de bondad que ha traído de su existencia anterior, a la vez que quedarán aletargados los gérmenes de malicia hasta que, por último, se atrofien y se eliminen desplegando entonces el ego desde su interior las virtudes opuestas, de suerte que en sus vidas futuras se vea libre de las malas cualidades señaladas por esos gérmenes. Padres y maestros pueden ayudarle en esta deseable eliminación, no tanto por las amonestaciones y consejos como por el aliento que infundan, el trato razonable y cariñoso que le dispensen y el profundo afecto que le inspiren.

Conviene recordar que, si bien los cuerpos mental y astral son expresiones del hombre en el actual estado de evolución (en cuanto cabe dicha expresión en la materia de sus planos respectivos) el cuerpo físico es un vehículo o una limitación externa y, por lo tanto, es el instrumento preeminente del karma. La fuerza evolutiva interviene en la selección de los materiales del cuerpo físico, pero también, a su vez, queda limitada y entorpecida por el karma del pasado. Los padres han sido escogidos porque son aptos para dar un cuerpo conveniente al desarrollo del ego que se les confía, aunque en cada par de progenitores caben múltiples posibilidades, pues cada uno de ellos representa una larga línea de antepasados y, a veces, la elección de padre no está determinada por alguna cualidad intrínseca, sino por otra que en grado extraordinario poseyó un ascendiente y que se halla latente en el cuerpo físico del padre escogido. En ésta y en varias generaciones anteriores, el poder de expresión de dicha cualidad puede haber quedado dormido y sin ninguna eficacia; pero cuando llega al linaje un ego que la posee, se despierta y aviva la facultad de expresarla y tenemos lo que se llama atavismo o vuelta a un tipo ancestral.

En la formación del cuerpo físico intervienen tres fuerzas principales: primera, la influencia del ego que trata de asumir la nueva forma; segunda, la acción del elemental constructor formado por los Señores del Karma; tercera, el pensamiento de la madre. Supongamos que está a punto de formarse un cuerpo etérico para un ego en vías de reencarnación. Este ego pertenece a cierto tipo y subtipo, y estas características suyas se imprimen en el átomo físico permanente que, a su vez, determina cuál de las divisiones perpendiculares de materia etérica entrará en la composición de dicho cuerpo etérico y en qué proporción se tendrá que utilizar. Sin embargo, esta cualidad del ego no determina qué división horizontal ha de utilizarse ni en qué proporción. La materia correspondiente a las divisiones horizontales está en manos de los cuatro Devarâjas y la determinará el karma pasado del hombre.

Cada Devarâja tiene a sus órdenes una numerosa hueste de auxiliares, de manera que no les pasa inadvertido ninguno de los nacimientos que ocurren simultáneamente en la tierra. Los Devarâjas proyectan en forma de pensamiento el elemental constructor a que antes nos hemos referido, encargado de elaborar el cuerpo físico más adecuado al nuevo hombre, esto es, que contenga ciertas posibilidades necesarias para su evolución. A este objeto, puede nacer de un padre que ya tenga de por sí las cualidades requeridas y, en consecuencia, las transmita a su hijo por herencia, o también puede nacer de un padre cuyos antepasados, de una u otra línea, las poseyeran, de suerte que el padre transmita al hijo los gérmenes dormidos capaces de responder a ellas.

Recordemos que el elemental encargado de construir el cuerpo físico es el fruto o resultado de las formas de pensamiento reunidas de los cuatro Devarâjas y que su primera tarea es construir el molde etérico al que han de ajustarse las partículas físicas del nuevo cuerpo infantil. Para construir el nuevo cuerpo etérico el elemental tiene a su disposición cuatro variedades de materia etérica (las cuatro que presiden, respectivamente, sus creadores) y el tipo del cuerpo etérico resultante dependerá de la proporción en que se utilicen dichos componentes. Recordemos que el elemental no puede escoger materia de las divisiones perpendiculares, pero tiene total libertad respecto a la materia de las divisiones horizontales.

En nuestro nivel actual nos resulta completamente imposible comprender el funcionamiento de una conciencia tan poderosa como la del Devarâja, por lo cual nos

limitamos a exponer el hecho sin pretensión de explicarlo de que, cuando el elemental cumple su labor no está completamente separado de las mentes que lo proyectaron. Inexplicablemente para nosotros, el elemental continúa formando parte de la conciencia de los Devarâjas, con algunas modificaciones; y en raros casos, cuando un ego muy desarrollado empieza todavía en edad temprana a tomar posesión activa de su cuerpo, parece que puede relacionarse directamente con los Devarâjas y que, con el consentimiento de ellos, puede atraer sobre sí más karma del que en un principio le habían asignado.

El ego que es capaz de esto mientras el elemental se halla todavía en funciones, también podrá mantener durante su vida el contacto con las divinidades kármicas y recabar de ellas ulteriores modificaciones. Sin embargo, en cuanto se nos alcanza, estas modificaciones subsiguientes sólo son posibles para acrecentar, pero no para reducir el karma que se ha de agotar. El despertar de conciencia que capacita a un ego así para relacionarse con los Devarâjas y cooperar voluntariamente con ellos en lo que a sí mismo se refiere, puede empezar en cualquier época de la vida; de modo que un ego que no estuviera relacionado con ellos mientras el elemental construía su cuerpo físico, sin embargo, por medio de un estupendo esfuerzo de auto-desenvolvimiento y servicio, puede atraer la atención de los Devarâjas en años posteriores y evocar de ellos una respuesta clara.

El germen que se ha de convertir en el cuerpo físico del hombre consta de dos componentes con dos grupos de potencias¹¹. En esencia, se trata de un óvulo que contiene todas las posibilidades de la ascendencia materna y está fecundado por un espermatozoo que entraña todas las potencias de la ascendencia paterna.

Estos dos grupos de posibilidades, potencias o potencialidades son muy amplios, como se comprenderá fácilmente si consideramos el gran número de antepasados que cualquiera de nosotros debe haber tenido en un período de mil años. Pero, por muy amplios que sean dichos grupos, tienen su límite. Pongamos por caso el de uno de nuestros jardineros de Adyar, perteneciente a la clase de los faquines o trabajadores analfabetos. Remontándonos a mil años atrás, han de contarse por millones los ascendientes de este hombre y, sin embargo, todos ellos pertenecientes a la raza de los

¹¹ Conviene tener mucho cuidado en no confundir este germen físico que transmiten los padres con el átomo físico permanente que el ego trae consigo.

faquines, los cuales, buenos o malos, inteligentes o tontos, bondadosos o crueles, desde el punto de vista mental están limitados por lo tanto por las características especiales de esta casta.

De entre estas potencialidades, el elemental ha de hacer la selección, y para ello le incumbe considerar la calidad y la forma, siendo infinitamente de mayor importancia la primera, puesto que la segunda se relaciona principalmente con la materia de los subplanos inferiores. Pero la calidad de la materia etérica elegida para formar el cuerpo etérico, o sea la parte superior del físico, determinará, en gran parte, las capacidades de este cuerpo físico durante aquella encarnación, es decir, si ha de ser por naturaleza listo o torpe, plácido o irascible, enérgico o flemático, sensitivo o apático.

Por consiguiente, la primera tarea del pensamiento-forma o elemental de los Devarâjas, es escoger de entre las posibilidades de la ascendencia física del feto la que ha de predominar en la formación del nuevo cuerpo físico y, especialmente, en la del cerebro. La configuración externa, aunque también es importante, no merece tanta consideración y también es parte de la tarea del elemental. Si el hombre ha merecido, por limitación, la deformidad de su cuerpo físico o la debilidad de alguno de sus órganos (corazón, pulmones, estómago, etc.), el elemental se encarga de ajustar este karma. Las instrucciones (si cabe llamarlas así) recibidas por el elemental, consisten en construir un cuerpo de cierta especie y grado de fuerza en el que predominen determinadas características. Pero estas instrucciones no se le dan para que las retenga en su mente, porque carece de mente, sino que más bien son él mismo, su propia vida, pues una vez cumplidas dichas instrucciones el elemental deja de existir, porque la obra para la que fue creado ya está realizada.

Los entendidos en embriología saben muy bien que en ciertas etapas del desarrollo del germen humano no se le puede distinguir del de un perro o un pez. Todos crecen de la misma manera con la única diferencia del punto en que se detiene y termina su desarrollo. La razón de que mientras un germen se detiene al llegar a cierta etapa de desarrollo y los otros lo prosiguen, no está muy clara desde el punto de vista de los materialistas, porque se ven obligados a decir que la materia procedente de determinado origen, aunque idéntica en apariencia a la procedente de otro origen del todo distinto, posee no obstante cualidades inherentes que la compelen a reproducir la forma de la que provienen.

La fuerza compulsiva no es una cualidad inherente de la materia, pues toda ella es

idéntica y compuesta de los mismos elementos químicos. Dicha fuerza compulsiva es la vida divina que actúa en progresiva presión para animar la materia y moldearla en la forma que le conviene en aquella etapa particular de su desarrollo. Tan pronto como la entidad se individualiza y, por consiguiente, empieza a crear karma individual, interviene como factor adicional el pensamiento-forma o elemental proyectado por las divinidades kármicas, quien toma posesión del germen en desarrollo, incluso antes de que lo alcance el ego respectivo.

La forma y color de este elemental varía según los casos. Al principio, expresa exactamente con configuración y tamaño el cuerpo infantil que ha de construir, con el mismo aspecto (en cuanto atañe a la obra del elemental) que tendrá al nacer. Los clarividentes que han visto esta figurilla, semejante a una muñeca revoloteando en torno de la madre y, a veces en su mismo seno, la confundieron frecuentemente con el alma del naciente, cuando sólo es el molde de su cuerpo físico. Cuando el feto tiene el mismo tamaño del molde, queda terminada felizmente gran parte de la tarea del elemental, y entonces procede a despojarse de su envoltura externa para elaborar la forma, tamaño y configuración que ha de tener el cuerpo infantil (considerada tan sólo la obra del elemental) en la época en que haya de cesar en su cuidado. A partir de entonces, el crecimiento del cuerpo queda ya a cargo del mismo ego.

En ambos casos, el elemental es, de por sí, el molde. Sus colores representan, en gran parte, las cualidades que debe dar al cuerpo que ha de construir y su forma es, generalmente, la misma que ha de tener dicho cuerpo. El elemental sólo existe para realizar su obra, y al agotar la energía de que se le dotara, no hay fuerza alguna que cohesione sus partículas y se desintegra.

Este elemental toma a su cargo el cuerpo desde un principio; pero algunas veces, el ego se relaciona con su futura morada antes del nacimiento físico y, a partir de ese momento, ambas fuerzas actúan paralelamente, la del elemental y la del ego. Hay casos en que las características o cualidades que ha de infundir el elemental son pocas y, por lo tanto, puede retirarse cuando el niño todavía es muy pequeño, dejando al ego en pleno gobierno del cuerpo. En otros casos, cuando la índole de las limitaciones requiere largo tiempo para establecerlas, el elemental subsiste hasta que el cuerpo tiene siete años. Los egos difieren muchísimo en el interés que se toman por sus vehículos físicos, pues algunos los rondan ansiosamente desde un principio y se preocupan por ellos, mientras que

otros se muestran por completo indiferentes.

Cuando el feto nace muerto, por lo general, no tiene ego que hubiese de ocuparlo, ni tampoco elemental encargado de su crecimiento. Hay una infinidad de almas en querencia de reencarnación, y muchas de ellas en tan inferior grado evolutivo que les convendría cualquier ambiente vulgar, pues han de aprender tantas lecciones que importa poco con la que hayan de principiar, y casi todas las circunstancias imaginables les enseñarán algo de lo que dolorosamente necesitan. Sin embargo, suele ocurrir que en determinados momentos no haya ningún ego capaz de aprovecharse de una oportunidad en particular y, en este caso, aunque el pensamiento de la madre haya podido formar el cuerpo, no hay ego que lo ocupe y nunca está verdaderamente vivo.

Para conseguir la forma, el elemental toma del cuerpo de la madre la materia etérica que necesita. Esta es una de las razones de por qué la madre ha de tener mucho cuidado durante el embarazo, pues si no proporciona al elemental la materia más pura y de mejor clase, éste, forzosamente tendrá que tomar la que encuentre a mano. Otro factor influyente en este período es el pensamiento de la madre, que también contribuye a la forma que, lentamente, crece en su seno. De nuevo vemos, por qué los pensamientos de la madre han de ser, pues, especialmente puros y elevados, y ha de mantenerse alejada de toda influencia grosera y turbulenta y por qué ha de estar rodeada de hermosísimas formas y colores y prevalecer en su ambiente y vecindad las circunstancias más armoniosas.

Las instrucciones del elemental no incluyen el desarrollo especial de los rasgos fisonómicos o las líneas del semblante, tales como una belleza o fealdad extraordinarias. Esta parte de la formación del nuevo cuerpo incumbe al pensamiento de la madre y a las formas mentales que flotan de continuo a su alrededor. Si la madre piensa amorosamente en su marido, tendrá muchas probabilidades de que la criatura se parezca al padre y si, por el contrario, se mira frecuentemente al espejo y piensa mucho en sí misma, será fácil que se parezca a ella. Asimismo, si piensa de continuo con afecto o admiración en una tercera persona, la criatura se parecerá a ésta, con tal que el elemental no tenga instrucciones concretas sobre el parecido fisonómico. Cuando el niño está ya crecido, sus propios pensamientos influyen notablemente en su cuerpo físico y,

como son distintos de los de la madre, la fisonomía se altera bastante, unas veces ganando y otras perdiendo en hermosura según pasan los años. El aforismo “el hombre es según piensa” resulta tan verdadero en el plano físico como en los demás planos, y si el pensamiento es siempre tranquilo y sereno, se reflejará en el semblante.

A un ego avanzado le son sumamente fatigosas las etapas de la primera infancia. Recuerdo que el difunto T. Subba Rao se lamentaba amargamente de su niñez cuando tomó nuevo cuerpo. Decía que, a lo sumo, sólo le era posible tenerlo dormido unas veinte horas diarias, y el resto del tiempo se veía en la precisión de vigilarlo de cerca y escudarlo, escuchando sus lastimeros gemidos y soportando el alimento de insípidas y nauseabundas variedades de papillas. A veces, un ego muy adelantado elude todos estos inconvenientes, solicitando de otro individuo la cesión de un cuerpo adulto, y este sacrificio lo hace siempre gustoso alguno de sus discípulos. Sin embargo, este procedimiento también tiene sus inconvenientes. Por muy penoso que sea el paso por la infancia, tiene al menos la ventaja de que el hombre crece en un cuerpo propio, que llega a ser en lo posible su genuina expresión y con cuyas peculiaridades se conforma; pero el que toma un cuerpo adulto lo encuentra ya acostumbrado a las singularidades de su propietario que dejó en él las huellas profundas de hábitos difíciles de extirpar. Forzosamente ha de resultarle inadecuado en muchos puntos y necesita largo tiempo para poner sus vibraciones a tono consigo mismo. Al reencarnar, un ego ha de adaptarse siempre a un nuevo conjunto de circunstancias, y cuando nace de la manera ordinaria, puede ir adaptándose gradualmente a ellas según crece el cuerpo, mientras que si toma un cuerpo ya adulto ha de adaptarse de súbito al nuevo ambiente, lo cual suele ser muy difícil tarea. En este caso retiene sus cuerpos astral y mental que, como contrapartes del cuerpo físico que tuvo la última vez, han de ajustarse a la nueva forma. También este ajuste puede efectuarse gradualmente si el hombre nace con cuerpo infantil, y si toma un cuerpo adulto los ha de ajustar inmediatamente con penoso esfuerzo.

CARACTERÍSTICAS PERSONALES

Del examen de varios casos he deducido que, en el hombre vulgar, la fisonomía rara vez es la misma al pasar de una a otra vida; algunas veces observé muchísimo parecido pero, en general, cambia totalmente. Como quiera que el cuerpo físico es, en cierta medida, la expresión del ego y éste permanece al mismo, ha de haber casos en que se manifieste en formas semejantes, aunque contra esta tendencia prevalecen las características de raza, familia y otras. Cuando un individuo está adelantado hasta el punto en que se unifican el ego y la personalidad, se imprimen más o menos en esta última las características de la gloriosa forma del cuerpo causal, que es relativamente permanente.

En el caso de un adepto que ya tiene todo el karma personal extinguido, el cuerpo físico es el más aproximado trasunto del cuerpo causal. Así, los Maestros son reconocibles en cualquiera de sus encarnaciones. Observé que un Maestro llegado hace poco al nivel de adepto no tenía el mismo aspecto que los demás, pues sus facciones eran algo toscas. Estoy seguro de que en la próxima encarnación será diferente. No espero ver mucha diferencia en los cuerpos de nuestros Maestros, aunque tomaran otros distintos y encarnaran en otra raza. He visto prototipos de lo que serán los cuerpos en la séptima raza raíz y, por cierto, que han de ser hermosos de verdad. La forma gloriosa del cuerpo causal es una aproximación de dicho prototipo al cual se va acercando el hombre según progresa. La forma humana parece ser el modelo para la evolución superior en nuestro sistema solar. Varía ligeramente en los diferentes planetas pero, en líneas generales, es la misma. En otros sistemas solares tal vez la forma adecuada a la evolución superior sea totalmente distinta, aunque sobre este particular no sabemos nada.

RECUERDO DE LOS CONOCIMIENTOS PASADOS

Todavía no conocemos con certeza las leyes que rigen la facultad de imprimir el conocimiento detallado de una vida en el cerebro físico de la siguiente. Las pruebas de que realmente disponemos parecen demostrar que, por lo general, se olvidan los pormenores, pero los principios capitales se le representan con evidencia intuitiva a la nueva mente. Muchos de nosotros, al leer por primera vez en esta encarnación una obra teosófica hemos exclamado: “Esto es exactamente lo que yo siempre he pensado, pero no sabía cómo expresarlo.” En algunos casos, aunque parece haber poca memoria de conocimientos pasados, reconocemos por verdadera la enseñanza apenas nos la presentan. La señora Besant, en su encarnación de Hypatía, debió conocer, indudablemente, gran parte de la filosofía de aquella época que no estaba expresada con claridad en su actual cerebro durante los períodos de la presente encarnación en que militó en el protestantismo y en el libre pensamiento.

Si hemos de tener confianza en la tradición esotérica, vemos que incluso el mismo Buddha descendido de los planos superiores con el decidido propósito de nacer para ayudar al mundo, no tuvo una idea clara de su misión después de tomar el cuerpo nuevo y, únicamente al cabo de muchos años de indagarlo consiguió recuperar su pleno conocimiento. Por supuesto que hubiera podido tener este conocimiento desde un principio si así lo hubiera deseado, pero prefirió someterse al destino común.

En el caso del Buddha cabe otra explicación. El cuerpo nacido del rey Suddhodana y de la reina Maya pudo no estar habitado durante la infancia por el Señor Buddha. Puede que, como hizo Cristo, encomendara a uno de sus discípulos que cuidara de aquel vehículo para cedérselo a él en cuanto lo necesitase, y puede que lo tomara en el momento en que el cuerpo ya desfallecía tras las prolongadas austeridades de seis años de indagar la verdad. Si esto fuera así, resultaría que el príncipe Siddartha no recordaba ninguno de los anteriores conocimientos del Señor Buddha porque no era la misma personalidad. Pero, en cualquier caso, podemos estar seguros de que el ego, el verdadero hombre, siempre sabe lo que una vez aprendió, aunque no siempre sea capaz de imprimirlo en su nuevo cerebro sin la ayuda de una sugerencia externa.

Afortunadamente para nuestros estudiantes, parece ser regla invariable que aquel que en una vida aceptó la verdad oculta, siempre se pone en contacto con ella en la vida siguiente, y reaviva así su adormecida memoria. Se podría añadir que la ocasión de recuperar el conocimiento de la verdad es el karma de haberla aceptado y de habernos esforzado en vivir de acuerdo con ella en la encarnación anterior. Sin embargo, todas las probabilidades son que, cuando volvamos a reanudar nuestra labor en el plano físico, lo que hoy llamamos creencias teosóficas sea ya la doctrina general de la gente y se nos eduque en ellas de una manera corriente. Si eso sucede, la diferencia entre los que hoy la estudian y los que no lo hacen será que los primeros reciban la enseñanza con entusiasmo y progresen rápidamente, mientras que para los segundos no pasará de ser lo que la ciencia actual es para las mentes de tipo refractario al conocimiento científico. En todo caso, que nadie piense, ni por un momento, que el aprovechamiento de nuestro estudio y de la penosa labor realizada se pierda jamás.

LOS INTERVALOS ENTRE LAS VIDAS

Los estudiantes tienen ciertas ideas falsas sobre el remedio del intervalo transcurrido entre dos encarnaciones. Es probable que en la primera época de la Sociedad Teosófica no comprendiéramos bien la enseñanza dada sobre este punto, y que las afirmaciones que entonces se expusieron se hayan copiado sin comentario en alguna de las obras teosóficas posteriores. La mayoría de los estudiantes más adelantados, con toda seguridad que ya conocen más o menos las circunstancias del caso pero, en lo que se me alcanza, no creo que se haya publicado todavía nada parecido a una tabla o cuadro de promedios para las diversas clases de egos.

En la excelente obra de Sinnett *El Budhismo Esotérico*, al final del capítulo correspondiente al mundo celeste (que entonces llamábamos devachán) se afirma que el período entre la muerte y el nacimiento físico siguiente varía notablemente según el individuo, pero que es casi imposible renacer antes de los 1500 años, mientras que la estancia en el devachán como recompensa a un bonísimo karma se prolonga a veces durante enormes períodos. Esta afirmación se basa en pasajes de las mismas cartas que sirven de fundamento a tan interesante libro, y no cabe duda de que el señor Sinnett transcribió exactamente las enseñanzas recibidas. La misma idea la expuso Blavatsky en *La Doctrina Secreta*¹² cuando dice: “Recordemos que, excepto en los casos de párvulos y de individuos muertos por un accidente violento, ninguna entidad espiritual puede encarnar antes de transcurridos algunos siglos.”

En aquella primera época tomábamos los 1500 años como término medio para toda la humanidad; pero las últimas investigaciones nos han demostrado claramente que no era exactamente así, pues, para conciliar la afirmación con los hechos observados, es preciso restringir o ampliar considerablemente dicho período, aunque si lo constreñimos a un pequeño grupo de los individuos más adelantados de la raza humana resulta casi exacto, lo mismo que si además de incluir a toda la humanidad lo extendiéramos hasta las numerosas huestes del reino dévico. En el citado pasaje de *La Doctrina Secreta*, la expresión “entidades espirituales” puede tomarse en el sentido de que Blavatsky se refería tan sólo a los individuos muy adelantados; pero en *El Budhismo Esotérico* se dan los 1500 años

¹² Tomo II, pág. 317, ed. ingl.

como intervalo mínimo.

Tenemos entendido que las cartas que sirvieron de fundamento al *Buddhismo Esotérico* fueron escritas por varios discípulos bajo la dirección general de sus Maestros y que, si bien hubo amplio espacio para que se deslizaran inexactitudes (como sabemos que se deslizaron), no cabe imaginar que los autores de las cartas desconocieran hechos fácilmente accesibles a quienquiera que observe el proceso de la reencarnación. Hemos de recordar que las cartas no iban dirigidas al mundo en general, sino al señor Sinnett en particular, con la intención, tal vez, de que se las leyera a unos cuantos que por aquel entonces estudiaban con él. En este caso, la afirmación del promedio de 1500 años *para ellos* sería lógicamente el promedio, y tal vez fuese éste el propósito; pero, con toda seguridad, hoy día no podemos admitirlo como promedio para toda la raza humana.

Desde luego, es imposible determinar un promedio exacto, porque para esto sería necesario saber, aunque fuera aproximadamente, el número de cada clase de mónadas. Puede facilitarse algo así como el cómputo de las clases principales aunque, incluso así, conviene tener presente que necesariamente tienen que existir, amplias variaciones individuales en cada uno de sus aspectos.

Hay que tener en cuenta tres factores principales: la clase a la que pertenece un ego, el modo en que se ha individualizado, y la índole y duración de su última vida. Por lo tanto, consideremos las diferentes clases de humanidad por su orden, con arreglo a la nomenclatura de la señora Besant.

Señores de la Luna.— Encabezan la lista los Señores de la Luna, o sea, los que alcanzaron el nivel de arhat en un período cualquiera de la evolución de la cadena lunar. Para esta humanidad, como para todas las demás, se abrieron siete senderos al llegar al nivel asignado a su cadena; y, en el caso de la cadena lunar, uno de estos senderos trajo algunos Señores de la Luna a la cadena terrestre, con objeto de dirigir las primeras etapas de su evolución. Sin embargo, hace largísimo tiempo que todos ellos alcanzaron el adeptado y por eso no hemos de tenerlos en cuenta en el presente tema.

Hombres lunares.— *Primer orden.*— La clase siguiente es el primer orden de hombres lunares, tan numeroso y variado que será necesario estudiarlo en las diversas subdivisiones expuestas al tratar de las mónadas de la Luna.

1ª. y 2ª. La primera clase, según ya dijimos, incluye los que en la cadena lunar ya habían entrado en el Sendero; y la segunda comprende a los que se individualizaron en la cuarta ronda de la cadena lunar. Para nuestro estudio podemos prescindir ahora de ambas clases, puesto que sus miembros han conseguido ya el adeptado y, por consiguiente, no les atañe la cuestión de las encarnaciones ni la del intervalo entre éstas.

3ª. Los individualizados en la quinta ronda de la cadena lunar.

Aquellos de entre éstos que ya están en el Sendero reencarnan, generalmente, en una sucesión continua de vidas, por lo cual no les concierne la cuestión del intervalo. Sin embargo, si por algún motivo no emprenden la serie especial de vidas que sigue a la iniciación, los intervalos son muy largos, por lo menos de mil quinientos, dos mil o más años. Esto pasa así algunas veces, aunque no es tan corriente como la serie de encarnaciones rápidas; y entre los casos que conocemos de quienes transpusieron la primera iniciación hace ya mucho tiempo, un ego ha estado encarnando sucesivamente desde entonces, apenas sin interrupción, mientras otro estuvo alejado de la vida física durante dos mil trescientos años; y, a pesar de esto, el resultado, por lo que respecta al progreso en el Sendero, parece haber sido exactamente el mismo.

La proporcionalidad de las diferentes etapas de un intervalo tan largo como éste varía considerablemente según los casos. La estancia en el plano astral es corta y el ego aun puede pasar por allí rápida e inconscientemente. La mayor parte del tiempo reside en el nivel superior del mundo celeste y, finalizada esta existencia, precede a la reencarnación cierto período de vida consciente en el cuerpo causal. La permanencia del ego en su propio plano en esa etapa evolutiva es la décima parte del intervalo total entre las vidas terrestres. Pero tampoco en esto hay dos casos iguales. En aquellos que están cerca del Sendero, el intervalo general no excede de mil doscientos años si el ego se individualizó por desarrollo intelectual y pasa por sus beatíficas experiencias en el transcurso ordinario; pero, el intervalo es sólo de setecientos años si el ego se individualiza súbitamente por un arrebató de emoción o por un tremendo esfuerzo de voluntad y su vida celeste es más concentrada. Ambos tipos permanecen poco tiempo en el plano astral y, probablemente, cinco años son para ellos un buen promedio de vida astral. Cuando termina su permanencia en el mundo celeste, el ego suele pasar un

período de vida .consciente en su propio plano, que no excede, como máximo, de medio siglo.

Hemos observado que los individuos cuyo intervalo es de mil doscientos años han encarnado sucesivamente en distintas razas durante sus más recientes vidas. Frecuentemente, los vemos recorrer dos veces el mismo grupo de subrazas, primero en cuerpos masculinos y después en femeninos, o viceversa.

El destino o el hado de los individuos difiere muchísimo. Algunos prosiguen, vida tras vida, sin que les ocurra nada de particular; otros están en continua tribulación, choque tras choque; y, sin embargo, ambos marchan hacia adelante por el camino que mejor les conviene. Suele suceder que si una persona muere joven renace en la misma subraza, y cuando recorre dos veces las subrazas toma sexo contrario la segunda vez. En general, los hindúes representan la primera subraza de la raza aria, los árabes la segunda, los parsis la tercera, los latinos la cuarta y los teutones la quinta. El hombre nacido en Francia no necesita renacer en Italia o España, y lo mismo puede decirse entre Alemania e Inglaterra.

Aquellos cuyo intervalo es de setecientos años parecen más inclinados a encariñarse con una subraza ya renacer en ella siempre que pueden sin encarnar en otras, más que ocasionalmente, con objeto de desenvolver determinadas cualidades. Por regla general, las sucesivas encarnaciones en la misma subraza intensifican sus características, y el equilibrio proviene de encarnar en varias subrazas, o viajar por tierras extrañas o convivir con diferentes pueblos. Respecto a esta cuestión, las idiosincrasias del ego influyen poderosamente. Ya expliqué cómo la arraigada idea que los judíos tienen de que son un pueblo especial y escogido, los inclina a renacer en su misma raza, y así ocurre generalmente en todos los individuos poseídos del orgullo de raza.

Incluso el orgullo de familia no deja de producir también sus resultados, y he conocido varios casos en que un ego, normalmente desarrollado, encarnó dos o tres veces por orgullo de familia de quedar libre. En un principio se nos dijo que, por regla general, el ego ha de pasar al menos tres encarnaciones y no más de siete en un sexo antes de encarnar en el otro; y, aunque la mayor parte de las investigaciones realizadas desde entonces confirman esta regla general, también nos han mostrado gran número de excepciones porque algunos individuos encarnan muchas veces en un sexo antes de pasar al otro, mientras los hay que durante algún tiempo encarnan, alternativamente, en

cuerpos masculinos y femeninos. La mayor parte de éstos eran egos más adelantados respecto a la generalidad y, por lo tanto, es fácil que estuvieran recibiendo tratamiento especial.

Evidentemente, no se vacila en modificar la regla general para amoldarla a casos particulares cuando así conviene por alguna razón. Aunque las leyes de la reencarnación actúan mecánicamente en la gran mayoría de egos no desarrollados, de los casos vistos parece deducirse claramente que tan pronto como un ego adelanta algo en cualquier sentido y puede ser útil desde el punto de vista de la evolución, sus reencarnaciones se disponen con mayor flexibilidad y, dentro de límites determinados, nace en la raza, sexo y condiciones más a propósito para proporcionarle la ocasión de fortalecer los puntos débiles de su carácter.

En aquellos que se han distinguido sobresaliendo en arte, ciencia o religión, el intervalo es casi el mismo, aunque difiere ligeramente la proporcionalidad de sus etapas. La tendencia general es prolongar la vida astral y acortar la causal, especialmente en los casos del religioso y del artista. Los grandes filósofos suelen prolongar enormemente su vida celeste, y recuerdo que Blavatsky dijo en alguna parte que Platón permanecería, probablemente, por lo menos diez mil años alejado de la tierra, aunque me parece que este caso es de todo punto excepcional.

4ª Los individualizados en la sexta ronda de la cadena lunar, de los que son ejemplos típicos los hidalgos campesinos y los hombres de carrera.

Sus intervalos fluctúan entre seiscientos y mil años, de los cuales unos veinte o veinticinco permanecen en el plano astral y el resto en diversas etapas del mundo celeste. Probablemente, hay tan sólo un toque del ego en su propio plano.

5ª Los individualizados en la séptima ronda de la cadena lunar, o sea, las personas superiores de la clase media social. Esta clase tiene un intervalo de unos quinientos años, de los cuales pasan veinticinco en el plano astral y el resto en el mundo celeste sin conciencia en el cuerpo causal aunque, como los demás seres humanos, tengan el vislumbre de memoria y presencia concedido siempre a todo ego en cuando toca su propio plano entre dos encarnaciones físicas.

Hombres lunares. Segundo orden.— Pertenece a este orden la masa general de la clase media de la sociedad y su intervalo entre vidas es, normalmente, de

doscientos a trescientos años, de los cuales pasan unos cuarenta en el plano astral y el resto en los niveles inferiores del mundo celeste. En éste, como en todos los demás tipos, la individualización puede haberse logrado por inteligencia o por emoción, y habrá una diferencia correspondiente en el promedio de los intervalos entre las sucesivas encarnaciones, aunque en estas clases inferiores la diferencia derivada del modo de individualizarse es proporcionalmente mucho menor que en las clases altas.

Hombres animales lunares.— Pertenecen a ellos los adelantados de la primera ronda de la cadena terrestre, representados hoy día por los artesanos hábiles del mundo. Tienen corrientemente un intervalo entre vidas que varía de ciento a doscientos años, de los cuales pasan cuarenta en el nivel medio del plano astral y el resto en un subplano inferior del mundo celeste.

Animales lunares.— Primera clase.— Hoy día son los obreros de escasa habilidad en su oficio. Su intervalo entre vidas varía de sesenta a cien años, de los cuales pasan unos cuarenta en los subplanos inferiores del astral y el resto en el subplano inferior del mundo celeste.

Animales lunares.— Segunda clase.— Son los beodos y los vagos. Por lo general, están ausentes del mundo unos cuarenta o cincuenta años que pasan en el sexto subplano del astral.

Animales lunares.— Tercera clase.— La escoria de la humanidad. Su intervalo entre vidas suele ser de unos cinco años que pasan en el séptimo subplano del astral, a menos que, como ocurre frecuentemente, queden ligados a la tierra por el crimen.

En todos los casos que hemos mencionado, según dijimos, se observa alguna diferencia dimanante del modo de individualización; pero esta diferencia es mucho menor en las clases inferiores. Los individualizados por medio del intelecto generalmente tienden a tomar el más largo de los dos intervalos posibles para ellos, mientras que los individualizados de otro modo se inclinan a tomar el más corto.

Un tercer factor de mucha influencia es la índole y duración de la vida personal. Evidentemente, un ego que desecha su cuerpo físico en la niñez no ha tenido ocasión de generar, por medio de este cuerpo, la suficiente energía espiritual para

mantenerse en los planos superiores el tiempo normal en los de su tipo. Por lo general, el hombre que muere joven tendrá un intervalo más corto entre vidas que el que de su mismo tipo llegue a viejo. El hombre que muere joven tendrá, generalmente, una vida astral más larga, porque la mayor parte de las fuertes emociones que se extinguen en la vida astral se generan en la primera época de la existencia física, mientras que la energía espiritual, cuyo resultado se halla en la vida celeste, subsiste hasta cerca del término del período pasado en la tierra.

El carácter del hombre durante su vida terrestre es una consideración de suma importancia. Algunos viven largos años sin apenas dar señales de espiritualidad, por lo que, naturalmente, el intervalo entre vidas tiende a acortarse hasta un punto muy por debajo del que corresponde a su clase. Además, es muy probable que en ese caso pasen en el plano astral una parte excesiva de dicho intervalo. Por consiguiente, los promedios apuntados *son* únicamente promedios y se comprende fácilmente que pueden admitir un amplio margen de aumento o disminución, de modo que las diversas clases pueden sobreponerse considerablemente unas a otras.

Hasta hace poco, no hemos comprendido la importancia que sobre el particular tiene el profundo afecto mutuo. De nuestro estudio de vidas pasadas deducimos claramente que los egos están íntimamente asociados en familias o grupos, y que esta relación tiende a igualar en general los intervalos entre vidas de los miembros de cada grupo. Evidentemente, se considera necesario que se preparen para actuar juntos en el porvenir, por medio de su constante asociación mientras evolucionan, y así resulta que los intervalos que de otra manera serían cortos o largos, se acomodan de modo que todo el grupo encarne simultáneamente, no una, sino muchas veces.

Esto implica, indudablemente, un aumento o disminución del módulo de consumo de la energía espiritual y, desde luego, las Autoridades encargadas de la evolución han de regularlo cuidadosamente. Aunque todavía no hayamos descubierto la exacta ley reguladora del consumo de energía en el mundo celeste, no hay duda de que, cuando la descubramos, veremos que actúa automáticamente, de manera que pueda obtenerse el resultado máximo sin injusticia para nadie.

Parece que hay una clase de estudiantes siempre anhelosos de descubrir injusticias en el funcionamiento del mecanismo evolutivo; pero aquellos que han pasado muchos años investigando la naturaleza saben, cada vez con mayor certeza, que la

injusticia es imposible y que, si en alguna ocasión creemos descubrirla, es por la imperfección de nuestro conocimiento. Aquellos que han sondeado más profundamente los misterios de la naturaleza son, precisamente, los que han adquirido la absoluta convicción de que Quien hace todas las cosas lo hace todo bien.

SECCIÓN XIII

KARMA

LA LEY DE EQUILIBRIO

Al considerar la vida del hombre hemos de tener en cuenta tres fuerzas principales que actúan recíprocamente y se limitan mutuamente, a saber: el continuo impulso de la evolución, la ley de causa y efecto a lo que llamamos karma, y el libre albedrío humano. La acción de la fuerza evolutiva, en todo lo que se nos alcanza, no tiene ninguna relación con el placer o el dolor del hombre, sino tan sólo con su progreso, o mejor dicho, con sus ocasiones de progresar. Podría decirse que la acción de dicha ley prescinde de si el hombre es feliz o desgraciado y que unas veces le impulsa a la felicidad y otras a la desgracia, según mejor convenga a la oportunidad de educir la virtud particular en cuya formación está empeñada en aquel momento. El karma se nos manifiesta como fruto de la acción del libre albedrío del hombre en el pasado. Acumuló energías que proporcionarán ocasiones de actuar a la fuerza evolutiva o limitarán su actuación. Así pues, el uso que ahora haga el hombre de su libre albedrío es un tercer factor.

La doctrina del karma explica que el progreso y el bienestar son resultado de las buenas acciones; pero no debe tergiversarse el verdadero significado del bienestar y de las buenas acciones. El objeto del plan divino, por lo que a nosotros respecta, es la evolución de la humanidad y, por lo tanto, el hombre que mejor actúa es el que más hace para el adelanto de la evolución de los demás, tanto como para el de la suya propia. El que proceda así en todo cuanto de él dependa y esté en su mano hacer durante una vida, con toda seguridad que en la próxima tendrá mayores y más amplias oportunidades. Estas pueden ir acompañadas de riqueza y de poder mundanos, cuya posesión suele proporcionar las ocasiones requeridas; pero no son en absoluto parte esencial del karma, y conviene tener presente que el resultado del servicio útil siempre es la oportunidad de prestar ulteriores y mayores servicios, sin considerar las subsiguientes concomitancias de esa oportunidad como una intrínseca recompensa de la buena obra realizada en la última encarnación.

Instintivamente, la utilización de las palabras premio y castigo repugna, porque parecen indicar la existencia de un ser irresponsable que premie o castigue a su antojo. Tendremos una idea más fiel de la actuación del karma si lo consideramos como el restablecimiento necesario del equilibrio perturbado por nuestra acción,

como una especie de ejemplo de la ley según la cual la reacción es igual y contraria a la acción. También nos ayudará mucho a comprenderla si la consideramos más ampliamente desde el punto de vista de quienes administran sus leyes y no desde el nuestro.

Aunque la ley inevitable, tarde o temprano, *debe* allegar a cada hombre el resultado infalible de sus actos, no se apresura en su actuación, pues en los consejos de lo eterno siempre hay tiempo de sobra, y el primer objetivo es la evolución de la humanidad. Por lo tanto, quien se muestra un instrumento útil y voluntario del progreso de la evolución, recibirá siempre como “recompensa” la oportunidad de ser todavía más útil y, al beneficiar a los demás se beneficiará también a sí mismo. Por supuesto que si la idea del propio progreso fuera el *motivo* de este proceder suyo, el egoísmo viciaría la acción y minimizaría los resultados; pero si, completamente olvidado de sí mismo, dedica sus energías a la aspiración única de ayudar en la magna obra, el efecto en su porvenir será, indudablemente, tal como queda dicho.

De una vez para siempre, conviene formular una explícita y enérgica protesta contra la teoría del progreso espiritual. El ejercicio es indispensable para el desarrollo de la fuerza física; pero no ha de ser, precisamente, un ejercicio penoso. Si un hombre quiere dar un paseo cada día, no necesita torturarse en una rueda escalonada para vigorizar los músculos de sus piernas. El progreso espiritual requiere el fortalecimiento de la virtud del altruísmo y del servicio, es decir, el hombre debe actuar en armonía con la gran ley cósmica y si hace eso voluntariamente, no habrá para él más sufrimiento que el derivado de compadecerse del prójimo.

Visto que, actualmente, la mayoría de las personas son reacias a actuar de esta manera y que, al colocarse en oposición a la gran ley invariablemente se genera sufrimiento, la consecuencia es convencerlos de que la senda de la maldad y el egoísmo también es la senda de la insensatez. En *este* sentido, es cierto que el sufrimiento impulsa el progreso en esos casos particulares. Pero, por el hecho de que nosotros prefiramos infringir vilmente la ley, acarreándonos en consecuencia sufrimiento, no tenemos derecho alguno a blasfemar de la gran ley del universo diciendo que ha ordenado tan desatinadamente las cosas que no cabe progreso sin sufrimiento. En realidad, con sólo querer, el hombre podrá progresar rápidamente

sin sufrir en lo más mínimo.

Sin embargo, conviene recordar que, cuando un hombre vislumbra la meta gloriosa que a todos nos aguarda, no puede ser ya completamente feliz hasta alcanzarla, y sus defectos y deslices son para él un perenne manantial de descontento, que es una modalidad de sufrimiento, de lo cual nadie se verá libre hasta rectificar sus imperfecciones. “¡Oh! Dios, para Tí nos hiciste, y nuestros corazones estarán siempre inquietos hasta que descansen en Tí”.

Es materia opinable si es consolador o desconsolador saber que uno sufre porque merece sufrir; pero esto no altera en modo alguno la indudable realidad de que no sufriríamos si no lo mereciéramos. Es deplorable que santísima gente adopte la actitud ilógica e infantilista que los mueve a tildar de falsa toda idea incompatible con sus prejuicios sectarios. El vulgo dice constantemente: “La enseñanza teosófica acerca del karma no me parece tan consoladora como la idea cristiana del perdón de los pecados.” O también: “El mundo celeste de la teosofía no me parece tan real y hermoso como el cielo cristiano y por eso yo no creo en él.”

Esta pobre gente se figura que sus gustos y disgustos pueden alterar las leyes del universo y que nada de cuanto ellos no aprueben tenga posibilidad de *ser* en ningún plano. Sin embargo, nosotros estamos ocupados en el estudio de las realidades de la existencia que, después de todo, no se modificarán para aquellos que quisieran que dichas leyes fuesen distintas de lo que son. En caso de haber alguna víctima inocente, con seguridad que no lo sería de la actuación de la gran ley de causa y efecto en ninguna parte del universo, lo cual sería más terrible para nosotros que sufrir las consecuencias de los pecados cometidos en vidas pasadas. Nunca se insistirá lo bastante en que la ley kármica no es la venganza rencorosa de una divinidad iracunda, sino, sencillamente, el efecto subsiguiente natural e inevitable a la causa, con arreglo a la acción de la ley universal.

Todo individuo ha de pagar hasta el último ápice las deudas contraídas y se le hará una justicia perfectísima; pero, para esto, no siempre es necesario que una numerosa hueste de egos tengan que encontrarse reunidos en vidas sucesivas. Si un individuo ejerce en otro una acción tal que apresure o retarde su evolución, si actúa de modo que produzca en el otro un efecto señalado o permanente, es seguro que tendrán que volver a encontrarse para cancelar la deuda, y esta cancelación puede realizarse de varias

maneras.

El asesino puede ser, a su vez, asesinado en otra encarnación; pero también puede agotar mucho más satisfactoriamente su karma si en la encarnación siguiente tiene la oportunidad de salvar la vida de la que fue su víctima a costa de la suya. A veces, ni siquiera tiene que perder la vida para expiar su crimen, pues entre los muchos casos que hemos examinado, observamos uno en que el asesino pagó la deuda con la paciente dedicación de otra existencia al servicio del en un tiempo asesinado.

Hay un gran acopio de karma de menor cuantía que se resume en una especie de fondo común. El escolar que maliciosamente hostiga a su compañero no tendrá que encontrarse con él mil años después en otro país para que a su vez le hostigue, aunque es indudable que incluso en menudencias como ésta se hará justicia a entrambas partes. En el transcurso de la vida dedicamos leves atenciones y favores a las personas que tratamos, así como, por descuido y, a veces sin proponérselo, las perjudicamos también levemente de pensamiento, palabra y obra. Todo esto nos allega el resultado correspondiente, bueno o malo; y además, aunque no nos demos cuenta, en esas ocasiones somos agentes del karma. La desenvuelta amabilidad que demos no tendrá eficacia si la persona a quien la dirigimos no es digna de ella; y el imprudente desdén no hará mella en el desdeñado si no lo merece por alguna acción del pasado.

No es fácil deslindar los límites de los dos karmas, o sea el que se regula entre dos personas y el que se resume en un fondo común. Desde luego que toda influencia en otro individuo pertenece a la primera categoría, y las menudas contrariedades y vicisitudes de la vida ordinaria corresponden a la segunda; pero por ahora, no tenemos medios de conocer exactamente hasta qué punto ha de llegar la influencia para incluirla en la primera categoría.

Conviene advertir que en el karma de mayor importancia y gravedad hay algo que nunca alcanzará a extinguir personalmente el individuo. En toda la serie de nuestras vidas pasadas y futuras, ningún beneficio supera al otorgado por los Maestros dándonos acceso a las enseñanzas teosóficas; y sin embargo, no podemos pagárselo individualmente, puesto que nada necesitan de cuanto nosotros pudiéramos darles. Pero esta abrumadora deuda ha de satisfacerse como todas las demás, y la única manera de saldarla es transmitir a otros el conocimiento. Así pues, vemos que hay otra clase de karma que también puede decirse que va a un fondo común, aunque no en el mismo

sentido que el anterior.

Alguien pregunta: “Si el karma de un hombre es tener la escarlatina, ¿cómo se produce este resultado?”

No creo que, en el sentido de la pregunta, la escarlatina sea siempre enfermedad kármica. En determinada encarnación su karma es el sufrimiento físico a consecuencia de acciones pasadas, y si el germen de la escarlatina se halla a punto de virulencia cuando el individuo está en condición sensitiva la ley permitirá que se apodere de su cuerpo y satisfacer de esta manera parte de la deuda de sufrimiento. Pero, si en aquel momento no existe ese germen de la escarlatina, podrá haberlo del cólera o de la tuberculosis, o bien, en lugar de sufrir una enfermedad, tal vez se rompa una pierna al ser atropellado por un automóvil o al caer en la calle resbalando con una corteza de naranja.

Hay libros que explican con mucha meticulosidad el tipo de karma resultante de determinadas acciones. Por ejemplo, que si un hijo se porta mal con su padre nacerá cojo de la pierna derecha en la encarnación siguiente, y de la izquierda si agravia a su madre. De este modo esos libros van explicando otros ejemplos. Pero, en las muchas series de vidas que hemos examinado con objeto de estudiar la actuación del karma, no hemos podido ver semejante rigidez. Por el contrario, nos sorprendió tanto la admirable flexibilidad del karma como su infalible certeza. Todos los esfuerzos del hombre son inútiles para eludir ni una pizca del sufrimiento merecido, y si logra esquivarlo en una forma lo verá caer inexorablemente sobre él en otra distinta, desde donde menos lo espere. Así como una deuda de cincuenta pesetas puede pagarse en un solo billete, en dos de veinticinco, en oro o en plata y también en un taleguito de monedas de cobre, así también una deuda kármica puede pagarse de un solo y terrible golpe, en una serie de golpes no tan violentos, y también en una prolongada continuidad de leves contrariedades; pero, en cualquier caso, la deuda ha de satisfacerse totalmente.

La misma culpa cometida en idénticas circunstancias por dos individuos exactamente iguales, generará la misma *cantidad* de sufrimiento, pero la *indole* de este sufrimiento puede variar imprecisamente según las exigencias del caso. Pongamos por ejemplo, uno de los vicios más comunes, el egoísmo, y consideremos cuál sería su probable resultado. Ante todo, el egoísmo es una actitud o disposición mental, por lo cual hemos de buscar su inmediata consecuencia en el plano mental. Indudablemente, el

egoísmo es una intensificación de la personalidad a expensas de la individualidad, y uno de sus resultados será el fortalecimiento de la personalidad, con lo cual el egoísmo tiende a reproducirse en forma más pesada y continúa fortaleciéndose.

De esta manera, la individualidad se iría debilitando cada vez más en cada vida, sofocada por la personalidad, y la persistencia en el egoísmo sería un impedimento fatal para el progreso, porque la penalidad más severa de la naturaleza siempre es la privación de ocasiones de progresar. Con esto, tenemos ya una idea de cómo se derivan del egoísmo los pésimos resultados, de manera que endurecen al hombre y le hacen insensible a toda influencia benéfica, imposibilitando su progreso hasta que no vence el egoísmo.

También desembocaría en el plano físico el karma de todas las *acciones* injustas o malévolas que por egoísmo cometa el hombre; pero la peor penalidad que sufriera por esto, sería baladí y efímera en comparación con el efecto producido en su actitud mental. Existe la posibilidad de que naciera en contacto con gentes egoístas, y que el sufrimiento que le ocasionara este vicio por parte de los demás le enseñara a él a comprender cuán aborrecible es en él. Pero los recursos de la ley son inagotables y nos engañaríamos si la imagináramos actuando en la dirección que nuestra ignorancia le designe.

Gran parte de los sufrimientos del hombre son lo que Sinnet llama “karma al contado”, es decir, que no derivan de las acciones de vidas pasadas ni, en cierto sentido, son absolutamente necesarios. Pero, a pesar de los ejemplos y consejos con que se le alecciona y de los escarmientos que presencia, las acciones del hombre son tan insensatas, su ignorancia tan invencible y tan evidente su perversidad, que de continuo se está acarreado sufrimientos cuyas causas son transparentemente notorias y fácilmente evitables. No hay exageración al decir que las nueve décimas partes de los sufrimientos del hombre vulgar son de todo punto innecesarios, porque no son el resultado de un lejano pasado, sino de un error o insensatez de la vida presente. También se ha de tener en cuenta que el hombre suele equivocarse en sus cálculos al discernir entre los buenos y los malos resultados. El hombre vulgar teme la muerte como al peor de los males, ya por sí mismo, ya por los suyos; y no obstante, en muchos casos, la muerte es una recompensa kármica. Casi nunca es un mal o un castigo, sino un sencillo incidente, una especie de movimiento de una pieza en un juego, inevitable en ciertos momentos, y siempre provechoso para

salvar temporalmente una situación difícil cuando conviene. Realmente, la muerte no tiene la importancia que corrientemente se le atribuye.

Si imaginamos dos egos recientemente individualizados, que encarnan juntos y que fuesen absolutamente inocentes y sin karma, pero que uno de ellos matase o dañase al otro, la víctima soportaría un sufrimiento evidentemente inmerecido. Sin embargo, dudo que se den en parte alguna ni que se hayan dado jamás semejantes circunstancias, porque creo que el animal individualizado ya trae algo de karma en su primer nacimiento humano.

Algunos animales tienen cierto sentido del bien y del mal, o por lo menos el conocimiento de que algunas cosas deben hacerse y otras no, y se avergüenzan cuando hacen lo que les parece estar mal hecho. En muchos casos denotan facultad de elección, pues pueden ejercer o *no* ejercer la paciencia y el aguante, y si tienen libertad de elección, también han de tener responsabilidad, con el karma consiguiente. El animal salvaje llega a ser hombre salvaje y cruel, al paso que el animal dócil y paciente se convierte, en su día, en hombre amable y apacible, por primitivo que sea. Esta profunda diferencia es fruto notorio del alma grupal, aunque equitativamente distribuido, de modo que cuando una parte se individualice se lleve su parte alícuota de karma.

Podrá decirse que, con todo esto, sólo empujamos un poco más atrás la dificultad, pues en algún punto ha de empezar la primera etapa de la evolución de un ser y, por lo tanto, sería injusto su resultado kármico.

Sin embargo, no es así. Supongamos que en la primera etapa luchan dos animales. El uno y el otro tienen el mismo deseo de matar o herir, y el karma de este deseo se extinguiría en el vencido por efecto de la muerte, mientras que el vencedor contraería una deuda que pagará tal vez más tarde con muerte violenta. Pero, en el caso de la humanidad, no es necesario entrar en semejantes especulaciones.

Retrospectivamente, todos tenemos gran cantidad de energía acumulada de buena y mala índole, y todo “accidente” imaginable ha de ser, sin duda, expresión de uno u otro aspecto de la infinita variedad de dicha energía. Por lo tanto, no hay necesidad de distinguir kármicamente entre el naufragio marítimo o la quiebra comercial, porque siempre existe algo capaz de resolverse en ese sentido en la

masa kármica acumulada del hombre ordinario. En los raros casos en que no hay nada remanente capaz de resolverse, el hombre no puede recibir daño alguno, y según el dicho vulgar, se salva por milagro.

Nada tan desatinadamente absurdo como la idea de que podemos impedir la acción del karma. Por ejemplo, si un niño nace en circunstancias que le lleven a recibir malos tratos, no cabe duda de que eso lo merece por su karma anterior; pero, si un protector generoso le libra de esos demonios humanos que lo torturan, también esta protección estará de acuerdo con su karma porque si no lo estuviera los magnánimos intentos de liberarlo fracasarían, como suele ocurrir según sabemos. Nuestro deber evidente es actuar lo mejor que podamos y prestar cuanta ayuda esté a nuestro alcance en todos los sentidos. Procediendo así no hemos de recelar que estamos contrariando la obra de las grandes divinidades kármicas, las cuales, con toda seguridad, son capaces de llevar a cabo sus funciones con absoluta exactitud, sea lo que sea lo que nosotros hagamos o dejemos de hacer.

El karma, ¿es implacable? Si el calificativo se ha de aplicar estrictamente a la actuación de las leyes naturales, se puede admitir que el karma es implacable, como lo es la ley de la gravedad. Si un niño resbala sobre el borde de un precipicio, sean cuales sean las circunstancias en que resbale, caerá al fondo del mismo, igual que lo haría un adulto de juicio maduro. Si un hombre agarra una varilla de hierro caliente se quemará, sea cual sea el motivo que lo lleve a agarrarla, y lo mismo sería aunque ignorara que estaba caliente. Sin embargo, a nadie se le ocurriría tildar de implacable al precipicio y a la varilla, ni vituperar a las leyes de la gravedad y de la radiación del calor. ¿No es dable aplicar el mismo razonamiento al karma?

ACTUACION DE LA LEY DEL KARMA

Es difícilísimo describir con palabras lo que la actuación de la ley kármica ofrece a la vista del clarividente en los planos superiores. Parece como si las acciones del hombre elaboraran celdillas y canalículos repletos de energía almacenada por medio de cuyas reacciones le afectase la ley de evolución. El espectáculo que se le ofrece al clarividente es como si toda serie de fuerzas actuasen en torno del hombre, aunque sólo capaces de influir en él por medio de dichas energías que él mismo puso en movimiento. El hombre está acrecentando continuamente el número de esas celdillas o canalículos de energía, con lo cual modifica incesantemente las posibilidades de que le alcance la ley. La maravillosa y casi increíble adaptabilidad y diversificación del karma se muestra en la entrefusión y mezclanza de todos estos kaleidoscópicos cambios, a cuyo pesar cumple exactamente su obra.

Hay otro aspecto del karma que me ha ayudado en los esfuerzos para comprender su actuación; pero corresponde a un plano tan elevado que, desgraciadamente, no es posible expresarlo con claridad por medio de palabras. Imaginémonos ver a cada hombre como si estuviese absolutamente solo en el universo, en el centro de una indeterminada serie de esferas concéntricas. Cada uno de sus pensamientos, palabras o acciones emite una corriente de fuerza que se dirige hacia la superficie de las esferas y estremece la cara interior de la superficie de una de ellas hiriéndola en ángulo recto y por reflejo regresa, inevitablemente, al punto de procedencia.

La esfera de la cual regresa depende del carácter de la fuerza que regula asimismo el tiempo de su regreso. La fuerza generada por las acciones hiere una esfera relativamente más cercana y regresa rápidamente, mientras que las otras fuerzas prosiguen casi hasta el infinito y regresan al cabo de muchas vidas. Pero, en todo caso, regresan inevitablemente y sólo pueden hacerlo al centro de donde salieron. Cada hombre construye sus propias esferas, y la acción de sus fuerzas no está controlada en absoluto por las del vecino, porque se cruzan y se entremezclan recíprocamente sin puntos de intersección, como los rayos luminosos de dos lámparas. El medio en que se mueven no produce roce y, por consiguiente, la fuerza que regresa es precisamente la misma que el hombre generó.

El karma *prârabdhâ*, o sea la suma de karma escogido por las Autoridades para que el individuo lo agote en la presente vida, se divide en dos partes. La que ha de expresarse en el cuerpo físico la trazan los Devarâjas en el pensamiento del elemental constructor del cuerpo al que nos referimos en otro capítulo; pero la otra parte y la mayor, que ha de indicar el destino del hombre en la vida, su buena o su mala fortuna, se traza en otra forma de pensamiento que, sin descender del plano mental, cobija al embrión e influye en el hombre, aprovechando o determinando ocasiones para ir desprendiéndose por partes, emitiendo una especie de centella para herir, o un dedo para tocar, a veces muy abajo del plano físico, otras veces tan sólo el astral, y algunas veces, dicha centella o dedo brota horizontalmente del mismo plano mental.

Este elemental prosigue descargándose hasta agotarse y, entonces, se desvanece como el otro, o mejor dicho, se desintegra, volviendo su materia a la masa común del plano mental.

El hombre puede modificar su acción en virtud del nuevo karma que genera continuamente, o sea, por las nuevas causas que está generando sin cesar. El hombre poco evolucionado apenas tiene voluntad bastante para generar causas vigorosas, y así, el elemental mental se va descargando de su contenido según lo que podríamos llamar su programa primitivo, aprovechándose de los períodos astrológicos oportunos y de las circunstancias que faciliten o proporcionen mayor eficacia a su obra. De esta manera, es posible formar con bastante exactitud el horóscopo del hombre. Pero si está lo suficientemente adelantado para poseer una recia voluntad, es muy posible que el hombre modifique notablemente la acción del elemental, y que su vida no siga en absoluto la dirección trazada por el horóscopo. A veces, las modificaciones realizadas son tales que el elemental no puede descargarse totalmente antes de morir el hombre y, en este caso, el residuo queda absorbido en la gran masa del karma *sanchita*, o sea, el no extinguido todavía, con el que se forma otro elemental más o menos análogo para el comienzo de la nueva vida física.

Planeando sobre el ego, los clarividentes observan también la gran masa de karma acumulado. Generalmente, no es un espectáculo muy agradable, pues por la índole de las cosas contiene más resultados malos que buenos. En el remoto pasado, durante la primera época de su evolución, la mayor parte de los hombres hicieron muchas cosas que no debían haber hecho y, en consecuencia, se acarrearón como resultado físico grandes sufrimientos en la tierra. Hoy día todos los hombres civilizados han llegado, por

lo menos, al nivel de las buenas intenciones, y así no han generado directamente tanto mal karma. Todos cometemos torpezas, a veces; todos incurrimos en el error; pero, en general, el hombre civilizado se esfuerza en beneficiar y no en perjudicar y, en consecuencia, genera por término medio más karma bueno que malo. Pero, como quiera que no todo el buen karma se vierte en la gran masa acumulada, nos parece que en ésta prevalece el malo en detrimento del bueno.

El resultado de la mayor parte de los buenos pensamientos y acciones es mejorar al hombre y poner uno u otro de sus cuerpos en vibración responsiva a las fuerzas superiores, o educir de él las cualidades de valor, determinación, afecto y devoción que antes no poseía en tanta medida. Todo este efecto se manifiesta en el mismo hombre y en sus vehículos, pero no en la masa de karma acumulado sobre él. Pero, si realiza alguna buena acción con el claro deseo de recompensa, el buen karma resultante se acumulará con el otro hasta que llegue la ocasión oportuna de producir su efecto. Desde luego, este buen karma ata al hombre a la tierra tan inevitablemente como el mal karma; y, por lo tanto, el que aspire a progresar de verdad tiene que hacerlo todo sin pensar en sí mismo ni en el resultado de su buena acción, porque si no tiene pensamientos egoístas no le alcanzarán consecuencias que le sujeten al mundo físico.

Esto no significa que el hombre pueda perder el provecho de una buena acción, como tampoco puede eludir las consecuencias de su culpa, sino que, si al obrar bien piensa en la recompensa que espera recibir, esta misma recompensa será su provecho, mientras que si se olvida por completo de sí mismo y hace la buena obra de todo corazón, porque es justo hacerla y por eso no puede hacer lo contrario, toda la energía del resultado se invertirá en el perfeccionamiento de su carácter y no quedará nada de ello que lo ate a los planos inferiores. La verdad es que, en todos los casos, el hombre recibe lo que desea. Cristo dijo: “En verdad os digo que ya recibieron su recompensa.” Quien apetece el fruto de una buena acción lo recibe. Quien no piensa para nada en sí mismo, o que sólo piensa en servir de canal a la energía del Logos, se convierte en un canal aun más útil a consecuencia de la acción que dicho pensamiento provocó.

La consideración de que muchos hacen buenas obras en el nombre de otro y por su causa, aporta otra complejidad a quien de esta manera hacen partícipe de los resultados. El cristiano hará buenas obras en nombre de Cristo y el teósofo en el del Maestro; y la justicia exige que, en ese caso, parte del beneficio recaiga en la poderosa entidad invocada. De este modo, los Grandes Seres a quienes muchos envían pensamientos de

afecto y devoción y en cuyo nombre se llevan a cabo muchas buenas acciones, disponen constantemente de copiosas reservas de magnetismo auxiliador. Desde luego, sería de todo punto imposible que el resultado de esa acción ligara al Gran Ser. Únicamente acrecienta la energía espiritual para la obra en la que El está empeñado.

EL KARMA DE LA MUERTE

No es del todo cierto que, en la mayoría de los casos, los Señores del karma determinen el momento de la muerte; pues la ordenación es, en este punto, mucho más elástica y amoldable de lo que suponen la mayoría de estudiantes. El meollo de su comprensión está en recordar siempre que hay tres tipos principales de karma a los que los hindúes llaman: *sanchita*, *prârabdhâ* y *kriyamana*.

El karma *sanchita* es la vasta masa de karma, bueno o malo, en espera de extinción y lo llamaremos karma en reserva.

El karma es la parte del primero escogida para que el hombre lo extinga en su encarnación actual, y lo llamaremos el sino o el hado del hombre en la vida.

El karma *kriyamana* es el que nuevamente genera de continuo el hombre con sus acciones actuales.

El astrólogo y el quiromántico tratan de leer el karma o *prârabdhâ* sino del hombre en su vida actual; pero sus cálculos suelen quedar frustrados por la intrusión de otras clases de karma. Es cierto que al hombre no le puede pasar nada que no esté en la gran masa de su karma; pero, indudablemente, puede ocurrirle algo que, en un principio, no esté incluido en el sino de su vida.

Supongamos el caso de un hombre que navegue en un barco a punto de naufragar o en el primer vagón de un tren que vaya a chocar con otro. En el destino de su vida puede o no puede estar señalado que el hombre muera en el siniestro. Si está señalado, sin duda morirá y, en caso contrario, podrá salvarse si su salvación no es incompatible con las leyes ordinarias de la naturaleza. Creo que se puede decir que probablemente se *salvará* si la prolongación de su vida física ha de apresurar en algo su evolución, pues en cada vida se ha de aprender talo cual lección y se ha de desarrollar talo cual cualidad. Si este objetivo de su vida ya se ha realizado, o si, por el contrario, es evidente que no podrá realizarlo en esa existencia por mucho que viva, nada ganará con seguir viviendo físicamente y puede morir sin perjuicio de su evolución.

Además, si en la vasta masa de su karma pasado hay alguna deuda que pueda ser

debidamente saldada por el sufrimiento físico o mental que acompañe a semejante muerte, puede muy bien aprovecharse la ocasión de saldarla cuando así se ofrezca, aunque no haya sido incluida en el plan original de aquella existencia. Pero, si en el conjunto del karma en reserva no hay nada a propósito para esa muerte, el hombre *no puede* morir entonces e inevitablemente se salvará, aunque sea por medios que parezcan milagrosos. Conocemos casos en que el desprendimiento de una enorme viga salvó a un hombre de quedar aplastado bajo los escombros de una ruina, o en que al irse a pique un trasatlántico con toda la tripulación y pasajeros, sólo uno pudo ganar la costa asido a una jaula de gallinas.

No hemos de olvidar la influencia que ejerce en nuestro destino la tercera variedad de karma, o sea el que estamos generando diariamente. Un hombre puede estar realizando tan buena labor en la tierra que, de momento, convenga la conservación de su vida física; y puede haber obrado de manera que merezca o que no merezca relevarlo del plano físico en aquel período particular. Nuestra tendencia es atribuir una importancia exagerada al momento o manera de morir. Si, por un instante, nos esforzamos en imaginar cómo deben considerar este punto los Grandes Seres encargados de nuestra evolución, apreciaremos con más fidelidad el valor relativo de la muerte. Para Ellos lo único importante es el progreso de los egos que tienen a su cuidado. Saben qué lecciones han de aprender y qué cualidades han de desarrollar.

Los Grandes Seres deben mirar el progreso de los egos como un profesor considera la tarea que el alumno ha de llevar a cabo antes de extenderle el certificado de aptitud para emprender estudios universitarios. El profesor distribuye la tarea del alumno según el tiempo de que dispone, señalando la que tiene que hacer durante el curso y subdividiéndola en períodos mensuales y en lecciones diarias. Pero el profesor se permitirá mucha amplitud con respecto a las subdivisiones, destinando dos días en vez de uno a la resolución de algún punto difícil, o puede terminar una lección antes de la hora reglamentaria si los alumnos ya la han entendido.

Nuestras vidas son exactamente los días de la escuela de la vida, y la lección puede abreviarse o puede prolongarse según al maestro le parezca mejor. La muerte es, sencillamente, la salida diaria de la escuela al terminar una lección. No hemos de inquietarnos lo más mínimo sobre la muerte y hemos de recibirla agradecidos dondequiera y cuandoquiera que el karma nos la depare. lo importante es aprender la lección señalada, porque las secciones en que esta lección se divida, el tiempo invertido

en ellas y el momento en que han de empezar o terminar, son pormenores que muy bien podemos dejar en manos de los agentes de la Gran Ley.

Considerada desde este punto de vista, ninguna muerte es prematura, porque siempre podemos estar absolutamente seguros de que cuanto nos ocurra es lo mejor que nos puede suceder. Nuestra incumbencia o nuestro deber está en obrar tan rectamente como podamos en cada vida, y en esforzarnos en conservarla el mayor tiempo posible, porque si la abreviamos por negligencia o la desperdiciamos, la responsabilidad será nuestra, con resultados que, con toda seguridad, serán perjudiciales; pero si la acorta alguna vicisitud ajena a nuestra voluntad, podemos estar seguros de que este acortamiento es para nuestro bien.

Sin embargo, es verdad todo lo que se ha escrito en algunos de nuestros libros acerca de la muerte “prematura”. En la decrepitud se desvanece el deseo, y así se efectúa algo de la obra de la vida astral antes de que el hombre deje el plano físico. El mismo resultado produce una larga enfermedad y, por consiguiente, en ambos casos la vida astral suele ser relativamente corta y sin penosos sufrimientos. Este es el proceso ordinario de la naturaleza y tan sólo por comparación con él puede llamarse “prematura” una muerte temprana. Si el individuo muere joven, el deseo es todavía muy fuerte y, por lo tanto, se puede esperar una vida astral más ardorosa y robusta, lo cual, en general, es una condición menos apetecible. Pero si las Potestades ocultas deciden que es más conveniente una muerte temprana, se puede asegurar que computan otras consideraciones que compensen la prolongación de la vida astral.

Por lo tanto, parece probable que en la mayoría de los casos el momento exacto y la clase de muerte de un hombre *no* se decide antes ni en el acto de nacer. Los astrólogos confiesan que en muchos casos no pueden predecir con certeza la muerte del individuo cuyo horóscopo están examinando. Dicen que en cierta época las influencias malélicas son más intensas y que el hombre *puede* morir entonces, y si no, seguirá viviendo hasta que vuelvan a ponerle en riesgo de muerte los aspectos malignos, y así sucesivamente. De la misma manera, un quiromántico nos dice que en tales y cuales puntos hay notables interrupciones o marcas en la raya de la vida que pueden indicar o bien la muerte, o tan sólo graves enfermedades. Es probable que estas inseguridades de astrólogos y quirománticos representen puntos dejados en suspenso para una decisión ulterior y que, en gran

parte, dependan de las modificaciones resultantes de la acción del hombre durante su vida y del uso que haga de sus oportunidades. De todos modos, podemos tener la completa seguridad de que cualquier decisión que se tome será la sabia y atinada y que, en muerte o en vida, todas las cosas cooperan para nuestro bien.

EL KARMA COMO EDUCADOR

Nadie puede recibir lo que no haya ganado, y todas las cosas nos llegan como consecuencia de las causas que nosotros mismos hemos originado. Si hemos puesto en acción la causa, también el efecto, porque causa y efecto son como el anverso y el reverso de una misma medalla que no puede subsistir el uno sin el otro. En realidad, el resultado nos alcanza como parte de nuestra acción original que, en este caso, puede decirse que continúa. Todo lo que nos pasa, bueno o malo, es obra nuestra, pero también se utiliza indudablemente en nuestro beneficio. El pago de una deuda sirve para el desarrollo del deudor, y al pagarla puede demostrar paciencia, valor y resignación ante la adversidad.

La gente se queja continuamente de las circunstancias en que se ven envueltos y hay quien dice: “Tal como estoy no puedo hacer nada, con tanto trabajo y una familia tan numerosa. ¡Si yo tuviera la libertad de Fulano!”

El que dice eso no se da cuenta de que todos esos obstáculos son parte de su educación y que se le interponen en su camino precisamente para enseñarle a superarlos. Sin duda que le gustaría tener ocasión de demostrar las facultades que ya ha desarrollado, pero lo que se necesita es que desarrolle las que no ha educado todavía, y esto exige un duro trabajo y un penoso sufrimiento, aunque también significa un rápido adelanto. Es cierto que no hay premios ni castigos, pero *hay* el resultado positivo o negativo de nuestras acciones. Si alteramos de algún modo el equilibrio de la naturaleza, inevitablemente, ésta se recuperará a costa nuestra.

A veces, el ego delibera sobre si tomar o no cierto karma en la vida actual, aunque la mente cerebral no se percate de esa deliberación, de manera que las circunstancias adversas de las que el hombre personal se lamenta, son precisamente las escogidas por el ego para adelantar en su evolución. Cuando alcanza el discipulado y, por lo tanto, se encuentra algo más allá de la etapa general actual de evolución, suele dominar y alterar en gran parte su karma, no porque lo eluda en lo más mínimo, sino porque ya tiene muchos conocimientos nuevos y, en consecuencia, actualiza en diferentes direcciones nuevas fuerzas que modifican naturalmente la actuación de las antiguas. Oponen una ley a otra ley, neutralizando de este modo fuerzas cuya resultante podría ser entorpecer

su progreso.

Se ha dicho en varias ocasiones que cuando el discípulo toma una senda que acelere su progreso se atrae con ello sufrimiento. Esta no es la mejor manera de expresar esa idea pues, a lo sumo, se empeña con más vehemencia en su evolución y se esfuerza todo lo posible en desarraigar el mal y fortalecer el bien en sí mismo, con objeto de ser un canal viviente del amor divino cada vez más perfecto. Es verdad que entonces llamará la atención de los elevados Señores del Karma, y aunque Su respuesta le proporcione al discípulo una mayor oportunidad de progreso, también, en varios sentidos, puede entrañar un considerable sufrimiento.

Pero, pensándolo detenidamente, veremos que esto es lo que, con toda precisión, se puede esperar. Más o menos, todos tenemos un mal karma anterior, y hasta que lo agotemos esto será un perpetuo obstáculo para nuestras obras de orden superior. Una de las primeras etapas en el camino del verdadero progreso es, por consiguiente, la desaparición de los residuos del mal existentes en nosotros y, entonces, la primera respuesta de los Grandes Seres a nuestros esfuerzos por adelantar es la de depararnos frecuentemente la ocasión de pagar algo más de esta deuda (pues ya somos lo bastante fuertes para pagarla) a fin de eliminarla del camino de nuestra obra futura. La manera de pagarla está enteramente en manos de los Señores del Karma y no en las nuestras, pudiendo confiar en que procederán sin infligir sufrimiento adicional a los demás, a menos que éstos tengan pendiente alguna deuda kármica que tenga que satisfacerse de ese modo. En ningún caso las divinidades kármicas procederán sin absoluta justicia, ya inmediata, ya remota, respecto de cada individuo.

VARIEDADES DEL KARMA

El karma del servicio desinteresado que se presta, siempre es la oportunidad de prestar mayor servicio. Esta es una de las reglas derivadas con innegable certeza de nuestro estudio de la actuación del karma en las muchas vidas que hemos examinado. Cuando el hombre se porta bien en una vida, de esto no se deduce que será rico, poderoso, ni siquiera que gozará de bienestar en la próxima; pero sí que se deduce absolutamente que tendrá mayores ocasiones para trabajar. Evidentemente, el Logos quiere realizar su obra y si deseamos tener ocasiones de progreso, hemos de dar pruebas de nuestra voluntad para trabajar.

En toda ocasión, el conocimiento entraña responsabilidad. Ceder a lo que sabemos que es malo, o retroceder un paso con objeto de ganar fuerzas para un mayor salto hacia adelante, equivale a perder la ocasión que tal vez no se vuelva a presentar hasta transcurridas muchas vidas. Si desdeñamos el conocimiento o la intuición que nos señala un defecto es seguro que en la vida siguiente naceremos sin este conocimiento o esta intuición. El conocimiento siempre tiene que ser empleado, porque es un error creer que si demoramos el momento de utilizarlo lo podremos retener.

Si preferimos conducirnos con insensatez, estableceremos condiciones muy poco gratas en el porvenir; y aunque el hombre civilizado pueda perder tiempo y no adelantar, ya le resulta prácticamente imposible volver, en un nuevo nacimiento, al estado salvaje o de gente soez, a no ser que recurra a la magia negra y utilice su tremenda energía en dirección equivocada. A causa de una mala conducta o del menosprecio de las oportunidades, podremos nacer en condiciones adversas en nuestra propia clase social o en un grado un poco inferior; pero sería subvertir el orden de las cosas si nos reincorporáramos al estado salvaje. A veces, las acciones extraordinarias producen resultados extraordinarios aunque, por regla general, no hay ascensos ni descensos súbitos, pues a un hombre culto le sería imposible agotar el karma generado en su posición social si cayera en las reducidas condiciones de un rudo labriego. Para el plan del Logos se necesita un número siempre en aumento de personas cultas y, por lo tanto, una vez el hombre ha nacido en una posición decorosa, es del todo posible que continúe naciendo así.

Sin embargo, hay ciertas acciones de resultado kármico sumamente terrible. Por ejemplo, el karma de toda clase de crueldad con hombres o animales es siempre de espantoso carácter y suele acarrear dolencias crónicas, acompañadas de agudos sufrimientos y, a veces, de la locura, sobre todo cuando la crueldad es refinadamente intencionada. Así, hemos observado que muchos individuos de la ignorante turba que torturó a Hypatía en Alejandría han renacido en Armenia, sufriendo toda clase de crueldades a manos de los turcos. Los que ahora, al parecer por accidente, mueren quemados con horribles sufrimientos, suelen ser los mismos que en la Edad Media quemaron a otros o contemplaron alborozados aquellas escenas macabras de martirio.

Todo daño inferido a un ser de evolución muy elevada, reacciona terriblemente sobre el ofensor, y por eso hemos de ir con mucho cuidado en nuestra actitud hacia cualquier Gran Ser que pueda advenir, porque estando mucho más adelantado que nosotros, es fácil que no le comprendamos y que, por resultar distinto de lo que esperábamos, no lo estimemos debidamente. Los Grandes Seres no descienden más a menudo entre los hombres por lo terrible del karma del juicio equivocado y el mal trato del cual, con toda seguridad, las turbas insensatas les harían víctimas. He observado el caso de un alma nobilísima que, nacida en donde no la comprendían, en su niñez cayó en manos de un brutal e incompetente pedagogo que lo maltrataba vergonzosamente. También se me ha permitido ver el karma de la crueldad y me estremezco al pensar en él. Verdaderamente, las palabras atribuidas a Cristo respecto del escándalo, pueden aplicarse al desventurado deudor de este karma: “Y cualquiera que escandalizare a alguno de estos pequeñuelos, mejor fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino y que se le anegase en lo profundo de la mar.”

Íntimamente relacionado con el karma de la crueldad está el karma de la ingratitud que siempre es en extremo penoso, sobre todo cuando se muestra ingratitud hacia un instructor de ocultismo. La gente está constantemente ansiosa de ponerse en contacto con los Maestros y de llamar Su atención, creyendo a veces que los discípulos de dichos Maestros les impiden el acceso, o por lo menos que se niegan a ayudarles en sus esfuerzos por acercarse a Ellos. El discípulo de un Maestro sólo vive para ayudar a los demás hombres, y nunca es mayor su alegría que cuando logra llevar a otro a los Pies donde él tanto aprendió; pero, si del tipo del aspirante colige que todavía no comprende a los Grandes Seres, que su actitud hacia ellos es falaz, irreverente y presuntuosa, no asumirá la responsabilidad del asunto, porque sabe que de ello se derivarían gravísimos desastres. Un hombre de un temperamento así, con toda

seguridad, generará mal karma en todas partes y sería una locura ponerlo en situación de centuplicarlo.

Por ejemplo, he observado casos en que personas muy adictas a nuestra actual Presidenta, la señora Besant, mudaron de parecer y la maltrataron y calumniaron. Esta maldad genera un karma mucho peor que si su actitud la dirigieran contra una persona a quien nada debiesen. Con esto, no quiero negar el derecho de cualquier individuo a cambiar de opinión, pues si alguien cree, en conciencia, que ya no puede seguir por más tiempo a nuestra Presidenta, está en su perfecto derecho a retirarse de entre sus discípulos. Lamentaremos su obcecación, pero no tendremos para él ni una palabra de vituperio, porque cada cual tiene que hacer lo que crea justo. Semejante separación no generará otro mal karma que la pérdida de oportunidad, el resultado normal de fracasar en una prueba e incurrir en un grave error. Pero, si esa persona, después de separarse, empieza a atacar alevosamente a la Presidenta ya difundir contra ella escandalosas falsedades, como algunos han hecho, comete una culpa gravísima y el karma de su acción es sumamente pesado. La venganza y la mentira siempre son malignas; pero cuando una persona las arroja contra aquel o aquella de cuyas manos recibiera el cáliz de vida, son crímenes de aterradoras consecuencias.

A aquel que tenga mucho mal karma en su pasado le resultará imposible adelantar en ocultismo hasta que lo extinga. Por ejemplo, aquellos que estén abrumados de deudas kármicas probablemente no formarán parte de la comunidad de la sexta raza raíz. El que tenga tras de sí mal karma, tampoco puede alcanzar el nivel de adepto, porque ha de liberarse de toda necesidad de renacimiento. El hombre que consiga actuar con desembarazo en su vehículo búddhico o de la razón pura, desprendiéndose así del cuerpo causal, ya no necesitará revestirse de este último y, naturalmente, esto no es posible hasta extinguir el karma de los planos inferiores. El Maestro emite en curvas abiertas todas sus energías; pero cualquier bajo pensamiento egoísta deriva su energía por una curva cerrada, de modo que, buena o mala, retrocede hasta su origen y el hombre vuelve a recibirla.

Nadie queda desligado de los efectos en los planos inferiores hasta ser en ellos perfectamente inegoísta. Aquel que al ayudar al prójimo se siente unido a él sólo obtiene el resultado de su acción en el plano racional y no en ninguno de los

inferiores. No olvidemos que también generamos karma en el plano astral, porque el hombre puede generar karma dondequiera que su conciencia esté desarrollada o dondequiera que actúe o escoja. He observado casos en que las acciones realizadas en el plano astral fructificaron kármicamente en la vida física inmediata.

También es conveniente recordar que siempre hay un karma colectivo correspondiente a una comunidad o nación, cada uno de cuyos habitantes es responsable, en cierto grado, de la actuación del conjunto. Por ejemplo, un sacerdote tiene cierta responsabilidad de todo cuanto hace el clero colectivamente, aunque de por sí no lo apruebe.

KARMA ANIMAL

Los estudiantes suelen preguntar cómo actúa el karma en el reino animal, diciendo que apenas se concibe que los animales tengan karma de variedad alguna, siendo difícil explicar las profundas diferencias que se observan en su condición, pues a unos se les trata con bondad y cariño, mientras que otros están sujetos a toda serie de brutalidades, y los hay protegidos y bien alimentados, al paso que otros sufren hambre y han de luchar por la existencia.

Es preciso tener en cuenta dos puntos sobre el particular: primero, que un animal suele *generar* gran parte de karma; segundo, que el animal bien tratado no suele recibir de ello tanta ventaja como parece, porque la compañía del hombre no siempre mejora al animal ni tiende a desenvolverlo en la dirección correcta. Al perro de caza el cazador le enseña a ser más salvaje y brutal de lo que hubiera sido en cualquier forma natural de vida, porque el animal salvaje mata sólo para aplacar el hambre, y únicamente el hombre intercala en la vida animal la maldad de matar por el placer de destruir. A pesar de lo mucho que el perro de caza pueda desarrollar su inteligencia, a esta infortunada criatura más le hubiera valido no ponerse nunca en contacto con la humanidad porque por su medio su alma grupal *ha* generado un karma de la peor especie, ya que los otros perros, que también son expresión de la misma alma grupal, tendrán que sufrir más tarde para desarraigar gradualmente sus instintos salvajes.

Lo mismo se puede decir del perro faldero al que su imprudente dueña mimó de tal modo que, poco a poco, va perdiendo las cualidades caninas y se convierte en un saco de egoísmo y molición. En ambos casos, el hombre abusa criminalmente de la confianza puesta en él con respecto al reino animal, y educa a propósito los instintos inferiores en vez de los superiores de las criaturas dejadas a su cuidado, generando con ello mal karma y motivando que también lo genere el alma grupal. El deber del hombre hacia el perro es, evidentemente, desarrollar la adhesión, el afecto, la inteligencia y la utilidad, reprimiendo con cariñoso rigor toda manifestación de aspecto cruel y salvaje de su naturaleza, que una embrutecida humanidad ha estado alimentando asiduamente durante siglos.

Aquellos que preguntan sobre esta cuestión hablan como si creyeran que un perro o un gato encarnan en determinadas circunstancias en recompensa de su merecimiento. El perro y el gato todavía no son individualidades separadas y, por lo tanto, en su pasado, no pudieron generar karma individual, en la ordinaria acepción de este calificativo, ni nada que mereciera recompensa. Cuando la masa particular de esencia monádica que evoluciona por la línea de la encarnación animal que culmina, pongamos por caso, en el perro, alcanza un nivel bastante elevado, los animales que forman su manifestación en la tierra, los perros en este caso, se ponen en contacto con el hombre a fin de que su evolución reciba el estímulo que sólo este contacto puede proporcionar.

La masa de esencia elemental que anima a dicho grupo de perros tiene en su materia todo el karma resultante de haber gobernado a sus múltiples manifestaciones de modo que alcanzaran el nivel en que fue posible la relación con el hombre, y cada perro del grupo participa del resultado. Así es que, cuando la gente pregunta qué puede haber hecho un perro para merecer una vida muelle u otra trabajosa, se dejan engañar por las apariencias, olvidando que el perro no es un ser individualizado, y que no se individualizará hasta las postrimerías de su última encarnación en forma canina, cuando una nueva alma se desgaje de la masa grupal.

Algunos estudiantes no advierten que puede haber lo que podría llamarse el comienzo de una nueva tela del karma. Cuando A perjudica a B, siempre suponen que en otro tiempo B perjudicó a A, y ahora cosecha lo que sembró. Así puede ocurrir en muchos casos, pero semejante cadena de causación ha de tener principio, que tal vez fuera un espontáneo acto de injusticia por parte de A, del cual cosechará el resultado en el porvenir, mientras que el sufrimiento de B, aunque inmerecido respecto de A, es el pago de alguna acción o acciones cometidas en el pasado en relación con otro individuo.

En el caso de una bestia maltratada por el hombre, es evidente que el maltrato no puede resultar del karma del animal, porque si éste fuera un ente capaz de traer karma consigo, ya no hubiera encarnado en forma animal. En cambio, el alma grupal a la que pertenece el maltrecho animal debía tener karma pues, de lo contrario, el animal no recibiría maltrato.

A veces los animales, intencionadamente, se causan unos a otros terribles sufrimientos. Después de varias consideraciones, se deduce que la víctima devorada por la fiera para alimentarse en circunstancias ordinarias, *no* sufre gran cosa; pero en las inútiles e intencionadas peleas que suelen entablarse entre los animales, como por ejemplo los toros, ciervos, perros o gatos, se ocasiona con salvajismo un terrible dolor, y esto genera en el alma grupal un mal karma que ha de satisfacer en el porvenir inmediato o diferido por medio de algunas de sus manifestaciones.

Sin embargo, a la bestia humana que maltrata cruelmente a un animal o le incita a reñir o a dañar a otros, ni un momento, ni un ápice se le aminora por ello la culpa. El karma del hombre que así abusa del poder de ayuda que tiene en sus manos es mayor y más pesado, y en muchas vidas futuras tendrá que sufrir las consecuencias justas y precisas de su abominable brutalidad.

Aquel que se tome la molestia de estudiar todo lo que se puede aprender en las obras teosóficas sobre el karma y la reencarnación de los animales, comprenderá fácilmente los principios capitales a que están sujetas sus leyes. Reconozco que este conocimiento todavía es deficiente y somero, pues de continuo ocurren casos en que los pormenores del método de extinción del karma traspasan nuestro entendimiento; pero es lo suficiente para demostrar que cuanto se nos ha enseñado respecto a la inevitabilidad y absoluta justicia de la gran ley, es una de las verdades fundamentales de la naturaleza. Con esa seguridad, para una comprensión más detallada, se puede esperar a obtener las facultades superiores, las únicas capaces de contemplar la actuación del sistema en su conjunto.

Ciertamente, a medida que vayamos progresando, la luz divina iluminará muchas recondideces que todavía están en la sombra, y lenta, pero firmemente, nos aproximaremos al conocimiento perfecto de la Verdad divina que aun ahora nos rodea, protege y guía. Todos cuantos han tenido el privilegio de estudiar estos temas bajo la dirección y la ayuda de los insignes Maestros de Sabiduría, están persuadidos tan plenamente de ello que incluso en aquello que todavía no ven muy claro confían gustosos en el altísimo Poder del que sólo pálidos vislumbres le son concedidos a la visión humana.

SECCIÓN XIV

LA SOCIEDAD TEOSÓFICA Y SUS FUNDADORES

¿QUE ES LA SOCIEDAD TEOSÓFICA?

Parece como si algunos de sus miembros no hubiesen comprendido todavía la situación de la Sociedad Teosófica a la que pertenecen. No es una sociedad constituida simplemente para fomentar el estudio de alguna rama especial del conocimiento, como la Real Sociedad Asiática, o la Real Sociedad Geográfica, y, menos todavía, es una iglesia encaminada a difundir alguna doctrina en particular. La Sociedad tiene en la vida moderna un lugar propio, porque su origen difiere del de toda corporación hoy existente. Para comprender su origen debemos referirnos, por un momento, al aspecto oculto de la historia del mundo.

Todos los estudiantes de ocultismo saben que la evolución mundial no sigue su curso al azar, sino que la gobierna y dirige la gran Jerarquía de Adeptos llamada Fraternidad Blanca a la que pertenecen los que nosotros denominamos Maestros, porque bajo ciertas condiciones aceptan por discípulos a aquellos que consideran dignos de este honor. Pero no todos los Adeptos son Maestros, ni todos aceptan discípulos, pues algunos de ellos, aunque iguales en categoría oculta, emplean el tiempo de otro modo muy distinto, aunque siempre en ayuda de la evolución.

Para mejor vigilancia y gobierno de su campo de actividad, han dividido el mundo en distritos, como la Iglesia divide su territorio en parroquias (aunque los de Ellos son distritos tan vastos como un continente), y un Adepto rige cada uno de estos distritos lo mismo que el párroco rige su parroquia. Pero, a veces, la Iglesia realiza un esfuerzo especial no relacionado con ninguna de sus parroquias en particular sino en beneficio de todas, y establece “misiones” con objeto de avivar la fe y despertar el entusiasmo en un país, de modo que los beneficios obtenidos no sean ganancia personal para los misioneros, sino que sirvan para acrecentar la eficacia de las parroquias ordinarias.

En cierto aspecto, la Sociedad Teosófica es parecida a una misión, y las diversas religiones del mundo son las parroquias; porque esta Sociedad interviene en todas ellas, no con el propósito de apartar a los fieles de sus creencias, sino esforzándose en darles mayor comprensión de sus ideas religiosas y que ajusten a ellas su conducta mucho mejor de lo que hasta entonces hicieron. En algunos

casos, restituye a los fieles la fe perdida en un nivel superior y más razonado. También otros que no profesaban ninguna religión determinada y que, a pesar de ser de temperamento religioso habían sido incapaces de aceptar la rigidez de las enseñanzas ortodoxas, encontraron en la Teosofía las verdades religiosas expuestas en forma tan razonable y tolerante que las aceptaron de todo corazón. Entre los miembros de la Sociedad Teosófica hay hinduístas, budhistas, jainos, parsis, judíos, musulmanes y cristianos, sin que jamás ninguno de ellos haya oído de labios de los dignatarios de nuestra Sociedad, ni leído de su pluma, ni una sola palabra en contra de la religión que profesan. Algunas veces, la obra de la Sociedad ha reavivado el sentimiento religioso en los lugares donde se estableció.

La razón de ello se comprende fácilmente al recordar que todas las religiones del mundo derivan de la gran Fraternidad Blanca. En este real, aunque oculto gobierno del mundo, hay un departamento o ministerio de Instrucción religiosa, cuyo Jefe ha fundado las diversas religiones, ya sea personalmente, ya por medio de algún discípulo, adaptando en cada caso las enseñanzas para el pueblo a quien estaban destinadas y al período correspondiente de la historia del mundo. Todas son, sencillamente, expresiones diferentes de la misma doctrina, según se puede deducir de su comparación. Las formas externas varían considerablemente, pero las cuestiones esenciales siempre son las mismas, porque todas las religiones recomiendan las mismas virtudes y condenan los mismos vicios, de modo que la vida cotidiana de un buen budhista o de un buen hinduista es prácticamente idéntica a la de un buen cristiano o un buen musulmán. Todos hacen las mismas cosas, aunque les dan nombres distintos. Uno emplea mucho tiempo en la oración y otro en la meditación; pero sus ejercicios son realmente los mismos y todos están de acuerdo en que el hombre bueno ha de ser justo, amable, generoso y veraz.

Se dice que hace algunos siglos los principales dignatarios de la Fraternidad decidieron que, una vez cada cien años, en lo que para nosotros es el último cuarto de siglo, se hiciese un esfuerzo especial para ayudar de un modo u otro al mundo. Algunos de estos esfuerzos se pueden ver claramente, como por ejemplo el movimiento iniciado por Cristián Rosenkrentz en el siglo XIV, simultaneando con las profundas reformas introducidas por Tsong-kha-pa en el Budhismo del Norte; el notable renacimiento de la erudición clásica y el invento de la imprenta en Europa en el siglo XV; la obra de Akbar en la India en el siglo XVI, al mismo

tiempo que Lord Bacon publicaba sus obras y florecía espléndido en Inglaterra el reinado de Isabel I; la fundación de la Real Sociedad de Londres y la labor científica de Robert Boyle y otros, después de la Restauración en el siglo XVII; en el siglo XVIII se ensayó la ejecución de un movimiento muy importante (cuya historia secreta en los planos superiores conocen muy pocos) que escapó al dominio de sus jefes y directores, degenerando en la revolución francesa; y la importante fundación, por fin, de la Sociedad Teosófica en el siglo XIX.

Esta Sociedad es uno de los grandes movimientos en la historia del mundo destinados a producir efectos mucho más eficaces que cuantos vieron los siglos. La historia de su actuación hasta ahora no es más que el prólogo de lo que ha de ser, y su importancia no tiene punto de comparación con la que ha tenido hasta aquí. Se diferencia de cuantos movimientos la precedieron en que, primeramente, es el heraldo del adviniente Cristo, y en segundo lugar, es el primer paso decidido hacia la fundación de la sexta raza raíz. Algunos de nuestros estudiantes saben que el Maestro M., el gran Adepto a quien ambos de nuestros fundadores deben especial fidelidad, ha sido nombrado Manú de esta raza, y que su inseparable amigo el Maestro K.H. tendrá a su cargo la enseñanza religiosas de la nueva raza.

Es evidente que para la obra encomendada a estos dos Grandes Seres se necesitarán un ejército de devotos seguidores que, por encima de todo, deben ser leales, obedientes y sufridos. También podrán poseer otras cualidades, pero por lo menos *deben* tener éstas. Habrá amplio espacio para la inteligencia viva, el ingenio agudo y toda clase de aptitudes; pero todo esto sería inútil sin la virtud de la obediencia perfecta y la absoluta confianza en el Maestro. La presunción es una barrera infranqueable para progresar en este sentido. Quien no obedece una orden, quien no dobliga por completo su personalidad en la obra que se le confía para cooperar armónicamente con sus compañeros, no tiene un lugar señalado en el ejército del Manú. Quienes se afilien a él habrán de reencarnar una y otra vez en rápida sucesión en la nueva raza, procurando ajustar cada vez más sus cuerpos al modelo presentado por el Manú. Esta parte de su labor será muy dura y laboriosa, pero absolutamente necesaria para establecer el nuevo tipo de humanidad que la raza requiere. Hoy se nos depara la oportunidad de alistarnos voluntariamente para esta obra. Quienes deseen colaborar en ella deben empezar por distinguir sus aspiraciones de las aspiraciones del mundo ordinario. Si hemos de ser elegidos para *esa* obra, debemos mostrarnos voluntariamente dispuestos a hacer lo que ahora se

nos ofrezca, sea lo que sea. El jefe superior del departamento de Instrucción religiosa, el Señor Maitreya, que ya predicó a los hindúes en la persona de Krishna y a los cristianos en la de Cristo, ha resuelto visitar nuevamente al mundo para salvación y auxilio de las naciones y la reavivación de la espiritualidad en la tierra que casi la ha perdido.

Una de las grandes obras que ha de realizar la Sociedad Teosófica es preparar a los hombres para el advenimiento del Cristo, a fin de que el mayor número posible sean capaces de aprovechar la incomparable oportunidad que Su presencia les depare. La religión fundada por Cristo, cuando hace dos mil años vino a Judea, está muy ampliamente difundida por todo el mundo; pero cuando después de dejar Su cuerpo físico Sus discípulos se reunieron para decidir la conducta que debían seguir, se nos dice que eran tan sólo ciento veinte. Entonces, el heraldo de Cristo fue un solo predicador; ahora lo es una Sociedad mundial de más de veinte mil miembros. ¿Podremos esperar que esta vez lo hagamos mejor y Le retengamos entre nosotros más de tres años, antes de que la maldad del mundo lo expulse, y agrupemos en torno de El un mayor número de discípulos antes de que nos deje? Esto es lo que está por ver y depende en gran parte de la energía, el esfuerzo y la abnegación de los actuales miembros de la Sociedad Teosófica.

Además de su principal objetivo de difundir por el mundo la verdad oculta, la Sociedad Teosófica tiene el objeto secundario de que puede actuar como una especie de red para escoger de entre el mundo entero las personas lo bastante interesadas en ocultismo para trabajar voluntariamente por ella. De este número habrá algunos deseosos de adelanto, de aprender todo cuanto la Sociedad les pueda enseñar y de realizar verdaderos progresos. Probablemente no todos tendrán éxito, pero sí algunos, como sucedió en el pasado, y de entre ellos podrán escoger los Adeptos a quienes consideren dignos del gran privilegio de asociarlos a Su futura labor. Esta elección no ha de recaer precisamente en quienes pertenecen a la sección esotérica de la Sociedad Teosófica, puesto que esto incumbe exclusivamente a los Maestros. Tan sólo podemos decir que otras selecciones por el estilo ya se hicieron en el pasado y que sabemos que se necesitan muchos más voluntarios.

Hay quienes han ingresado en la Sociedad Teosófica sin conocer las oportunidades internas que ofrece, ni la estrecha relación con los grandes Maestros de Sabiduría a que puede llevar a sus miembros. Muchos ingresaron descuidadamente, con escasa idea o

comprensión de la importancia del paso que daban, y también hubo quienes la abandonaron con igual descuido, precisamente por no comprenderla.

Sin embargo, incluso éstos ganaron algo, si bien mucho menos de lo que hubieran ganado de tener mejor comprensión. La condesa Wachtminster refiere que cuando algún visitante circunstancial iba a ver a la señora Blavatsky y se ofrecía para ingresar en la Sociedad Teosófica, ella extendía inmediatamente las formalidades necesarias para admitirlo y que, como la condesa le reprochase luego que no cabía esperar mucho de quienes se brindaban a ser socios por motivos de curiosidad o cortesía, la cofundadora respondió:

“Es verdad; pero el haber firmado su solicitud, aunque se trate de un acto de puro formulismo, los liga a la Sociedad con un lazo kármico que, aun siendo débil, les aprovechará algún tanto en el porvenir.”

Algunos han caído en la increíble insensatez de separarse de la Sociedad Teosófica porque desaprobaban la conducta de la Presidenta, sin reflexionar que, en primer lugar, esta conducta es cuestión de la Presidenta y no de la Sociedad; en segundo lugar, porque como la Presidenta conoce los asuntos bajo todos sus aspectos mucho mejor que ellos, probablemente, para seguir la conducta que sigue tiene alguna poderosa razón que ellos desconocen; y por último, que la presidencia de la Sociedad y la conducta de los Presidentes son transitorias, sin que afecten en absoluto al hecho fundamental de que la Sociedad pertenece a los Maestros y a Ellos representa, por lo que abandonarla equivale al abandono de Su estandarte. Puesto que tras la Sociedad están los Maestros que la utilizan como instrumento, podemos estar seguros de que no permitirán ningún grave error. Desde luego que a un buen soldado no le cuadra desertar de las filas y marcharse a combatir aisladamente porque no le gusten los planes del general, pues semejante combate no es eficaz ni útil para la causa que pretende defender.

Algunos han desertado tan sólo por el temor de que si permanecían en la Sociedad se les podría achacar que se sentían identificados con alguna idea que ellos desapruban. Esto, además de egoísmo, es amor propio, pues ¿qué importa lo que piensen o digan de nosotros, con tal que se haga la obra del Maestro y se lleve a cabo su plan? Hemos de aprender a olvidarnos de nosotros y a pensar únicamente en la obra, ya que de todos modos ésta ha de cumplirse y que la vacante de los que se niegan a cooperar en ella se proveerá rápidamente. Por lo tanto, se puede

preguntar: ¿qué importan las defecciones? *Nada* importan para la obra, pero mucho para el desertor, que desperdicia una oportunidad que no se le volverá a presentar en muchas encarnaciones. La deserción indica absoluta carencia de *sindéresis* y completa ignorancia de lo que significa realmente la Sociedad y del lado oculto de su obra.

Esta obra que los Maestros realizan, esta obra de la evolución de la humanidad, es la más fascinante del mundo. A quienes de entre nosotros han desarrollado las facultades de los planos superiores se les permite a veces tener un vislumbre de este poderoso plan y han visto levantar una tenue punta del velo. No conozco nada más conmovedor ni de mayor interés. El esplendor y la colosal magnitud del plan pasman a quien lo contempla, y todavía impresiona más profundamente la serena dignidad y la absoluta realidad de todo él. No sólo los individuos, sino también las naciones son las piezas de este juego; pero a ninguna nación ni individuo se les obliga a desempeñar determinada parte en él, pues sólo se les proporciona la ocasión para ello y si la desaprovechan no faltará quien ocupe su lugar.

En nuestra época, a los anglosajones y a toda la raza teutónica, se les depara una magnífica ocasión si quieren dejar de lado sus rivalidades y sus mezquinos recelos. Espero, de todo corazón, que así sea y creo que será: pero también sé que, si por desgracia esto fracasa, ya hay otra nación escogida para empuñar el cetro que caiga de sus manos. Semejante fracaso motivaría una ligera demora mientras la nueva nación 'ascendía rápidamente al nivel necesario, pero al cabo de unos cuantos siglos, se conseguiría exactamente el mismo resultado. lo único que es de todo punto cierto es que el fin propuesto debe cumplirse, y en cuanto a los agentes que lo lleven a cabo, es cosa que a ellos incumbe, sin afectar en nada al progreso total del mundo.

Ingresemos *en* la obra de la Sociedad Teosófica procurando siempre trabajar cada vez más y mejor, sin abandonarla, porque si ahora nos portamos como los buenos en asuntos de relativamente menor cuantía, en las actividades de la Rama, en la propaganda de la obra, en el servicio al prójimo, se nos permitirá hacer algo de mayor importancia como es allanar el camino para el advenimiento del Señor. Si, con devota humildad, tenemos el glorioso privilegio de hacernos ferviente y humildemente útiles para entonces, se nos confiarán tareas todavía más difíciles relacionadas con la formación de la nueva raza raíz, y se' nos podrá aplicar la vieja

sentencia: “Bien hiciste, siervo bueno y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor.”

LA TEOSOFIA Y LOS CAUDILLOS DEL MUNDO

El teósofo reflexivo no puede por menos de extrañarse que, siendo indudablemente la Teosofía la teoría más adelantada de la existencia y la afirmación más completa de la sabiduría suprema actualmente al alcance, no cause mella alguna en la mayoría de las eminencias del pensamiento y del progreso del mundo, ya sea en ciencia, arte, literatura, filosofía o religión. Estos hombres de inteligencia aguda o de noble espiritualidad deberían ser los primeros en aceptar el espléndido fulgor de la Teosofía, la claridad y sensatez de su sistema, la luz que arroja sobre todos los problemas de la vida y de la muerte y la belleza de los ideales que nos ofrece. Pero lo cierto es que *no* es que no la acepten, sino que, por el contrario, muchos la tratan con indiferencia e incluso con desdén. Su actitud es un fenómeno notable. ¿Cómo explicarlo?

Por lo que a nosotros concierne, dejando de lado la extraordinaria personalidad de nuestra Presidenta, todos sabemos muy bien que los teósofos, en cuanto a mentalidad, somos muy inferiores a las eminencias científicas y filosóficas, así como en espiritualidad y devoción somos también muy inferiores a los grandes santos de que nos hablan las diferentes religiones. Sin embargo, tenemos el inestimable privilegio de pertenecer a la Sociedad Teosófica, de comprender, creer y asimilarnos sus enseñanzas, mientras que, evidentemente, a dichas eminencias esto no les cabe en la cabeza. Desde luego, no somos mejores que ellos y en algunos aspectos estamos menos desarrollados. Así pues, ¿por qué hemos recibido nosotros este grande y glorioso privilegio y no lo han recibido ellos?

Es necesario advertir, para no engañarse sobre el particular, que es una recompensa grande y gloriosa. Los adjetivos más laudatorios del idioma, la descripción más poética que pudiéramos concebir, no alcanzarían a expresar lo que la Teosofía transfiere a quienes la comprenden y lo que hace por los que la practican. Puesto que todo esto nos beneficia a nosotros, que somos grey vulgar, ¿cómo deja fríos e indiferentes a las egregias eminencias mundiales?

También conviene advertir aquí, para no equivocarse, que estos hombres *son*

hombres grandes y superiores. La mente del científico genial es cosa apetecible y admirable, pues equivale a la culminación de siglos de desarrollo. La espiritualidad, el total desapego del mundo y la profunda devoción del santo son cualidades bellas y preciosas sobre toda ponderación, y semejante santidad es la corona de muchas vidas de ardientes esfuerzos en este sentido especial. Son realmente dones que nadie puede despreciar ni contradecir, “más deseables que el oro y mucho más que el oro refinado, y dulces más que miel y que la que destila el panal.”¹³

Sin embargo, sus dueños no poseen la inestimable perla de la Teosofía, y nosotros la poseemos, aunque estamos en el llano y los vemos a ellos en las cimas de las montañas. Desde luego, estos grandes hombres tienen mucho que nosotros no tenemos, o que por lo menos está todavía en estado embrionario en nosotros; pero ¿qué tenemos nosotros que ellos no tengan para que merezcamos tan alto honor? Pues tenemos el *conocimiento de la dirección que hemos de dar a nuestras fuerzas*. lo tenemos porque las enseñanzas teosóficas nos han dado a entender algo del plan de las cosas, algo del plan constructivo del mundo, algo del objetivo y método de la evolución; y esto no sólo en líneas generales, sino también con pormenores suficientes para aplicarlo a la vida individual.

Pero, ¿por qué esto nos parece a nosotros, los pequeños, mucho más claro que a los grandes? Por nuestra doctrina sabemos que “la absoluta verdad pesa sin falta en la balanza”, y que nadie puede recibir el más mínimo beneficio sin haberlo merecido; y, por lo tanto, ¿qué hemos hecho para merecer esta suprema recompensa, nosotros que, como millares de otros hombres, estamos llenos de las vulgares flaquezas humanas y no somos ni mejores ni peores que la gran mayoría de nuestros semejantes?

Sea lo que sea lo que hayamos hecho, evidentemente, debe haber sido en otra vida y no en ésta. Muchos de nosotros podemos atestiguar que al conocer por primera vez la Teosofía (en esta vida) algo en nuestro interior se conmovió de pronto en gozosa respuesta a su invitación, como si ansiosamente reconociéramos nuestra afinidad con su pensamiento. Sin embargo, sabemos que en otros hombres mejores que nosotros la Teosofía no evoca respuesta alguna, ni son capaces de comprender nuestro profundo entusiasmo por ella.

¹³ Salmo 19:10.

Explicamos satisfactoriamente esta aparente antinomia diciendo que ya habíamos conocido y estudiado las

gloriosas verdades de la Teosofía en una vida anterior, al paso que aquellos que las desdeñan no las conocieron ni estudiaron. Sin embargo, esta explicación no resuelve el problema, sino que tan sólo lo plantea en términos retrospectivos; pues, ¿por qué en una vida anterior estudiamos nosotros Teosofía y no la estudiaron los ahora mejor dotados?

Responderemos que el mundo se halla todavía en una etapa primitiva de su evolución y que el hombre no ha tenido tiempo todavía para desenvolver todas sus cualidades. Las ha de ir desenvolviendo con cierto orden, empezando por algunas, y según las que se escojan para principiar a desenvolverlas, así difieren unos de otros los hombres. Los estudiantes de Teosofía tenemos nuestras potencialidades y facultades tal como son y nos inclinamos al estudio de las cuestiones teosóficas porque, desde un remoto pasado, orientamos en este sentido todos nuestros esfuerzos. Nadie posee una cualidad que no la haya desarrollado de sí mismo. Así, los grandes hombres tienen ciertas “dotes” porque en vidas anteriores las ganaron con sus ansiosos esfuerzos. De la misma manera que mediante el estudio, en otra vida adquirimos nuestro “don” de comprender y estimar algún tanto la verdad teosófica, también así adquirieron esos otros sus facultades relevantes de inteligencia o devoción por el ejercicio de hace mucho tiempo.

En consecuencia, nosotros hemos seguido distinta dirección, empleando el tiempo en desenvolver diferentes cualidades. Cada cual posee ahora lo que ganó y, naturalmente, cada cual se halla sin esas otras cualidades que no se dedicó a desenvolver. Todos somos imperfectos, pero no bajo el mismo aspecto. Desde luego, en el futuro hemos de aspirar al desenvolvimiento total, de manera que cada uno debe adquirir las cualidades que los demás posean y de las que él todavía carezca.

Otro punto muy interesante, señalado ya con mucho acierto por nuestra Presidenta, es que los primates de la mentalidad desempeñan hoy día en la evolución del mundo ciertas funciones que no les sería posible cumplir si conocieran todo cuanto conocemos nosotros. Estamos en la quinta subraza de la quinta raza raíz., y la tarea señalada a la humanidad en su actual período es el desenvolvimiento de la mente inferior. Las eminencias que la intensifican, que se glorian en ella y casi la adoran, están realizando la obra que se les ha señalado en

bien de la mayoría del género humano. Precisamente porque creen tan completamente en la inteligencia y les parece que no hay nada superior a ella, la intensifican de tal manera y la realzan a tan alto nivel. Precisamente porque saben esto y no otra cosa, son peones apropiados para esta fase particular del ajedrez cósmico. Así dice Omar Khayyam:

“Somos las piezas del ajedrez que Dios juega noche y día en el tablero del mundo. Las mueve de acá para allá, con jaques mates, y una tras otra, vuelven a la caja.”

Dichos hombres eminentes son los caudillos del mundo designados para cierta etapa de la evolución y están cumpliendo noblemente su tarea, de manera que no esperemos que ahora se distraigan de ella para escucharnos a nosotros y a nuestro mensaje. Ya llegará el día en que *escuchen*, y entonces el magnífico desarrollo intelectual que ahora adquieren, los conducirá mucho más rápido y mucho más lejos, por el camino del progreso oculto.

No cabe duda de que antes de que el hombre alcance la perfección tiene que haber desarrollado la inteligencia, la espiritualidad y el discernimiento. Esta última cualidad equivale en todo caso al conocimiento de cómo emplear atinadamente las otras dos. Si falta alguna de dichas cualidades, la operación de las otras no puede por menos que ser deficiente, y así vemos que ocurre de continuo. El científico desarrolla en grado sumo la inteligencia; pero si la espiritualidad no está desarrollada en lo más mínimo se arriesga a emplear su inteligencia en fines egoístas en lugar de utilizarla para el bien colectivo, o tal vez no tenga escrúpulos en cuanto a la adquisición de conocimientos, como le sucede al viviseccionista.

El santo alcanza un elevado nivel de espiritualidad y devoción; pero, por falta de inteligencia puede caer en el ridículo de la superstición, estrechar su mente y convertirse en perseguidor. lo mismo el santo que el científico se arriesgan a malgastar sus energías en direcciones del todo equivocadas por falta de un claro conocimiento del gran plan del Logos como el que nos da la Teosofía.

Todo hombre es ahora la consecuencia de lo que hizo y pensó en el pasado. Si dedicó sus energías al desarrollo de la inteligencia para la bondad y el bien, tendrá la inteligencia que desarrolló; pero, como además necesita espiritualidad y discernimiento, ahora tiene que esforzarse en adquirir esas facultades. Si hasta ahora empleó el tiempo principalmente en la devoción, habrá obtenido mucho poder en ese sentido; pero, en adelante, debe desarrollar las cualidades de

inteligencia y discernimiento de las que todavía no se preocupó. Si en vidas anteriores estudió el gran plan del universo, en esta vida habrá renacido con la facultad de comprender y la intuición de aceptar la verdad, lo que ciertamente le será provechoso; pero todavía necesita desarrollar las cualidades que otros desarrollaron.

Por desgracia, en estas primeras etapas de evolución en que nos encontramos, el hombre tiende por temperamento a vanagloriarse de las cualidades que posee y a minusvalorar las de los demás, en lugar de imitar lo que de mejor hay en ellos. Así pasa que el santo y el científico es muy raro que se estimen mutuamente y suelen menospreciarse uno a otro por incomprensión. Hemos de ir con cuidado para no caer en este engaño. Recordemos que nuestra meta es el adeptado, y que el adepto es el hombre perfecto en el que concurren en grado superior *todas* estas diferentes cualidades. Antes de conseguir el adeptado hemos de desenvolver una espiritualidad mucho mayor que la del santo más grande, y mucha más inteligencia que el más preclaro de los científicos. Así pues, nuestra actitud hacia los que ya posean esas cualidades tan apetecibles, no debe ser de acre censura, sino de generosa estima y admiración de toda bondad, mientras que nuestro conocimiento peculiar del sentido en que se mueve la evolución nos preservará de imitar los defectos que, además de sus excelencias, tienen aquellos que, si bien mucho más adelantados en otros caminos, no están ni siquiera en el dintel del nuestro.

Todas estas cualidades son necesarias y hemos de esforzarnos mucho antes de educir las que todavía nos faltan. Sin embargo, creo que debemos congratularnos de la elección hecha en otras vidas cuando nos dedicamos al estudio del gran plan en su conjunto, con el propósito de comprenderlo y cooperar en la obra del Logos en la medida de nuestras humildes fuerzas.

Porque esa elección nos ha allegado o debería habernos allegado el contento con nuestra suerte, la facultad de hacer lo mejor posible todo cuanto hagamos y ver lo mejor de todas las cosas. La mayoría de la gente ansía ver lo peor de los demás, señalar faltas en todo y encontrar algo en donde poner tildes y reparos. Los teósofos debemos proceder con un espíritu diametralmente opuesto. Hemos de ver la divinidad oculta en todos los seres y en todas las cosas, con el ansia de descubrir en todo, no lo malo, sino lo bueno. Si estos otros nos desprecian, si el científico nos ridiculiza por supersticiosos y se niega a escuchar nuestras explicaciones, si el devoto nos mira con horror por heterodoxos e insiste en tener un concepto de su Dios menos

noble que el que nosotros le ofrecemos, procuremos por nuestra parte no caer en el mismo error. Sin duda que ellos tienen sus puntos débiles, y uno de ellos es el prejuicio que los incapacita para apreciar la verdad. Seamos lo bastante corteses para disimular esos defectos y fijarnos tan sólo en las espléndidas cualidades en las que realmente sobresalen y que nosotros hemos de esforzarnos en imitar.

Dando por sentado que el Logos quiere emplear en su servicio nuestra inteligencia y nuestra devoción, tenemos el mayor motivo imaginable para desarrollarlas tan rápidamente como podamos y nos ahorraremos muchas molestias y mortificaciones, sin malgastar energías, por el conocimiento que ya tenemos de la aplicación y sentido en que el Logos quiere que empleemos estas fuerzas. De El es todo cuanto tenemos y, por lo tanto, hemos de ponerlo a su disposición para su provecho y emplearlo únicamente en su servicio.

RECUERDOS DEL PASADO

Conocí la Teosofía por la lectura de un ejemplar de la obra de Sinnett *El Mundo Oculto*; pero conseguí la primera comunicación, de una manera inusitada y extraordinaria, de uno de los Maestros. Años antes de esto yo había investigado el espiritismo y en el transcurso de esta investigación me relacioné con la mayor parte de los mejores médiums de la época, presenciando todos los fenómenos de los que hablan las obras espiritistas. Uno de los médiums con el que traté más frecuentemente era Eglinton y, aunque he oído decir muchas cosas en contra de él, tengo que afirmar que conmigo se portó recta, razonable y cortésmente.

Una de sus especialidades era la escritura en la pizarra, fenómeno muy a propósito para mostrárselo a los investigadores escépticos, según comprobé de la siguiente manera: Mientras íbamos un escéptico y yo al local donde se celebraba la sesión, entramos en una tienda y le invité a comprar dos pizarras nuevas de las que usan los niños en la escuela y que las guardara empaquetadas con un pizarrín entre ambas. Le dije que se asegurara de que el paquete estaba fuertemente atado y que sellase los nudos con su propio monograma si lo tenía. Después añadí que llevase él mismo, personalmente, el paquete y que no lo soltara ni un momento durante la sesión, y que para tener libres las manos se sentara encima. Empezó la sesión y, al poco rato, aparecieron las señales de golpes, transportes y otros signos de que la fuerza ya entraba en acción.

Nos sentamos junto a una mesita cuadrada de madera sin tapete alguno, y el médium Eglinton tomó una pizarra ordinaria, puso encima un pizarrín y la colocó debajo de la mesa, sosteniéndola contra la superficie inferior. Como quiera que todo esto se hizo a la luz del día y estábamos solos con el médium en la sala, no era posible la superchería de sustituir la pizarra por otras preparadas de antemano. Dispuesta la pizarra como queda dicho tenía que aparecer en la superficie apoyada contra la cara inferior de la mesa un escrito en respuesta a cualquier pregunta que quisiéramos hacer.

Yo pregunté entonces si los espíritus serían tan amables que se dignaran escribir en *nuestra pizarra*. Aunque al principio respondieron que su fuerza no alcanzaba a tanto, después contestaron afirmativamente, por lo que le dije al escéptico que sacara el paquete sellado y, sin soltarlo, lo sostuvo con ambas manos encima de la mesa. El

médium apoyó entonces ligeramente su mano sobre el paquete y yo le dije al escéptico que formulara una pregunta mental. En esas condiciones oímos el movimiento del pizarrín en el interior del paquete, y tres golpecitos avisaron de que ya estaba escrita la respuesta. Yo le dije al escéptico: “Ahora, examine usted el paquete y la pizarra, y asegúrese de que nadie le ha hipnotizado ni ha puesto las manos en el paquete. Corte usted los cordeles y lea la respuesta.”

Ambos lados de la pizarra estaban escritos en contestación, más o menos directa, con la pregunta mentalmente formulada. El escéptico, de momento, quedó profundamente impresionado, sin saber qué decir; pero, al cabo de un rato se descolgó con la cantinela de que en el fenómeno un engaño u otro tenía que haber habido y que, en realidad, nosotros no habíamos visto lo que vimos.

El médium Eglinton tenía varios auxiliares. Uno de ellos era una muchacha piel roja llamada Daisy que charlaba por los codos, viniese o no a propósito. Otro era un árabe, de nombre Abdullah, de más de 1,85 m. de alto, que nunca desplegaba los labios, pero que producía notables fenómenos que a veces indicaban una fuerza muy grande. Yo le he visto levantar en vilo a dos corpulentos hombres, uno en cada mano. Otro se llamaba Ernesto, que raras veces se materializaba, pero que hablaba frecuentemente con voz directa y escribía con soltura y muy buen carácter de letra.

En cierta ocasión, hablando con él le pregunté algo referente a los Maestros de Sabiduría y me habló de Ellos con profunda reverencia diciendo que varias veces había tenido el privilegio de verlos. Entonces le dije si estaba dispuesto a encargarse de llevarles un mensaje o una carta y me respondió que lo haría con mucho gusto tan pronto como se le deparase la ocasión, pero que no podía señalar plazo.

En relación con esto debo mencionar que, posteriormente, tuve un buen ejemplo de la inseguridad de tales comunicaciones, pues mucho tiempo después un espiritista escribió al periódico *Light* manifestando que los Maestros eran un mito, porque Ernesto le había asegurado formalmente que no existían. Yo escribí al mismo periódico para decir que el mismo Ernesto me había declarado que los Maestros *existían* y que los conocía muy bien. Evidentemente, Ernesto había reflejado el pensamiento del que interrogaba, como tan a menudo hacen estas entidades.

Volviendo al tema, desde luego acepté el ofrecimiento de Ernesto y le dije que escribiría una carta a uno de los Grandes Maestros y se la confiaría a él, si mi amigo y maestro el señor Sinnett lo aprobaba. Al oír este nombre, los “espíritus” dieron muestras de honda perturbación y, Daisy especialmente, se encolerizó muchísimo,

diciendo que de ninguna manera quería saber nada con el señor Sinnett, porque “¡nos llama cascarones!”, exclamó indignadísima. Sin embargo, yo me atuve a mi petición, declarando que todo cuanto sabía de Teosofía me lo había enseñado el señor Sinnett y que, por lo tanto, era absolutamente incorrecto que yo actuase a sus espaldas, ni que tratara de emplear otros medios de comunicación, sin antes consultárselo.

Finalmente, aunque de mala gana, los espíritus aceptaron mi propuesta y la sesión finalizó. Recuperado Eglinton del trance le pregunté cómo podría yo entregarle una carta a Ernesto, y me dijo que se la diese a él, pues la pondría en el buzón especial adosado a la pared, de donde Ernesto la recogería cuando quisiera. Entonces le escribí al señor Sinnett solicitando su opinión sobre el particular y se mostró francamente interesado, aconsejándome que aceptara el ofrecimiento para ver lo que pasaba.

Sin perder momento, me fui a casa y escribí tres cartas. La primera para el Maestro K.H. manifestándole reverentemente que, desde la primera vez que oí hablar de Teosofía, mi único deseo había sido ponerme a sus órdenes como discípulo. Le informé de las circunstancias en que a la sazón me hallaba, preguntándole si era necesario pasar en la India los siete años de prueba de los que yo había oído hablar. Puse la carta en un sobre y la sellé cuidadosamente con mi propio sello, poniéndola después dentro de otra dirigida a Ernesto, en la que recordaba su promesa y le suplicaba que entregase en mi nombre la carta incluida, y me trajese la respuesta si la hubiere. Sellé la segunda carta como había sellado la primera y acompañé las dos con una breve esquela para Eglinton, rogándole que echara aquel sobre en el buzón y me informase después si lo habían recogido. A un amigo que estaba en mi casa en aquella ocasión le dije que me hiciera el favor de examinar al microscopio los sellos de ambas cartas, a fin de que, si me las devolvían, pudiese reconocer todo amaño que se hubiese hecho con ellas. A vuelta de correo recibí una nota de Eglinton diciendo que no sólo había echado mis cartas en el buzón de Ernesto, sino que ya no estaban en él, por lo que, si recibía contestación me la transmitiría inmediatamente.

Pocos días después, recibí una carta la letra de cuyo sobrescrito me era totalmente desconocida y, al abrir el sobre, me encontré con la carta que yo había enviado, aparentemente intacta, pero borrado el nombre de “Ernesto” y escrito debajo con lápiz mi propio nombre. Mi amigo y yo volvimos a examinar el sello con el microscopio y no pudimos ver ningún indicio de alteración, reconociendo que no la habían abierto. Desgarré el sobre y me encontré con que la carta incluida para el Maestro ya no estaba en él, sino tan sólo la que yo le había dirigido a Ernesto, con unas cuantas palabras de la

conocida letra de éste, escritas en la parte en blanco, notificándome que la carta había sido oportunamente entregada al gran Maestro, y que Ernesto me traería la respuesta, caso de haberla.

Esperé algunos meses sin recibirla, y siempre que iba a las sesiones de Eglinton y me encontraba con Ernesto le preguntaba que cuándo podría yo recibir respuesta. Invariablemente, me contestaba que había entregado la carta a su tiempo, pero que no le era posible decir nada de la respuesta ni hacer nada más. Al cabo de otros seis meses, recibí contestación, aunque no por conducto de Ernesto, y en ella el Maestro me decía que, si bien no había recibido la carta (ni según observaba era probable que la recibiera en vista de la índole del mensajero), estaba enterado de ella y me respondía diciendo que los siete años de prueba podían pasarse en cualquier parte; pero me insinuaba la conveniencia de pasar unos cuantos meses en Adyar, para ver si era capaz de trabajar con el grupo de la Residencia general. Yo quería responder a esto que por las circunstancias en que me hallaba y la profesión que entonces ejercía, no me era posible residir en Adyar tres meses y luego reintegrarme a mis tareas; pero que, sin embargo, estaba dispuesto a abandonar completamente mi ocupación y a dedicar absolutamente mi vida a Su servicio. Como quiera que Ernesto me había engañado tan evidentemente, no encontré otro medio de enviar la carta al Maestro que por conducto de la señora Blavatsky y, teniendo ésta que embarcar al día siguiente hacia la India, corrí a Londres con objeto de entrevistarme con ella.

Con mucha dificultad pude persuadirla para que leyera la carta del Maestro, pues me aseguraba que semejantes comunicaciones sólo debe conocerlas el que las recibe. Ante mi insistencia la leyó y, finalmente, me preguntó qué era lo que yo quería responder. Le manifesté mi ya expresado propósito, suplicándole que me dijese cómo podía enviarle la respuesta al Maestro. Me respondió que El ya sabía lo que yo deseaba decide y esta afirmación indicaba la íntima relación existente entre ella y El, de modo que ambas conciencias se identificaban siempre que el Maestro quería.

Después, la señora Blavatsky añadió que aguardara allí con ella, sin abandonarla bajo ningún pretexto. Esperé pacientemente toda la tarde, y ya entrada la noche la acompañé a casa de la señora Oakley, donde se habían reunido unos cuantos amigos para despedir a la señora Blavatsky, quien sentada en una mecedora junto a la chimenea hablaba animadamente con los circunstantes liando uno de sus eternos

cigarrillos cuando de repente extendió la mano derecha de un modo particular hacia el fuego con la palma hacia arriba. La miró ella sorprendida, y lo mismo me sucedió a mí, pues me encontraba cerca, con el codo apoyado en la repisa de la chimenea. Varios de los presentes vimos que sobre la palma de la mano de la señora Blavatsky se levantaba una neblina blanquecina que, a poco, se convirtió en un papel doblado que me entregó diciendo: "He aquí su respuesta." Como es natural, todos los circunstantes se agolparon alrededor; pero la señora Blavatsky me mandó fuera para leer la respuesta, pues sólo yo tenía que enterarme de su contenido.

El Maestro me escribía que mi intuición de abandonarlo todo para marcharme a Adyar era acertada, y que esto era lo que esperaba de mí, aunque El no podía pedirlo sin que antes yo me decidiese a ello. Después se me dijo que embarcara unos días más tarde para reunirme con la señora Blavatsky en Egipto, como así lo hice. En El Cairo, nos alojamos en el Hotel Oriente, y allí vi por primera vez a uno de los miembros de la Fraternidad. Yo estaba sentado en el suelo, a los pies de la señora Blavatsky, escogiendo algunos papeles para ella, cuando me sorprendió ver entre nosotros a un hombre que no había entrado por la puerta. Era el hoy Maestro D.K., aunque por entonces no había conseguido los grados que debían convertirlo en adepto.

Mi estancia en Egipto con la señora Blavatsky me sirvió de muy provechosa experiencia, pues de continuo me enseñaba mucho del aspecto oculto de cuanto allí veíamos. Ella había estado antes en Egipto y conocía a unos dignatarios oficiales, entre ellos al primer ministro Nubar, al cónsul de Rusia, señor Hitrovo, y especialmente al señor Maspero, conservador del museo, en cuya compañía lo visitamos, dándole la señora Blavatsky copiosísimos informes acerca de las curiosidades puestas a su cuidado.

La señora Blavatsky conocía el árabe y nos recreaba enormemente al traducirnos las observaciones que los graves y atildados mercaderes árabes hacían entre ellos con respecto a nosotros en los bazares. Después de llamarnos perros cristianos y despotricar contra las mujeres europeas, la señora Blavatsky se acercó a ellos y, en su propio idioma, les preguntó si les parecía que aquella era la mejor manera, para un hijo del Profeta, de hablar de quienes esperaban ganancia en su negocio. Los comerciantes quedaron confusos, pues no se figuraban que ningún europeo pudiera entenderlos.

Sin embargo, el árabe era el único idioma oriental que conocía la señora Blavatsky,

pues ignoraba el sánscrito, y muchas de las dificultades de la terminología teosófica provienen de que al describir ella lo que veía o sabía y preguntarle al hindú más cercano cómo se llamaba aquello en sánscrito, no le interpretaran exactamente el significado; pero, aunque se lo diesen, resultaba que cada cual revestía la palabra con el matiz aceptivo correspondiente a su peculiar escuela filosófica.

Por entonces, ocurrieron en torno a la señora Blavatsky algunos fenómenos muy curiosos. En primer lugar, ella ya era de por sí el fenómeno más sorprendente a causa de sus proteicas transformaciones. Algunas veces los mismos Maestros utilizaban su cuerpo y escribían o hablaban directamente por medio de ella. Otras veces, cuando su ego estaba abstraído en alguna tarea, uno de los discípulos de menor grado que ella se aprovechaba de su cuerpo y, en algunas ocasiones usaba de él otra mujer. Frecuentemente vi todos estos cambios y observé cómo la nueva entidad infundida en el cuerpo físico de la señora Blavatsky miraba alrededor para hacerse cargo de las circunstancias en que se hallaba y coger el hilo de la conversación con los allí presentes. A pesar de todo, no era un médium vulgar, porque la verdadera propietaria del cuerpo permanecía siempre atenta, con plena conciencia de cuanto estaba sucediendo.

Sin embargo, también solían ocurrir fenómenos extraordinarios. Mientras cruzábamos en ferrocarril el desierto entre Ismailia y El Cairo, cayó en el coche una carta referente a la cuestión de la conversación que entonces sosteníamos, enviando a cada uno de los que íbamos en el vagón un mensaje de aliento, en el que se nos designaba por nuestro nombre. Una de las personas de la comitiva y yo estábamos mirando hacia arriba al ocurrir el fenómeno, y vimos aparecer la carta en el aire, precisamente por el agujero del techo del vagón en donde se ponen las lámparas por la noche. Apareció en forma de una vaga esfera de niebla blanquecina que se condensó en un pliego de papel, revoloteando hasta caer al suelo.

En otra ocasión, recuerdo que la señora Blavatsky compró en una perfumería una redoma de esencia de rosa para el oratorio de Adyar que le costó dos libras esterlinas. Media hora después, cuando nos sentamos a almorzar en un gabinete reservado del hotel, cayeron dos monedas de oro del cuño de los soberanos ingleses, yendo a dar sobre la mesa, y la señora Blavatsky explicó el fenómeno diciendo que los Maestros no querían que para Ellos se gastara el dinero de aquel modo, pues necesitaríamos hasta el último penique antes de llegar a Adyar, como así sucedió en efecto.

Varias veces presencié buen número de fenómenos íntimamente relacionados

con la señora Blavatsky. Gracias a sus poderes ocultos, la vi improvisar dibujos y escritos y encontrar un objeto perdido. En varias ocasiones vi caer en su presencia cartas enviadas por el aire; y en la misma residencia de Adyar cayó otra mientras ella estaba en Inglaterra y yo, en persona, tuve varias veces el privilegio de que el Maestro me empleara para transmitir cartas después que ella hubo dejado el plano físico .

En los primeros tiempos de la Sociedad los mensajes e instrucciones de los Maestros eran frecuentes, y vivíamos en un nivel de espléndido entusiasmo que difícilmente pueden imaginarse aquellos que han ingresado en la Sociedad después de la muerte de la señora Blavatsky. Aquellos de nosotros que tuvieron el inestimable privilegio de relacionarse directamente con los Maestros, hemos conservado, como es natural, aquel entusiasmo; pero, en circunstancias no tan favorables, nos ha sido imposible mantenerlo en las filas de los miembros. ¡Tal vez ahora estemos a punto de presenciar su reavivación y ojalá seamos dignos de tomar parte en los gloriosos acontecimientos que se avecinan!

FIEL HASTA LA MUERTE

Hace mucho tiempo, en la antigua Atlántida, en la gran Ciudad de las Puertas de Oro, reinaba un poderoso monarca. Cierta día se le presentó un militar que había sido enviado al frente en una expedición contra una tribu rebelde de las fronteras de aquel vasto imperio. El militar volvía victorioso y en recompensa el rey le confirió el empleo de capitán de la guardia de palacio, encargándole del cuidado de la vida de su hijo único y heredero del trono. El novel capitán no tardó mucho en tener ocasión de probar la fidelidad a la confianza en él depositada, porque estando solo con el príncipe en los jardines de palacio, se arrojó sobre ellos un tropel de conspiradores con el intento de asesinar al hijo del rey.

El capitán luchó valerosamente contra los numerosos asaltantes y, aunque mortalmente herido, logró resguardar al príncipe de grave daño, hasta que llegaron refuerzos y él y el desmayado príncipe fueron conducidos a presencia del rey, quien, al enterarse de lo sucedido, se volvió hacia el moribundo capitán, exclamando:

“¿Qué puedo hacer yo por ti, que has dado por mí la vida?”

El capitán respondió:

“Concededme la gracia de que os sirva, a vos y a vuestro hijo por siempre en vidas futuras, puesto que desde ahora nos liga un lazo de sangre.”

Haciendo un postrer esfuerzo, bañó el dedo en la sangre que fluía abundantemente de sus heridas y señaló con ella los pies de su soberano y la frente del todavía desmayado príncipe. El rey alzó las manos en actitud de bendición y repuso:

“Por la sangre derramada por mí y mi hijo, te prometo que con él me servirás hasta el fin.”

Así se anudó el primer lazo entre tres caudillos de hombres de quienes todos hemos oído hablar. Porque el poderoso monarca, es ahora el Maestro M.; el príncipe su hijo, fue después Helena Petrovna Blavatsky, y el capitán de la guardia, Henry Steel Olcott. Desde entonces, a través de los siglos y de muchas vicisitudes extrañas, el lazo se ha mantenido inquebrantable y se ha continuado prestando el servicio, como sabemos que sucederá en los siglos venideros.

El después coronel Olcott, fue el rey Gashtasp de Persia, que protegió y ayudó a la fundación de la forma actual del Zoroastrismo; y más tarde, fue el rey Asoka, que publicó los admirables y famosos edictos que todavía hoy aparecen grabados en piedras y pilares de la India, para demostrar cuán verdaderos eran su celo y devoción. Y al final de esa larga y vigorosa vida, al considerar con tristeza lo mucho que distaban sus hechos de sus aspiraciones, para alentarle, su Maestro le mostró dos visiones, una del pasado y otra del futuro. La visión del pasado fue la escena de la Atlántida, cuando se forjó el lazo entre ellos; y en la visión del futuro aparecía su Maestro como el Manú de la sexta raza raíz y nuestro Presidente-Fundador como lugarteniente que servía a sus órdenes, en la excelsa obra de tan alto cargo. Así, Asoka murió contento, con la seguridad de que nunca se rompería el más íntimo de todos los lazos terrenos, el del Maestro y su muy amado discípulo.

Habiendo tomado parte principal en la propagación de dos de las mayores religiones del mundo, el Zoroastrismo y el Buddhismo, era muy apropiado vincularlo estrechamente con la obra de la Sociedad Teosófica, el gran movimiento que sintetiza todas las religiones. Aunque en sí no fue nunca un instructor espiritual, siempre fue el organizador práctico que hizo posible la obra del instructor. En su reciente vida, como en todas las demás, su principio capital fue la apasionada lealtad al Maestro y a la obra que había de cumplir. Cuando le vi por primera vez, hace más de veinticinco años, ése era el rasgo más predominante de su carácter y durante el tiempo en que le traté siguió siendo ése el motivo capital de sus acciones. En la última carta que recibí de él, escrita pocas semanas antes de morir, palpitaban los mismos sentimientos que continuaron siendo su más relevante cualidad en el mundo astral donde ha vivido desde entonces.

Si examinamos los pormenores de su última vida terrena hallaremos la misma tónica de su devoción al deber. El subsecretario del ministerio de Hacienda de los Estados Unidos le escribió a Olcott acerca de su actuación política:

“Me complazco en manifestarle que jamás encontré un caballero tan cumplidor de los deberes de su cargo, ni de tanta aptitud, diligencia y fidelidad como las demostradas por usted en todas partes. Sobre todo, deseo atestiguar la absoluta rectitud e integridad de carácter que señalaron toda su carrera sin flaquear un solo instante. Cuando consideramos la corrupción, audacia y osadía de los muchos

bellacos de alta posición a quienes usted persiguió y castigó sin jamás mancillarse, no puede usted por menos que sentirse orgulloso de su proceder, muy superior al de cuantos han desempeñado análogos servicios en este país.”

Olcott demostró la misma energía y las mismas aptitudes en su obra por la Sociedad Teosófica. Pocos de nuestros miembros se dan cuenta de la amplitud y el éxito de sus tareas, pues mucho de cuanto hizo sólo pueden estimarlo debidamente aquellos que han viajado por los países orientales a los que tanto amó. A su infatigable esfuerzo se debió la reconstrucción y ampliación de la Residencia General de Adyar. Fundó allí una nutrida biblioteca, a cuya inauguración invitó, para que la bendijeran, a sacerdotes de las principales religiones del mundo, quienes por primera vez en la historia confraternizaron en aquella ocasión, reconociéndose unos a otros como iguales.

A Olcott se debe también el fomento de la educación budhista en la isla de Ceilán, que cuenta hoy día con 287 escuelas, a las que asisten 35.000 alumnos. Por otra parte, logró refundir en un solo credo el Budhismo del Norte y el del Sur de la India, que estaban en cisma desde hacía más de mil años; y asimismo inició la educación de los menospreciados parias tanto tiempo postergados de la sociedad.

Olcott tuvo que vencer muchas y muy graves dificultades para encauzar y dirigir un organismo tan complejo como la Sociedad Teosófica; pero en todas partes fue popular y en todas las naciones recibió una fervorosa acogida. Su absoluta devoción al bienestar de la Sociedad y la diáfana honradez de sus propósitos no podían por menos que conmovér a cuantos le trataban. Hablo de él con entusiasmo porque tuve especiales ocasiones de conocerle a fondo. Nunca olvidaré su paternal amabilidad para conmigo cuando, joven todavía y completamente nuevo en las costumbres de la India, fui por vez primera a vivir en la Residencia de Adyar.

Desde entonces, le encontré en muchos países. Pasé semanas enteras con él, sin más compañía que el intérprete y un sirviente, viajando en una carreta de bueyes por los páramos de Ceilán. Le acompañé cuando en el año 1885 introdujo la Teosofía en Birmania. En esas circunstancias, es posible conocer a una persona más íntimamente que durante muchos años de trato social en la vida ordinaria, y puedo atestiguar, sin reservas, el fervoroso anhelo de Olcott por el progreso de la obra teosófica, pues su único pensamiento era complacer al Maestro, haciendo cuanto estaba en su mano para realizar el muy delicado encargo que se le había confiado.

Su partida de entre nosotros es demasiado reciente para que se hayan echado al olvido las circunstancias que le rodearon. Sabemos cuán valerosamente soportó sus

sufrimientos y cómo, durante su enfermedad, mantuvo constantemente el pensamiento en beneficio de la querida Sociedad a la que había dedicado su existencia. Recordaremos que al llegarle la hora de abandonar el cuerpo, estaban junto a él tres grandes Maestros con su antigua colega y amiga, H.P. Blavatsky. Todos hemos leído la magnífica oración fúnebre pronunciada por su sucesor en el acto de la incineración, que fue una imponente ceremonia. La pira era de madera de sándalo, y el cadáver estaba cubierto con las banderas norteamericana y budhista. Esta última la había diseñado él mismo, sobre la cual estaban por su orden correlativo los colores del aura del Señor Buddha.

Durante un rato, Olcott quedó inconsciente después de expirar, pero muy pronto despertó a la plena actividad. Como yo le había sido siempre muy adicto, su Maestro me dijo que le sirviera de guía cuando fuese necesario para explicarle lo que preguntara. Siempre tuvo un ansioso interés por las potencias y posibilidades del plano astral y, apenas pudo advertirlas claramente, mostró vivos deseos de comprender todo lo que allí ocurre y conocerlo racionalmente para actuar por sí mismo. Su poderosa fuerza de voluntad le permitió darse cuenta fácilmente de muchos de los experimentos astrales, aunque para él eran del todo nuevos. Le cuadran mejor las tareas que de un modo u otro entrañan poder, como luchar, curar y proteger. Traza grandiosos planes para el porvenir, así como mantiene tan fervoroso como siempre el entusiasmo por su amada Sociedad.

Le ha llamado la atención el vigoroso pensamiento que al escribir estas líneas precedentes enfoqué en él, y se me ha puesto al lado insistiendo en que transmita a los miembros su vehemente consejo de que sean fieles de todo corazón y ayuden cuanto puedan a su noble sucesor, dejando de lado para siempre las deplorables querellas sobre personalismos, sin contender sobre cuestiones que no sean de su incumbencia ni puedan comprender, fijando en cambio su atención en el único tema importante, o sea la obra que la Sociedad ha de realizar en el mundo. El mensaje de Olcott es: “Olvidaros de vosotros mismos, de vuestras limitaciones y prejuicios y difundid las verdades de la Teosofía.”

Hasta ahora poco podemos decir acerca del futuro de Olcott. Cuando estas líneas pasen por los ojos del lector, acaso haya reencarnado. Deseaba ardientemente volver a la tierra para ayudar a la señora Blavatsky en su entonces presente encarnación. No puedo decir hasta qué punto verá satisfecho su deseo. Con toda seguridad, los Maestros lo emplearán en donde les parezca más útil. Su talento principal es el de organizador, y ya hemos visto lo que hizo en el Zoroastrismo, en

la magna empresa misionera del Buddhismo y en la fundación de la Sociedad Teosófica. No cabe duda de que sería capaz de realizar análoga obra con respecto a la próxima gran religión y al establecimiento de la sexta raza raíz. Sea como sea, el insigne hombre llamado en su última vida Henry Steel Olcott estará dispuesto a desempeñar su parte en todas las actividades mencionadas, tan dedicado como siempre al servicio de su Maestro e inquebrantablemente fiel en la vida y en la muerte.

UN CURSO DE TEOSOFÍA

El que desee estudiar al máximo la Teosofía conviene que con el tiempo conozca toda la literatura teosófica. Esta tarea no es leve, y a fin de obtener provecho del estudio es importantísimo señalar el orden en que deben estudiarse las obras teosóficas. Sin embargo, este orden no ha de ser rigurosamente igual para todos los estudiantes, pues algunos sólo podrán aprovecharse de las obras de índole devocional, mientras que otros necesitarán la exposición estrictamente científica de la verdad. Por lo tanto, señalaré el plan de estudios, a mi entender más generalmente provechoso, dejando amplio margen para notables variaciones, según la personal idiosincrasia de cada uno.

Me parece muy importante trazar en la mente un claro bosquejo del plan antes de entrar en pormenores. Nadie es capaz de estimar la evidencia comprobatoria de una parte cualquiera de las enseñanzas teosóficas hasta conocerlas en su conjunto y ver cómo cada parte confirma y corrobora las demás, por necesaria a la totalidad del plan. En consecuencia, mi consejo es que, por de pronto, el principiante debe estudiar las obras elementales, sin preocuparse por los pormenores, sino más bien abarcando y asimilando los amplios conceptos que contienen esas obras, a fin de ver lo que significan y comprobarlos como hechos de la naturaleza, colocándose así en lo que podríamos llamar una actitud teosófica y aprendiendo a considerarlo todo desde el punto de vista teosófico.

Con este objeto, el estudiante seguirá el siguiente plan de estudios:

PRIMER GRUPO.

Bosquejo teosófico.- C.W. Leadbeater.

El enigma de la vida.- A. Besant.

Insinuación a los Jóvenes estudiantes de ocultismo.- A Besant.

Conferencias de Annie Besant.

Conferencias de C. W. Leadbeater.

Después de la lectura de estos folletos publicados para la propaganda, os recomiendo el

SEGUNDO GRUPO.

Manual teosófico.- A. Besant.

La Sabiduría antigua.- Id.

Vislumbres de ocultismo. C.W. Leadbeater.

TERCER GRUPO (para los interesados en el aspecto ético).

A los Pies del Maestro.- Alcione.

Luz en el Sendero.- Mabel Collins.

La Voz del Silencio.- Blavatsky.

El Sendero del Discipulado.- A. Besant.

Hacia el Templo.- Id.

Las Leyes de la Vida Superior.- Id.

Los Tres Senderos y el Dharma.- Id.

El Bhagavad-Gita- (Con comentarios de A. Besant.)

CUARTO GRUPO (para aquellos que deseen estudiar la vida de ultratumba.)

El más allá de la muerte.- C.W. Leadbeater.

El Plano Astral y el Devachán.-- Id.

Manuales sobre la *Reencarnación*, *Karma* y *El Hombre y sus cuerpos.*- A. Besant.

QUINTO GRUPO. (Aspecto científico.)

El Budhismo Esotérico.- Sinnett.

Los misterios de la naturaleza.

Corroboraciones científicas de la Teosofía.

Química Oculta.- A. Besant.

La Física de la Doctrina Secreta.

SEXTO GRUPO. (Religión comparada).

Compendio de religión y moral universales.

Las Siete Grandes Religiones.-A. Besant.

El Bhagavad Gita- (Con comentarios de A. Besant.)

Insinuaciones sobre el estudio del Bhagavad-Gita.

Los Upanishads.

La Luz de Asia.- Arnold.

El Catecismo Buddhista.- Olcott.

Conferencias populares budhistas.

El problema religioso en la India.- A. Besant.

SEPTIMO GRUPO. (Aspecto relacionado con el cristianismo.)

El Cristianismo Esotérico.- A. Besant.

El Credo Cristiano.- C.W. Leadbeater.

Fragmentos de una fe olvidada. D- Mead.

El camino perfecto.- Id.

¿Vino Jesús un siglo antes de Cristo?- Id.

Los Evangelios y el evangelio.- Id.

Orfeo y Plotino.- Id.

OCTAVO GRUPO. (Aspecto social y político.)

El Mundo mudable.- Besant.

Algunos problemas de la vida.- Id.

La Teosofía y la vida humana.

Ensayos de ocultismo.

La Teosofía y la Psicología moderna.

NOVENO GRUPO. (Estudios superiores.)

Estudio sobre la conciencia.- A. Besant.

Introducción al Yoga.- Id.

Clarividencia.- C.W. Leadbeater.

Sueños.- Id.

Protectores invisibles.- Id.

El hombre visible e invisible.- Id.

Formas de Pensamiento.- Id.

La evolución de la vida y de la forma.- Besant.

El poder del pensamiento; su dominio y cultura.- Id.

La Vida interna.- C.W. Leadbeater.

La Doctrina Secreta.- Blavatsky.

El estudiante ferviente que además del estudio intelectual de la Teosofía desee sujetar a ella su conducta, debe conocer el propósito peculiar de la Sociedad Teosófica y, al efecto, le servirán las *Conferencias de Londres de 1907* y *El mundo mudable* de Annie Besant; *La Vida Interna*, de C.W. Leadbeater; *Hojas de un Viejo Diario*, del coronel Olcott; *El Mundo Oculto*, de Sinnett e *Incidentes de la vida de la señora Blavatsky*.

A mi parecer, la obra teosófica capital, *La Doctrina Secreta* de Blavatsky, se ha de posponer hasta que todas las demás estén bien comprendidas y asimiladas, porque el que la estudie con esta preparación conseguirá mucho más provecho de ella. Ya sé que algunos estudiantes prefieren estudiarla antes; pero entiendo que es una enciclopedia u obra de referencias.

Al terminar esta obra hay en preparación otras cuatro que se han de añadir a la lista del plan expuesto. Son las siguientes: *Un libro de texto de Teosofía* en el que se exponen las enseñanzas teosóficas de la manera más sencilla posible, sin términos

técnicos; *El lado oculto de las cosas*, que demuestra cómo el conocimiento del ocultismo cambia nuestro concepto con relación a toda clase de menudencias de la vida diaria; *El Hombre; de dónde y cómo vino, ¿a dónde va?* que relata al pormenor la pasada evolución del hombre y muestra algo del porvenir que le aguarda; *Fundamentos de Teosofía*, que compendia las enseñanzas desde el punto de vista científico y las presenta bajo un aspecto enteramente nuevo.

El plan de estudios indicado significa algunos años de copiosa lectura para el hombre ordinario; pero el que la aproveche y procure practicar lo aprendido, con toda seguridad estará en situación de prestar mucha ayuda al prójimo.

FIN DE LA OBRA